CUENTOS
SELECTOS

F. SCOTT FITZGERALD

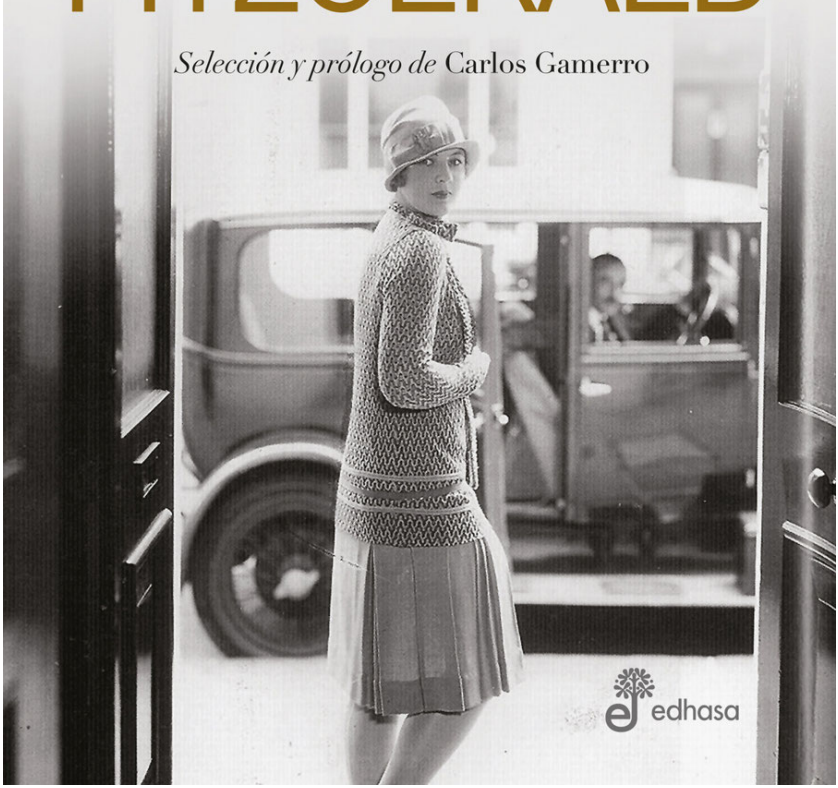
Selección y prólogo de Carlos Gamerro

edhasa

CUENTOS
SELECTOS

F. SCOTT FITZGERALD

Selección y prólogo de Carlos Gamerro



edhasa

Francis Scott Fitzgerald

CUENTOS SELECTOS

Selección y prólogo de Carlos Gamerro

Traducción de Teresa Arijón y Bárbara Belloc

En una carta a Harold Ober, su editor, Francis Scott Fitzgerald le explicaba que concebía sus relatos como si fueran novelas. No se refería a la extensión naturalmente, ni a la complejidad de la trama, sino a las emociones que debían provocar, a su capacidad de conmover a los lectores. Esta explicación quizás encierra la clave de su modo de concebir relatos. Los mejores de ellos, que son muchos, podrían haber sido novelas. Por la hondura de los personajes, por el absoluto dominio sobre la historia que se está narrando, por la capacidad de hacer visible aquello que no se narra y que el lector descubre. La insistencia en las emociones recorre toda su obra, marcada por una serie de temas en los que probablemente sea el maestro indiscutido: las ambiciones de la juventud, el miedo al fracaso, las diversas y dolorosas maneras de desperdiciar una vida, el desamor, la soledad, lo irrecuperable. No hay que olvidar que uno de sus textos más célebres se titula Bancarrota emocional.

Como tantos otros novelistas, Fitzgerald durante largo tiempo fue menospreciado como escritor de cuentos. El tiempo corrigió este desdén. Algunos de sus relatos son obras maestras y están entre lo mejor de la literatura norteamericana del siglo XX. Baste mencionar Babilonia revisitada, Un diamante tan grande como el Ritz o El curioso caso de Benjamin Button.

Esta antología preparada por Carlos Gamerro es una muestra reiterada de ese talento, de una voz distintiva. La prosa clara e iluminadora de Fitzgerald sorprende y emociona igual hoy que en su tiempo. Aquello en lo que tanto trabajó constituye su triunfo póstumo.

Fitzgerald, Francis Scott

Cuentos selectos / Francis Scott Fitzgerald ; compilado por Carlos Gamerro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Bárbara Belloc ; Teresa Arijón.

ISBN 978-987-628-626-8

1. Narrativa Estadounidense. 2. Cuentos. I. Gamerro, Carlos, comp. II. Belloc, Bárbara, trad. III. Arijón, Teresa, trad. IV. Título.

CDD 813

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Edición en formato digital: septiembre de 2021

© Francis Scott Fitzgerald, 1920, 1922, 1929, 1931, 1936, 1939, 1940

© de la traducción Teresa Arijón y Bárbara Belloc, 2017

© del prólogo Carlos Gamerro, 2017

© de la presente edición Edhasa, 2021

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

http://www.edhasa.com.ar

Diputación, 262, 2º 1ª, 08007, Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

http://www.edhasa.es

ISBN 978-987-628-626-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Cubierta

Portada

Sobre este libro

Créditos

Los cuentos de F. Scott Fitzgerald, por Carlos Gamerro

Bernice se corta el cabello

El palacio de hielo

El cusioso caso de Benjamin Button

Un diamante tan grande como el Ritz

Sueños de invierno

La última de las bellezas sureñas

Babilonia revisitada

El Crack-Up

La década perdida

Hiervan agua… mucha agua

Mano a mano con un genio

Pat Hobby y Orson Welles

Sobre el autor

Sobre Carlos Gamerro

Los cuentos de F. Scott Fitzgerald

Corría el año 1919 cuando Francis Scott Fitzgerald, rechazado por la belleza sureña Zelda Sayre con la frase que legaría a Daisy en El gran Gatsby (“Las chicas ricas no se casan con los chicos pobres”), ideó el plan más absurdo e improbable jamás concebido por enamorado alguno en situación análoga: volvería a su casa, escribiría una novela durante el verano, se haría rico con ella y volvería a Montgomery, Alabama, a tiempo para casarse con Zelda antes de que algún otro le ganara de mano (Gatsby idearía un plan parecido, aunque con mayores probabilidades de éxito: decidió hacerse gángster). La novela, A este lado del paraíso, se publicaría el 26 de marzo de 1920, vendería 41.075 ejemplares el primer año, haría famoso a su joven autor y le permitiría concretar su sueño: la novela y Francis y Zelda se casaron el 3 de abril del mismo año. En “Mi ciudad perdida”, Fitzgerald describió así las emociones del momento: “Recuerdo de aquellos tiempos un viaje en taxi, una tarde, entre edificios muy altos, bajo un cielo malva y rosa; empecé a berrear porque tenía todo lo que quería y sabía que nunca en mi vida volvería a ser tan feliz”.

La anécdota condensa muchos de los motivos característicos de la literatura del autor: el valor absoluto asignado a la juventud, asociada siempre a los cortos veranos del norte e inseparable, por eso, de la trágica conciencia de su carácter efímero; la figura de la muchacha dorada como emblema de todo lo que la vida tiene de deseable, y que se alcanzará sólo si ella es alcanzada; la fe en los sueños y en nuestra capacidad para realizarlos; la certeza de que si logramos hacerlo, nuestros errores, o la mala suerte, o apenas el tiempo, los disiparán como humo y que, por todo esto, el único refugio de los sueños está en el pasado. Como resume Dexter Green, el protagonista de “Sueños de invierno”: “Hace mucho, mucho tiempo [...] existía algo en mí, y ahora eso ha desaparecido. Ahora eso ha desaparecido. No puedo llorar. No puedo lamentarlo. Ha desaparecido y no volverá jamás”.

Los primeros cuentos de Fitzgerald, publicados en revistas de moda como The Saturday Evening Post y Esquire, y que siendo muy bien pagados les permitieron a él y a Zelda llevar el tren de vida al que aspiraban, pueden leerse como "guías para la juventud", o más bien como "instrucciones para ser un joven moderno"; "Bernice se corta el cabello" se elaboró, de hecho, a partir de las cartas que Fitzgerald le escribía a su hermana con ese loable propósito en mente. En esta historia de la mosquita muerta pueblerina que termina triunfando sobre la sofisticada y moderna "chica Fitzgerald" aparece, también, la oposición entre la ciudad sofisticada pero perversa y el pueblo chico mediocre pero moralmente firme, que luego se replicará, bajo la forma del conflicto este/oeste (Nueva York y Chicago, East Egg y West Egg, Europa y América) en muchos de los cuentos y las novelas del autor.

Criado en el gélido clima y las rígidas normas morales del Midwest, y educado en la más sofisticadas y cosmopolitas normas de Princeton (donde las despiadadas normas morales se reescriben como despiadadas normas sociales), Fitzgerald sintió la seducción del sur, de sus aristocráticas y vaporosas mujeres en sus eternos vestidos blancos, de sus largos veranos lánguidos en los cuales es posible abrigar la ilusión de que la juventud durará para siempre. El sur de Fitzgerald se parece muy poco al duro sur de Faulkner, Carson McCullers y Flannery O'Connor; es menos un sur conocido y vivido que "un sueño del norte", como lo siente el joven protagonista de "La última de las bellezas sureñas". Las "Southern belles" de los cuentos situados en el poblado ficcional de Tarleton, Georgia, son parientas cercanas de la Scarlett O'Hara de Lo que el viento se llevó y de la Blanche DuBois de Un tranvía llamado deseo, e incluyen a Sally Carrol Happer de "El palacio de hielo" –que termina regresando a la molicie sureña tras experimentar los rigores físicos y morales del frío norteño–, a Ailie Calhoun, protagonista de "La última de las bellezas sureñas" –que durante la guerra se enamora de un patán norteño cuyo uniforme disimula las diferencias sociales, que la fatalidad del traje civil volverá flagrantes y decisivas–, y por supuesto, a la Daisy de El gran Gatsby, arquetipo platónico de todas ellas.

"Se acordó del pobre Julian y de la romántica y reverencial admiración que sentía por ellos [los ricos] y de cómo una vez había

comenzado un cuento con las palabras ‘Los ricos muy ricos son diferentes de ti y de mi. Y alguien le dijo a Julian, Sí, tienen más dinero, y a Julian eso no le causó gracia. Creía que se trataba de una raza especial y glamorosa y el descubrimiento de que no era así lo destruyó tanto como todas las otras cosas que lo destruyeron.” El párrafo es de “Las nieves del Kilimanjaro” de Ernest Hemingway, y el “Julian” del cuento no es otro que Francis Scott Fitzgerald, claro. Por si quedaran dudas, la frase aparece en su cuento “Niño rico”: “Déjame contarte algo acerca de los ricos muy ricos. Ellos son diferentes de ti y de mi. Poseen y disfrutan tempranamente, y eso les hace algo, los hace blandos donde nosotros somos duros, y cínicos donde somos confiados, de modos difíciles de entender, a no ser que hayas nacido rico. En el fondo de sus corazones se creen mejores que nosotros, porque nosotros tuvimos que descubrir por nuestra cuenta los refugios y las compensaciones de la vida”. Como se ve, poco hay de admiración embobada y boquiabierta en este párrafo; sí, en cambio, un finamente calibrado equilibrio entre fascinación, rechazo y condena. Con su habitual arrogancia, más marcada cuando se aplicaba a sus viejos amigos, y sobre todo cuando eran buenos escritores, Hemingway se equivoca: Fitzgerald sabía desde un principio que los ricos lo desilusionarían; y como había descubierto a edad temprana que la desilusión era su tema, cultivó en su relación con los ricos y famosos esta figura de su destino. Como le sucedió a Balzac con la aristocracia francesa, Fitzgerald los fustigaba porque quería creer en ellos, y ellos nunca estaban a la altura de sus expectativas: el snob desencantado puede muchas veces llegar a ser un crítico más feroz que el revolucionario convencido. O, para decirlo en palabras del propio Fitzgerald, en “El Crack-up”: “Abrigaría siempre una desconfianza permanente, una cierta animosidad hacia la clase acomodada; no se trataba de la convicción de un revolucionario, sino del odio latente de un campesino”.

Tan finamente y equilibradas ambivalencias informan “Un diamante tan grande como el Ritz”, que ya desde el título combina el mundo de maravillas del cuento de hadas con el de la mundana Nueva York de los años 20; el cuento es a la vez una fábula sobre los encantos –o encantamientos– de los ricos y la riqueza, y una crítica

de estos que trasciende lo social para adentrarse en lo metafísico, como bien ilustra la escena de Braddock T. Washington hablándole a Dios de igual a igual, ofreciéndose a "comprarlo" para que haga volver atrás el tiempo. "No se puede repetir el pasado", advierte Nick Carraway a Gatsby en algún momento de la novela que los contiene, desencadenando la respuesta: "Por supuesto que se puede". Gatsby tenía razón, sólo que equivocó la manera: no es en la realidad sino en la ficción que este milagro es posible. Como si quisiera también recurrir a la ficción para explorar las consecuencias de este anhelo, en la otra fábula incluida en este volumen, "El curioso caso de Benjamin Button", el regreso al pasado se realiza de manera rigurosa y precisa: Benjamin nace de setenta años y va rejuveneciendo a lo largo de toda su vida, atravesando las etapas de la edad madura, la adulta, la juventud y la niñez en reverso, hasta llegar a bebé y a la nada anterior al nacimiento, procedimiento que luego recrearían, entre otros, Alejo Carpentier en "Viaje a la semilla" y Manuel Mujica Láinez en "La escalinata de mármol". Es posible que la lectura de esta fábula aplaque el anhelo de muchos de volver atrás el tiempo, aunque la duda que a uno le queda al terminarla es si la vida vivida al revés es mucho peor que la vivida al derecho: el signo de ambas es la pérdida de todo lo que fue nuestro algún día.

Algunos escritores tienen la suerte, o la habilidad artística, de convertir su destino en una metáfora (o más bien metonimia) del país, la sociedad, la época en que vivieron. James Joyce veía en su vida una parábola de la suerte de Irlanda entera; análogamente, si los cuentos de Fitzgerald le dieron su nombre, sus costumbres y valores a una época, la "Era del Jazz", el Crack del 29 determinaría el fin de esta y de la vida que su creador llamaba suya: en 1930 Zelda comenzaría la serie de internaciones que seguiría hasta su muerte, y el alcoholismo de Fitzgerald se agravaría. Los cuentos y las novelas de esta época son, consecuentemente, más sombríos y pesimistas: sobre ellos flota el aliento del desconcierto y la tragedia: "Babilonia revisitada" supone, como su título, indica una desangelada mirada sobre la vida pasada y también sobre la literatura que la había celebrado; no tiene ni intenta tener el encanto y la frescura de los primeros cuentos, y tal vez por eso incluye algunas de las escenas más desoladoras y mejor escritas de toda su obra. "La década perdida" es a duras penas un cuento, más

bien una estampa o breve viñeta, pero cada línea es un prodigio; a través de la figura de Louis Trimble, el hombre que "vuelve" a Nueva York tras pasar diez años completamente borracho y fuera del mundo, y está ahora interesado en "El cuello... Cómo la cabeza se une al cuerpo. [...] Es una cuestión de ritmo... Cole Porter volvió a los Estados Unidos en 1928 porque intuyó que había nuevos ritmos en el aire", es posible entrever la del propio Fitzgerald, siempre atento a las formas en que la modernidad se renueva constantemente a sí misma. "El Crack-up", único texto de esta antología que pertenece a la forma del ensayo autobiográfico, antes que a la ficción, enuncia la finalidad de este proceso, la certeza de que ninguna recuperación, ni siquiera redención, es posible: "A veces, sin embargo, hay que conservar el plato cuarteado en la alacena [...] Nunca se lo podrá volver a calentar sobre la hornalla [...] no se lo llevará a la mesa cuando haya visitas, pero servirá para poner galletitas a la noche tarde o guardar restos de comida en la heladera...".

F. Scott Fitzgerald ha sido denominado "el último romántico" (no por nada nombró una de su novelas más ambiciosas, Suave es la noche, a partir de la "Oda a un ruiseñor" de John Keats), y el romántico que había en él, y que nunca terminó de morir, hallaría su expresión en la inconclusa El último magnate, la historia de uno de los "fabricantes de sueños" de Hollywood, el productor Monroe Stahr, y que necesariamente engendraría su contracara en el mercenario autor de guiones que protagoniza el volumen Historias de Pat Hobby. Fitzgerald abandona en esta colección los acentos del drama romántico, la tragedia y las tentaciones de la autocompasión, y asume las formas amorales y gozosas de la picaresca; en el último de esta antología, "Pat Hobby y Orson Welles", Fitzgerald pone lado a lado a un hombre de talla heroica, el más grande director de cine del momento, con uno de esos eternos buscavidas de Hollywood, como haría años después Tim Burton en una memorable escena de su Ed Wood.

Carlos Gamerro

Bernice se corta el cabello

I

Los sábados, cuando caía la noche, desde el primer tee del campo de golf se veían las ventanas del club como una línea amarilla sobre un océano negro y ondulante. Las olas de ese océano, por así decirlo, eran las cabezas de una multitud de caddies curiosos, de algunos choferes ingeniosos y de la hermana sorda del instructor; y también había olas extraviadas y tímidas que, de haberlo querido, habrían podido entrar en el club. Eran la galería.

El palco estaba adentro. Consistía en un círculo de sillas de mimbre alineadas a lo largo de la pared del salón que funcionaba como lugar de reuniones y pista de baile. En los bailes de los sábados por la noche predominaba el público femenino; una numerosa Babel de damas maduras, de ojos impúdicos y corazones gélidos tras los impertinentes y los amplios escotes. La función principal del palco era criticar. Ocasionalmente expresaba cierta admiración reticente, pero jamás aprobación; porque las damas mayores de treinta y cinco años saben muy bien que cuando los jóvenes organizan un baile en verano lo hacen con las peores intenciones del mundo, y que si no fuese por el bombardeo de las miradas glaciales alguna pareja perdida bailaría extraños interludios bárbaros por los rincones, y las chicas más solicitadas, más peligrosas, se dejarían besar en las limusinas estacionadas de las viudas incautas.

Al fin y al cabo, este círculo de críticas no está lo suficientemente cerca del escenario como para ver las caras de los actores y captar los apartes más sutiles. Sólo pueden fruncir el ceño y ladear la cabeza, formular preguntas y extraer conclusiones satisfactorias a partir de un conjunto de hipótesis, como aquella que postula que todo joven acaudalado lleva una vida de perdiz perseguida por los

cazadores. Pero nunca llegan a comprender el drama del cambiante y a medias cruel mundo de la adolescencia.

No; los palcos, el foso de la orquesta, los protagonistas y el coro están representados por una mezcla de rostros y voces que giran al quejumbroso ritmo africano de Dyer y su orquesta de baile.

Desde Otis Ormonde, de dieciséis años, a quien todavía le faltan dos años más en Hill School, hasta G. Reece Stoddard, sobre cuyo escritorio cuelga un diploma de abogado de Harvard; desde la pequeña Madeleine Hogue, que se siente rara e incómoda con el cabello recogido en un rodete, hasta Bessie MacRae, que ha sido el alma de la fiesta quizá durante demasiado tiempo —ya van más de diez años—, el grupo no sólo es el centro de la escena, sino que reúne a las únicas personas que tienen una visión completa y despejada del escenario.

La música termina con un toque de trompeta y un golpe seco, rotundo. Las parejas intercambian sonrisas fáciles, artificiales, y repiten jocosamente "la-di-da-da-dum-dum" hasta que la estridencia de las jóvenes voces femeninas se destaca sobre el estallido de aplausos.

Algunos muchachos, decepcionados, sorprendidos cuando estaban a punto de entrar en la pista, regresaron de mala gana a las paredes. Porque esto no se parecía en nada a los bulliciosos bailes de Navidad; estos bailes de verano eran agradablemente cálidos y excitantes, y hasta los matrimonios más jóvenes se atrevían a bailar antiguos valses y extenuantes foxtrots bajo la mirada tolerante y divertida de sus hermanos y hermanas menores.

Warren McIntyre, que estudiaba en Yale sin tomárselo muy en serio, uno de los muchachos sin suerte, buscó un cigarrillo en el bolsillo de su chaqueta y salió a la amplia terraza en penumbra, donde las parejas distribuidas en las mesas bajo la luz de los faroles llenaban la noche de palabras vagas y risas confusas. Saludó con la cabeza a los menos absortos. Al pasar junto a cada pareja, recordaba algún fragmento semiolvidado de una historia, porque la ciudad era pequeña y todos conocían a la perfección el pasado ajeno. Allí estaban, por ejemplo, Jim Strain y Ethel Demorest, comprometidos en secreto desde hacía tres años. Todos sabían que en cuanto Jim se

las ingeniara para conservar un trabajo más de dos meses Ethel se casaría con él. Pero qué aburridos parecían, y con cuánto hastío miraba Ethel a Jim algunas veces, como si se preguntara por qué había dejado crecer la vid de su cariño sobre aquel álamo frágil sacudido por el viento.

Warren tenía diecinueve años y casi sentía lástima de sus amigos que no habían ido al Este, a la universidad. Pero, como la mayoría de los jóvenes, se jactaba de las chicas de su ciudad cuando estaba lejos. Chicas como Genevieve Ormonde, que asistía a todos los bailes, fiestas familiares y partidos de béisbol en Princeton, Yale, Williams y Cornell; o como Roberta Dillon, de ojos negros, tan célebre entre su generación como Hiram Johnson o Ty Cobb; y, por supuesto, como Marjorie Harvey, que además de tener cara de hada y una lengua deslumbrante y que provocaba desconcierto era celebrada con toda justicia por haber hecho tres piruetas seguidas en el último baile oficial de New Haven.

Warren, que se había criado en la misma calle que Marjorie, en la casa de enfrente, estaba "loco por ella" desde hacía mucho tiempo. Y aunque a veces Marjorie parecía retribuir su sentimiento con lánguida gratitud, lo había sometido a su prueba infalible y le había informado con toda seriedad que no lo amaba. La prueba era simple e indiscutible: cuando Marjorie estaba lejos de él, lo olvidaba y tenía aventuras con otros muchachos. Esto desalentaba a Warren, sobre todo porque Marjorie hacía viajes cortos durante todo el verano y cuando regresaba, durante los dos o tres primeros días, se acumulaban grandes pilas de cartas sobre la mesa del vestíbulo de los Harvey, todas dirigidas a Marjorie, con distintas caligrafías masculinas. Para empeorar todavía más las cosas, durante todo el mes de agosto recibió la visita de su prima Bernice, de Eau Claire, y se volvió imposible verla a solas. Siempre había que buscar a alguien que se ocupara de Bernice. Y con el correr del verano eso se volvía cada vez más difícil.

Por mucho que Warren venerara a Marjorie, tenía que admitir que su prima Bernice era bastante insulsa. Era bonita, tenía pelo negro y semblante saludable, pero no era divertida en las fiestas.

Cada sábado, por obligación, Warren bailaba una larga y esforzada pieza con Bernice para complacer a Marjorie, pero lo único que

conseguía era aburrirse.

—Warren…

Una voz suave a sus espaldas interrumpió sus pensamientos; al darse vuelta vio a Marjorie, sonrosada y radiante como de costumbre. Cuando ella le puso la mano sobre el hombro, lo envolvió un resplandor casi imperceptible.

—Warren —murmuró—, hazme un favor: baila con Bernice. Hace casi una hora que está clavada con ese chiquilín de Otis Ormonde.

El resplandor que envolvía a Warren se esfumó por completo.

—Bueno, está bien —respondió sin mucho entusiasmo.

—No te importa, ¿verdad? Procuraré que tampoco quedes clavado.

—No te preocupes por eso.

Marjorie sonrió… y su sonrisa fue el mejor agradecimiento.

—Eres un ángel, estoy en deuda contigo.

Con un suspiro, el ángel miró en dirección a la terraza, pero Bernice y Otis no estaban a la vista. Regresó al salón y frente al baño de damas encontró a Otis, en el centro de un grupo de muchachos que se retorcían de risa. Otis blandía un palo de madera que había tomado de algún sitio y no paraba de hablar.

—Fue a retocarse el peinado —anunció furibundo—. La estoy esperando para bailar con ella otra hora seguida.

Volvieron a reírse a carcajadas.

—¿Por qué no me reemplaza alguno de ustedes? —se lamentó con resentimiento—. A ella le gusta la variedad.

—Pero, Otis —sugirió un amigo—. Justo ahora que te estabas acostumbrando…

—¿Y ese palo, Otis? —preguntó Warren, sonriendo.

—¿Qué palo? Ah, ¿esto? Es un palo de golf. En cuanto salga del baño, la golpeo en la cabeza y vuelvo a embocarla en el hoyo.

Aullando de risa, Warren se dejó caer en un sofá.

—No te preocupes, Otis —consiguió decir por fin—. Yo te sustituiré ahora.

Otis simuló un desmayo repentino y le entregó el palo a Warren.

—Por si llegaras a necesitarlo, viejo —dijo con voz ronca.

Por muy bella y brillante que sea una chica, si los bailarines no se disputan sus encantos en la pista, sus acciones estarán en baja. Es probable que algunos muchachos prefieran su compañía a la de esas mariposas que bailan doce piezas seguidas una misma noche; pero los jóvenes de esta generación alimentada a jazz son inquietos por naturaleza y la idea de bailar más de un foxtrot entero con la misma chica les resulta desagradable, por no decir odiosa. Y si la cosa se prolonga unos cuantos bailes y varios intervalos, la chica puede estar segura de que el joven, una vez liberado, no volverá a pisar sus caprichosos pies.

Warren bailó toda la pieza siguiente con Bernice, y por fin, aprovechando una pausa, la condujo a una mesa en la terraza. Hubo un momento de silencio, Bernice movía sin gracia el abanico.

—Hace más calor aquí que en Eau Claire —dijo.

Warren reprimió un suspiro y asintió. Seguramente era cierto, pero no lo sabía ni le importaba. Se preguntó distraído si Bernice tenía poca conversación porque nadie le prestaba atención, o si nadie le prestaba atención porque tenía poca conversación.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo? —le preguntó, y enseguida se puso colorado. Bernice seguramente sospecharía las razones de su pregunta.

—Una semana más —respondió, y lo miró como esperando abalanzarse sobre la próxima frase en cuanto saliera de sus labios.

Warren empezó a ponerse nervioso. Presa de un repentino impulso

caritativo, decidió probar con Bernice una de sus especialidades. Se dio vuelta y la miró a los ojos.

—Tu boca es para comerla a besos —murmuró en voz muy baja.

Era la frase que solía decirles a las chicas en los bailes de la universidad mientras conversaban a media luz. Bernice se sobresaltó visiblemente al escucharla. Se puso roja como un tomate y agitó con torpeza su abanico. Nadie le había dicho jamás una frase subida de tono.

—¡Atrevido! —La palabra se le escapó sin darse cuenta, y se mordió el labio. Intentó componer el error y ser simpática, y esbozó una sonrisa nerviosa. Demasiado tarde.

Warren se enojó. Aunque ninguna chica se la tomaba en serio, la frase casi siempre provocaba risas o alguna clase de despliegue sentimental. Y además no soportaba que lo llamaran atrevido, salvo en broma. El impulso caritativo se esfumó, y cambió abruptamente de tema.

—Jim Strain y Ethel Demorest siguen juntos como siempre —comentó.

Eso combinaba mejor con su estilo, pero una punzada de dolor ensombreció el alivio que le causaba cambiar de tema. Los hombres no hablaban de bocas besables con Bernice, pero ella sabía que les decían cosas así a las otras chicas.

—Ah, sí —dijo Bernice, y se rio—. Escuché decir que llevan años perdiendo el tiempo, sin un centavo para poder casarse. ¿No es una imbecilidad?

El disgusto de Warren aumentó. Jim Strain era amigo de su hermano y, además y en cualquier caso, le parecía de pésima educación burlarse de alguien porque no tenía dinero. Pero Bernice no había querido burlarse de nadie. Sólo estaba nerviosa.

II

Eran más de las doce cuando Marjorie y Bernice llegaron a casa y se dieron las buenas noches en el rellano de la escalera. Aunque eran primas, no eran íntimas. En realidad, Marjorie no tenía amigas íntimas: las chicas le parecían estúpidas. Bernice, por el contrario, añoraba intercambiar esas confidencias matizadas con risas y lágrimas —que a su entender eran un elemento indispensable en cualquier relación entre mujeres— durante la visita organizada por sus padres. Pero en este aspecto Marjorie le resultaba bastante fría; cuando hablaba con ella sentía, en cierto modo, la misma dificultad que cuando hablaba con los varones. Marjorie nunca se reía sin motivo, jamás se asustaba, rara vez se sonrojaba, y de hecho tenía muy pocas de esas cualidades que Bernice consideraba adecuada y dichosamente femeninas.

Esa noche, entretenida con el cepillo de dientes y el dentífrico, Bernice se preguntó por centésima vez por qué nadie le prestaba atención cuando estaba lejos de su casa. Nunca se le había ocurrido pensar que el éxito social del que disfrutaba en su ciudad natal se debía a que su familia era la más rica de Eau Claire, a que su madre no paraba de invitar gente y ofrecer meriendas en honor de su hija antes de cada baile, y al hecho de que le hubiera comprado un automóvil para dar vueltas por ahí. Como la mayoría de las chicas, Bernice se había criado con leche caliente preparada por Annie Fellows Johnston y con esas novelas donde la mujer es amada debido a ciertas cualidades femeninas misteriosas, siempre mencionadas pero nunca explicadas con detalle.

Bernice se sentía levemente herida por no ser solicitada. No sabía que, de no ser por la exhaustiva campaña que Marjorie había llevado a cabo, habría bailado toda la noche con el mismo galán; pero sí sabía que, incluso en Eau Claire, otras chicas en peor posición social y con menos atributos eran mucho más populares que ella. Bernice atribuía el éxito al hecho de que esas chicas, en cierto modo sutil, no tenían escrúpulos. Eso nunca le había quitado el sueño, pero de haber ocurrido, su madre le habría asegurado que las otras no se valoraban a sí mismas y que los hombres sólo respetaban a mujeres como Bernice.

Apagó la luz del baño y tuvo el impulso de ir a charlar un rato con

su tía Josephine, que tenía la luz encendida. Las chinelas mullidas la llevaron sin hacer ruido por la alfombra del corredor, pero escuchó voces en la habitación y se detuvo delante de la puerta entreabierta. Entonces oyó su nombre, y aunque no tenía la clara intención de escuchar a escondidas, se quedó inmóvil, indecisa, mientras el hilo de la conversación atravesaba su conciencia como enhebrado en una aguja.

—¡Es un caso perdido! —Era la voz de Marjorie—. ¡Ah, ya sé lo que vas a decir! ¡Mucha gente comenta lo linda y lo dulce que es, y lo bien que cocina! ¿Y con eso qué? Es más aburrida que una ostra. No les gusta a los hombres.

—¿Y qué importancia tiene la popularidad barata?

La señora Harvey sonaba disgustada.

—Es lo más importante del mundo cuando tienes dieciocho años —respondió Marjorie con énfasis—. Yo hice todo lo que pude. Fui amable y convencí a unos cuantos para que bailaran con ella, pero los hombres no soportan aburrirse. ¡Cuando pienso en ese cutis deslumbrante desperdiciado en semejante tonta, y en cómo lo aprovecharía Martha Carey, me dan ganas de…!

—La amabilidad es cosa del pasado.

La voz de la señora Harvey dejaba traslucir que las situaciones de la vida moderna la superaban. Cuando ella era joven, todas las señoritas de buena familia lo pasaban divinamente bien.

—Bueno —dijo Marjorie—, ninguna chica puede hacerse cargo todo el tiempo de una invitada estúpida y pesada, porque en esta época de la vida lo único que te importa es tu propia persona. Incluso intenté darle algunas pistas sobre ropa y otras cosas, pero se puso furiosa. Me miró mal… Tiene sensibilidad suficiente para comprender que no le va demasiado bien, pero apuesto que se consuela pensando que es virtuosa, y que yo soy demasiado alegre y voluble y voy a terminar mal. Eso piensan todas las chicas a las que nadie presta atención. ¡Son unas amargadas! ¡Sarah Hopkins anda diciendo por ahí que Genevieve, Roberta y yo somos como gardenias: flores de un día! Apuesto a que daría diez años de su

vida y su educación europea por ser flor de un día y tener a tres o cuatro hombres enamorados de ella, y que se la arrebataran unos a otros de los brazos después de unos pocos pasos de baile.

—Me parece —interrumpió la señora Harvey con cansancio— que podrías hacer algo por Bernice. Sé que no es una chica particularmente vivaz.

Marjorie resopló.

—¡Vivaz! ¡Dios mío! Jamás la escuché decirle nada a un chico excepto que hace calor, o que la pista está atestada de gente, o que el año que viene irá a estudiar a Nueva York. A veces les pregunta qué automóvil tienen y les dice la marca del suyo. ¡Apasionante!

Después de un breve silencio, la señora Harvey retomó su cantilena.

—Lo único que sé es que otras chicas que no son ni la mitad de dulces y atractivas consiguen pareja. Martha Carey, por ejemplo, es gorda y malhablada y tiene una madre inconfundiblemente vulgar. Roberta Dillon está tan delgada este año como para recomendarle que pase una temporada en Arizona. Y encima baila hasta caerse muerta.

—Pero, mamá —objetó Marjorie con impaciencia—, Martha es alegre e ingeniosa y es una chica tremendamente seductora, y Roberta es una bailarina excepcional. ¡Hace siglos que es la preferida de todos!

La señora Harvey bostezó.

—Creo que la culpa de todo la tiene esa loca sangre india de Bernice —continuó Marjorie—. Quizá está volviendo a sus orígenes. Las mujeres indias se quedaban sentadas, tiesas como postes, y nunca decían nada.

—Vete a la cama, niña tonta —rio la señora Harvey—. Jamás te lo habría contado de haber sabido que ibas a recordarlo. Y pienso que la mayoría de tus ideas son idioteces consumadas —concluyó soñolienta.

Hubo otro silencio: Marjorie se preguntaba si valía o no la pena

convencer a su madre. Era casi imposible convencer de nada a las personas mayores de cuarenta años. A los dieciocho nuestras convicciones son montañas desde donde oteamos el horizonte; a los cuarenta y cinco son cuevas donde nos escondemos.

Habiendo llegado a esa conclusión, Marjorie le dio las buenas noches a su madre. Cuando salió de la habitación, el pasillo estaba vacío.

III

A la mañana siguiente, tarde, Marjorie estaba desayunando. Bernice entró, la saludó con un buenos días más bien formal, se sentó frente a ella, la miró fijo y se humedeció ligeramente los labios.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marjorie, desconcertada. Bernice hizo una pausa antes de arrojar la bomba.

—Anoche te escuché hablar de mí con tu madre.

Marjorie se sorprendió, pero apenas se sonrojó un poco y, cuando habló, su voz no temblaba.

—¿Dónde estabas?

—En el pasillo. No era mi intención escuchar… al principio.

Después de una involuntaria mirada de desprecio, Marjorie bajó los ojos y se concentró en mantener un copo de maíz en perfecto equilibrio sobre su dedo índice.

—Creo que será mejor que vuelva a Eau Claire, si tanto te molesto. —El labio inferior le temblaba con violencia, y prosiguió con voz indecisa—: Yo intenté ser amable pero… al principio nadie me prestaba la más mínima atención y después me insultaron. Nunca traté así a mis invitados.

Marjorie se quedó callada.

—Pero soy un estorbo, ya lo sé. Soy un peso para ti. No les gusto a tus amigos. —Hizo una pausa, y entonces recordó otro agravio—. Por supuesto que me enfurecí la semana pasada cuando insinuaste que ese vestido no me quedaba bien. ¿Piensas que no sé vestirme sola?

—No —murmuró Marjorie, a media voz.

—¿Qué?

—Yo no te insinué nada —dijo Marjorie sucintamente—. Dije, si no recuerdo mal, que era preferible ponerse tres veces seguidas un vestido que queda bien que alternarlo con dos mamarrachos.

—¿Te parece que es amable decir una cosa así?

—Yo no quería ser amable. —Después de una pausa, añadió—: ¿Cuándo quieres irte?

Bernice suspiró hondo.

—¡Ay! —Fue casi un sollozo.

Marjorie levantó la vista, sorprendida.

—¿No dijiste que te ibas?

—Sí, pero…

—Ah, ¡entonces era una amenaza!

Se miraron fijamente sobre la mesa del desayuno. Olas brumosas cruzaban los ojos de Bernice, pero la cara de Marjorie tenía esa expresión dura que ponía cuando los estudiantes, un poco borrachos, intentaban seducirla.

—Así que estabas amenazando —repitió, como si fuera lo único que cabía esperar.

Bernice lo admitió rompiendo en llanto. Los ojos de Marjorie tenían una expresión de aburrimiento.

—Eres mi prima —sollozó Bernice—. Soy tu invitada. Iba a quedarme un mes, y si vuelvo a casa ahora mi madre se dará cuenta de que algo pasó y pensará que…

Marjorie esperó que el torrente de palabras entrecortadas se disipara en pequeños hipos.

—Te daré mi mensualidad —dijo fríamente— para que puedas pasar esta última semana donde se te antoje. Hay un hotel muy lindo en…

Los sollozos de Bernice se elevaron hasta alcanzar una nota altisonante, aflautada, y después se levantó y salió corriendo.

Una hora más tarde, cuando Marjorie estaba en la biblioteca, absorta en la redacción de una de esas cartas maravillosamente evasivas y nada comprometedoras que sólo una adolescente es capaz de escribir, Bernice reapareció, con los ojos enrojecidos y calculadamente tranquila. Sin mirar a Marjorie tomó al azar un libro de un estante y se sentó como para leer. Marjorie daba la impresión de estar totalmente concentrada en su carta y continuó escribiendo. Cuando el reloj dio las doce, Bernice cerró el libro de un golpe.

—Supongo que tendría que ir a comprar el pasaje.

No era el comienzo del discurso que había ensayado arriba pero, ya que Marjorie no captaba sus indirectas y no la instaba a ser razonable diciéndole que todo había sido un malentendido, fue el mejor comienzo que pudo pergeñar.

—Espera que termine esta carta —dijo Marjorie sin levantar la vista del papel—. Quiero que salga en el próximo correo.

Durante un minuto entero la lapicera continuó arañando el papel afanosamente; después Marjorie se dio vuelta y levantó la vista con el aire relajado de quien dice: “A tus órdenes”. Bernice tuvo que volver a hablar.

—¿Quieres que me vaya?

—Bueno —dijo Marjorie, reflexionando—, supongo que, si no la

estás pasando bien, es mejor que te vayas. Para qué ser infeliz estando…

—¿No crees que la amabilidad más elemental…?

—¡Ah, por favor, no cites Mujercitas! —exclamó Marjorie con impaciencia—. No está de moda.

—¿Tú crees?

—Por Dios, ¡sí! ¿Qué chica moderna podría vivir como esas cuatro insulsas?

—Fueron los modelos de nuestras madres.

Marjorie soltó una carcajada.

—¡Jamás fueron modelo de nada! Nuestras madres eran perfectas a su manera, pero no entienden nada de los problemas de sus hijas.

Bernice se levantó.

—Por favor, no hables de mi madre.

Marjorie volvió a reír.

—No creo haberla mencionado.

Bernice sintió que le estaban cambiando de tema.

—¿Piensas que me has tratado muy bien?

—Hice todo lo posible. Eres un hueso duro de roer.

Los bordes de los párpados de Bernice enrojecieron.

—Tú sí que eres dura y egoísta. Y no tienes ninguna cualidad femenina.

—¡Por Dios! —exclamó Marjorie, desesperada—. Eres una idiota. Las chicas como tú son responsables de todos esos matrimonios aburridos e insípidos, de todas esas taras detestables que pasan por virtudes femeninas. Qué golpe debe ser para un hombre

imaginativo casarse con un hermoso montón de ropa en torno al cual ha estado construyendo ideales y descubrir que su mujer no es más que una débil, quejosa y cobarde montaña de remilgos y amaneramientos.

Bernice estaba boquiabierta.

—¡La mujer femenina! —continuó Marjorie—. Desperdicia su juventud lloriqueando y criticando a las chicas como yo, que saben pasarla bien.

La mandíbula de Bernice bajaba más de lo que subía la voz de Marjorie.

—Las chicas feas sí tienen motivos para quejarse. Si yo hubiera sido irremediablemente fea, jamás habría perdonado a mis padres por traerme al mundo. Pero tú estás empezando la vida sin desventaja. —Marjorie cerró el puño—. Si esperas que llore contigo, te vas a decepcionar. Quédate o vete, como quieras. —Recogió sus cartas y salió.

Bernice pretextó un dolor de cabeza y no apareció a la hora de almorzar. Esa tarde tenían una cita pero, como la jaqueca continuaba, Marjorie tuvo que darle explicaciones a un chico que no se mostró precisamente decepcionado. Sin embargo, cuando regresó a última hora de la tarde, encontró a Bernice esperándola en su dormitorio con una expresión extrañamente decidida.

—Estuve pensando —dijo Bernice sin preliminares— que quizá tengas razón sobre ciertas cosas… posiblemente no. Pero si me dices por qué tus amigos no… no tienen interés en mí, intentaré hacer lo que me sugieras que haga.

Marjorie estaba frente al espejo, cepillándose el pelo.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Sin reservas? ¿Harás exactamente lo que yo diga?

—Bueno, yo…

—¡Bueno nada! ¿Harás exactamente lo que yo diga?

—Si son cosas razonables.

—¡No lo son! Tú no estás para cosas razonables…

—¿Me harás hacer…? ¿Me aconsejarás…?

—Sí, todo. Si te digo que aprendas a boxear, tendrás que hacerlo. Escribe a tu casa y dile a tu madre que te vas a quedar otras dos semanas.

—Si primero me dijeras…

—Muy bien. Ahora mismo te daré algunos ejemplos. Primero, te falta naturalidad. ¿Por qué? Porque nunca te sientes segura de tu aspecto. Cuando una chica sabe que está perfectamente maquillada, peinada y vestida, puede olvidarse de su aspecto. Eso es encanto. Cuantas más partes de tu persona puedes darte el lujo de olvidar, más encanto tienes.

—¿No me veo bien?

—No. Por ejemplo, jamás te preocupas por tus cejas. Son negras y lustrosas, sí; pero si las dejas crecer tal como salen se transforman en un defecto. Serían divinas si las cuidaras la décima parte del tiempo que pierdes en no hacer nada. Debes peinártelas para que crezcan derechas.

Bernice enarcó las cejas, interrogante.

—¿Estás diciendo que los hombres se fijan en las cejas?

—Sí… inconscientemente. Y cuando vuelvas a casa, debes pedir que te enderecen un poco los dientes. Es casi imperceptible, pero…

—Pero yo creía —la interrumpió Bernice, perpleja— que despreciabas esas pequeñas delicadezas femeninas.

—Odio las mentes delicadas —contestó Marjorie—. Pero una chica debe ser la delicadeza en persona. Si su aspecto es deslumbrante puede hablar de Rusia, de ping-pong o de la Liga de Naciones, y

salirse con la suya.

—¿Qué más?

—Esto es sólo el comienzo. También está tu manera de bailar.

—¿No bailo bien?

—No, por supuesto que no: te apoyas en el hombre; sí, lo haces, aunque casi no se note. Me di cuenta ayer, cuando bailamos juntas. Y además bailas tiesa, en vez de inclinarte un poco. Seguramente alguna vieja, de esas que se sientan al costado de la pista, te habrá dicho que así parecías más digna. Pero salvo que seas muy baja, es mucho más difícil para el hombre bailar así, y el hombre es lo único que importa.

—Sigue, sigue. —La cabeza de Bernice era un remolino.

—Bueno. Tienes que aprender a ser simpática con esos hombres que son como pájaros tristes. Das la impresión de sentirte insultada cuando te saca a bailar alguno de los chicos menos solicitados. ¿Por qué crees, Bernice, que en cuanto empiezo a bailar vienen a arrancarme de los brazos de mi pareja? ¿Y quién viene casi siempre? Uno de esos pájaros tristes. Ninguna chica puede darse el lujo de ignorarlos. Son mayoría. Los chicos jóvenes que son demasiado tímidos para hablar son ideales para practicar conversación. Los chicos torpes son los mejores para practicar baile. Si puedes seguirles el tren, y a pesar de eso lucir encantadora, serás capaz de seguir a un tanque de artillería a través de un alambrado más alto que un rascacielos.

Bernice exhaló un hondo suspiro, pero Marjorie no había terminado.

—Si vas a bailar y consigues entretener, digamos, a tres de esos pájaros solitarios, si sabes darles conversación para que olviden que quizá pasaron demasiado tiempo bailando contigo, habrás conseguido algo muy importante. Volverán la próxima vez, y poco a poco serán tantos los pájaros tristes que bailen contigo que los chicos atractivos verán que no corren peligro de quedar atrapados… y entonces te sacarán a bailar.

—Sí —asintió Bernice, lánguida—. Creo que estoy empezando a comprender.

—Y al final —concluyó Marjorie—, la naturalidad y el encanto vendrán solos. Una mañana te despertarás sabiendo que lo has conseguido, y los hombres también lo sabrán.

Bernice se levantó.

—Has sido sumamente amable, pero nadie me había hablado así antes y me siento un poco desconcertada.

Marjorie no respondió: contemplaba pensativa su propia imagen en el espejo.

—Eres un tesoro, gracias por ayudarme —prosiguió Bernice.

Marjorie tampoco respondió esta vez y Bernice pensó que estaba mostrando demasiada gratitud.

—Sé que no te gustan los sentimentalismos —dijo tímidamente.

Marjorie la miró.

—Oh, no estaba pensando en eso. Pensaba si no convendría que te cortáramos el pelo.

Bernice cayó boca arriba en la cama.

IV

La tarde del miércoles siguiente había una fiesta en el club de campo. Cuando entraron los invitados, Bernice descubrió, con algo de fastidio, el lugar que le habían asignado en la mesa. Aunque a su derecha se sentaría G. Reece Stoddard, el soltero más codiciado, el importantísimo puesto a su izquierda estaba reservado a Charley Paulson. A Charley le faltaba altura, belleza y desenvoltura social, y a la luz de sus nuevos conocimientos, Bernice pensó que su único

mérito para ser su pareja era que nunca la había sacado a bailar. Pero el fastidio desapareció con el último plato y Bernice recordó las instrucciones de Marjorie. Tragándose el orgullo, miró a Charley Paulson y se lanzó al ruedo.

—¿Crees que debería cortarme el pelo, estimado Charley Paulson?

Charley levantó los ojos sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque lo estoy pensando. Es una manera fácil y segura de llamar la atención.

Charley sonrió, complacido. No podía saber que todo era premeditado. Contestó que no sabía nada sobre cortes de pelo. Pero Bernice estaba allí para esclarecerlo.

—Quiero ser una vampiresa de la alta sociedad, ¿sabes? —anunció con desparpajo, y enseguida procedió a informarle que el corte de pelo era el preludio necesario. Agregó que quería pedirle consejo porque había escuchado decir que era muy exigente en lo que respecta a las chicas.

Charley, que sabía tanto de psicología femenina como de los estados mentales de los monjes budistas, se sintió vagamente halagado.

—Así que he decidido —continuó Bernice, alzando un poco la voz— que a principios de la próxima semana iré a la peluquería del Hotel Sevier, me sentaré en el primer sillón y me haré cortar el pelo.

Titubeó al notar que los que estaban cerca habían dejado de hablar para escucharla, pero tras un instante de confusión, recordó los consejos de Marjorie y concluyó la frase dirigiéndose a todos sus posibles oyentes.

—Por supuesto que cobraré entrada, pero si quieren venir a alentarme les reservaré la primera fila.

Se oyeron unas cuantas risas de aprobación y, aprovechando la oportunidad, G. Reece Stoddard se inclinó hacia ella y le dijo al oído:

—Reservo un palco ahora mismo.

Bernice lo miró a los ojos y le sonrió como si hubiera dicho algo excepcionalmente brillante.

—¿Qué piensas del cabello corto? —le preguntó G. Reece en voz baja.

—Creo que es inmoral —afirmó Bernice, muy seria—. Pero ya se sabe: hay que entretener o alimentar o escandalizar a la gente.

Marjorie había copiado la frase de Oscar Wilde. Los hombres la recibieron con risas y las chicas con miradas rápidas y penetrantes. Y enseguida, como si no hubiese dicho nada ingenioso ni extraordinario, Bernice miró a Charley y le habló confidencialmente al oído.

—Quiero saber tu opinión sobre algunas personas. Imagino que eres un gran conocedor de la naturaleza humana.

Charley se estremeció ligeramente y le dedicó un sutil cumplido… derramando su vaso de agua.

Dos horas después, Warren McIntyre miraba abstraído desde afuera de la pista a los que bailaban, rodeado de su grupo de varones. Se preguntaba hacia dónde y con quién había desaparecido Marjorie. Poco a poco, de modo inconexo, una idea comenzó a adueñarse de él: la impresión de que Bernice, la prima de Marjorie, había cambiado de pareja varias veces en los últimos cinco minutos. Cerró los ojos, los abrió, y volvió a mirar. Minutos antes Bernice estaba bailando con un chico que estaba de paso por la ciudad, cosa que podía explicarse fácilmente: un chico de paso no podría haber hecho otra cosa. Pero ahora bailaba con otro, y Charley Paulson avanzaba hacia ella con mirada entusiasta y decidida. Qué curioso: Charley rara vez bailaba con más de tres chicas en una misma noche.

Warren quedó absolutamente perplejo cuando, concretado el intercambio de parejas, el bailarín sustituido resultó ser, ni más ni menos, que G. Reece Stoddard. Y G. Reece no parecía para nada contento de que lo hubieran relevado. Cuando Bernice pasó cerca

de él, bailando, Warren la observó con atención. Sí, era bonita, notablemente bonita, y esta noche estaba radiante. Tenía esa expresión que ninguna mujer, aunque sea una excelente actriz, puede fingir con éxito: parecía estar divirtiéndose. A Warren le gustaba su peinado; se preguntó si el brillo del cabello se debía a la brillantina. Y el vestido le quedaba muy bien: un rojo oscuro que resaltaba el color de la piel y las sombras de los ojos. Recordó que le había parecido bonita cuando llegó a la ciudad, antes de darse cuenta de que era aburrida. Qué pena que fuera aburrida: las chicas aburridas son insoportables. Pero sí, era bonita.

Su pensamiento volvió, zigzagueando, a Marjorie. Esta desaparición sería igual que las otras. Cuando reapareciera, él le preguntaría dónde había estado y ella le respondería tajante que eso no era asunto suyo. Era una lástima que estuviera tan segura de tenerlo en su poder. Marjorie disfrutaba sabiendo que a él no le interesaba ninguna otra chica; lo desafiaba a enamorarse de Genevieve o de Roberta.

Warren suspiró. El camino hacia el corazón de Marjorie era un laberinto. Levantó la vista. Bernice bailaba otra vez con el chico que estaba de paso. Casi sin pensarlo, se apartó del grupo de los que no bailaban y fue hacia ella. Pero se detuvo a mitad de camino y se dijo a sí mismo que lo hacía por lástima. Volvió a avanzar y se chocó con G. Reece Stoddard.

—Perdón —dijo Warren.

Pero G. Reece no perdió tiempo en disculparse: ya estaba bailando de nuevo con Bernice.

Esa noche, a la una, Marjorie, con una mano en el interruptor de la lámpara del vestíbulo, se dio vuelta para mirar por última vez los ojos radiantes de Bernice.

—Así que funcionó, ¿eh?

—Sí, Marjorie, ¡sí! —exclamó Bernice.

—Vi que lo pasaste muy bien.

—¡Es verdad! El único problema fue que hacia la medianoche me quedé sin tema de conversación. Tuve que repetirme… con hombres diferentes, por supuesto. Espero que no comparen las versiones.

—Los hombres no comparan —dijo Marjorie, bostezando—, y si lo hicieran no tendría la menor importancia: te encontrarían aún más interesante.

Apagó la luz y, mientras subían las escaleras, Bernice se apoyó con alivio en la baranda. Era la primera vez en su vida que se cansaba de tanto bailar.

—Ya viste —dijo Marjorie en lo alto de la escalera—, cuando un hombre ve que otro te saca a bailar mientras aún estás bailando con él, piensa que debes tener algo especial. Bueno, mañana aprenderemos otras cosas. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mientras se deshacía el peinado, Bernice pasó revista a la noche. Había seguido las instrucciones de Marjorie al pie de la letra. Incluso había simulado placer cuando Charley Paulson la invitó a bailar por octava vez, mostrándose a la vez interesada y halagada. No había hablado del tiempo, ni de Eau Claire, ni de automóviles, ni de sus estudios; en cambio, se había limitado a tres temas de conversación: yo, tú, nosotros.

Pocos minutos antes de dormirse, un pensamiento rebelde cruzó su cabeza soñolienta: después de todo, el mérito era suyo. Era verdad que Marjorie le había sugerido los temas de conversación, pero Marjorie extraía sus temas de conversación de sus lecturas. Ella, Bernice, había elegido el vestido rojo, aunque era cierto que no le gustaba demasiado hasta que Marjorie lo sacó del baúl… Pero ella, con su propia voz, había pronunciado las palabras, y había sonreído con sus labios, y había bailado con sus pies. Marjorie era simpática… pero presumida. Simpática noche… Chicos simpáticos… Como Warren… Warren… Warren… ¿cómo se llamaba…? Warren…

Se quedó dormida.

V

La semana siguiente fue una revelación para Bernice. La sensación de que la gente disfrutaba mirándola y escuchándola cimentó su confianza en sí misma. Por supuesto que al principio cometió muchísimos errores. Por ejemplo, no sabía que Draycott Deyo era seminarista, ni tampoco que la había invitado a bailar porque la creía una chica discreta y reservada. De haberlo sabido, no habría empleado la táctica de empezar con un "¡Hola, bombón!" ni continuado con la historia de la bañera: "Me requiere muchísima energía peinarme en verano: tengo el cabello muy largo; así que primero me peino, luego me maquillo y me pongo el sombrero y después me meto en la bañera… y al final me visto. ¿No te parece el mejor método?".

Aunque Draycott Deyo tenía sus reservas con el bautismo por inmersión y podría haber encontrado alguna conexión entre ambas cosas, cabe señalar que no la encontró. El baño de inmersión femenino le parecía un asunto inmoral, y acto seguido le expuso a Bernice algunas de sus ideas sobre la depravación de la sociedad moderna.

Pero, para compensar el desafortunado episodio, Bernice tenía varios puntos a su favor. El pequeño Otis Ormonde había renunciado a un viaje a la costa este para seguirla con devoción de cachorro, para diversión de sus amigos e irritación de G. Reece Stoddard: Otis arruinaba sus visitas vespertinas con la ternura nauseabunda de las miradas que dirigía a Bernice. Incluso le contó la historia del palo y el baño para explicarle cómo se habían equivocado él y todos los demás al juzgarla. Bernice se rio del incidente, pero una sombra de abatimiento pasó por sus ojos.

Quizá el más conocido y universalmente celebrado de los temas de conversación de Bernice era el corte de pelo.

—Bernice, ¿cuándo te vas a cortar el pelo?

—Pasado mañana, quizá —contestaba riéndose—. ¿Vendrán a verme? Ya saben que cuento con ustedes.

—¡Por supuesto que iremos! En cuanto te decidas.

Bernice, cuyas intenciones de ir a la peluquería eran rigurosamente falsas, volvía a reírse.

—Ya falta poco. Les daré una sorpresa.

Pero quizá el más significativo símbolo de su éxito arrasador fue el automóvil gris del hipercrítico Warren McIntyre estacionado todos los días frente a la casa de los Harvey. Al principio, la mucama quedó perpleja cuando Warren preguntó por Bernice en lugar de Marjorie; una semana después, le dijo a la cocinera que Bernice le había robado a Marjorie su mejor pretendiente.

Y Bernice se lo había robado. Quizá todo empezó porque Warren quería darle celos a Marjorie; quizá se debiera al sello familiar, aunque irreconocible, que el estilo de Marjorie había impreso en las conversaciones de Bernice; quizá fueron ambas cosas y un poco de sincera atracción. Pero de cualquier modo, una semana después, los jóvenes del grupo opinaban que el más constante entre los pretendientes de Marjorie había dado un giro imprevisible y se lanzaba a la conquista de su invitada. La pregunta del millón era cómo lo tomaría ella. Warren llamaba por teléfono a Bernice dos veces al día, le mandaba cartas, y se los veía frecuentemente en el descapotable, obviamente embarcados en una de esas tensas e importantísimas conversaciones acerca de la sinceridad de Warren.

Cuando le tomaban el pelo, Marjorie se limitaba a reír. Decía que estaba contentísima de que Warren hubiese encontrado por fin alguien capaz de valorarlo. Así que los demás también se reían y, creyendo que a Marjorie no le importaba, finalmente se olvidaron del asunto.

Una tarde, cuando sólo faltaban tres días para su partida, Bernice esperaba en el vestíbulo a Warren para ir a jugar al bridge. Estaba de excelente humor, y cuando Marjorie —que también era de la partida— apareció de pronto y empezó a acomodarse el sombrero frente al espejo, Bernice no estaba preparada para ninguna clase de

enfrentamiento. Marjorie, con absoluta frialdad y concisión, sólo dijo tres frases.

—Será mejor que te saques a Warren de la cabeza.

—¿Qué? —Bernice estaba estupefacta.

—Llegó el momento de que dejes de hacerte la tonta con Warren McIntyre. Le importas un bledo.

Se miraron tensas: Marjorie, burlona y distante; Bernice azorada, a mitad de camino entre el enojo y el miedo. Dos automóviles se detuvieron frente a la casa con un gran estruendo de bocinas. Las primas se sobresaltaron y salieron corriendo juntas.

Mientras jugaba al bridge, Bernice luchaba en vano por dominar su creciente inquietud. Había ofendido a Marjorie, la esfinge de las esfinges. Con las intenciones más honestas e inocentes del mundo, había robado algo que le pertenecía. Se sintió repentina y horriblemente culpable. Después de la partida, cuando charlaban entre amigos y todos intervenían en la conversación, la tormenta se fue formando de a poco. Sin darse cuenta, el pequeño Otis Ormonde la precipitó.

—¿Cuándo vuelves al jardín de infantes, Otis? —le había preguntado alguien.

—¿Yo? El día que Bernice se corte el pelo.

—Entonces ya terminaste los estudios —dijo Marjorie rápidamente —. Sólo era una amenaza. Creí que ya te habías dado cuenta.

—¿Es verdad lo que dice Marjorie? —preguntó Otis, mirando a Bernice con reproche.

A Bernice le ardían las orejas mientras buscaba una respuesta eficaz. Pero el ataque directo había paralizado su imaginación.

—Hay muchas amenazas en el mundo —continuó Marjorie, disfrutando como nunca—. Creí que estabas en edad de saberlo, Otis.

—Bueno —dijo Otis—, tal vez sea así, pero… con lo divertida que es Bernice…

—¿Seguro? —bostezó Marjorie—. ¿Cuál fue su último chiste?

Nadie parecía saberlo. A decir verdad, Bernice, entretenida con el pretendiente de su musa, no había dicho nada memorable últimamente.

—¿De verdad era todo una broma? —preguntó Roberta con curiosidad.

Bernice titubeó. Sabía que todos esperaban un golpe de efecto pero, bajo la mirada súbitamente gélida de su prima, se sentía absolutamente incapacitada.

—No lo sé —balbuceó.

—¡Era mentira! —exclamó Marjorie—. ¡Admítelo!

Bernice vio que Warren había dejado el ukelele con el que estaba jugueteando y la miraba interrogante.

—¡No lo sé! —repitió, obcecada. Tenía las mejillas encendidas.

—¡Mentira! —insistió Marjorie.

—Vamos, Bernice —la animó Otis—. Dile que se calle.

Bernice volvió a mirar a su alrededor, incapaz de evitar la mirada de Warren.

—Me gusta el pelo bien corto —se apresuró a decir, como si él se lo hubiera preguntado— y así me lo pienso cortar.

—¿Cuándo? —preguntó Marjorie.

—Un día de estos.

—Hoy es el mejor día —sugirió Roberta.

Otis se levantó de un salto.

—¡Magnífico! —exclamó—. Vamos a organizar la fiesta del corte de pelo. Te lo vas a cortar en la peluquería del Hotel Sevier, creo que dijiste.

Todos se habían puesto de pie. El corazón de Bernice latía con violencia.

—¿Qué? —balbuceó.

La voz de Marjorie se destacó en el grupo, muy clara y despectiva.

—No se preocupen: se echará atrás.

—¡Vamos, Bernice! —exclamó Otis, yendo hacia la puerta.

Cuatro ojos —los de Warren y los de Marjorie— la miraban fijamente, la juzgaban, la desafiaban. Dudó, espantada, un segundo más.

—Está bien —dijo de pronto—, qué más da.

Al anochecer, una eternidad de minutos más tarde, rumbo al centro en el descapotable de Warren, seguido por el coche de Roberta con todo el grupo, Bernice experimentó las mismas sensaciones que María Antonieta habrá experimentado cuando la trasladaban en un carro hacia la guillotina. Se preguntaba confundida por qué no gritaba que todo había sido un malentendido. Le costaba no llevarse las manos al pelo para defenderlo de un mundo repentinamente hostil. No hizo ninguna de las dos cosas. Ni siquiera el recuerdo de su madre podía detenerla. Esta era la prueba suprema de su don de gentes: así conquistaría su derecho a caminar sin que nadie la desafiara en el firmamento estelar de las chicas admiradas por todos.

Warren estaba callado, de mal humor; cuando llegaron al hotel, frenó junto al cordón y con un gesto de la cabeza invitó a Bernice a que lo precediera. El coche de Roberta descargó una multitud risueña en la peluquería, que tenía dos enormes vidrieras.

Parada junto al cordón, Bernice miraba el cartel de la Peluquería Sevier. Sí, era la guillotina, y el verdugo era el peluquero, que con bata blanca y fumando un cigarrillo, se apoyaba indolente en el

primer sillón. Seguramente estaba al tanto; seguramente la había esperado toda la semana, fumando eternos cigarrillos junto a ese portentoso y demasiadas veces nombrado primer sillón. ¿Le vendaría los ojos? No, pero le pondría una toalla blanca alrededor del cuello para que la sangre —qué tontería, el pelo— no le manchara el vestido.

—Ánimo, Bernice —dijo Warren.

Con el mentón en alto atravesó la vereda, empujó la puerta vaivén y, sin mirar al grupo bullicioso, escandaloso, que ocupaba el banco de espera, se acercó al peluquero.

—Quiero cortarme el pelo.

El peluquero quedó boquiabierto. El cigarrillo se le cayó al suelo.

—¿Eh?

—¡Quiero que me corte el pelo!

Harta de preámbulos, Bernice se encaramó en el sillón. Un tipo que ocupaba el sillón vecino la miró de reojo, entre la espuma y el estupor. Otro peluquero se sobresaltó y arruinó el corte de cabello mensual del pequeño Willy Schuneman. El viejo O'Reilly, en el último sillón, gruñó y maldijo musicalmente en antiguo gaélico cuando la navaja del barbero le cortó la mejilla. Dos limpiabotas abrieron bien grandes los ojos y se abalanzaron a los pies de Bernice. No, Bernice no quería que le lustraran los zapatos.

En la calle, un transeúnte se detuvo a mirar, asombrado; una pareja lo imitó; media docena de narices infantiles se aplastaron contra la vidriera; fragmentos de conversación llegaban a la peluquería arrastrados por la brisa estival.

—¡Miren, un muchacho de pelo largo!

—¿Qué es esa cosa? Están afeitando a la mujer barbuda.

Pero Bernice no veía nada, no oía nada. El único sentido que todavía le funcionaba le decía que el hombre de la bata blanca había tomado un peine de carey y luego otro; que sus dedos

tropezaban con las horquillas que no le resultaban familiares; que estaba a punto de perder su pelo, su maravilloso cabello: no volvería a sentir su peso voluptuoso y lánguido cuando le caía por la espalda como un resplandor castaño oscuro. Estuvo a punto de arrepentirse, pero con precisión inmediata y mecánica una imagen se presentó ante sus ojos: la boca de Marjorie curvándose en una leve sonrisa irónica, como diciendo: "¡Ríndete y baja del sillón! Me jugaste sucio y descubrí tu estafa. Ya ves que no tienes nada que hacer".

Y una última reserva de energía animó a Bernice, que apretó los puños bajo la toalla blanca y entrecerró los ojos de una manera muy rara, de la que Marjorie le hablaría a alguien mucho tiempo después.

Veinte minutos más tarde, el peluquero giró el sillón hacia el espejo y Bernice se estremeció al ver el desastre en todo su esplendor. Su pelo ya no era rizado: ahora caía en dos bloques lacios y sin vida a ambos lados de su cara, de repente pálida. Era una cara fea como el pecado. Ella ya lo sabía de antemano: sabía que iba a quedar fea, más fea que el pecado. El mayor atractivo de su cara había sido una sencillez de Virgen María. Ahora que esa sencillez virginal había desaparecido, Bernice era una chica… bueno… terriblemente mediocre. Ni siquiera histriónica, sólo ridícula: como un intelectual de Greenwich Village que olvidó los anteojos en su casa.

Mientras se bajaba del sillón intentó sonreír, y fracasó estrepitosamente. Vio que dos de las chicas intercambiaban miradas, notó que los labios de Marjorie se curvaban en un gesto de burla reprimida, que los ojos de Warren de repente eran muy fríos.

—Ya está. —Sus palabras cayeron en un silencio incómodo—. Lo hice.

—Sí, lo has… Lo hiciste —admitió Warren.

—¿Les gusta?

Dos o tres voces murmuraron de mala gana un "sí" y se creó un silencio incómodo. Y entonces Marjorie miró a Warren con intensidad de serpiente.

—¿Me acompañas a la tintorería? —preguntó—. Tengo que recoger un vestido antes de la cena. Roberta irá directo a casa y puede llevar a los otros.

Warren miro absorto un punto en el infinito a través de la vidriera. Luego, durante apenas un instante, sus ojos se detuvieron fríamente en Bernice antes de volver a Marjorie.

—Encantado —dijo en voz baja.

VI

Bernice no comprendió la perversidad de la trampa que le habían tendido hasta que no vio la mirada estupefacta de su tía antes de la cena.

—¡Bernice! ¡Por Dios!

—Me corté el pelo como un varón, tía Josephine.

—Pero, hija…

—¿No te gusta?

—¡Pero, Bernice!

—Creo que te impresioné.

—No. Pero ¿qué pensará mañana por la noche la señora Deyo? Bernice, tendrías que haber esperado hasta después de la fiesta de los Deyo. Deberías haber esperado para hacer una cosa así.

—Se me ocurrió de pronto, tía Josephine. Y además ¿por qué habría de importarle a la señora Deyo?

—Porque, hija —exclamó la señora Harvey—, en su artículo sobre "Las debilidades de la nueva generación", que leyó en la última reunión del Club de los Jueves, le dedicó quince minutos al cabello

corto. Es su abominación preferida. ¡Y el baile es en tu honor y en honor de Marjorie!

—Lo lamento.

—Ay, Bernice, ¿qué dirá tu madre? Pensará que yo te di permiso.

—Lo siento.

La cena fue una tortura. Había hecho un desesperado intento con los rizadores y se había quemado los dedos y un buen manojo de pelo. Se daba cuenta de que su tía estaba preocupada y apenada a la vez, y de que su tío no dejaba de repetir "¡maldición!" una y otra vez, con un tono herido y levemente hostil. Y Marjorie, muy tranquila, se atrincheraba detrás de una vaga sonrisa, una sonrisa vagamente burlona.

Pero la cena terminó. Llegaron tres chicos; Marjorie desapareció con uno de ellos, y Bernice, después de intentar sin ganas ni éxito entretener a los otros dos, suspiró de alivio cuando a las diez y media por fin pudo subir las escaleras hacia su dormitorio. ¡Qué día!

Cuando ya se había desvestido para acostarse, la puerta se abrió y entró Marjorie.

—Bernice —dijo—, lamento mucho lo de la fiesta de los Deyo. Te doy mi palabra de honor de que lo había olvidado por completo.

—Está bien —fue lo único que respondió Bernice. Parada frente al espejo, se pasaba lentamente el peine por el pelo corto.

—Mañana te acompañaré al centro —prometió Marjorie— y la peluquera te lo arreglará. Nunca imaginé que llegarías hasta el final. Lo siento muchísimo, de verdad.

—¡Está bien!

—Pero dado que será tu última noche aquí, tampoco importa demasiado.

Bernice entrecerró los ojos cuando Marjorie se soltó el cabello sobre

los hombros y empezó a enhebrarlo lentamente en dos largas trenzas rubias. Con su enagua color crema, evocaba el delicado retrato de una princesa sajona. Fascinada, Bernice observaba cómo crecían las trenzas. Eran pesadas, opulentas, y se movían entre los ágiles dedos como serpientes inquietas. En cambio, a Bernice apenas le quedaban unas reliquias y los rizadores y todas las miradas que la atormentarían en el futuro. Imaginaba a G. Reece Stoddard, a quien ella le gustaba, diciéndole con modales de Harvard a su vecina de mesa que a Bernice tendrían que haberle prohibido ver tantas películas; imaginaba a Draycott Deyo intercambiando miradas con su madre y luego mostrándose condescendiente con ella. Pero quizá mañana las noticias ya habrían llegado a la señora Deyo, que mandaría una escueta esquela pidiéndole que no se presentara en la fiesta. Y todos se reirían a sus espaldas y sabrían que Marjorie la había hecho quedar como una estúpida, que sus posibilidades de ser una belleza habían sido sacrificadas al capricho celoso de una chiquilina egoísta. Se sentó delante del espejo, mordiéndose el interior de las mejillas.

—Me gusta el pelo así —dijo con esfuerzo—. Creo que me queda bien.

Marjorie sonrió.

—Está muy bien. Por Dios, no te preocupes más por eso.

—No me preocupo.

—Buenas noches, Bernice.

Pero cuando la puerta se cerró, algo estalló dentro de Bernice. Se levantó de un salto, retorciéndose las manos, y rápida y silenciosa corrió a sacar la valija de debajo de la cama. Arrojó adentro algunos artículos de tocador y una muda de ropa. Después vació en el baúl dos cajones enteros de ropa interior y vestidos de verano. Se movía despacio, pero con absoluta eficacia. Tres cuartos de hora más tarde el baúl estaba cerrado con llave y con la correa puesta, y Bernice vestía el nuevo y sentador conjunto de viaje que Marjorie le había ayudado a elegir.

Sentada al escritorio, redactó una nota para la señora Harvey en la

que brevemente explicaba los motivos de su partida. Cerró el sobre, escribió el nombre de la destinataria, y lo dejó sobre la almohada. Miró el reloj. El tren salía a la una y sabía que si iba caminando hasta el Hotel Marborough, a dos cuadras de distancia, encontraría fácilmente un taxi.

Respiró hondo, y en sus ojos relampagueó una expresión que un experto en temperamentos humanos habría relacionado vagamente con el gesto de obstinación inflexible que había mostrado en el sillón del peluquero: quizá una fase más extrema de aquel mismo gesto. Bernice nunca había mirado así, y esa mirada tenía consecuencias.

Se acercó sigilosa al escritorio, tomó algo que había allí y, después de apagar todas las luces, permaneció inmóvil hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Abrió con suavidad la puerta del dormitorio de Marjorie. Oyó la respiración serena y regular de quien duerme con la conciencia tranquila.

Pocos segundos después estaba junto a la cabecera de la cama, muy decidida, calma. Actuó con rapidez. Inclinándose, palpó una de las trenzas de Marjorie, la siguió con la mano hasta llegar al nacimiento en la cabeza y luego, muy despacio, para que la durmiente no sintiera el tirón, preparó las tijeras y cortó. Con la trenza en la mano, contuvo la respiración. Marjorie había murmurado algo en sueños. Bernice amputó hábilmente la segunda trenza, esperó un instante y regresó, veloz y silenciosa, a su dormitorio.

Una vez abajo, abrió la puerta principal, la cerró con cuidado al salir y, sintiéndose extrañamente feliz y eufórica, bajó de la galería a la luz de la luna balanceando la pesada valija como si fuera la bolsa de las compras. Unos pasos más adelante se dio cuenta de que aún tenía las dos trenzas rubias en la mano izquierda. Se puso a reír inesperadamente. Tuvo que apretar la boca con fuerza para no soltar una carcajada. Al pasar frente a la casa de Warren, presa de un impulso, apoyó la valija en el suelo, y revoleando las trenzas como si fueran sogas las arrojó al porche de madera, donde aterrizaron con un ruido sordo. Volvió a reír, ya no tenía por qué aguantarse las ganas.

—¡Ja! —reía frenética—. Le arranqué el cuero cabelludo a esa miserable.

Después levantó la valija y bajó casi corriendo la calle iluminada por la luna.

El palacio de hielo

I

La luz del sol se derramaba sobre la casa como pintura dorada sobre un jarrón ornamental, y las manchas de sombra, intermitentes, sólo contribuían a intensificar el baño de luz. Las casas de los Butterworth y los Larkin, colindantes, se atrincheraban detrás de grupos de árboles grandes y frondosos; sólo la casa de los Happer recibía el sol a pleno, y durante todo el día miraba la calle polvorienta con paciencia tolerante y amable. Era una tarde de septiembre en la ciudad de Tarleton, en el extremo más meridional de Georgia.

En la ventana de su dormitorio, Sally Carrol Happer apoyó su joven mentón de diecinueve años en el viejo alféizar de cincuenta y dos, y observó cómo el viejo Ford de Clark Darrow doblaba la esquina. El automóvil quemaba, dado que, por tener carrocería de metal, retenía todo el calor que absorbía y producía. Clark Darrow, sentado rígido al volante, tenía el semblante sufrido y tenso, como si pensara que él era una parte más del vehículo con peculiar propensión a romperse. Esquivó con dificultad dos baches polvorientos, y entre los chirridos de las ruedas indignadas por la maniobra, con una mueca de terror dio un último volantazo y estacionó frente a la escalinata de los Happer. Se oyó un ruido ahogado y quejumbroso, como un estertor de muerte, seguido por un breve silencio; unos segundos después, un silbido penetrante rasgó el aire.

Sally Carrol miraba todo con ojos soñolientos. Empezó a bostezar, pero dándose cuenta de que era absolutamente imposible a menos que levantara el mentón del alféizar, cambió de idea y siguió mirando en silencio el automóvil, cuyo propietario continuaba

sentado en posición de firme, esperando una respuesta a su señal. Un instante después, el silbido volvió a atravesar el aire lleno de polvo.

—Buen día.

Con esfuerzo, Clark giró su largo cuerpo y miró de reojo por la ventanilla.

—Ya son buenas tardes, Sally Carrol.

—¿De verdad? ¿Estás seguro?

—¿Qué estás haciendo?

—Como una manzana.

—Voy a nadar, ¿quieres venir?

—Creo que sí.

—¿Puedes apurarte?

—Claro.

Sally Carrol lanzó un enorme suspiro y se levantó con manifiesta inercia del suelo, donde se había dedicado alternativamente a trozar una manzana verde y a pintar muñecas de papel para su hermana menor. Se acercó al espejo, evaluó su aspecto con satisfecha y satisfactoria languidez, se retocó el color de los labios, se puso una pizca de polvo en la nariz, y cubrió con un sombrero con guirnalda de rosas su cabello corto, color maíz. Pateó sin querer las acuarelas, murmuró “maldita sea” y, sin agacharse a recoger las pinturas, salió.

—¿Cómo te va, Clark? —preguntó un minuto después, subiendo ágilmente al coche.

—Mejor imposible, Sally Carrol.

—¿Adónde vamos a nadar?

—A la piscina de Walley. Le dije a Marilyn que pasaríamos a buscarlos, está con Joe Ewing.

Clark era moreno y delgado, y tendía a andar encorvado. Sus ojos eran maliciosos y tenía una expresión petulante, salvo cuando una de sus frecuentes sonrisas iluminaba por sorpresa su cara. Clark tenía "una renta" —apenas le alcanzaba para sobrevivir sin dificultad y ponerle nafta al coche— y había pasado los dos años siguientes a su graduación en la Escuela Técnica de Georgia, vagando por las perezosas calles de su ciudad natal y debatiendo sobre la mejor manera de invertir su capital para hacerse rico de la noche a la mañana.

No le resultaba difícil dar vueltas por ahí sin hacer nada; muchas niñas se habían transformado en chicas hermosas, la deslumbrante Sally Carrol más que ninguna otra, y todas disfrutaban si uno las llevaba a nadar y bailaba con ellas y les hacía el amor en las noches de verano con aroma a flores; y a todas les gustaba Clark con locura. Y cuando uno empezaba a cansarse de la compañía femenina, siempre había media docena de muchachos dispuestos a hacer cualquier cosa, desde jugar unos hoyos de golf con Clark, o un partido de billar, hasta beberse medio litro de whisky sin parpadear. De vez en cuando uno de estos coetáneos hacía varias llamadas de despedida antes de marcharse a Nueva York o Filadelfia o Pittsburgh para entrar en el mundo de los negocios; pero, en su inmensa mayoría, se quedaban en ese lánguido desfile de cielos de ensueño, noches de luciérnagas, ferias ruidosas llenas de negros y, sobre todo, chicas bellísimas de voz suave, educadas a base de recuerdos más que con dinero.

Después de infundirle al Ford un soplo de vida resentida y turbulenta, Clark y Sally Carrol bajaron con estrépito por Valley Avenue hasta Jefferson Street, donde la calle de tierra se convirtió en asfalto, atravesaron la narcotizada Millicent Place, con su media docena de mansiones prósperas e imponentes, y desembocaron por fin en el centro de la ciudad. Era peligroso conducir allí a esa hora, precisamente porque era la hora de las compras: la gente deambulaba por las calles y una manada de bueyes que mugían mansos se resistía a dejarle el camino libre a un plácido tranvía; hasta las tiendas parecían abrir sus puertas con un bostezo mientras

sus vidrieras parpadeaban bajo la luz del sol antes de hundirse en un absoluto y definitivo estado de coma.

—Sally Carrol —dijo Clark de pronto—, ¿es cierto que estás comprometida?

Sally Carrol lo miró de reojo.

—¿Dónde escuchaste eso?

—Es cierto, ¿no? ¿Estás comprometida?

—¡Bonita pregunta!

—Una chica me dijo que estás de novia con un yanqui que conociste en Asheville el verano pasado.

Sally Carrol suspiró.

—No conozco una ciudad más chismosa que esta.

—No te cases con un yanqui, Sally Carrol. Te necesitamos aquí.

Sally Carrol se quedó callada.

—Clark —preguntó de repente—, ¿con quién diablos voy a casarme entonces?

—Yo te ofrezco humildemente mis servicios.

—Querido, tú no estás en condiciones de mantener a una esposa —respondió muerta de risa—. Además, te conozco demasiado para enamorarme de ti.

—Eso no significa que tengas que casarte con un yanqui —insistió él.

—¿Y si me hubiera enamorado?

Clark negó con la cabeza.

—No. Tiene que ser totalmente distinto de nosotros, en todos los sentidos.

Se interrumpió. Había estacionado el coche frente a una casa en ruinas: Marilyn Wade y Joe Ewing aparecieron en la puerta.

—Hola, Sally Carrol.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Sally Carrol —preguntó Marilyn en cuanto volvieron a arrancar —, ¿estás comprometida?

—¿Pero de dónde sacaron eso? ¿No puedo mirar a un hombre sin que digan que es mi novio?

Clark miraba hacia adelante, los ojos fijos en un tornillo del trepidante parabrisas.

—Sally Carrol —dijo con curiosa intensidad—, ¿acaso no te caemos bien?

—¿Cómo?

—Sí, nosotros.

—Sabes perfectamente bien que sí, Clark. Los adoro a todos.

—Entonces, ¿por qué buscaste un novio yanqui?

—Clark, no lo sé. No sé lo que haré, pero… bueno, quiero viajar y conocer gente. Quiero desarrollar mi inteligencia. Quiero vivir donde todo sucede a gran escala.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, Clark, yo te quiero, y quiero a Joe, y a Ben Arrot, y a todos ustedes, pero todos serán… todos serán…

—¿Todos seremos un fracaso?

—Sí. Y no sólo en lo que se refiere al dinero, sino algo más, algo torpe y triste y… ¿cómo decirlo?

—¿Lo dices porque nos quedamos aquí, en Tarleton?

—Sí, Clark; y porque les gusta vivir así y jamás quieren modificar las cosas ni pensar en el cambio ni progresar.

Clark asintió, y Sally Carrol le tomó la mano.

—Clark —dijo con ternura—, yo no te cambiaría por nada del mundo. Eres maravilloso así como eres. Y siempre voy a amar esas mismas cosas que hacen que fracases: vivir en el pasado, tus noches y tus días de pereza, y tu despreocupación y tu generosidad.

—Pero ¿igual te vas?

—Sí, porque nunca podría casarme contigo. Ocupas un lugar en mi corazón que nadie ocupará jamás, pero estando aquí varada me desespero. Si me quedara, me sentiría… desperdiciada. En mí conviven dos aspectos, ¿sabes? Ese pasado soñoliento que tanto amas y una especie de energía… una exaltación del ánimo que me obliga a hacer locuras. Esa es la parte de mí que me será útil en cualquier lugar, esté donde esté, y que perdurará incluso cuando ya no sea hermosa.

Con su brusquedad característica, interrumpió lo que venía diciendo, suspiró: “¡Ay, bomboncito!”… y ya había cambiado de humor.

Con los ojos entrecerrados, echando hacia atrás la cabeza hasta apoyarla en el respaldo del asiento, dejó que la brisa áspera acariciara sus ojos y enredara los rizos vaporosos de su melena. Ya habían llegado al campo y ahora atravesaban un bosque verde y brillante, entre pastos y árboles altísimos cuyo follaje se derramaba sobre el camino como si quisiera darles la bienvenida. Pasaron frente a una cabaña de negros semiderruida y vieron al más viejo de sus habitantes, con el pelo blanco, fumando en la puerta una pipa hecha con una mazorca de maíz; enfrente, entre el pastizal salvaje, media docena de niños semidesnudos sacudían frenéticamente unos muñecos andrajosos. A lo lejos se extendían adormilados campos de algodón, donde hasta los cosechadores parecían sombras intangibles que el sol proyectaba sobre la tierra, no para que trabajaran sino para que cumplieran una antigua tradición en los dorados campos

de septiembre. Y en torno al paisaje pintoresco y adormecido, sobre los árboles y las chozas y los ríos fangosos, fluía el calor, nunca hostil, siempre reconfortante, como un pecho cálido y nutritivo para la tierra infante.

—Sally Carrol, ¡ya llegamos!

—La pobre se quedó dormida como un tronco.

—Al final se murió de tanto dormir.

—¡Al agua, Sally Carrol! ¡El agua fresca te está esperando!

Los ojos de Sally Carrol se abrieron muy lentamente.

—¡Hola! —murmuró sonriendo.

II

En noviembre Harry Bellamy —un individuo alto, fuerte y dinámico — bajó de su ciudad en el Norte para pasar cuatro días en Tarleton. Tenía la intención de resolver un asunto que había quedado pendiente desde que había conocido a Sally Carrol en Asheville, Carolina del Norte, a mediados del verano. Para resolverlo bastaron una tarde tranquila y una noche frente al fuego, porque Harry Bellamy tenía todo lo que Sally Carrol deseaba; y además lo amaba: lo amaba con esa parte de sí misma que reservaba especialmente para el amor. Sally Carrol estaba dividida en partes perfectamente definidas.

Mientras paseaban durante su última tarde juntos, ella se dio cuenta de que, casi sin pensarlo, dirigían sus pasos hacia uno de sus refugios preferidos: el cementerio. Cuando estuvo ante sus ojos, blanco grisáceo y verde dorado bajo el alegre sol del atardecer, Sally Carrol se detuvo indecisa junto al portón de hierro.

—¿Eres melancólico por naturaleza, Harry? —preguntó con una sonrisa tenue.

—¿Melancólico? Para nada.

—Entremos entonces. Este lugar deprime a mucha gente, pero a mí me gusta.

Cruzaron el portón y tomaron un sendero que atravesaba un ondulado valle de tumbas: tumbas grises cubiertas de polvo de moho para los muertos de los años cincuenta; esculpidas caprichosamente con motivos florales y ánforas para los muertos de los setenta; excesivamente adornadas, horribles, para los muertos de los años noventa, con gordos querubines de mármol sumergidos en un sueño profundo sobre almohadas de piedra y una exuberante e imposible vegetación de anónimas flores de granito. De vez en cuando veían una figura arrodillada que depositaba una ofrenda de flores, pero sobre la mayoría de las tumbas sólo había silencio y hojas secas, y la fragancia que sus sombríos recuerdos podían despertar en la imaginación de los vivos.

Alcanzaron la cima de una colina y se encontraron frente a una lápida alta y redonda, punteada por manchas oscuras de humedad y casi por completo cubierta de hiedra.

—"Margery Lee" —leyó Sally Carrol—. "1844-1873." Era linda, ¿no? Murió a los veintinueve años. Querida Margery Lee —añadió en voz baja—. ¿Te la puedes imaginar, Harry?

—Sí que puedo, Sally Carrol.

Harry sintió una mano pequeña dentro de la suya.

—Era morena, me parece, y siempre llevaba una cinta en el pelo y hermosas polleras acampanadas de color celeste y rosa viejo.

—Sí.

—¡Era tan dulce, Harry! Y era de esas chicas que nacieron para esperar a los invitados en una galería ancha, llena de columnas. Me parece que muchos hombres fueron a la guerra pensando volver para casarse con ella, y quizá ninguno volvió.

Harry se acercó a la lápida para buscar una fecha de matrimonio.

—Aquí no dice nada.

—Por supuesto que no. ¿Qué podría ser más elocuente que ese nombre, Margery Lee, y esas dos fechas?

Se acercó a Harry y él sintió un inesperado nudo en la garganta cuando ella le rozó la mejilla con su cabello rubio.

—La estás viendo, ¿verdad, Harry?

—La estoy viendo —asintió con ternura—. La veo a través de tus bellos ojos. Estás hermosa ahora, y por eso sé que ella también lo era.

Estaban parados muy juntos y en silencio, y Harry sentía el temblor de los hombros de Sally Carrol. Una brisa pasajera barrió la colina y agitó el ala de su sombrero de paja.

—¡Bajemos!

Sally Carrol señaló con el dedo una llanura al otro lado de la colina: mil cruces blancas, grisáceas, se extendían sobre el césped verde en ordenadas filas interminables, como los fusiles de un batallón.

—Son los confederados muertos —dijo Sally Carrol escuetamente.

Iban paseando y leyendo las inscripciones, siempre un nombre y dos fechas, a veces casi ilegibles.

—La última hilera es la más triste… Mira, allá. Cada cruz lleva una sola fecha y una palabra: “Desconocido”.

Lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo explicarte lo real que todo esto es para mí, querido…, si es que ya no lo sabes.

—Lo que sientes es hermoso para mí.

—No, no, no soy yo. Son ellos, es ese tiempo pasado que intento mantener vivo en mí. Ellos solo fueron hombres, evidentemente insignificantes, o no serían “desconocidos”, pero murieron por lo

más hermoso del mundo: por el muerto Sur. Ya sabes —agregó con la voz aún velada y los ojos brillantes de lágrimas—, la gente tiene sueños que la atan a las cosas, y yo he crecido con ese sueño. No fue difícil, porque son cosas muertas que no pueden desilusionarme. Creo que intenté vivir según los criterios de "nobleza" obliga del pasado, pero sólo quedan los últimos vestigios, como las rosas de un antiguo jardín marchitándose a nuestro alrededor, la insinuación, en algún joven, de una cortesía y una caballerosidad extraordinarias, las historias que me contaron tantas veces algunos negros muy viejos y un soldado confederado que vivía al lado de mi casa. Oh, Harry… ¡había algo! Nunca supe explicártelo bien, pero había algo.

—Te entiendo —volvió a asegurarle con dulzura.

Sally Carrol sonrió y se secó las lágrimas con la punta del pañuelo que asomaba del bolsillo superior de Harry.

—No estás triste, ¿verdad, amor mío? Hasta cuando lloro soy feliz aquí: este lugar me da una especie de fuerza.

Tomados de la mano, se alejaron despacio. Cuando llegaron a un recodo donde el pasto era blando, Sally Carrol le pidió a Harry que se sentara a su lado, con las espaldas apoyadas en los restos de un muro en ruinas.

—Me gustaría que aquellas tres viejas se fueran —se quejó Harry—. Quiero besarte, Sally Carrol.

—Yo también quiero.

Esperaron impacientes a que las tres siluetas encorvadas se alejaran, y entonces Sally Carrol lo besó hasta que el cielo pareció apagarse poco a poco, y todas sus sonrisas y sus lágrimas se esfumaron en el éxtasis de un minuto eterno.

Luego regresaron a paso lento, mientras el crepúsculo jugaba somnoliento a las damas —negras contra blancas— en cada esquina.

—Tienes que ir al Norte a mediados de enero —dijo Harry— y

quedarte al menos un mes. Será magnífico. Es el carnaval de invierno, y si no has visto nunca la nieve, será como si estuvieras en el país de las hadas. Habrá patinaje y esquí, y toboganes y trineos, y desfiles a la luz de las antorchas con raquetas de nieve. Hace años que no se celebra el carnaval de invierno, así que van a tirar la casa por la ventana.

—¿Pasaré frío, Harry? —preguntó Sally Carrol de pronto.

—Por supuesto que no. Quizá se te congele un poco la nariz, pero no tiritarás de frío. El del Norte es un frío duro y seco, ¿sabes?

—Creo que estoy hecha para el verano. Jamás me ha gustado el frío.

Se quedaron callados unos segundos.

—Sally Carrol —dijo Harry muy despacio—, ¿qué dices de venir en… marzo?

—Digo que te amo.

—¿Marzo?

—Marzo, Harry.

III

En el coche-cama hizo mucho frío durante toda la noche. Sally Carrol llamó al guarda para pedirle otra manta, y como el tipo no pudo conseguírsela, intentó en vano, acurrucándose en el fondo de su litera y doblando varias veces las cobijas, dormir por lo menos unas horas: quería estar radiante cuando llegara la mañana.

Se levantó a las seis y, después de vestirse con dificultad, fue dando tumbos hasta el vagón restaurante para tomar un café. La nieve se había filtrado en los pasillos y cubría el piso con una capa resbaladiza. El frío que invadía todos los rincones era un misterio.

El aliento de Sally Carrol era un halo perfectamente visible, y lo soplaba al aire con placer infantil. Sentada en el vagón restaurante, miraba por la ventanilla las colinas blancas y los valles y los pinos dispersos, cuyas ramas semejaban fuentes verdes para un buffet froid de nieve. De vez en cuando dejaban atrás una granja solitaria, fea, inhóspita y desierta en aquel páramo blanco y baldío. Cada casa le provocaba un escalofrío de compasión por las almas que, encerradas entre sus cuatro paredes, esperaban la primavera.

Al salir del vagón restaurante y volver tambaleándose al coche-cama sintió una oleada de energía y se preguntó si sería un efecto de ese aire vivificante del que Harry tanto le había hablado. Estaban en el Norte, en el Norte: ¡y ahora era su tierra!

—¡Soplen, vientos, soplen! Vagabunda seré —canturreaba exultante entre dientes.

—¿Cómo dijo? —preguntó educadamente el guarda.

—Dije: “Déjeme en paz”.

Los interminables cables del telégrafo se duplicaron; otros dos rieles corrían junto al tren… después tres… cuatro; después una serie de casas de techos blancos, un tranvía con las ventanas empañadas, calles… más calles… la ciudad.

Permaneció inmóvil y aturdida un momento, en la estación cubierta de escarcha, antes de ver a las tres figuras arrebujadas en pieles que se le acercaban.

—¡Allá está!

—¡Eh, Sally Carrol!

Sally Carrol dejó caer la valija.

—¡Hola!

Un rostro vagamente familiar y frío como el hielo la besó, y de pronto se encontró rodeada de caras que parecían arrojar grandes nubes de humo espeso. Hubo apretones de manos. Eran Gordon, un hombre bajo y entusiasta, de unos treinta años, que parecía una

copia tosca e imperfecta de Harry, y su mujer, Myra, una mujer madura y bastante lánguida de cabello muy rubio bajo una gorra de piel. Menos de dos segundos después de haberla visto, Sally Carrol pensó que sus rasgos eran vagamente escandinavos. Un chofer entusiasta recogió su equipaje y entre un ida y vuelta de frases a medio terminar, exclamaciones varias y superficiales y lánguidos "querida mía" de Myra, se fueron empujando unos a otros hacia la salida de la estación.

Ya en el automóvil, cruzaron una tortuosa sucesión de calles nevadas, donde los niños se divertían atando trineos a los camiones de reparto.

—¡Oh! —exclamó Sally Carrol—. Yo también quiero hacer eso. ¿Podemos hacerlo, Harry?

—Es cosa de niños. Pero sí, podríamos hacerlo…

—Esto parece un circo —se lamentó.

La casa era una construcción irregular sobre un lecho de nieve. Allí conoció a un hombre corpulento, de cabello gris, que le cayó simpático, y a una señora que parecía un huevo y que le dio un beso: eran los padres de Harry. Luego transcurrió una hora indescriptible y sin respiro, llena de frases pronunciadas a medias, agua caliente, huevos con tocino y confusión; después se quedó sola con Harry en la biblioteca y le preguntó si podía fumar.

Era una habitación amplia con una Virgen sobre la estufa a leña e interminables hileras de libros encuadernados en oro y rojo brillante. Todas las sillas tenían carpetas de encaje para apoyar la cabeza, el sofá era un poco incómodo, y algunos libros, sólo algunos, parecían haber sido leídos: Sally Carrol volvió a ver por un instante la vieja y destartalada biblioteca de su casa, con los enormes libros de medicina de su padre y los retratos al óleo de sus tres tíos abuelos, y el viejo sofá remendado que aguantaba desde hacía cuarenta y cinco años y seguía siendo el mejor lugar para soñar. De pronto le pareció que aquella habitación no era ni agradable ni nada en particular. Sólo era una habitación con un montón de cosas caras que parecían tener menos de quince años.

—¿Qué te parece todo esto? —le preguntó Harry con ansiedad—. ¿Te sorprende? Quiero decir si era lo que esperabas.

—Tú eres lo que yo esperaba, Harry —respondió apaciguada, y lo abrazó.

Después de un beso breve, Harry se empeñó en sacarle a la fuerza alguna muestra de entusiasmo.

—La ciudad, digo. ¿Te gusta? ¿Sientes la energía en el aire?

—Ay, Harry —dijo riendo—, dame un poco de tiempo. No me acribilles a preguntas.

Aspiró el humo del cigarrillo con un suspiro de satisfacción.

—Sólo quiero pedirte una cosa —comenzó él, casi en tono de disculpa—: ustedes, los del Sur, hacen mucho hincapié en la familia y todo eso… No me parece mal, para nada, pero las cosas aquí son diferentes. Quiero decir que… descubrirás un montón de cosas que al principio te parecerán el colmo de la vulgaridad, Sally Carrol; pero no olvides que esta es una ciudad de sólo tres generaciones de antigüedad. Todos tienen padre nacido aquí, y más o menos la mitad tenemos abuelos. Pero no llegamos más atrás.

—Por supuesto —murmuró Sally Carrol.

—Verás, nuestros abuelos fundaron la ciudad y muchos de ellos tuvieron que adaptarse a los trabajos más insólitos mientras la construían. Por ejemplo, hay una mujer que actualmente es un modelo de la alta sociedad para todos, pero bueno, su padre fue el primer recolector de basura que tuvimos en la ciudad… Aquí pasan cosas así.

—Pero ¿por qué pensaste —preguntó Sally Carrol, confundida— que yo iba a criticar a la gente?

—No es eso —la interrumpió Harry—, y tampoco quiero defender a nadie. Es sólo que… bueno, el verano pasado vino una chica del Sur y dijo algunas cosas bastante subidas de tono y… bueno… pensé que debía decírtelo.

Sally Carrol se sintió indignada —como si la hubieran abofeteado injustamente—, pero era evidente que Harry consideraba terminado el asunto, porque prosiguió diciendo con entusiasmo:

—Estamos en carnaval: el primero después de diez años. Y están construyendo un palacio de hielo, el primero desde 1885. Lo hacen con los bloques de hielo más transparentes que pueden encontrar y es inmenso.

Sally Carrol se levantó, fue a la ventana, corrió las pesadas cortinas y miró la calle.

—¡Ah! —exclamó de repente—. ¡Allá afuera hay dos niños haciendo un muñeco de nieve! ¿Puedo salir a ayudarlos, Harry?

—¡Ni se te ocurra! Mejor ven a darme un beso.

De mala gana, Sally Carrol se apartó de la ventana.

—No creo que este clima sea el más adecuado para besarse, ¿no te parece? Se ve que no te gusta quedarte quieto sin hacer nada, ¿verdad?

—No vamos a quedarnos quietos. Tengo libre esta primera semana que vas a pasar aquí, y esta misma noche iremos a cenar y a bailar.

—Ay, Harry —Sally Carrol se dejó caer en el hueco que formaban sus piernas y unos almohadones—, me siento confundida, de verdad. No tengo la menor idea de si me gustará o no este lugar, y no sé lo que se espera de mí, ni nada de nada. Tendrás que ayudarme, querido.

—Te voy a ayudar —dijo el aludido con ternura— si me dices que estás contenta de haber venido.

—Por supuesto que estoy contenta, ¡loca de contenta! —murmuró Sally Carrol, acurrucándose entre los brazos de Harry como sólo ella sabía hacerlo—. Donde estás tú, está mi casa, querido.

Cuando lo dijo tuvo la sensación, quizá por primera vez en su vida, de que estaba representando un papel.

Esa noche, a la luz de las velas, durante una cena en la que los hombres llevaban el peso de la conversación y las chicas mantenían una arrogante y costosa frialdad, ni siquiera la presencia de Harry sentado a su izquierda consiguió hacerla sentir cómoda.

—Son buena gente, ¿no crees? —le preguntó Harry—. Mira un poco a tu alrededor. Aquel es Spud Hubbard, defensa del equipo de Princeton el año pasado, y el otro es Junie Morton. Junie y el pelirrojo que está a su izquierda fueron capitanes del equipo de hockey de Yale, y además Junie es de mi promoción. Sí, los mejores atletas del mundo son de nuestros estados. Esta es una tierra de hombres, te lo aseguro. ¡Acuérdate de John J. Fishburn!

—¿De quién? —preguntó Sally Carrol inocentemente.

—¿No conoces a John J. Fishburn?

—Lo escuché nombrar.

—Es el mayor productor de trigo del Noroeste y uno de los financistas más importantes del país.

Sally Carrol se dio vuelta al escuchar una voz a su derecha:

—Creo que olvidaron presentarnos. Me llamo Roger Patton.

—Yo soy Sally Carrol Happer —respondió con simpatía.

—Sí, lo sé. Harry dijo que ibas a venir.

—¿Eres pariente suyo?

—No, soy profesor.

—Ah —se rio.

—Doy clases en la universidad. Tú eres del Sur, ¿no?

—Sí, de Tarleton, Georgia.

Le gustó inmediatamente: bigote entre castaño y pelirrojo, y ojos celestes y húmedos que tenían algo que les faltaba a otros ojos: la

capacidad de apreciar las cosas. Durante la cena intercambiaron una que otra frase, y Sally Carrol decidió volver a verlo.

Después del café le presentaron a muchos jóvenes atractivos que bailaban con calculada afectación y parecían dar por sentado que ella no quería hablar de otra cosa que no fuera Harry.

"¡Dios mío! —pensó—, me hablan como si, por el solo hecho de estar comprometida, yo fuera mucho más vieja que ellos… ¡como si fuera a delatarlos con sus madres!"

En el Sur, una chica comprometida, incluso una joven casada, amerita las mismas bromas y los mismos cumplidos afectuosos que una debutante en sociedad; pero allí parecía estar prohibido. Un joven que había empezado bien la conversación, hablándole a Sally Carrol de sus ojos, de cómo lo habían cautivado desde que había llegado, quedó perplejo al enterarse de que ella estaba visitando a los Bellamy… y era la novia de Harry. Parecía tener la sensación de haber metido la pata de una manera soez e imperdonable; enseguida adoptó una actitud formal y, en cuanto se presentó la primera oportunidad, la dejó sola.

Sally Carrol se alegró cuando en uno de los cambios de pareja, mientras bailaba con otro, Roger Patton la invitó a descansar un rato.

—Bueno —preguntó con un guiño risueño—, ¿y cómo anda nuestra Carmen* del Sur?

—Mejor imposible. Y digo yo, ¿cómo… cómo se encuentra Dangerous Dan McGrew?** Lo siento, pero es el único norteño que conozco, aunque sea de oídas.

El comentario pareció divertir a Roger.

—Debo confesarte —le confesó— que, como profesor de literatura, se supone que no he leído nada de Dangerous Dan McGrew.

—¿Eres de aquí?

—No, soy de Filadelfia. Importado de Harvard para enseñar francés. Pero ya llevo diez años en este lugar.

—Nueve años y trescientos sesenta y cuatro días más que yo.

—¿Te gusta el Norte?

—Ajá… ¡Cómo no!

—¿En serio?

—Bueno, ¿por qué no? ¿No tengo cara de estar pasándolo bien?

—Te vi mirar por la ventana hace un minuto… Estabas temblando.

—Sólo es mi imaginación. —Sally Carrol rio al decir eso—. Estoy acostumbrada a que nada se mueva afuera, y a veces, cuando miro por la ventana y veo los copos de nieve, parece que se moviera algo muerto.

Él asintió, como si la entendiera.

—¿Nunca habías estado en el Norte?

—Pasé dos veces el mes de julio en Asheville, Carolina del Norte.

—Parece buena gente, ¿no? —dijo Patton, señalando el remolino de la pista de baile.

Sally Carrol dudó. Era exactamente lo mismo que le había dicho Harry.

—¡Claro que sí! Son… caninos.

—¿Cómo?

Sally Carrol se sonrojó.

—Perdón, lo que dije sonó peor de lo que esperaba. ¿Sabes? Cuando pienso en las personas, las divido en caninos y felinos, perros y gatos, independientemente del sexo.

—¿Tú qué eres?

—Yo soy felino. Y tú también. La mayoría de los hombres del Sur y la mayoría de las chicas del Norte son felinos.

—¿Y Harry qué es?

—Harry es inconfundiblemente canino. Todos los hombres que conocí esta noche son caninos.

—¿Qué implica ser canino? ¿Cierta masculinidad deliberada, opuesta a la sutileza?

—Quizá. Nunca lo analicé a fondo. Yo sólo observo a las personas y digo de pronto: canino o felino, perro o gato. Es absurdo, supongo.

—En absoluto. Me parece muy interesante. Yo había esbozado una teoría sobre esta gente. Me parece que están congelándose.

—¿Cómo?

—Creo que se están convirtiendo en suecos… Ya sabes: ibsenianos. Poco a poco se están volviendo pesimistas y melancólicos. Es por los inviernos largos. ¿Leíste a Ibsen?

Sally Carrol negó con la cabeza.

—Bueno, todos sus personajes tienen una especie de severidad taciturna. Son virtuosos, intolerantes, sombríos, sin demasiada capacidad para sufrir grandes dolores ni disfrutar grandes alegrías.

—¿Sin sonrisas y sin lágrimas?

—Exactamente. Esa es mi teoría. Aquí verás montones de suecos. Supongo que vienen porque el clima es muy similar al suyo, y de a poco se van mezclando. Es probable que esta noche, aquí, no sumen ni media docena… pero tuvimos cuatro gobernadores suecos. ¿Te aburro?

—Me interesa el tema.

—Tu futura cuñada es mitad sueca. Personalmente, me cae bien, pero tengo la teoría de que los suecos, en líneas generales, ejercen una influencia negativa sobre nosotros. No sé si lo sabes, pero los escandinavos tienen el índice de suicidios más alto del mundo.

—¿Por qué vives aquí, si es tan deprimente?

—Ah, a mí no me afecta para nada. Llevo vida de ermitaño y, para serte franco, me importan más los libros que las personas.

—Pero todos los escritores dicen que el Sur es trágico. Ya sabes: mujeres españolas, cabello negro, puñales y músicas embrujadoras.

Él negó con la cabeza.

—No, las razas nórdicas son las razas trágicas: no se permiten el consuelo de las lágrimas.

Sally Carrol se acordó del cementerio: pensó que, en cierto sentido muy vago, eso era lo que ella quería expresar cuando decía que no la ponía triste.

—Los italianos quizá sean el pueblo más alegre del mundo. Pero es un tema aburrido. —Se interrumpió—. De todas maneras, quiero que sepas que vas a casarte con un hombre con todas las letras.

Sally Carrol sintió la tentación de hacerle una confidencia.

—Lo sé. Soy de esas personas que necesitan que las cuiden, y estoy segura de que él va a cuidarme.

—¿Bailamos? Es alentador —continuó diciendo mientras se levantaban— encontrar a una chica que sabe por qué se casa. Nueve de cada diez jovencitas imaginan que el matrimonio es como entrar en un paisaje de película.

Sally Carrol se rio: Roger Patton le resultaba tremendamente simpático.

Dos horas después, de regreso a casa, se acurrucó junto a Harry en el asiento trasero del coche.

—Ay, Harry —musitó—, ¡hace tanto fríooooo!

—Pero aquí estamos calientes, querida.

—Pero afuera hace frío, y ese viento que aúlla…

Enterró la cara en el abrigo de piel de Harry, y tembló

involuntariamente cuando él le besó el lóbulo de la oreja con sus labios helados.

IV

La primera semana de su visita pasó como un torbellino. Un frío atardecer de enero hizo el paseo en trineo que le habían prometido. Envuelta en pieles, pasó una mañana entera lanzándose en uno por la colina del club de campo; incluso intentó esquiar: flotar en el aire durante un instante glorioso para enseguida aterrizar, como un fardo risueño y revuelto, sobre un blando montón de nieve. Le gustaban todos los deportes de invierno, excepto una tarde que pasó caminando con raquetas de nieve sobre un llano de una blancura cegadora, bajo un sol amarillo pálido. Pero pronto se dio cuenta de que eran cosas de niños, de que la mimaban para complacerla, y de que la alegría que la rodeaba no era sino un reflejo de su propia alegría.

Al principio, la familia Bellamy la desconcertaba. Los hombres eran confiables y le agradaban; sobre todo el señor Bellamy, con su cabello color acero y su dignidad enérgica. Sally Carrol le tomó cariño de inmediato cuando se enteró de que había nacido en Kentucky: ese detalle lo convirtió en una suerte de eslabón entre su antigua vida y la nueva. Pero las mujeres le despertaban una franca hostilidad. Myra, su futura cuñada, era la esencia del convencionalismo sin alma. Su conversación era tan despersonalizada que Sally Carrol, que venía de una tierra donde cierto encanto y cierta desenvoltura se daban por sentados en las mujeres, tendía a despreciarla.

“Si estas mujeres no fueran hermosas —pensaba—, no serían nada. Se esfuman de sólo mirarlas. Son como sirvientas presuntuosas. Los hombres son el centro de todas las reuniones.”

Por último estaba la señora Bellamy, a quien Sally Carrol detestaba. Su impresión del primer día —la impresión de haber visto un huevo — se había confirmado: un huevo de voz cascada e insidiosa y

andar pesado y sin gracia que le hacían pensar a Sally Carrol que, si alguna vez se caía al suelo, terminaría hecha una tortilla. Además, la señora Bellamy encarnaba la hostilidad innata de la ciudad hacia los forasteros. Llamaba "Sally" a Sally Carrol, y no hubo manera de convencerla de que el nombre compuesto era algo más que un apéndice ridículo y tedioso. Para Sally Carrol, abreviar su nombre era como presentarse semidesnuda en público. "Sally Carrol" le gustaba; "Sally" le parecía detestable. Sabía que la madre de Harry desaprobaba su cabello corto y no se había atrevido a fumar abajo desde el primer día, cuando la señora Bellamy entró en la biblioteca olfateando con el ceño fruncido.

De todos los hombres que había conocido, su preferido era Roger Patton, quien visitaba con frecuencia la casa. Roger no volvió a aludir a las tendencias ibsenianas del populacho, pero cuando un día la encontró acurrucada en el sofá leyendo Peer Gynt, soltó una carcajada y le dijo que olvidara lo que había dicho aquella vez, que eran tonterías.

Pero una tarde de la segunda semana, Harry y Sally Carrol estuvieron al borde de una pelea peligrosamente violenta. Sally Carrol estaba convencida de que Harry la había precipitado, aunque el meollo del conflicto fuera un desconocido que no se había planchado los pantalones.

Cuando regresaban a casa entre montañas de nieve paleada, bajo un sol que Sally Carrol apenas reconocía, pasaron junto a una niña tan envuelta en lana gris que parecía un osito de peluche y Sally Carrol no pudo reprimir un comentario maternal.

—¡Mira, Harry!

—¿Qué cosa?

—Esa nena… ¿Le viste la cara?

—Sí, ¿por qué?

—Estaba roja como una frutilla. ¡Qué linda!

—¿Sí? Tu cara está casi igual de roja. Aquí todos somos saludables.

Salimos al frío gélido en cuanto aprendemos a caminar. ¡Es un clima maravilloso!

Ella lo miró y tuvo que darle la razón. Parecía un hombre sano, sanísimo: igual que su hermano. Y esa misma mañana, Sally Carrol había notado el rubor en sus mejillas.

De pronto, algo atrajo sus miradas y fijaron la vista en la esquina: había un hombre parado allí, las rodillas flexionadas, los ojos mirando hacia arriba con expresión tensa, como si estuviera a punto de saltar hacia el cielo helado. Y poco después estallaron de risa al unísono, porque al acercarse descubrieron que había sido una ilusión óptica ridícula y fugaz, producto de la extrema holgura de los pantalones del desconocido.

—¡Qué cosa! —dijo Sally, conteniendo la risa.

—Debe ser sureño, a juzgar por los pantalones —insinuó Harry con malicia.

—¡Pero Harry!

La mirada sorprendida de Sally Carrol debió haberlo irritado.

—¡Esos sureños!

Ella lo fulminó con los ojos.

—¡No hables así!

—Lo siento, querida —dijo disculpándose, aunque con malicia—, pero ya sabes lo que pienso de ellos. Son una especie de… de degenerados: estos de ahora no tienen absolutamente nada que ver con los antiguos caballeros sureños. Convivieron tanto tiempo con la gente de color que se han vuelto perezosos y difíciles de controlar.

—¡Cierra la boca, Harry! —gritó Sally, furiosa—. No son así. Quizá sean un poco perezosos, es cierto… cualquiera lo sería con ese clima, pero son mis mejores amigos y no tolero escuchar que los critiquen de una manera tan tajante. Algunos de ellos son los mejores hombres del mundo.

—No me digas. Se portan bien cuando vienen a estudiar en las universidades del Norte, pero de todos los individuos mezquinos, mal entrazados y sucios que conocí en mi vida, los peores son los sureños de poca monta.

Sally Carrol apretaba sus puños enguantados y se mordía el labio con furia.

—¡Y cómo! —continuó Harry—. Había uno en mi curso, en New Haven. Todos creíamos haber encontrado por fin un auténtico representante de la aristocracia del Sur, pero resultó que no era para nada un aristócrata… Era el hijo de un politicastro del Norte, dueño de casi todo el algodón de Mobile y alrededores.

—Un hombre del Sur jamás hablaría como estás hablando ahora —dijo Sally sin alterarse.

—¡No tendría energía suficiente!

—U otra cosa.

—Lo siento, Sally Carrol, pero tú misma dijiste que jamás te casarías con…

—Eso es otra cosa. Dije que no quería atarme de por vida a ninguno de los muchachos que conozco en Tarleton, pero nunca hice generalizaciones tan rotundas.

Siguieron caminando en silencio.

—Quizá haya cargado demasiado las tintas, Sally Carrol. Lo siento.

Ella asintió, pero no dijo nada. Unos minutos más tarde, en el vestíbulo de la casa, lo abrazó de repente.

—Ay, Harry —exclamó con los ojos llenos de lágrimas—, casémonos la semana que viene. Me dan miedo estas peleas. Estoy asustada, Harry. Sería diferente si estuviéramos casados.

Pero Harry, que era el culpable de la discusión, todavía estaba enojado.

—Sería una estupidez. Ya decidimos que fuera en marzo.

Las lágrimas se evaporaron de los ojos de Sally y su expresión se endureció un poco.

—Está bien, supongo que no debería haber dicho nada.

Harry se derritió.

—¡Tontita! Ven, dame un beso y olvidemos el asunto.

Esa misma noche, al final de un espectáculo de variedades, la orquesta tocó "Dixie" y Sally Carrol sintió, en lo más hondo, algo mucho más fuerte y perdurable que las lágrimas y las sonrisas de aquel día. Se inclinó hacia adelante y aferró los brazos del sillón hasta que la cara se le puso roja.

—¿Te emociona, querida? —murmuró Harry.

Pero ella no lo estaba escuchando. Sus viejos fantasmas desfilaban en la oscuridad al vibrante palpitar de los violines y el redoble inspirador de los timbales. Y cuando los pífanos silbaron y suspiraron, los fantasmas comenzaron a alejarse, tan corpóreos que podría haberles dicho adiós con la mano.

Away, away,

away down South, in Dixie!

Away, away,

away down South, in Dixie!

V

Era una noche especialmente fría. El día anterior un deshielo

repentino había despejado las calles, pero ahora volvía a invadirlas un polvoriento fantasma de nieve que avanzaba en líneas onduladas empujado por el viento y llenaba el aire con una neblina de partículas impalpables. No había cielo: el firmamento había sido reemplazado por una carpa oscura y amenazante que se cernía sobre las calles y en realidad era un inmenso ejército de copos de nieve; por todas partes, congelando el fulgor dorado y verde de las ventanas iluminadas y amortiguando el trote del caballo que tiraba del trineo, el viento del norte soplaba interminablemente. La ciudad era tétrica, pensaba Sally Carrol: tétrica.

A veces, durante la noche, tenía la impresión de que estaba deshabitada: todos se habían ido hacía mucho tiempo, dejando que las casas iluminadas fueran cubiertas, día tras día, por sepulcrales montañas de nieve. ¡Ah, si la nieve cubriera su tumba! ¡Yacer bajo una montaña de nieve durante todo el invierno, donde su lápida sería una sombra clara entre sombras claras! Su tumba… una tumba tapizada de flores, bañada por el sol y por la lluvia.

Volvió a pensar en las granjas aisladas que el tren había dejado atrás, en cómo sería la vida en esas granjas durante el largo invierno: mirar interminablemente por la ventana, ver formarse una costra de hielo sobre los blandos montones de nieve y, por fin, contemplar el lento deshielo sin alegría… y esa primavera áspera de la que tanto le había hablado Roger Patton. Su propia primavera, la primavera del Sur… perdida para siempre, con sus lilas y esa dulzura perezosa que le encendía el corazón. Estaba renunciando a esa primavera, y tendría que renunciar a esa dulzura.

La tormenta se desató con intensidad creciente. Sally Carrol sintió una película de copos de nieve disolviéndose sobre sus pestañas; Harry estiró su brazo envuelto en piel y le acomodó la capucha de franela. Los copos minúsculos iniciaron una nueva escaramuza y el caballo inclinó con equina paciencia el pescuezo cuando una capa entre transparente y blanca cubrió fugazmente su pelaje.

—Tiene frío, Harry —dijo Sally Carrol de pronto.

—¿Quién? ¿El caballo? No, para nada. ¡Le gusta la nieve!

Diez minutos después doblaron una esquina y avistaron su destino.

Sobre una alta colina verde, que se recortaba intensa y deslumbrante contra el cielo invernal, se alzaba el palacio de hielo. Tenía tres pisos… y almenas y troneras y ventanas angostas de las que colgaban carámbanos… y las innumerables lámparas eléctricas otorgaban una transparencia indescriptible al gran salón central. Sally Carrol apretó la mano de Harry bajo la manta de piel.

—¡Es hermoso! —exclamó Harry con entusiasmo—. ¡Es espléndido! ¡No construían uno así desde 1885!

Inexplicablemente, la idea de que no hubiera habido otro igual desde 1885 angustió a Sally Carrol. El hielo era un fantasma, y esa mansión de hielo seguramente estaba poblada por los espectros del siglo pasado: rostros lívidos y borrosas cabelleras de nieve.

—Vamos, querida —dijo Harry.

Sally Carrol bajó del trineo y esperó a que Harry atara el caballo. Un grupo de cuatro personas —Gordon, Myra, Roger Patton y otra chica— se detuvo junto a ellos con un alegre tintineo de campanas. Se había congregado una multitud que, arrebujada en pieles o cueros de oveja, gritaba y vociferaba mientras avanzaba entre la nieve, que ya era tan espesa que la gente apenas se distinguía a pocos metros de distancia.

—¡Mide cincuenta metros de alto! —le decía Harry a una figura embozada mientras avanzaban con dificultad hacia la entrada—. Ocupa una superficie de cinco mil quinientos metros cuadrados.

Sally captaba fragmentos de conversación: “Un salón principal…”. “Paredes de medio metro o un metro de espesor…” “Y la gruta de hielo tiene casi un kilómetro y medio de…” “El canadiense que lo construyó…”

Por fin encontraron la entrada. Deslumbrada por la magia de los grandes muros de cristal, Sally Carrol se sorprendió repitiendo unas líneas de “Kubla Khan”:

Era un milagro de raro artificio,

una cúpula de placer

iluminada por el sol, con grutas de hielo.

Se sentó en un banco de madera en la inmensa y resplandeciente caverna rodeada de oscuridad… y la angustia de la noche se disipó. Harry tenía razón: era hermoso. Sally Carrol recorrió con la mirada la superficie suave de las paredes, los bloques de hielo especialmente elegidos por su pureza y claridad para obtener aquel efecto de opalescencia translúcida.

—¡Mira! ¡Vamos! —gritó Harry.

En el rincón más lejano, una banda de música arremetió con "Hail, Hail, the Gang's All Here!" y sus ecos llegaron hasta ellos de una manera frenética y confusa. Se apagaron las luces: el silencio parecía fluir por las paredes heladas y derramarse sobre los presentes. Sally Carrol aún podía ver su aliento blanco en la oscuridad y, frente a ella, una hilera difuminada de rostros lívidos.

La música disminuyó hasta transformarse en un suspiro quejumbroso, y desde afuera llegaba el canto estentóreo de los que desfilaban. El canto se fue haciendo cada vez más poderoso, como el himno de una tribu vikinga que cruzara una antigua tierra virgen. Aumentó todavía más: se estaban acercando. Entonces apareció una hilera de antorchas, y otra y otra más… y marcando el paso, una larga columna calzada con mocasines de piel y envuelta en capas grises entró en la caverna con las raquetas de nieve colgando de los hombros… y las antorchas ardían y las llamas se elevaban y parpadeaban… y las voces ascendían por las altas paredes.

La columna gris terminó, y después vino otra… y ahora la luz fluía misteriosa sobre capuchas rojas de esquiador y flameantes capas color carmín, y los recién llegados se sumaron al canto. Después apareció un regimiento con uniformes color azul y blanco, verde, blanco, marrón y amarillo.

—Los de blanco son el Club Wacouta —murmuró Harry, emocionado—, son los hombres que conociste en los bailes.

El volumen de las voces aumentó. La inmensa cueva era una fantasmagoría de coloridas antorchas que ondulaban como lenguas de fuego al ritmo suave de los pasos. La columna que encabezaba la marcha giró y se detuvo, pelotón tras pelotón, hasta que la procesión entera compuso un extraordinario estandarte de llamas. Y entonces, de millares de gargantas surgió un grito poderoso que atravesó el aire como el fragor de un trueno e hizo temblar las antorchas. ¡Era magnífico, era tremendo! Para Sally Carrol era el Norte ofreciendo un sacrificio sobre un inmenso altar al gris y pagano Dios de la Nieve. A medida que el grito se apagaba, la banda volvió a tocar, y hubo más cantos y después se oyeron los largos vítores de cada comparsa. Sally Carrol —que había permanecido sentada inmóvil, escuchando esos gritos intermitentes que quebraban el silencio— se sobresaltó. Se desató una lluvia de explosiones y unas enormes nubes de humo invadieron la cueva: las luces de magnesio de los fotógrafos en plena tarea. La ceremonia terminó. Lideradas por la banda de música, las comparsas se encolumnaron una vez más, reanudaron los cantos y desfilaron hacia la salida.

—¡Vamos! —exclamó Harry—. Tenemos que ver los laberintos subterráneos antes de que apaguen las luces.

Se levantaron y fueron hacia la rampa. Harry y Sally Carrol encabezaban la marcha: el pequeño mitón de Sally se hundía en el gran guante de piel de Harry. Al final de la rampa había un inmenso y vacío salón de hielo cuyo techo era tan bajo que tuvieron que agacharse para entrar… y se soltaron las manos. Antes de que Sally se diera cuenta de lo que pretendía hacer, Harry salió corriendo hacia uno de los seis corredores resplandecientes que partían de la sala y se transformó en una mancha borrosa y huidiza contra el fulgor verde.

—¡Harry! —lo llamó.

—¡Vamos! —le contestó él.

Sally Carrol miró el salón vacío… Era evidente que el resto del grupo había decidido regresar… Ya estarían afuera, deslizándose sobre la nieve. Dudó un instante y salió corriendo detrás de Harry.

—¡Harry! —gritó.

Corrió varios metros y llegó a una encrucijada; le pareció que alguien respondía —una voz apagada, casi imperceptible, a su izquierda—, y aguijoneada por el pánico huyó en esa dirección. Y pasó de largo por otra encrucijada y atravesó otros dos largos corredores.

—¡Harry!

No hubo respuesta. Siguió corriendo hasta que de pronto, con la velocidad de un rayo, dio media vuelta y regresó por donde había venido, presa de un terror súbito y helado.

Llegó a un recodo —¿era allí?—, siguió a la izquierda y desembocó en lo que debería haber sido la entrada del salón inmenso y bajo… pero era otro pasillo reluciente que terminaba en oscuridad. Volvió a gritar, pero las paredes le devolvieron un eco plano, sin vida, sin resonancia. Retrocedió sobre sus pasos, dobló otra esquina y empezó a caminar por un pasillo ancho: era como cruzar el verde pasaje que abrieron las aguas divididas del mar Rojo, como una bóveda húmeda que conectaba tumbas vacías.

Ahora resbalaba un poco cuando caminaba porque se había acumulado hielo en las suelas de sus galochas; tenía que apoyar la mano enguantada sobre la superficie escurridiza y viscosa de las paredes para mantener el equilibrio.

—¡Harry!

No hubo respuesta. Su voz rebotó, como una burla, en el fondo del pasillo.

Unos segundos después se apagaron las luces y Sally Carrol quedó sumida en la más completa oscuridad. Se le escapó un gemido asustado y se dejó caer sobre un frío montón de hielo. Sintió que la rodilla izquierda se le doblaba un poco al caer, pero no le prestó atención porque la había invadido un terror profundo, un terror mucho más grande que el miedo a haberse perdido. Estaba sola con esa presencia que emanaba del Norte: la triste soledad que ascendía de los balleneros atrapados en los hielos del Ártico, de las

extensiones yermas, sin fogatas y sin huellas, tapizadas por los blancos huesos de los aventureros. Soplaba el gélido aliento de la muerte; venía hacia ella, bajo tierra, para atraparla.

Con ímpetu frenético y desesperado, volvió a levantarse y avanzó a ciegas en la oscuridad. Tenía que salir. Podía perderse, podía estar perdida durante días, para después morir congelada y yacer envuelta en hielo como esos cadáveres que, según había leído, se conservaban perfectamente hasta que se derretía un glaciar. Harry seguramente pensaba que se había ido con los otros… y ya se habría ido él también; nadie se enteraría hasta el día siguiente. Palpó la pared con resignación: medio metro de espesor, eso le habían dicho. ¡Medio metro de espesor!

—¡Ay!

A ambos lados de su cuerpo sentía cosas que se arrastraban por las paredes: eran las almas húmedas que habitaban ese palacio, esa ciudad, ese Norte.

—¡Socorro! ¡Que alguien venga a ayudarme, que venga alguien! —gritó.

Clark Darrow… él entendería… o Joe Ewing… No podían dejarla ahí para siempre, hasta que se le congelaran el corazón, el cuerpo y el alma. A ella, a Sally Carrol, que era una criatura feliz, una chica alegre que amaba el calor, el verano y el Sur. ¡Qué extraño era todo esto, qué extranjero!

“No llores —le dijo algo en voz alta—. No vuelvas a llorar. Tus lágrimas se congelarán: ¡aquí se congelan todas las lágrimas!”

Se desplomó sobre el hielo.

—¡Ay, Dios mío! —musitó con voz quebrada.

Pasaron, largos, los minutos, y ya muy cansada sintió que se le cerraban los ojos. Tuvo la sensación de que alguien se sentaba a su lado y tomaba su cara con manos cálidas y dulces. Levantó la vista agradecida.

—Ah, es Margery Lee —canturreó para sí misma—. Sabía que

vendrías.

Y era verdad. Era Margery Lee… y era tal como Sally Carrol la había imaginado: la frente blanca y joven, los ojos grandes y afectuosos… y una pollera acampanada, de una tela suavísima, sobre la que daba gusto descansar.

—Margery Lee.

Estaba cada vez más oscuro… Todas esas lápidas necesitaban una mano de pintura, vaya si la necesitaban… pero la pintura nueva las estropearía… aunque igual habría que poder verlas.

Los minutos pasaron, primero con rapidez y luego con lentitud, para disolverse por fin en una multitud de rayos borrosos que convergían en un sol amarillo pálido. Hasta que de pronto oyó un gran estrépito que interrumpió la tranquilidad recién encontrada.

Había sol, había luz… Una antorcha, y otra detrás, y otra, y otra más… Y voces… Una cara se materializó bajo la antorcha, un par de brazos fuertes la levantaron, y sintió algo en la mejilla… algo húmedo. Alguien la había alzado y le frotaba la cara con nieve. ¡Qué ridículo! ¡Con nieve!

—¡Sally Carrol! ¡Sally Carrol!

Era Dangerous Dan McGrew… y dos rostros desconocidos.

—¡Querida, querida! ¡Hace dos horas que te estamos buscando! ¡Harry está como loco!

Las cosas volvieron a su lugar: el canto, las antorchas, el clamor de las columnas en marcha. Sally Carrol se acurrucó en los brazos de Roger Patton y dejó escapar un gemido bajo y prolongado.

—¡Quiero salir de aquí! Voy a volver al Sur. Llévame a casa. —Su voz se elevó a un grito que heló el corazón de Harry, que venía corriendo por el pasillo contiguo—. ¡Mañana! —gritaba Sally Carrol con pasión desenfrenada y delirante—. ¡Mañana! ¡Ma-ña-na! ¡Ma-ña-na!

VI

La luz del sol, generosa y dorada, derramaba un calor irritante aunque extrañamente reconfortante sobre la casa que miraba al camino polvoriento. Dos pájaros alborotaban el aire en un rincón fresco que habían encontrado entre las ramas del árbol más cercano a la puerta, y calle abajo una negra pregonaba frutillas con voz melodiosa. Era una tarde de abril.

Sally Carrol Happer, el mentón apoyado sobre el brazo y el brazo sobre el marco de la ventana, miraba soñolienta el camino de tierra del que, por primera vez esa primavera, ascendían olas de calor. Vio cómo un Ford viejísimo tomaba una curva peligrosa entre traqueteos y chirridos y se detenía, con un sacudón, al final de la calle. No dijo nada. Unos segundos después, un silbido estridente y familiar atravesó el aire. Sally Carrol sonrió y parpadeó.

—Buen día.

Una cabeza asomó con dificultad bajo la capota del automóvil.

—Ya son buenas tardes, Sally Carrol.

—¿Estás seguro? —dijo ella, fingiendo sorpresa—. Pensaba que tal vez no.

—¿Qué estás haciendo?

—Como duraznos verdes. Sospecho que voy a morir en cualquier momento.

Clark hizo una contorsión imposible para poder verle la cara.

—El agua está caliente como el vapor de una cafetera, Sally Carrol. ¿Quieres venir a nadar?

—Odio moverme —suspiró Sally Carrol con pereza—, pero creo que iré de todos modos.

* Probable alusión a la gitana que protagoniza la ópera Carmen, de Georges Bizet. [N. de las Trads.]

** Referencia a uno de los tres protagonistas del poema The Shooting of Dan McGrew, de Robert W. Service. [N. de las Trads.]

El cusioso caso de Benjamin Button

Hasta 1860 lo correcto era nacer en tu propia casa. Hoy, según me dicen, los altos dioses de la medicina han decretado que los primeros llantos del recién nacido deben ser emitidos en la atmósfera aséptica de un hospital, preferiblemente un hospital elegante. Así que los Button se adelantaron cincuenta años a la moda cuando decidieron, un día de verano de 1860, que su primer hijo naciera en un hospital. Nunca sabremos si este anacronismo tuvo alguna influencia sobre la asombrosa historia que voy a contarles.

Les diré lo que ocurrió, tal como ocurrió, para que puedan juzgar por sí mismos.

Los Button gozaban de una posición envidiable, tanto social como económica, en el Baltimore de la preguerra. Estaban emparentados con Tal o Cual Familia, cosa que, como bien sabía todo sureño, les daba derecho a formar parte de la inmensa aristocracia que habitaba la Confederación. Era su primera experiencia con la encantadora y antigua costumbre de tener hijos: naturalmente, Roger Button estaba nervioso. Esperaba que fuera un varón para poder mandarlo a la Universidad de Yale en Connecticut, institución donde el propio señor Button había respondido, durante cuatro años, al apodo más bien obvio de Cuello Duro.

La mañana de septiembre consagrada al extraordinario acontecimiento, el señor Button se levantó muy nervioso a las seis, se vistió, se anudó una impecable corbata y corrió por las calles de Baltimore hasta el hospital para averiguar si la oscuridad de la noche había traído en su seno una nueva vida.

A unos cien metros de la Clínica Maryland para Damas y Caballeros vio al doctor Keene, el médico de la familia, que bajaba por la escalera principal restregándose las manos como si se las lavara,

como todos los médicos están obligados a hacer según la ética tácita de la profesión.

Roger Button, presidente de Roger Button & Co., Ferreteros Mayoristas, empezó a correr en dirección al doctor Keene con mucha menos dignidad de la que se esperaría de un caballero sureño de aquel pintoresco período.

—Doctor Keene —lo llamó—. ¡Eh, doctor Keene!

El médico lo oyó, se dio vuelta y se detuvo a esperarlo; una expresión curiosa fue formándose en su severo rostro doctoral a medida que el señor Button se acercaba.

—¿Qué pasó? —preguntó Button, respirando con dificultad después de la breve carrera—. ¿Cómo salió todo? ¿Cómo está mi mujer? ¿Es un varón? ¿Qué es? ¿Qué…?

—Serénese —dijo el doctor Keene con aspereza. Parecía irritado.

—¿Ya nació mi hijo? —suplicó.

El doctor Keene frunció el entrecejo.

—Bueno, sí, supongo que nació… en cierto modo. —Y volvió a lanzarle una mirada fulminante a Button.

—¿Mi mujer está bien?

—Sí.

—¿Es niño o niña?

—¡Es indignante! —gritó el doctor Keene en el colmo de su irritación—. Le pido que vaya y lo vea con sus propios ojos. ¡Es una locura! —La última frase sonó como una sola sílaba. Después, el doctor Keene murmuró—: ¿Usted cree que un caso como este contribuirá a mi reputación profesional? Otro caso así sería mi ruina absoluta… sería la ruina de cualquiera.

—¿Pero qué pasa? —preguntó el señor Button, aterrado—. ¿Son trillizos?

—¡Pero qué trillizos ni trillizos! —respondió el médico, tajante—. Vaya a verlo usted mismo. Y búsquese otro médico. ¡Yo fui quien lo traje al mundo, jovencito, y he sido el médico de su familia durante cuarenta años! Pero ya tuve suficiente con usted. ¡No quiero verlo nunca más, ni a usted ni a ninguno de sus parientes! ¡Adiós!

Se dio vuelta de golpe y sin añadir palabra subió al carruaje que lo esperaba en la calzada y se alejó muy serio.

Button se quedó en la vereda, estupefacto, temblando de pies a cabeza. ¿Qué horrible desgracia habría ocurrido? De repente había perdido todo deseo de visitar la Clínica Maryland para Damas y Caballeros. Pero unos segundos después, haciendo un terrible esfuerzo, se obligó a subir las escaleras y cruzó la puerta principal.

Detrás de un escritorio, en la penumbra opaca del vestíbulo, había una enfermera. Tragándose la vergüenza, Button se acercó.

—Buenos días —saludó la enfermera, con una mirada amable.

—Buenos días. Soy… soy Roger Button.

Al escuchar ese nombre, una expresión de horror deformó el rostro de la muchacha. Se levantó de un salto y estuvo a punto de salir corriendo por el vestíbulo, pero logró dominarse con gran esfuerzo.

—Quiero ver a mi hijo —dijo Button.

La enfermera lanzó un grito ahogado.

—¡Ah, sí, por supuesto! —chilló histérica—. Arriba. Arriba. ¡Suba!

Le indicó la dirección con el dedo, y el señor Button, bañado en sudor frío, dio media vuelta y, con paso vacilante, empezó a subir al primer piso. En el pasillo de arriba se dirigió a otra enfermera, que se acercaba con una palangana en la mano.

—Soy Roger Button —consiguió articular—. Quiero ver a mi…

¡Clanc! La palangana se estrelló contra el suelo y rodó hacia la escalera. ¡Clanc! ¡Clanc! Inició un metódico descenso, como si compartiera el terror general que provocaba ese caballero.

—¡Quiero ver a mi hijo! —casi gritó Button. Estaba al borde del colapso.

¡Clanc! La palangana llegó a la planta baja. La enfermera recuperó el control de sus emociones y fulminó a Button con una mirada de auténtico desprecio.

—Por supuesto, señor Button —concedió con voz sumisa—. Muy bien. ¡Pero si supiera cómo nos pusimos todos esta mañana! ¡Es indignante! Esta clínica no conservará ni la sombra de su reputación después de…

—¡Termine de una vez! —gritó Button, con voz ronca—. ¡No soporto más!

—Por aquí, señor Button.

Se arrastró penosamente tras ella. Al final de un largo pasillo, llegaron a una sala de donde salía un coro de aullidos; una sala que, de hecho, sería conocida en el futuro como la “sala del llanto”. Entraron.

—Bueno —resopló Button—. ¿Cuál es el mío?

—Aquel —dijo la enfermera.

Los ojos del señor Button siguieron la dirección que indicaba el dedo de la enfermera, y esto es lo que vieron: envuelto en una voluminosa manta blanca, casi saliéndose de la cuna, estaba sentado un anciano que aparentaba unos setenta años. Sus escasos cabellos eran casi blancos y del mentón le caía una larga barba color humo que ondeaba absurdamente, abanicada por la brisa que entraba por la ventana. El anciano miró a Roger Button con ojos desvaídos y marchitos, en los que acechaba un enigma.

—¿Estoy loco? —tronó Button; su terror se había transformado en rabia—. ¿O esta clínica quiere hacerme una broma de mal gusto?

—A nosotros no nos parece ninguna broma —replicó la enfermera con severidad—. Y yo no sé si usted está loco o no, pero puedo asegurarle que ese que está allí es su hijo.

El sudor frío se duplicó en la frente del señor Button. Cerró los ojos, volvió a abrirlos, y miró. No era un error: estaba viendo a un hombre de setenta años, un recién nacido de setenta años, un bebé cuyos pies colgaban fuera de la cuna donde descansaba.

El anciano miró plácidamente al caballero y a la enfermera durante unos segundos, y preguntó con voz cascada y vieja:

—¿Eres mi padre?

Button y la enfermera se sobresaltaron.

—Porque si eres mi padre —prosiguió el viejo, quejumbroso— me gustaría que me sacaras de aquí. O, al menos, que pidas que me traigan una mecedora más cómoda.

—Pero, por el amor de Dios, ¿de dónde saliste? ¿Quién eres? —estalló Button, crispado.

—No puedo decirte exactamente quién soy —replicó la voz quejumbrosa— porque nací hace apenas unas horas. Pero mi apellido es Button, no hay duda.

—¡Mientes! ¡Eres un impostor!

El anciano miró con cansancio a la enfermera.

—Linda manera de recibir a un hijo recién nacido —se lamentó con un suspiro—. Dígale que se equivoca, ¿quiere?

—Se equivoca, señor Button —dijo severamente la enfermera—. Este es su hijo. Debería asumir la situación lo mejor que pueda. Nos vemos en la obligación de pedirle que se lo lleve a su casa cuanto antes: hoy, por ejemplo.

—¿A mi casa? —repitió Button, incrédulo.

—Sí, no podemos tenerlo aquí. No podemos, de verdad. ¿Comprende?

—Me encantaría irme —se quejó el anciano—. Este no es lugar para un bebé de carácter tranquilo. Con todos esos chillidos y llantos no

pude pegar un ojo. Pedí algo para comer —aquí su voz alcanzó una aguda nota de protesta— ¡y me trajeron una mamadera!

Roger Button se dejó caer en una silla junto a su hijo y escondió la cara entre las manos.

—¡Dios mío! —murmuró en un éxtasis de horror—. ¿Qué va a decir la gente? ¿Qué voy a hacer?

—Tiene que llevárselo a su casa —insistió la enfermera—. ¡Ahora mismo!

Una imagen grotesca se materializó con aterradora nitidez ante los ojos del atormentado padre: se vio paseando por las atestadas calles de la ciudad con esa espantosa aparición tropezando a su lado.

—No puedo, no puedo —gimió.

La gente se pararía a preguntarle… y ¿qué iba a decirles? Tendría que presentar a ese… a ese septuagenario: "Este es mi hijo, nació esta mañana temprano". Y el anciano se acurrucaría bajo la manta y seguirían su penoso camino: pasarían por las tiendas abarrotadas, por el mercado de esclavos —durante un oscuro instante Roger Button deseó fervientemente que su hijo fuera negro—, por las lujosas casas del barrio residencial, por el asilo de ancianos…

—¡Vamos! ¡Cálmese! —ordenó la enfermera.

—Miren —anunció de repente el anciano—, si piensan que iré caminando a casa envuelto en esta manta están muy pero muy equivocados.

—Los bebés siempre usan mantas.

Con una risita maliciosa, el anciano blandió un pañal blanco en el aire.

—¡Mire! —dijo con voz trémula—. Mire lo que tenían preparado para mí.

—Los bebés siempre usan eso —dijo la enfermera, molesta.

—Bueno —dijo el anciano—. Este bebé, dentro de dos minutos, no va a usar ninguna de estas dos cosas. Esta manta pica. Al menos podrían haberme dado una sábana.

—¡Déjesela! ¡Déjesela! —se apresuró a decir Button. Miró a la enfermera—: ¿Qué hago?

—Vaya al centro y cómprele a su hijo algo de ropa.

La voz de su hijo siguió a Roger Button hasta el vestíbulo:

—Y un bastón, papá. Quiero tener un bastón.

El señor Button salió de la clínica dando un terrible portazo.

II

—Buenos días —le dijo Button, nervioso, al empleado de la Gran Tienda Chesapeake—. Quiero comprar ropa para mi hijo.

—¿Qué edad tiene su hijo, señor?

—Seis horas —respondió sin pensarlo dos veces.

—La sección de bebés está en el fondo.

—Bueno, no creo… No estoy seguro de lo que busco. Es que… es un niño extraordinariamente grande. Excepcionalmente… excepcionalmente voluminoso.

—Allí puede encontrar tallas grandes para bebés.

—¿Dónde está la sección de niños? —preguntó, cambiando desesperadamente de tema. Tenía la impresión de que el empleado ya había olido su vergonzoso secreto.

—Aquí mismo.

—Bueno…

Roger Button dudó. Le repugnaba la idea de vestir a su hijo con ropa de hombre. Si, por ejemplo, pudiera encontrar un traje de niño bastante grande —muy grande en realidad—, podría cortarle esa barba larga y espantosa y teñirle las canas. Así conseguiría disimular lo peor y conservar un poco de dignidad… por no mencionar su posición social en Baltimore.

Pero la búsqueda afanosa en la sección de niños fue inútil: no encontró ropa adecuada para el Button recién nacido. Le echó la culpa a la tienda, por supuesto… En estos casos, la tienda siempre tiene la culpa.

—¿Qué edad dijo que tenía su hijo? —preguntó el empleado con curiosidad.

—Tiene… dieciséis.

—Ah, perdón. Había entendido seis horas. Encontrará la sección de jóvenes en el siguiente pasillo.

Button se alejó apesadumbrado. Pero se detuvo de pronto, radiante, y señaló un maniquí que estaba en la vidriera.

—¡Ese! —exclamó—. Me llevo ese traje, el que tiene puesto el maniquí.

El empleado lo miró con asombro.

—Pero —protestó— ese no es un traje para niños. Podría ponérselo un niño, sí, pero en realidad es un disfraz. ¡También se lo podría poner usted!

—Envuélvamelo —insistió el cliente, nervioso—. Es lo que estaba buscando.

Atónito, el empleado obedeció.

De regreso en la clínica, el señor Button entró en la sala de los recién nacidos y casi le arrojó el paquete a su hijo.

—Aquí tienes la ropa —masculló.

El anciano desenvolvió el paquete y examinó el contenido con mirada sarcástica.

—Me parece un poco ridículo —se quejó—. No quiero ser objeto de las burlas de…

—¡Tú me convertiste en un objeto de burla! —estalló su padre, feroz—. Qué importa que te veas ridículo. Ponte ya mismo esa ropa… o… o te daré una paliza.

Le costó pronunciar la última palabra, pero consideraba que era lo que debía decir.

—Está bien, papá —asintió el viejo en un grotesco simulacro de respeto filial—. Has vivido más que yo, y por lo tanto sabes más. Como tú digas.

Como antes, el solo sonido de la palabra “papá” le produjo escalofríos al señor Button.

—Y que sea rápido.

—Hago todo lo que puedo, papá.

Cuando su hijo terminó de vestirse, Roger Button lo miró desolado. El traje que le había comprado consistía en un par de medias con lunares, unos pantalones rosados, y una blusa de ancho cuello blanco con cinturón al tono. La luenga barba blanca, que casi le llegaba a la cintura, oscilaba sobre el blanco cuello de la blusa. No producía un buen efecto.

—¡Espera!

Roger Button empuñó unas tijeras de quirófano y, con tres rápidos tijeretazos, cercenó una buena porción de la barba. A pesar de la mejora, el conjunto distaba mucho de la perfección. La mata enmarañada de pelo pajizo, los ojos acuosos, los dientes amarronados y viejos, producían un raro contraste con ese traje tan alegre. Pero Button era un hombre obstinado. Extendió la mano.

—¡Vamos! —dijo con severidad.

Su hijo le tomó la mano confiadamente.

—¿Cómo me vas a llamar, papá? —preguntó con voz temblorosa cuando salían de la sala de los recién nacidos—. ¿Bebé, a secas, hasta que se te ocurra un nombre mejor?

Button gruñó.

—No lo sé —respondió agriamente—. Creo que te llamaremos Matusalén.

III

Incluso después de que le cortaran el pelo al nuevo integrante de la familia Button y se lo tiñeran de un negro desvaído y artificial, y lo afeitaran hasta dejarle la cara reluciente, y lo vistieran con ropa de niño hecha a medida por un sastre estupefacto, para Roger Button era imposible ignorar el hecho de que su hijo era un remedo de primogénito. Aunque encorvado por la edad, Benjamin Button —así lo llamaron en vez de optar por el más apropiado, aunque demasiado pretencioso, Matusalén— medía un metro setenta y cinco centímetros. La ropa no ocultaba su estatura, ni la depilación y la tintura de las cejas disimulaban sus ojos apagados, húmedos, cansados. Apenas vio al recién nacido, la niñera que los Button habían contratado se fue de la casa, visiblemente indignada.

Pero Roger Button persistió en su propósito inamovible. Benjamin era un bebé, y había que tratarlo como tal. Al principio dictaminó que, si a Benjamin no le gustaba la leche caliente, se quedaría sin comer… hasta que por fin cedió y permitió que su hijo comiera pan con manteca e incluso, después de algunas negociaciones, avena con leche. Una vez llevó a su casa un sonajero y, entregándoselo a Benjamin, insistió con firmeza en que jugara con él… ante lo cual el anciano tomó el sonajero con expresión de hartazgo y, obediente, lo hizo sonar a intervalos durante todo el día.

Pero era evidente que el sonajero lo aburría y que, cuando estaba solo, prefería otras diversiones más reconfortantes. Un buen día Roger Button descubrió que la semana anterior había fumado más cigarros que nunca, fenómeno que se aclaró días después cuando, al entrar inesperadamente en el cuarto del bebé, lo encontró inmerso en una lánguida humareda azulada mientras, con expresión culpable, trataba de esconder los restos de un habano. Por supuesto que eso ameritaba una buena paliza, pero Button comprendió que no tenía la energía necesaria para propinarla. Se limitó a advertirle a su hijo que el humo "entorpecería su crecimiento".

Roger Button, a pesar de todo, persistió en su actitud. Llevó a su casa soldaditos de plomo, llevó trenes de juguete, llevó grandes y preciosos animales de trapo y, para perfeccionar la ilusión que estaba creando —al menos para sí mismo—, le preguntó con vehemencia al vendedor de la juguetería si "la pintura del pato rosa desteñiría si el bebé se lo metía en la boca". Pero, a pesar de los esfuerzos paternos, nada de todo eso le interesaba a Benjamin. Se escabullía por las escaleras de servicio y volvía a su habitación con un volumen de la Enciclopedia Británica, ante cuyas páginas podía pasar absorto una tarde entera, mientras las vacas de trapo y el arca de Noé quedaban abandonadas en el piso. Los esfuerzos del señor Button eran inútiles ante tamaña obstinación.

Al principio, la noticia causó un enorme revuelo en Baltimore. No podemos calcular lo que esta desgracia podría haberles costado a los Button y a sus parientes porque el estallido de la Guerra Civil hizo que la gente se concentrara en otros asuntos. Algunos, dueños de una cortesía irreprochable, se devanaron los sesos para encontrar una manera de felicitar a los flamantes padres… y al fin pergeñaron la ingeniosa estratagema de decir que el niño se parecía a su abuelo, lo cual, dadas las condiciones de normal decadencia comunes a todos los hombres de setenta años, resultaba innegable. A Roger Button y a su esposa no les agradó el cumplido, y el abuelo de Benjamin se sintió terriblemente ofendido.

En cuanto salió de la clínica, Benjamin se tomó la vida como venía. Sus padres tuvieron la peregrina idea de invitar a otros niños para que jugaran con él, pero, debido a la rigidez de sus articulaciones, pasó una tarde agotadora intentando encontrarles algún interés al

trompo y las bolitas. Incluso se las arregló para romper, casi sin querer, una ventana de la cocina de un hondazo, hazaña que satisfizo secretamente a su padre. Desde entonces Benjamin se las ingeniaba para romper algo todos los días, pero sólo lo hacía porque eso esperaban de él y porque era obediente por naturaleza.

Cuando la hostilidad inicial de su abuelo se disipó, Benjamin y el anciano caballero empezaron a disfrutar de la mutua compañía. Aunque muy alejados en edad y en experiencia, pasaban horas sentados los dos solos como viejos compinches, analizando con monotonía incansable los lentos acontecimientos de la jornada. Benjamin se sentía más a gusto con su abuelo que con sus padres, que parecían tenerle una especie de temor irremontable y reverencial, y que, a pesar de la autoridad dictatorial que ejercían sobre él, a menudo se confundían y lo trataban de usted.

Benjamin estaba tan asombrado como todos por la avanzada edad física y mental que aparentaba al nacer. Devoraba todas las publicaciones médicas que caían en sus manos, pero, por lo que pudo ver, no se conocía ningún caso semejante al suyo. Ante la insistencia de su padre, hacía sinceros esfuerzos por jugar con otros niños y casi siempre participaba en los juegos más pacíficos: el béisbol lo agitaba demasiado y temía que, en caso de fractura, sus viejos huesos se negaran a soldarse.

Cuando cumplió cinco años lo mandaron al jardín de infantes, donde lo iniciaron en el arte de pegar papel verde sobre papel naranja, dibujar mapas de colores y fabricar infinitos collares con cuentas de cartón. Benjamin tenía propensión a quedarse dormido en mitad de estas tareas, costumbre que irritaba y asustaba a su joven maestra. Para su alivio, la maestra se quejó a sus padres y ellos lo sacaron de la escuela. Los Button les dijeron a sus amigos que Benjamin era demasiado pequeño para el jardín de infantes.

Cuando cumplió doce años, sus padres ya se habían acostumbrado. La fuerza de la costumbre es tan poderosa que los Button ya no se daban cuenta de que Benjamin era diferente a todos los demás niños… salvo cuando alguna anomalía curiosa les recordaba el hecho. Pero un día, pocas semanas después de su duodécimo cumpleaños, mientras se miraba al espejo, Benjamin hizo, o creyó hacer, un asombroso descubrimiento. ¿Sus ojos lo engañaban… o en

sus doce años de vida su cabello había pasado del blanco níveo al gris acero bajo la tintura? ¿Las arrugas que surcaban su rostro eran menos pronunciadas? ¿Tenía la piel más saludable y más firme… incluso con ese buen color que da el invierno? No podía decirlo. Lo único que sabía era que ya no andaba encorvado y que su estado físico había mejorado desde sus primeros días de vida.

—¿Será que…? —pensó para sus adentros o, mejor dicho, apenas se atrevió a pensar.

Fue a hablar con su padre.

—Ya soy grande —anunció con determinación—. Quiero usar pantalones largos.

Su padre dudó.

—Bueno —dijo por fin—, no sé qué decirte. Catorce años es la edad adecuada para ponerse los pantalones largos, y sólo tienes doce.

—Pero tienes que admitir —protestó Benjamin— que soy alto para mi edad.

Su padre lo miró, fingiendo evaluar la situación.

—Mmm, yo no estaría tan seguro —dijo—. A los doce años yo era igual de alto.

No era verdad: esa afirmación formaba parte del pacto secreto que Roger Button había hecho consigo mismo para creer en la normalidad de su hijo.

Llegaron a un acuerdo. Benjamin seguiría tiñéndose el pelo. Se esforzaría más por jugar con niños de su edad. No usaría anteojos ni llevaría bastón cuando saliera a la calle. A cambio de estas concesiones, su padre le permitió ponerse el primer par de pantalones largos…

IV

No me extenderé demasiado sobre la vida de Benjamin Button entre los doce y los veintiún años. Baste recordar que fueron años de normal decrecimiento. Cuando Benjamin cumplió los dieciocho tenía el cuerpo de un hombre de cincuenta; tenía más cabello, ahora gris oscuro; su paso era firme, su voz había perdido el temblor cascado: sonaba más baja, era la voz de un saludable barítono. Su padre lo mandó a Connecticut para que diera el examen de ingreso en la Universidad de Yale. Benjamin aprobó el examen y se convirtió en alumno de primer curso.

Tres días después de matricularse recibió una notificación del señor Hart, el prosecretario de la universidad, que lo citaba en su oficina para establecer el plan de estudios. Benjamin se miró al espejo y decidió que necesitaba volver a teñirse de castaño, pero después de una angustiosa búsqueda en el cajón de la cómoda descubrió que el frasco de tintura había desaparecido. Recordó que se le había terminado el día anterior y lo había tirado.

Estaba en problemas. Tenía que presentarse en la oficina del prosecretario dentro de cinco minutos. No había solución: tendría que ir tal como estaba. Y eso hizo.

—Buen día —dijo el prosecretario educadamente—. Veo que vino a preguntar por su hijo.

—Bueno, la verdad es que yo soy Button —empezó a decir Benjamin, pero Hart lo interrumpió.

—Encantando de conocerlo, señor Button. Estoy esperando a su hijo.

—¡Soy yo! —explotó Benjamin—. Soy alumno de primer curso.

—¿Cómo dice?

—Soy alumno de primero.

—Está bromeando, me imagino.

—En absoluto.

El prosecretario frunció el entrecejo y miró una ficha que tenía sobre el escritorio.

—Bueno, según mis datos el señor Benjamin Button tiene dieciocho años.

—Esa es mi edad —corroboró Benjamin, sonrojándose un poco.

El prosecretario lo miró con fastidio.

—Vamos, señor Button, no esperará que le crea.

Benjamin sonrió con fastidio.

—Tengo dieciocho años —repitió.

El prosecretario señaló la puerta con determinación.

—Fuera —dijo—. Váyase de la universidad y de la ciudad. Usted es un loco peligroso.

—Tengo dieciocho años.

Hart abrió la puerta.

—¡Qué ocurrencia! —gritó—. Un hombre de su edad intentando matricularse en primero. ¿Así que tiene dieciocho años? Muy bien: entonces le doy dieciocho minutos para que abandone la ciudad.

Benjamin Button salió dignamente de la oficina y unos estudiantes que esperaban en el vestíbulo lo siguieron intrigados con la mirada. Unos metros más adelante se dio vuelta y, enfrentándose al enfurecido prosecretario, que aún permanecía en la puerta, repitió con voz firme:

—Tengo dieciocho años.

Benjamin salió entre un coro de risas mal disimuladas, procedente del grupo de estudiantes.

Pero el destino no quiso facilitarle la huida. En su melancólica caminata hacia la estación de ferrocarril se dio cuenta de que

primero lo seguía un grupo, después un tropel y por fin una muchedumbre de estudiantes. Se había corrido la voz de que un loco había aprobado el examen de ingreso a Yale y pretendía hacerse pasar por un joven de dieciocho años. Una excitación febril se apoderó de la universidad. Los alumnos salían corriendo de las aulas, el equipo de fútbol abandonó el entrenamiento y se unió a la multitud, las esposas de los profesores, con los sombreros torcidos y las chaquetas mal abotonadas, corrían y gritaban detrás de la comitiva, de la que surgían a borbotones mordaces comentarios dirigidos a los delicados sentimientos de Benjamin Button.

—¡Debe ser el Judío Errante!

—¡A su edad, tendría que ir al jardín de infantes!

—¡Miren al niño prodigio!

—¡Se confundió con un asilo de ancianos!

—¡Que se vaya a Harvard!

Benjamin aceleró el paso y empezó a correr. ¡Ya verían! ¡Iría a Harvard y tendrían que arrepentirse de sus burlas insensatas!

A salvo en el tren que lo llevaría a Baltimore, asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Ya se van a arrepentir! —gritó.

—¡Ja, ja! —rieron los estudiantes—. ¡Ja, ja, ja!

Fue el error más grande que la Universidad de Yale cometió en su historia.

V

En 1880 Benjamin Button cumplió veinte años y celebró su cumpleaños comenzando a trabajar en la empresa de su padre,

Roger Button & Company, Ferreteros Mayoristas. Ese año también empezó a "alternar en sociedad": es decir, su padre se empeñó en llevarlo a algunos bailes elegantes. Roger Button tenía entonces cincuenta años y se entendía cada vez mejor con su hijo. De hecho, desde que Benjamin había dejado de teñirse el pelo, todavía canoso, padre e hijo parecían más o menos de la misma edad y hasta podrían haber pasado por hermanos.

Una noche de agosto, vestidos de rigurosa etiqueta, salieron en carruaje rumbo a un baile en la casa de campo de los Shevlin, en las afueras de Baltimore. Era una noche magnífica. La luna llena bañaba el camino con un opaco color platino y las plantas de floración tardía exhalaban aromas que eran como risas suaves y susurradas en el aire inmóvil. El campo abierto, alfombrado de trigo reluciente, brillaba como si fuera de día. Era casi imposible no emocionarse con la belleza casi imposible del cielo.

—El negocio de la mercería tiene un gran futuro —estaba diciendo Roger Button. No era un hombre espiritual; su sentido de la estética era rudimentario—. Los viejos ya tenemos poco que aprender —observó profundamente—. Son ustedes, los jóvenes llenos de energía y vitalidad, quienes tienen un gran futuro por delante.

Las luces de la casa de campo de los Shevlin aparecieron al final del camino. Ahora les llegaba un rumor, como un suspiro interminable: la queja de los violines o el susurro del trigo plateado bajo la luna.

Se detuvieron detrás de un distinguido carruaje, cuyos pasajeros descendieron frente a la puerta. Primero bajó una dama, seguida por un anciano caballero, y después apareció una dama joven, bella como el pecado. Benjamin se sobresaltó: como si una transformación química disolviera y recompusiera cada partícula de su cuerpo. Se puso rígido, la sangre le afluyó a las mejillas y a la frente, y sintió en los oídos el palpitar constante de sus venas. Fue amor a primera vista.

La chica era frágil y delgada, de cabellos color ceniza a la luz de la luna y color miel bajo los faroles del pórtico. Llevaba sobre los hombros una mantilla española color amarillo claro, con mariposas bordadas en negro; sus pies eran capullos que asomaban bajo el vestido con polisón.

Roger Button se acercó a su hijo.

—Esa —dijo— es Hildegarde Moncrief, la hija del general Moncrief.

Benjamin asintió con frialdad.

—Es bonita —dijo con indiferencia. Pero cuando el negro se llevó el carruaje, añadió—: Podrías presentármela, papá.

Se acercaron al grupo que rodeaba a la señorita Moncrief. Educada según la antigua tradición, la damisela hizo una leve reverencia. Sí, le concedería una pieza de baile. Benjamin le dio las gracias y se alejó tambaleándose.

La espera hasta que llegó su turno se le hizo interminablemente larga. Benjamin se quedó cerca de la pared, callado e inescrutable, mirando con ojos asesinos a los aristocráticos jóvenes de Baltimore que revoloteaban en torno a Hildegarde Moncrief con caras de apasionada admiración. ¡Qué detestables le parecían a Benjamin… qué intolerablemente sonrosados! Esas patillas castañas y rizadas le producían una sensación equivalente al empacho.

Pero cuando llegó su turno, mientras se deslizaba con ella por la agitada pista de baile al compás del último vals de París, la angustia y los celos se derritieron como un manto de nieve. Ciego de placer, sentía que su vida acababa de empezar.

—Usted y su hermano llegaron justo cuando llegábamos nosotros, ¿verdad? —preguntó Hildegarde, mirándolo con unos ojos que brillaban como esmalte azul.

Benjamin dudó. Si Hildegarde lo tomaba por el hermano de su padre, ¿debía aclarar la confusión? Recordó su experiencia en Yale y decidió no hacerlo. Sería una imperdonable falta de cortesía contradecir a una dama… sería un crimen estropear esa oportunidad extraordinaria con la grotesca historia de su nacimiento. Más tarde, quizá. Benjamin asintió, sonrió, escuchó, fue feliz.

—Me gustan los hombres de su edad —decía Hildegarde—. Los jóvenes son tan tontos… Me dicen cuánto champagne bebieron en

la universidad y cuánto dinero perdieron jugando a las cartas. En cambio, los hombres de su edad saben apreciar a las mujeres.

Benjamin sintió que estaba a punto de declararse. Dominó la tentación con esfuerzo.

—Usted está en la edad romántica —continuó Hildegarde—. Cincuenta años. A los veinticinco los hombres son demasiado mundanos, a los treinta están pálidos y macilentos por exceso de trabajo. Los cuarenta son la edad de contar historias largas mientras se consume un puro hasta la última ceniza. Los sesenta… ah, los sesenta están demasiado cerca de los setenta… Pero los cincuenta son la edad de la madurez. Me encantan los cincuenta.

Los cincuenta le parecieron a Benjamin una edad gloriosa. Deseó apasionadamente tener cincuenta años.

—Siempre dije —continuó Hildegarde— que prefiero casarme con un hombre de cincuenta que me cuide a casarme con uno de treinta y tener que cuidarlo yo.

Para Benjamin, el resto de la velada estuvo bañado por una bruma color miel. Hildegarde le concedió dos bailes más y así descubrieron que estaban maravillosamente de acuerdo en todos los temas de actualidad. Darían un paseo el domingo y hablarían más detenidamente.

Volviendo a casa en el carruaje, justo antes de que rayara el alba, cuando empezaban a zumbar las primeras abejas y la luna consumida brillaba débilmente en la niebla fría, Benjamin se dio cuenta de que su padre estaba hablando de ferretería al por mayor.

—¿Y qué otro tema merece más atención, según tu criterio, que los clavos y los martillos? —decía el señor Button.

—Los besos —respondió Benjamin, distraído.

—¿Los besos? —exclamó Roger Button—. ¡Pero si acabo de hablar de pesas y balanzas!

Benjamin lo miró aturdido y el cielo reventó de luz hacia el Este y una oropéndola bostezó entre los árboles que pasaban veloces…

VI

Cuando, seis meses después, se conoció la noticia del compromiso entre la señorita Hildegarde Moncrief y el señor Benjamin Button (y digo "se conoció la noticia" porque el general Moncrief declaró que prefería arrojarse sobre su espada antes que anunciarlo), la conmoción de la alta sociedad de Baltimore alcanzó niveles febriles. La casi olvidada historia del nacimiento de Benjamin fue recordada y propalada escandalosamente a los cuatro vientos de los modos más picarescos e increíbles. Se dijo que Benjamin era el padre de Roger Button, que era un hermano que había pasado cuarenta años en la cárcel, que era el mismísimo John Wilkes Booth* disfrazado… y finalmente que tenía dos pequeños cuernos cónicos asomando en su frente.

Los suplementos dominicales de los periódicos de Nueva York explotaron el caso con fascinantes ilustraciones que mostraban la cabeza de Benjamin Button acoplada al cuerpo de un pez o de una serpiente, o rematando un torso de bronce. Llegó a ser conocido en el mundo periodístico como El Misterioso Hombre de Maryland. Pero la verdadera historia, como suele ocurrir, tuvo muy poca difusión.

Sin embargo, todos coincidían con el general Moncrief en que era "un crimen" que una chica encantadora, que podría haberse casado con el mejor galán de Baltimore, se arrojara a los brazos de un cincuentón. Fue inútil que Roger Button publicara el certificado de nacimiento de su hijo con letra grande en el Baltimore Blaze. Nadie lo creyó. Bastaba tener ojos en la cara y mirar a Benjamin.

En lo atinente a los dos involucrados, no hubo vacilación alguna. Circulaban tantas historias falsas acerca de su prometido que Hildegarde se negó terminantemente a creer incluso la verdadera. Fue inútil que el general Moncrief le señalara el alto índice de mortalidad entre los hombres de cincuenta años, o al menos entre los hombres que aparentaban cincuenta años; y en vano que le hablara de la inestabilidad del negocio de la ferretería al por mayor.

Hildegarde había elegido casarse por la madurez de su prometido, y eso hizo…

VII

En una cosa, al menos, los amigos de Hildegarde Moncrief se equivocaron. El negocio de ferretería al por mayor prosperó de manera asombrosa. En los quince años que transcurrieron entre la boda de Benjamin Button, celebrada en 1880, y la jubilación de su padre, acaecida en 1895, la fortuna familiar se duplicó, en buena medida gracias al socio más joven de la firma.

Es innecesario decir que Baltimore terminó por acoger a la pareja en su seno. Hasta el anciano e irreductible general Moncrief se reconcilió con su yerno cuando Benjamin le dio el dinero necesario para publicar su Historia de la Guerra Civil en veinte volúmenes, que había sido rechazada por nueve destacados editores.

Quince años habían producido muchos cambios en Benjamin. Le parecía que la sangre corría con renovado vigor por sus venas. Empezó a gustarle madrugar, caminaba con paso enérgico por las calles soleadas y llenas de gente, y trabajaba incansablemente en sus remesas de martillos y cargamentos de clavos. Fue en 1890 cuando logró su mayor éxito comercial: lanzó la famosa idea de que los clavos utilizados para clavar cajas destinadas al transporte de clavos son propiedad del transportista, propuesta que, con rango de proyecto de ley, fue aprobada por el presidente del Tribunal Supremo, apellidado Fossile, y ahorró a Roger Button & Company, Ferreteros Mayoristas, más de seiscientos clavos anuales.

Además, Benjamin descubrió que lo atraía cada vez más el lado alegre de la vida. Típico de su creciente entusiasmo por el placer fue el hecho de que se convirtiera en el primer ciudadano de Baltimore que compró y condujo un automóvil. Cuando se lo encontraban por la calle, sus coetáneos miraban con envidia su imagen de salud y vitalidad.

—Parece que está más joven cada día —observaban. Y si el viejo Roger Button, ahora de sesenta y cinco años, no supo darle a su hijo una bienvenida adecuada, reparó su falta colmándolo de atenciones rayanas en la adulación.

Y ahora llegamos a un asunto desagradable, que trataremos lo más rápidamente posible. Una sola cosa preocupaba a Benjamin Button: su esposa había dejado de gustarle.

En aquel momento Hildegarde era una mujer de treinta y cinco años con un hijo, Roscoe, de catorce. En los primeros días de su matrimonio Benjamin la veneraba. Pero, con el correr de los años, su cabellera color miel se volvió castaña y tosca y el esmalte azul de sus ojos adquirió el aspecto de la loza barata. Además, y sobre todo, Hildegarde había ido moderando sus costumbres y se había vuelto demasiado plácida, demasiado satisfecha, demasiado anémica en sus manifestaciones de entusiasmo. Sus gustos eran demasiado sobrios. Cuando eran novios, era ella la que "arrastraba" a Benjamin a un sinfín de bailes y cenas; pero ahora era exactamente al revés. Hildegarde siempre lo acompañaba en sociedad, pero sin entusiasmo, consumida por esa eterna inercia que un día viene a vivir con nosotros y nos acompaña hasta el final.

El descontento de Benjamin era cada vez más fuerte. Cuando estalló la Guerra Hispano-Norteamericana en 1898, su casa le ofrecía tan pocos atractivos que decidió alistarse en el ejército. Gracias a su influencia en el mundo de los negocios obtuvo el grado de capitán, puesto donde demostró tanta eficiencia que fue ascendido a mayor y por último a teniente coronel… justo a tiempo para participar en la famosa carga contra la colina de San Juan. Recibió heridas leves y también recibió una medalla.

Benjamin estaba tan apegado a las actividades y las emociones del ejército que lamentaba tener que abandonarlo; pero los negocios exigían toda su atención y, renunciando a los galones y la gloria, volvió a su ciudad. Una banda de música lo recibió en la estación y lo escoltó hasta su casa.

VIII

Hildegarde lo recibió en el porche agitando una gran bandera de seda, y en el momento preciso de besarla Benjamin sintió que el corazón le daba un vuelco: aquellos tres años habían tenido un precio. Hildegarde era ahora una mujer de cuarenta años y una tenue sombra gris se insinuaba en su pelo. El descubrimiento lo entristeció.

Ya en su habitación, se miró al espejo; se acercó más y examinó su cara con ansiedad, comparándola con una foto en la que aparecía en uniforme, tomada justo antes de la guerra.

—¡Dios santo! —exclamó. El proceso continuaba. Ya no quedaban dudas: aparentaba tener treinta años. En vez de alegrarse, se preocupó: estaba rejuveneciendo. Hasta entonces había esperado que, cuando alcanzara una edad corporal equivalente a su edad en años, cesaría ese fenómeno grotesco que había caracterizado su nacimiento. Se estremeció. Su destino le parecía horrible, increíble.

Cuando bajó, Hildegarde lo estaba esperando. Parecía molesta y Benjamin se preguntó si por fin habría descubierto que algo andaba mal entre ellos. Para aliviar la tensión abordó el tema durante la comida, de la manera más delicada que se le ocurrió.

—Bueno —observó livianamente—, todo el mundo dice que parezco más joven que nunca.

Hildegarde lo miró con desdén, y sollozó.

—¿Y te parece algo para jactarse?

—No me estoy jactando —aseguró Benjamin, incómodo.

Ella volvió a sollozar.

—Qué idea —musitó. Y un instante después agregó—: Creía que tendrías el suficiente amor propio para acabar con esto.

—¿Y cómo? —preguntó Benjamin.

—No voy a discutir contigo —replicó ella—. Pero hay una manera

correcta de hacer las cosas y una manera incorrecta. Si pretendes ser distinto a todos, supongo que no puedo impedírtelo, pero lo cierto es que me parece muy desconsiderado de tu parte.

—Pero, Hildegarde, ¡yo no puedo evitarlo!

—Sí que puedes. Pero eres terco. Estás convencido de que tienes que ser distinto. Siempre fuiste así y siempre lo serás. Pero piensa sólo un momento qué pasaría si todos compartieran tu manera de ver las cosas… ¿Cómo sería el mundo?

Era una discusión estéril, sin solución. Benjamin no contestó. Y desde ese instante comenzó a abrirse un abismo entre ellos. Benjamin se preguntaba cómo era posible que, sólo unos años atrás, Hildegarde lo hubiera fascinado.

Y para ahondar la brecha, Benjamin se dio cuenta de que, a medida que el nuevo siglo avanzaba, su sed de diversión aumentaba. No había fiesta en Baltimore donde no se lo viera bailar con las casadas más hermosas y conversar con las debutantes más solicitadas, disfrutando de los encantos de su compañía, mientras su mujer, como una viuda de mal agüero, se sentaba entre las madres y las tías vigilantes para observarlo con altiva desaprobación o seguirlo con ojos solemnes, perplejos, acusadores.

—¡Mira! —comentaba la gente—. ¡Qué lástima! Un joven de esa edad casado con una vieja de cuarenta y cinco años. Debe tener veinte años menos que su mujer.

Habían olvidado —porque la gente olvida inevitablemente— que ya en 1880 sus papás y sus mamás también habían hecho comentarios sobre aquel matrimonio mal emparejado.

Pero la diversidad de sus nuevas aficiones compensaba la creciente infelicidad hogareña de Benjamin. Descubrió el golf y obtuvo grandes éxitos. Se entregó al baile: en 1906 era un experto en el boston, y en 1908 era toda una autoridad en el maxixe, y hacia 1909 su castle walk era la envidia de los jóvenes de la ciudad.

Su agitada vida social, naturalmente, interfería hasta cierto punto con sus negocios, pero había trabajado duramente en la ferretería al

por mayor durante veinticinco años y pronto iba a dejársela a su hijo Roscoe, que acababa de graduarse en Harvard.

De hecho, casi siempre lo confundían con su hijo. Eso le agradaba a Benjamin: pronto olvidó el insidioso miedo que lo había agobiado al regresar de la Guerra Hispano-Norteamericana y empezó a ocuparse ingenuamente de su aspecto. Ese delicioso elixir tenía una sola contraindicación: detestaba aparecer en público con su esposa. Hildegarde tenía casi cincuenta años, y cuando Benjamin la veía se sentía completamente absurdo.

IX

Un día de septiembre de 1910 —tiempo después de que el joven Roscoe Button se hiciera cargo de la Roger Button & Company, Ferreteros Mayoristas— un hombre que aparentaba unos veinte años se matriculó como alumno de primer curso en la Universidad de Harvard, en Cambridge. No cometió el error de anunciar que nunca volvería a cumplir los cincuenta, ni tampoco mencionó que su hijo se había graduado en esa misma institución hacía diez años.

Fue admitido y casi desde el primer día alcanzó una posición relevante en su curso, en parte porque parecía un poco mayor que los otros estudiantes, cuya edad promedio rondaba los dieciocho años.

Pero su éxito se debió fundamentalmente al hecho de que en el partido de fútbol contra Yale jugó de forma tan brillante, con tanto arrojo y tanta furia fría e implacable, que marcó siete touchdowns y catorce goles de campo a favor de Harvard y consiguió que los once jugadores de Yale fueran retirados uno a uno del campo, inconscientes. Así se convirtió en el alumno más famoso de la universidad.

Aunque parezca raro, en el tercer curso apenas pudo “formar parte” del equipo. Los entrenadores decían que había perdido peso, y los más observadores repararon en que no era tan alto como antes. Ya

no marcaba touchdowns. Lo mantenían en el equipo con la esperanza de que su enorme reputación sembrara el terror y la desorganización en el equipo de Yale.

En el último curso ni siquiera lo incluyeron. Se había vuelto tan delgado y frágil que unos estudiantes de segundo lo confundieron con un novato, incidente que lo humilló profundamente. Empezaron a mirarlo como a una especie de prodigio —un alumno de los últimos cursos quizá menor de dieciséis años— y la mundanidad de algunos de sus compañeros casi siempre lo escandalizaba. Los estudios le parecían cada vez más difíciles, demasiado avanzados. Había oído a sus compañeros hablar del St. Midas, un famoso colegio preuniversitario en el que muchos de ellos se habían preparado para ingresar a la universidad, y decidió matricularse allí cuando se graduara. Estaba seguro de que se sentiría más cómodo con chicos de su mismo tamaño.

Después de su graduación en 1914, regresó a Baltimore con su diploma de Harvard bajo el brazo. Hildegarde residía ahora en Italia y Benjamin se fue a vivir con su hijo, Roscoe. Aunque lo recibió como de costumbre, era evidente que el afecto de su hijo se había enfriado: incluso manifestaba cierta tendencia a considerarlo un estorbo, sobre todo cuando vagaba por la casa inmerso en la típica melancolía adolescente. Roscoe se había casado, ocupaba un lugar prominente en la vida social de Baltimore, y no deseaba que ningún escándalo afectara a su familia.

Benjamin ya no era persona grata entre las debutantes y los universitarios jóvenes y se sentía solo y abandonado, excepto por la compañía de tres o cuatro quinceañeros del barrio. Recordó el proyecto de inscribirse en el St. Midas.

—Escucha —le dijo a Roscoe un día—, ¿cuántas veces tengo que decirte que quiero ir al colegio?

—Bueno, entonces hazlo —retrucó Roscoe. El asunto le desagradaba y deseaba evitar la discusión.

—No puedo ir solo —dijo Benjamin, indefenso—. Tendrás que matricularme y llevarme.

—No tengo tiempo —afirmó Roscoe con brusquedad. Entrecerró los ojos y miró preocupado a su padre—. A propósito —agregó—, me parece mejor que no sigas con este asunto. Es mejor que pares. Es mejor… Es mejor… —Hizo una pausa y la cara se le puso roja mientras buscaba las palabras—. Tienes que dar un giro de ciento ochenta grados: como empezar de nuevo, pero en la dirección contraria. Esto ya pasa de castaño oscuro, ya no es gracioso. Tienes… ¡tienes que comportarte!

Benjamin lo miró, al borde de las lágrimas.

—Y otra cosa —continuó Roscoe—: cuando haya visitas en casa, quiero que me llames "tío"; no "Roscoe", sino "tío", ¿comprendes? Parece absurdo que un chico de quince años me llame por mi nombre. Quizá sea mejor que me llames "tío" todo el tiempo, para que te vayas acostumbrando.

Después de mirar severamente a su padre, Roscoe le dio la espalda.

X

Cuando terminó esta discusión, Benjamin, muy triste, subió a su dormitorio y se miró al espejo. Hacía tres meses que no se afeitaba, pero sólo detectó una sombra incolora de la que no valía la pena ocuparse. Cuando volvió de Harvard, Roscoe le propuso que usara anteojos y se pegara patillas postizas en las mejillas; y por un instante tuvo la sensación de que la farsa de sus primeros años volvería a repetirse. Pero las patillas le picaban y le daban vergüenza. Benjamin se puso a llorar y Roscoe cedió a regañadientes.

Benjamin abrió un libro de cuentos para niños, Los boy-scouts en la Bahía de Bimini, y comenzó a leer. Pero no podía dejar de pensar en la guerra. Hacía un mes que los Estados Unidos se habían unido a la causa aliada y Benjamin quería alistarse, pero la edad mínima para hacerlo era dieciséis años y él no parecía tenerlos. De cualquier modo, su verdadera edad —cincuenta y siete años— también lo

habría inhabilitado.

Golpearon a la puerta. El mayordomo trajo una carta, con membrete oficial en el ángulo superior, dirigida al señor Benjamin Button. Benjamin rasgó el sobre con impaciencia y leyó la misiva con deleite: le informaban que muchos militares de reserva que habían combatido en la guerra con España estaban siendo convocados a prestar servicio con un rango más alto. Con la carta se adjuntaba su nombramiento como general de brigada del ejército de los Estados Unidos y la orden de incorporarse inmediatamente.

Benjamin se levantó de un salto, temblando de entusiasmo. Era lo que más quería. Tomó su gorra y diez minutos después entró en una gran sastrería de Charles Street y con voz aflautada pidió que le tomaran medidas para el uniforme.

—¿Quieres jugar a los soldaditos, niño? —preguntó un empleado con indiferencia.

Benjamin se sonrojó.

—¡Escuche! ¡Lo que yo quiero no es asunto suyo! —replicó con rabia—. Me llamo Button y vivo en Mt. Vernon Place, así que ya sabe quién soy.

—Bueno —admitió el empleado, titubeando—, al menos sé quién es su padre.

Le tomaron las medidas y una semana después estuvo listo el uniforme. Tuvo algunos problemas para conseguir los galones e insignias de general porque el comerciante insistía en que una bonita insignia de la Asociación de Jóvenes Cristianos quedaría igual de bien y sería mucho mejor para jugar.

Sin decirle nada a Roscoe, Benjamin salió de la casa una noche y viajó en tren hasta Camp Mosby, en Carolina del Sur, donde debía asumir el mando de una brigada de infantería. Un sofocante día de abril llegó a la entrada del campamento, pagó el taxi que lo había trasladado desde la estación y se dirigió al centinela de guardia.

—¡Que alguien recoja mi equipaje! —dijo enérgicamente.

El centinela lo miró con reproche.

—¿Adónde vas disfrazado de general, niño?

Benjamin, que era veterano de la Guerra Hispano-Norteamericana, lo fulminó con la mirada… pero su voz sonaba aflautada.

—¡Firme! —intentó gritar. Hizo una pausa para recobrar el aliento e inmediatamente vio que el centinela entrechocaba los talones y presentaba armas. Benjamin tuvo que disimular una sonrisa de satisfacción, pero cuando miró a su alrededor se le borró instantáneamente de los labios. No era él quien inspiraba obediencia, sino un imponente coronel de artillería que se acercaba a caballo.

—¡Coronel! —llamó Benjamin con voz aguda.

El coronel se acercó, tiró de las riendas y lo contempló desde lo alto de su montura con un extraño centelleo en los ojos.

—¿De quién eres hijo? —preguntó afectuosamente.

—¡Ya le voy a mostrar de quién soy hijo! —retrucó Benjamin con ferocidad—. ¡Bájese del caballo!

El coronel reía a carcajadas.

—¿Quieres mi caballo, mi pequeño general?

—¡Baje ya mismo! —gritó Benjamin desesperado—. ¡Lea esto! —Y le arrojó su nombramiento al coronel.

El coronel lo leyó y los ojos se le salieron de las órbitas.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó, metiéndose el documento en el bolsillo.

—¡Me lo mandó el gobierno, como ya habrá visto!

—¡Acompáñame! —dijo el coronel, con una mirada extraña—. Vamos al puesto de mando, allí hablaremos. Vamos.

El coronel dirigió su caballo, al paso, hacia el puesto de mando. Benjamin no tuvo más remedio que seguirlo con toda la dignidad que pudo reunir: prometiéndose, mientras tanto, una dura venganza.

Pero la venganza no se materializó. Dos días después se materializó su hijo Roscoe, que llegó de Baltimore acalorado y de pésimo humor por el viaje inesperado, y escoltó al lloroso general, ya sin uniforme, de vuelta a casa.

XI

En 1920 nació el primer hijo de Roscoe Button. Sin embargo, durante las fiestas de rigor, a nadie le pareció "adecuado" mencionar que ese niño sucio de unos diez años de edad que andaba jugando por la casa con sus soldaditos de plomo y un circo en miniatura era el mismísimo abuelo del recién nacido.

A nadie molestaba ese niño de rostro fresco y alegre, a veces atravesado por una sombra de tristeza; pero su presencia era una fuente de tormento para Roscoe Button. En la jerga de su generación, Roscoe pensaba que el asunto no reportaba la menor "utilidad". Le parecía que su padre, negándose a parecer un anciano de sesenta años, no se comportaba como un "hombre de pelo en pecho" —esta era la expresión preferida de Roscoe—, sino como un individuo perverso y estrafalario. Pensar en el tema más de media hora lo llevaba al borde de la locura. Roscoe creía que los "hombres con nervios de acero" debían mantenerse jóvenes, pero llevar las cosas a tal extremo no reportaba… no reportaba ninguna utilidad. Y en esto Roscoe era inflexible.

Cinco años más tarde, el hijo de Roscoe había crecido lo suficiente para jugar con el pequeño Benjamin bajo la supervisión de la misma niñera. Roscoe los llevó al jardín de infantes el mismo día y Benjamin descubrió que jugar con tiras de papel de colores y hacer mantelitos y collares y bonitos dibujos era el juego más fascinante del mundo. Una vez se portó mal y tuvo que quedarse en un rincón

y lloró, pero casi siempre las horas transcurrían felices en aquel salón alegre, donde la luz del sol entraba por las ventanas y la mano cariñosa de la señorita Bailey de vez en cuando se posaba sobre su cabeza despeinada.

Un año después el hijo de Roscoe pasó a primer grado, pero Benjamin se quedó en el jardín de infantes. Era muy feliz. Algunas veces, cuando otros niños hablaban de lo que harían cuando fueran grandes, una sombra cruzaba su carita, como si de un modo vago e infantil comprendiera que eran cosas que jamás compartiría.

Los días pasaban con alegre monotonía. Benjamin volvió por tercer año consecutivo al jardín de infantes, pero ya era demasiado pequeño para entender para qué servían esas brillantes y llamativas tiras de papel. Lloraba porque los otros niños eran más altos que él y le daban miedo. La maestra habló con él, pero aunque intentó comprender, no comprendió nada.

Lo sacaron del jardín de infantes. Su niñera, Nana, con su uniforme almidonado, se convirtió en el centro de su pequeño mundo. Los días de sol iban a pasear al parque; Nana le señalaba con el dedo un gran monstruo gris y decía “elefante” y Benjamin debía repetir la palabra; y a la noche, cuando lo desvestía para acostarlo, la repetía una y otra vez en voz alta: “elifante, elifante, elifante”. Algunas veces Nana le permitía saltar en la cama y era divertido porque, si te sentabas exactamente donde debías, rebotabas, y si decías “ah” durante mucho tiempo mientras saltabas conseguías un efecto vocal intermitente muy agradable.

Le gustaba mucho tomar del perchero un gran bastón y andar golpeando sillas y mesas de acá para allá, diciendo: “Pelea, pelea, pelea”. Si había visita, las señoras mayores le pellizcaban las mejillas y las jóvenes intentaban besarlo, a lo que él se sometía con un ligero fastidio. Y cuando el largo día terminaba, a las cinco en punto, Nana lo llevaba arriba y le daba leche con avena y papilla con una cuchara.

No había malos recuerdos en su sueño infantil: no le quedaban recuerdos de sus magníficos días universitarios ni de esos años espléndidos en que había roto el corazón de tantas chicas. Sólo existían los blancos y sólidos barrotes de su cuna, y Nana, y un

hombre que venía a verlo de vez en cuando, y una inmensa esfera anaranjada que Nana le señalaba un segundo antes del crepúsculo, a la hora de dormir, a la que ella llamaba “el sol”. Cuando el sol desaparecía, los ojos de Benjamin se cerraban… Y no tenía sueños: ningún sueño venía a perturbarlo.

El pasado: la carga salvaje al frente de sus hombres contra la colina de San Juan; los primeros años de su matrimonio, cuando se quedaba trabajando hasta muy tarde en las noches de verano de la ciudad para la joven Hildegarde, a la que tanto amaba; y antes, cuando se sentaba a fumar con su abuelo hasta bien entrada la noche en la vieja y lóbrega casa de los Button en Monroe Street. Todo se había desvanecido como un sueño inconsistente, como si nunca hubiera existido.

No se acordaba de nada. No recordaba con claridad si la leche de su última comida estaba caliente o fría, ni tampoco el paso de los días… Sólo existían su cuna y la presencia familiar de Nana. Aparte de eso, no se acordaba de nada. Cuando tenía hambre, lloraba, eso era todo. Durante las tardes y las noches respiraba, y lo envolvían suaves murmullos y susurros que apenas oía, y olores casi indistinguibles, y luz y oscuridad.

Luego fue todo oscuridad, y su cuna blanca y los rostros borrosos que se movían encima de él y el tibio y dulce aroma de la leche desaparecieron para siempre.

* John Wilkes Booth, actor sudista que asesinó al presidente Abraham Lincoln durante una función de teatro. [N. de las Trads.]

Un diamante tan grande como el Ritz

I

John T. Unger descendía de una reconocida familia que, desde hacía varias generaciones, residía en Hades, una pequeña ciudad a orillas del Mississippi. El padre de John había conservado el título de campeón de golf aficionado en numerosas y reñidas competiciones; la señora Unger era célebre por pasar de la retórica aduladora a la franqueza más abrumadora en los antros del vicio y la corrupción, como decían en el pueblo, por sus arengas políticas; y el joven John T. Unger, que acababa de cumplir dieciséis años, ya sabía bailar todos los bailes que estaban a la moda en Nueva York antes de estrenar los pantalones largos. Ahora tenía que pasar un tiempo lejos de su casa. El respeto por la educación impartida en Nueva Inglaterra —verdadero azote de todas las ciudades de provincia, a las que arrebata cada año los jóvenes más prometedores— había alcanzado a sus padres. Lo único que podía satisfacerlos era que estudiara en el colegio St. Midas, cerca de Boston. Hades era demasiado pequeña para su amado y talentoso hijo.

Pero en Hades —como bien sabe cualquiera que haya estado allí— los nombres de los más elegantes colegios preuniversitarios y universidades significan muy poco. Sus habitantes llevan tanto tiempo alejados del mundo que, si bien presumen de estar al día en moda, costumbres y literatura, dependen en gran medida de lo que les llega de oídas, y por eso mismo una ceremonia que en Hades se consideraría “perfecta” sería “quizá un poco cursi” en opinión de la reina de las carnicerías de Chicago.

Era la víspera de la partida de John T. Unger. Mientras la señora Unger, con maternal fatuidad, llenaba sus baúles de trajes de lino y

ventiladores eléctricos, el señor Unger le regaló a su hijo una billetera de asbesto atiborrada de dinero.

—Acuérdate de que aquí siempre serás bien recibido —le dijo—. Puedes estar seguro, hijo, de que mantendremos viva la llama del hogar.

—Lo sé —contestó John con voz ronca.

—No olvides quién eres ni de dónde vienes —continuó su padre con orgullo— y no hagas nada que te perjudique. Eres un Unger… de Hades.

El viejo y el joven se estrecharon la mano, y John se marchó con los ojos llenos de lágrimas. Diez minutos después cruzó los límites de la ciudad y se dio vuelta para mirarla por última vez. El anticuado lema victoriano inscripto sobre las puertas le pareció extrañamente atractivo. Su padre había intentado muchas veces cambiarlo por otro con más fuerza y mayor atractivo, algo así como "Hades: tu oportunidad", o incluso un simple cartel de "Bienvenidos" estampado sobre un efusivo apretón de manos dibujado con luces eléctricas. El señor Unger siempre había pensado que el antiguo lema era un poco deprimente… Pero ahora…

John miró por última vez la ciudad y, con resolución, se dirigió a su destino. Mientras se alejaba, las luces de Hades proyectadas sobre el cielo reflejaban una cálida y apasionada belleza.

El Colegio Preuniversitario de St. Midas está a media hora de Boston a bordo de un Rolls-Pierce. Nunca sabremos la distancia real porque nadie, excepto John T. Unger, ha llegado allí en un Rolls-Pierce… y probablemente nadie volverá a hacerlo. St. Midas es el colegio preuniversitario para varones más caro y más exclusivo del mundo.

Los dos primeros años que John pasó entre sus muros transcurrieron apaciblemente. Todos los alumnos eran hijos de reyes de las altas finanzas y John pasaba los veranos como huésped en los lugares más sofisticados. Aunque apreciaba mucho a los amigos que lo invitaban, sus padres le parecían cortados todos por la misma tijera, y desde su perspectiva juvenil muchas veces se maravillaba ante su

excesiva similitud. Cuando les decía dónde vivía, le preguntaban sin dar demasiada importancia al asunto: “Ahí sí que hace calor, ¿no?”, y John esbozaba una sonrisa lánguida y respondía: “Por supuesto que sí”. Habría respondido con mayor cordialidad si todos no repitieran siempre el mismo chiste, a veces con una variante no menos odiosa: “Calor es lo que sobra, ¿no?”.

A mediados del segundo año pusieron en la clase de John a un chico tranquilo y atractivo llamado Percy Washington. El recién llegado tenía modales agradables y vestía extraordinariamente bien, incluso para St. Midas, pero por algún motivo se mantenía al margen. El único con quien trabó amistad fue John T. Unger, pero ni siquiera con él hablaba abiertamente de su casa y su familia. Era indudable que Percy era rico, pero más allá de lo poco que podía deducir, John no sabía casi nada de su amigo; así que, cuando Percy lo invitó a pasar el verano en su casa “en el Oeste”, sintió que había llegado el momento de saciar su curiosidad. Aceptó sin vacilar.

En cuanto subieron al tren Percy se mostró, por primera vez, más comunicativo. Un día, mientras comían en el vagón restaurante y comentaban los defectos de carácter de algunos compañeros de estudios, Percy cambió de tono e hizo una observación abrupta:

—Mi padre —dijo— es, por lejos, el hombre más rico del mundo.

—Ah —respondió John cortésmente. No sabía qué contestar a semejante confidencia. Pensó responder: “Qué bien”, pero le sonaba hueco. Estuvo a punto de decir: “¿En serio?”, pero se contuvo porque hubiera parecido que dudaba de la afirmación de Percy. Y una afirmación tan asombrosa como aquella no admitía dudas.

—El más rico, de lejos —repitió Percy.

—Leí en el Almanaque Mundial —empezó a decir John— que en los Estados Unidos hay un tipo que gana más de cinco millones al año, y cuatro que ganan más de tres millones, y…

—Ah, pero eso no es nada. —La boca de Percy se curvó en una mueca de desprecio—. Capitalistas de contar centavos, financieros de poca monta, pequeños comerciantes y prestamistas. Mi padre podría comprarles todo lo que tienen sin darse cuenta de lo que

hizo.

—¿Pero cómo…?

—¿Te preguntas por qué no se conoce su declaración de impuestos? Porque no paga impuestos. Es decir: paga un poco, pero nunca lo que corresponde a sus ingresos reales.

—Debe ser muy rico —se limitó a decir John—. Me alegro. Me gusta la gente muy rica. Cuanto más rica es la gente, más me gusta. —Un brillo de apasionada franqueza iluminó su cara morena—. En Semana Santa me invitaron los Schnlitzer-Murphy. Vivian Schnlitzer-Murphy tenía unos rubíes grandes como huevos de gallina y unos zafiros que parecían lámparas encendidas.

—Me encantan las joyas —asintió Percy con entusiasmo—. Prefiero que en el colegio nadie lo sepa, claro, pero tengo una importante colección. Yo colecciono joyas como otros coleccionan sellos postales.

—Y diamantes —dijo John con entusiasmo—. Los Schnlitzer-Murphy tenían diamantes grandes como nueces…

—Eso no es nada. —Percy se le acercó y bajó la voz hasta el susurro —. Eso no es nada. Mi padre tiene un diamante más grande que el Hotel Ritz-Carlton.

II

El crepúsculo de Montana se extendía entre dos montañas como un moretón gigantesco que desplegara, sobre un cielo envenenado, sus arterias cavernosas y oscuras. A una distancia inmensa, bajo el cielo, se agazapaba la aldea de Fish, diminuta, triste y olvidada. En la aldea de Fish vivían doce hombres, o eso se decía; doce almas sombrías e inexplicables que mamaban la leche escasa de esas rocas casi literalmente desnudas donde los había engendrado una misteriosa fuerza pobladora. Se habían convertido en una raza

aparte esos doce hombres de Fish; como una de esas especies surgidas de un remoto capricho de la naturaleza: una naturaleza que, sin pensarlo dos veces, los había abandonado a la lucha y al exterminio.

Más allá del moretón negro azulado, en la distancia, una larga fila de luces en movimiento se deslizaba sobre la desolación del paisaje, y los doce hombres de Fish se reunieron como fantasmas en la estación destartalada para ver pasar el tren de las siete: el Expreso Transcontinental de Chicago. Seis veces al año, más o menos, el Expreso Transcontinental, por orden de alguna autoridad inconcebible, paraba en la aldea de Fish; cuando esto sucedía, una o dos personas descendían del tren, subían a un carro que siempre surgía de la nada, y se alejaban hacia el crepúsculo amoratado. La observación de este fenómeno insólito y absurdo se había convertido en una especie de rito entre los hombres de Fish. Observar: eso era todo. No quedaba en ellos nada de esa cualidad vital que es la ilusión, imprescindible para asombrarse o pensar; caso contrario, esas visitas misteriosas hubieran dado origen a una religión. Pero los hombres de Fish estaban por encima de toda religión —los más descarnados y salvajes dogmas del cristianismo no hubieran podido arraigar en aquella roca estéril—, y en Fish no existía altar ni sacerdote ni sacrificio. Cada noche, a las siete en punto, ocurría esa reunión muda en la estación miserable: una congregación que elevaba una plegaria con tenue y anémico entusiasmo.

Esa noche de junio el Gran Maquinista —a quien, en caso de haber deificado a alguien, los hombres de Fish podrían haber elegido como su protagonista celestial— había ordenado que el tren de las siete dejara en la aislada aldea su carga humana (o inhumana). A las siete y dos minutos Percy Washington y John T. Unger bajaron del expreso, pasaron de largo ante los ojos hechizados, asombrados y asustados de los doce hombres de Fish, subieron a un carro evidentemente surgido de la nada y se marcharon.

Media hora más tarde, cuando el crepúsculo se coagulaba en la oscuridad, el negro silencioso que conducía el carro gritó en dirección a un cuerpo opaco que les había salido al paso entre las tinieblas. En respuesta al grito, se proyectó sobre ellos un disco

luminoso que parecía observarlos como un ojo maligno desde la noche insondable. Cuando se acercaron, John vio que eran los faroles traseros de un automóvil enorme, el más grande y magnífico que había visto en su vida. La carrocería era de metal resplandeciente, más brillante que el níquel y más rutilante que la plata, y los cubos de las ruedas estaban adornados con figuras geométricas iridiscentes amarillas y verdes: John no se atrevió a preguntarse si eran de vidrio o de piedras preciosas.

Dos negros, con libreas relucientes como las que se ven en los cortejos reales londinenses en el cine, esperaban firmes junto al coche. Y cuando los jóvenes bajaron del carro, los saludaron en una lengua que los foráneos no podían entender pero parecía una forma extrema del dialecto de los negros del Sur.

—Ven —le dijo Percy a su amigo mientras acomodaban sus baúles en el portaequipajes de la limusina—. Lamento que hayas tenido que hacer un viaje tan largo en carro, pero es mejor que los pasajeros del tren y esos pobres tipos de Fish, dejados de la mano de Dios, no vean este coche.

—¡Es una locura! ¡Qué coche!

La exclamación fue provocada por el interior del vehículo. John había visto la tapicería formada por mil minúsculas piezas de seda entretejidas con piedras preciosas y bordados, montadas sobre un paño de oro. Los brazos de las butacas donde los amigos se habían hundido voluptuosamente estaban cubiertos por una tela similar al terciopelo, pero que parecía tramada con los innumerables colores del extremo de las plumas de los avestruces.

—¡Qué vehículo! —exclamó John una vez más, extasiado.

—¿Qué cosa? ¿Esto? —Percy soltó una carcajada—. Pero si es un trasto viejo que usamos como furgoneta.

Se deslizaban silenciosamente a través de la oscuridad hacia una brecha entre las dos montañas.

—Llegaremos dentro de una hora y media —dijo Percy, mirando el reloj—. Será mejor que te advierta que verás cosas que no has visto

nunca.

Si el automóvil era un indicio de lo que John iba a ver, estaba preparado para maravillarse. El primer mandamiento de la sencilla religión imperante en Hades ordena adorar y venerar las riquezas: si John no hubiera sentido una radiante humildad al contemplarlas, sus padres habrían bajado la vista, horrorizados por la blasfemia.

Habían llegado al paso entre las dos montañas, y en cuanto empezaron a atravesarlo el camino se hizo mucho más escabroso.

—Si la luz de la luna llegara hasta aquí, verías que estamos en un inmenso barranco —dijo Percy, intentando ver algo por la ventanilla. Dijo unas palabras por el comunicador e inmediatamente el lacayo encendió un reflector y recorrió las colinas con su abarcador haz de luz—. Rocas, puras rocas. Un automóvil normal se haría pedazos en media hora. La verdad es que, si no se conoce el camino como la palma de la mano, se necesita un tanque de guerra para cruzar estos yermos. Habrás notado que vamos cuesta arriba.

Estaban subiendo, sí. Pocos minutos después el automóvil coronó una cima desde donde vislumbraron la luna pálida y lejana, que acababa de salir. El vehículo se detuvo de repente y a su alrededor tomaron forma unas figuras salidas de la oscuridad: negros. Volvieron a saludar a los recién llegados en ese mismo dialecto vagamente reconocible y pusieron manos a la obra: engancharon cuatro inmensos cables que caían de lo alto a los cubos engastados en joyas de las ruedas. Y al grito de "¡Arriba!", John notó que el automóvil se elevaba lentamente del suelo, cada vez más alto, por encima de las rocas que lo flanqueaban, más y más alto, hasta divisar un valle sinuoso iluminado por la luna que se extendía ante sus ojos en nítido contraste con el laberinto de rocas que acababan de abandonar. Sobre un costado seguían viéndose rocas… pero enseguida, de repente, las rocas desaparecieron por completo.

Habían superado una gran saliente de piedra, como cortada a cuchillo, perpendicular en el aire. Empezaron a descender hasta que por fin, con un impacto suave, aterrizaron sobre la blanda llanura.

—Lo peor ya pasó —dijo Percy mirando por la ventana—. Sólo faltan ocho kilómetros por nuestro camino, que es una alfombra de

adoquines. Todo esto es nuestro. Mi padre dice que aquí terminan los Estados Unidos.

—¿Estamos en Canadá?

—No. Estamos en el corazón de las Montañas Rocosas. Pero ahora mismo estás parado en los únicos ocho kilómetros cuadrados del país que no aparecen en ningún registro.

—¿Por qué? ¿Se les pasó por alto?

—No —dijo Percy sonriendo—. Intentaron registrarlo tres veces. La primera vez, mi abuelo corrompió a todo un sector del Registro Oficial de la Propiedad; la segunda, consiguió que cambiaran los mapas oficiales de los Estados Unidos… De ese modo fue postergando el asunto durante quince años. La última vez fue más difícil. Mi padre se las ingenió para que sus brújulas encontraran el mayor campo magnético jamás creado artificialmente. Consiguió un equipo completo de instrumentos de planimetría y topografía ligeramente defectuosos, y por lo tanto incapaces de registrar ese territorio, y los sustituyó por los que iban a utilizarse. Luego desvió un río y construyó en sus orillas una aldea ficticia, para que la vieran y la confundieran con el pueblo del valle, que está quince kilómetros más arriba. Mi padre sólo le teme a una cosa —concluyó —: la única cosa en el mundo que podría descubrirnos.

—¿Y cuál es esa cosa?

Percy bajó la voz.

—Los aviones —susurró—. Tenemos seis cañones antiaéreos y hasta el momento nos arreglamos, pero ya hubo varias muertes y muchos prisioneros. No es que eso nos preocupe a mi padre y a mí, ya lo sabes. Pero mi madre y las chicas se asustan y existe la posibilidad de que, llegado el caso, no podamos solucionar el problema.

Fragmentos y jirones de piel de chinchilla, amables nubes en el cielo iluminado por la luna verde pasaban por delante de ella como delicados tejidos orientales exhibidos a los ojos de algún kan tártaro. John pensaba que era de día y que los aviadores navegaban por el aire y dejaban caer una lluvia de folletos publicitarios y

prospectos medicinales con mensajes de esperanza sobre los desesperados caseríos perdidos en las montañas. Le parecía que los aviones miraban a través de las nubes y veían… Veían todo lo que había que ver allí donde él se dirigía. ¿Qué iba a pasar? Los obligarían a aterrizar mediante algún artefacto insidioso, y los encerrarían entre cuatro paredes, lejos de los prospectos medicinales y los avisos publicitarios hasta el día del Juicio Final; o, en caso de burlar la trampa, los derribaría una rápida humareda y la terrible onda expansiva de la explosión de una granada… que indudablemente "molestaría" a la madre y a las hermanas de Percy. John negó con la cabeza, y el fantasma de una risa hueca se insinuó en sus labios entreabiertos. ¿Qué negocio desesperado se escondía allí? ¿Qué astucia moral de un bizarro Creso? ¿Qué misterio dorado y terrible?

Las nubes de chinchilla se amontonaban a lo lejos y la noche de Montana era clara como el día. Ese camino, que era como una alfombra de adoquines, pasaba bajo los grandes neumáticos que bordeaban el lago tranquilo iluminado por la luna. Atravesaron una zona de oscuridad, un aromático y fresco bosque de pinos, y desembocaron en una amplia avenida de césped. La exclamación de placer de John coincidió con las palabras taciturnas de Percy:

—Llegamos a casa.

Espléndido bajo la luz de las estrellas, el majestuoso castillo se levantaba a orillas del lago, irguiéndose con el brillo de sus mármoles hasta la mitad de la altura de una montaña vecina para después fundirse, con simetría perfecta y transparente languidez femenina, con las densas tinieblas de un bosque de pinos. Las torres innúmeras, las esbeltas tracerías de los parapetos inclinados, el cincelado prodigioso de las ventanas amarillas con sus rectángulos, sus octógonos y sus triángulos de luz dorada, la pasmosa suavidad con que se cruzan el resplandor de las estrellas y las sombras azules vibraron en el alma de John como la cuerda de un instrumento musical. En una de las torres —la más alta, la que tenía la base más negra— un juego de luces exteriores creaba un flotante país de ensueño. Y cuando John miró hacia arriba, en un estado de encantamiento exaltado, un lánguido sonido de violines descendió y lo envolvió en una armonía rococó que jamás había oído antes. Y

casi inmediatamente el automóvil se detuvo frente a una escalinata de mármol, muy ancha y muy alta, donde el aire de la noche soplaba la fragancia de mil flores. Al final de la escalinata dos grandes puertas se abrieron silenciosas y una luz ambarina se derramó sobre la oscuridad, recortando la silueta de una dama elegantísima, de cabellos negros y rodete; una dama que les tendía los brazos.

—Madre —dijo Percy—, este es mi amigo John Unger, de Hades.

Más tarde John recordaría esa primera noche como un deslumbramiento de muchos colores, de sensaciones fugaces, de música suavísima como una voz enamorada… Y la belleza de las cosas, las luces y las sombras, los gestos y los rostros. Había un hombre canoso que bebía un licor de múltiples matices en una copa de cristal con pie de oro macizo. Había una muchacha, el rostro igual a una flor y vestida como Titania, con zafiros trenzados en el cabello. Había una habitación donde el oro sólido y blando de las paredes cedía a la presión de la mano; y otra habitación que era como la idea platónica del prisma definitivo: estaba recubierta por una masa íntegra de diamantes —diamantes de todas las formas y tamaños— de tal manera que, iluminada desde distintos ángulos con lámparas ultravioletas, deslumbraba con una blancura que sólo podía equipararse a sí misma… y que estaba más allá, mucho más allá, de los deseos o los sueños humanos.

Los dos jóvenes deambularon por el laberinto de habitaciones. A veces, el suelo que pisaban llameaba con brillantes dibujos de íntimo fulgor, dibujos de colores mezclados en bárbaros contrastes, o dibujos que tenían la delicadeza del pastel, o el blanco más puro, o mosaicos sutiles y complejos sin duda procedentes de alguna mezquita sobre el Adriático. A veces, bajo losas de grueso cristal, John veía un torbellino de aguas celestes o verdes pobladas de peces vivaces y una vegetación que combinaba todos los colores del arcoíris. Y anduvieron sobre pieles de todas las texturas y colores, y atravesaron pasillos del más pálido marfil, como si hubieran sido arrancados íntegros de los gigantescos colmillos de los dinosaurios extintos antes de la era humana.

Después hubo una transición borrosa en la memoria y ya estaban cenando: cada plato consistía en dos capas casi indistinguibles de

diamante sólido, entre las que habían insertado laboriosamente una filigrana de esmeraldas: casi filamentos de aire verde. Una música plañidera y discreta fluía a través de lejanos pasillos: el almohadón, de plumas e insidiosamente curvado en torno a su espalda, parecía querer tragárselo y aprisionarlo mientras bebía su primera copa de oporto. Intentó contestar, soñoliento, a una pregunta que acababan de hacerle, pero el lujo melifluo que oprimía su cuerpo intensificó la ilusión del sueño: joyas, tejidos, vinos y metales se desdibujaron ante sus ojos en una dulce niebla…

—Sí —contestó con esfuerzo, por cortesía—, hace calor de sobra.

Consiguió añadir a sus palabras una risa espectral; después, sin un movimiento, sin ofrecer resistencia, se alejó flotando a la deriva dejando atrás el postre helado, que era rosado como un sueño… Se quedó dormido.

Cuando despertó, se dio cuenta de que habían pasado varias horas. Estaba en una habitación grande y silenciosa, con paredes de ébano y una iluminación desvaída, demasiado débil, demasiado sutil para ser llamada luz. Su joven anfitrión lo estaba mirando.

—Te quedaste dormido en la mesa —dijo Percy—. Yo también estuve a punto de dormirme… era tan agradable sentirse cómodo después de un año de estudio. Los sirvientes te desvistieron y te bañaron mientras dormías.

—¿Esto es una cama o una nube? —suspiró John—. Percy, Percy, antes de que te vayas quiero pedirte disculpas.

—¿Por qué?

—Por haber dudado de ti cuando dijiste que tenías un diamante del tamaño del Ritz-Carlton.

Percy sonrió.

—Supuse que no me creerías. Es la montaña, ¿sabes?

—¿Qué montaña?

—La montaña sobre la cual construyeron el castillo. No es

demasiado alta para ser una montaña. Pero, fuera de unos quince metros de pastizales y grava, es un diamante sólido. Un diamante de mil quinientos metros cúbicos, sin un solo defecto. ¿Me estás escuchando? Eh…

Pero John T. Unger había vuelto a quedarse dormido.

III

A la mañana siguiente, cuando despertó, percibió soñoliento que la luz del sol iba llenando la habitación. Los paneles de ébano de una de las paredes, deslizándose por una especie de rieles, se habían entreabierto para que entrara la luz del día. Un negro enorme, de uniforme blanco, estaba parado junto a la cama.

—Buenas noches —murmuró John, ordenándole a su propia mente que volviera de las regiones salvajes del sueño.

—Buen día, señor. ¿Desea darse un baño, señor? Por favor, no se levante. Yo lo llevaré. Basta con que se desabotone el piyama… así. Gracias, señor.

John se quedó tranquilo en la cama y dejó que el negro le sacara el piyama: le resultaba gracioso y divertido. Esperaba que ese Gargantúa oscuro como carbón lo alzara en sus brazos como a un niño, pero no fue así; sintió que la cama se inclinaba lentamente hacia un lado y empezó a rodar, al principio sorprendido, hacia la pared; pero justo cuando iba a tocarla las cortinas se abrieron y, deslizándose por un suave plano inclinado de menos de dos metros de largo, se hundió despacio en un agua cuya temperatura era idéntica a la de su cuerpo.

Miró a su alrededor. La pasarela o el tobogán que lo había conducido hasta allí se había plegado lenta, automáticamente. Había sido proyectado a otra habitación y había aparecido sentado en una bañera empotrada en el piso: su cabeza asomaba exactamente sobre el nivel del suelo. A su alrededor, sobre las

paredes de la habitación y los costados y el fondo de la bañera, había un acuario azul. Y si miraba a través de la superficie de vidrio donde estaba sentado veía peces nadando entre luces ambarinas, deslizándose sin curiosidad entre los dedos entreabiertos de sus pies, separados de su cuerpo sólo por el espesor del vidrio. Desde arriba, la luz del sol se filtraba a través de un vidrio color verde mar.

—Pensé, señor, que esta mañana, señor, preferiría agua de rosas caliente mezclada con espuma de jabón y, para terminar, quizá agua salada fría.

El negro seguía parado al lado de la bañera.

—Sí —asintió John con una sonrisa tonta—. Como usted quiera.

La sola idea de solicitar ese baño, dados sus magros estándares de vida, habría sido presuntuosa e incluso perversa.

El negro apretó un botón y empezó a caer una ducha templada, supuestamente desde arriba; pero en realidad, según pudo descubrir, el agua provenía de una especie de fuente a un costado de la bañera. El agua adquirió un color rosa pálido, y unos chorros de jabón líquido brotaron de cuatro cabezas de morsa en miniatura en las esquinas de la bañera. Poco después doce minúsculas ruedas hidráulicas, encastradas en los costados, agitaron y convirtieron la mezcla en un radiante arcoíris de espuma rosa que envolvió a John en una delicia de suavidad y ligereza y estalló a su alrededor en burbujas resplandecientes y rosadas.

—¿Conecto el proyector de cine, señor? —propuso el negro con todo respeto—. Hoy presentamos una comedia bastante pasable, de una sola lata, pero puedo poner una película más seria, si prefiere.

—No, gracias —contestó John con educación y firmeza. Disfrutaba demasiado del baño para desear otra distracción. Pero la distracción llegó igual: desde afuera llegaba un sonido de flautas que derramaban una melodía semejante a una cascada, tan fresca y tan verde como ese cuarto de baño, y acompañaban al volátil pícolo, todavía más frágil que ese encaje de espuma que lo envolvía y lo fascinaba.

Después de una ducha de agua salada y fría, salió de la bañera envuelto en una bata esponjosa y, sobre un diván tapizado con el mismo tejido, recibió un masaje de aceite, alcohol y perfumes. Después se sentó en una voluptuosa silla para que lo afeitaran y le cortaran el pelo.

—El señor Percy lo espera en la sala —dijo el negro cuando terminó de hacer todo lo antedicho—. Me llamo Gygsum, señor Unger. Todas las mañanas estaré al servicio del señor Unger.

John entró al living bañado de sol y encontró el desayuno esperándolo. Percy, deslumbrante con sus pantalones de golf blancos de piel de cabra, fumaba en una mecedora.

IV

Esta es la historia de la familia Washington, tal como Percy se la relató a John durante el desayuno.

El padre del actual señor Washington había nacido en Virginia y era descendiente directo de George Washington y lord Baltimore. Cuando terminó la Guerra Civil era un coronel de veinticinco años, propietario de una plantación destruida y aproximadamente mil dólares en oro.

Fitz-Norman Culpepper Washington —así se llamaba el joven coronel— decidió regalarle a su hermano menor la propiedad de Virginia y marcharse al Oeste. Eligió a veinticuatro de sus negros más fieles, que por supuesto lo veneraban, y compró veinticinco pasajes de tren para el Oeste, donde pensaba obtener concesiones de tierra a nombre de los veinticinco y establecer un rancho para criar ovejas y vacas.

Cuando llevaba en Montana menos de un mes y las cosas le iban verdaderamente mal, se topó con su extraordinario descubrimiento. Se había perdido cabalgando por las colinas y, después de un día entero sin comer, empezó a sentir hambre. Como no tenía rifle se

vio forzado a perseguir a una ardilla, y en el transcurso de la persecución vio que el animal llevaba algo brillante en la boca. Justo antes de desaparecer en su madriguera —la Providencia no quiso que esa ardilla en particular aliviara el hambre feroz de Fitz-Norman Washington—, el animal soltó su carga. Sentándose para evaluar la situación, Fitz-Norman vislumbró un fulgor entre la hierba, muy cerca. Diez segundos después había perdido por completo el apetito y ganado cien mil dólares. La ardilla, que había evitado con irritante obstinación convertirse en comida, le había regalado un diamante perfecto y descomunal.

Más tarde, esa misma noche, Washington encontró el camino que llevaba al campamento y doce horas después todos sus negros varones rodearon la madriguera de la ardilla y empezaron a excavar con furia la falda de la montaña. Washington les dijo que había descubierto una mina de cuarzo y, dado que sólo uno o dos negros habían visto un diamante en su vida, le creyeron sin hacer preguntas. Cuando comprobó la magnitud de su descubrimiento, se encontró en un verdadero aprieto. La montaña entera era un diamante; literalmente, era un diamante sólido. Llenó cuatro alforjas de muestras rutilantes y partió a caballo hacia Saint Paul, donde consiguió vender media docena de piedras pequeñas. Cuando intentó vender una piedra más grande, un joyero se desmayó y Fitz-Norman fue detenido por escándalo público. Se escapó de la cárcel y tomó el tren a Nueva York, donde vendió algunos diamantes de tamaño mediano y recibió a cambio doscientos mil dólares en oro. Pero no se atrevió a mostrar ninguna gema excepcional. Y, de hecho, abandonó Nueva York justo a tiempo. En los círculos de joyeros se había producido una tremenda conmoción, no tanto por el tamaño de los diamantes como por su aparición en la ciudad, sin que nadie conociera su misteriosa procedencia. Empezaron a correr estrafalarios rumores de que habían descubierto una mina en las Catskill, en la costa de Nueva Jersey, en Long Island, bajo Washington Square. Trenes especiales, atestados de hombres armados con picos y palas, salían de Nueva York cada hora rumbo a distintos y cercanos Eldorados. Pero para entonces el joven Fitz-Norman ya iba camino a Montana.

Quince días después había calculado que la montaña de diamante equivalía aproximadamente a todo el resto de los diamantes que, se

sabe, existen en el mundo. No habría sido posible, sin embargo, valuarla con exactitud porque se trataba de un único diamante entero; y si lo hubieran puesto a la venta, no sólo habría provocado la caída del mercado: si su valor variara con el tamaño según la progresión aritmética usual, todo el oro del mundo no habría alcanzado para comprar la décima parte. Y además, ¿qué se podía hacer con un diamante de ese tamaño?

Era una situación asombrosa. En cierto sentido era el hombre más rico de todos los tiempos, pero ¿eso le servía de algo? Si su secreto llegaba a conocerse, quién sabe a qué medidas tendría que recurrir el gobierno para evitar que cundiera el pánico, tanto en el mercado del oro como en el de las piedras preciosas. Incluso podrían expropiar el diamante y crear un monopolio.

No tenía otra alternativa: debía explotar la montaña en secreto. Fitz-Norman hizo venir a su hermano menor del Sur y le confió el mando de su séquito de negros, unos pobres negros que todavía no se habían dado cuenta de que la esclavitud había sido abolida. Para mayor seguridad les leyó una proclama que él mismo había redactado, donde se anunciaba que el general Forrest había reorganizado los destrozados ejércitos del Sur y derrotado al Norte en una batalla campal. Los negros lo creyeron a rajatabla. Dijeron que eso era bueno y lo celebraron con ceremonias religiosas.

Fitz-Norman partió al extranjero con cien mil dólares y dos baúles llenos de diamantes en bruto de todos los tamaños. Viajó a Rusia en un barco chino y seis meses después de haber zarpado de Montana llegó a San Petersburgo. Encontró un hotel de mala muerte y fue a ver al joyero de la Corte para anunciarle que tenía un diamante para el zar. Permaneció dos semanas en San Petersburgo, en constante peligro de ser asesinado, cambiando sin cesar de alojamiento, con miedo de abrir más de tres o cuatro veces sus baúles durante los quince días que estuvo allí.

Después de prometer que regresaría dentro de un año con piedras todavía más grandes y más bellas, le permitieron viajar a India. Pero antes de su partida los tesoreros de la Corte le depositaron en bancos norteamericanos la suma de quince millones de dólares… bajo cuatro alias diferentes.

Volvió a los Estados Unidos en 1868, tras una ausencia de poco más de dos años. Había visitado las capitales de veintidós países y hablado con cinco emperadores, once reyes, tres príncipes, un sah, un kan y un sultán. En aquel momento Fitz-Norman calculaba su fortuna en un billón de dólares. Un factor contribuía decisivamente a mantener el secreto: ninguno de sus diamantes de mayor tamaño permanecía a la vista del público más de una semana sin que inmediatamente le atribuyeran una historia tan plagada de desgracias, amores, revoluciones y guerras que forzosamente se remontaba a los tiempos del primer imperio babilonio.

Desde 1870 hasta su muerte en 1900, la historia de Fitz-Norman Washington fue una larga épica del oro. Había otras cuestiones secundarias: evadió a los inspectores, se casó con una dama de Virginia, que le dio un único hijo, y se vio obligado, por una serie de desafortunadas complicaciones, a asesinar a su hermano, que tenía la desdichada costumbre de emborracharse hasta caer en un estupor indiscreto que más de una vez había puesto en peligro la seguridad de todos. Pero fueron pocos los asesinatos que mancharon aquellos felices años de progreso y expansión.

Poco antes de morir cambió de política, e invirtiendo apenas unos millones de dólares de su patrimonio líquido adquirió grandes cantidades de metales preciosos y los guardó en las bóvedas de seguridad de bancos de todo el mundo como si fueran antigüedades. Su hijo, Braddock Tarleton Washington, continuó a escala aún mayor la misma política. Los minerales fueron sustituidos por el más raro de todos los elementos: el radio; de este modo, el equivalente de un billón de dólares en oro cabía en un recipiente del tamaño de una caja de cigarros.

Tres días después de la muerte de Fitz-Norman, su hijo Braddock decidió que los negocios se habían extralimitado. La riqueza que su padre y él habían extraído de la montaña superaba cualquier cálculo. Registró en una libreta, en clave, la cantidad aproximada de radio depositada en cada uno de los mil bancos de los que era cliente y los nombres falsos que poseían la titularidad de las cuentas. Y después hizo algo muy sencillo: cerró la mina.

Cerró la mina. Lo que ya habían extraído mantendría, con un lujo sin precedentes, a todos los Washington todavía por nacer durante

varias generaciones. Su única preocupación sería proteger el secreto para evitar que el previsible pánico que causaría su revelación no redujera a la miseria absoluta a todos los accionistas del mundo.

Con esta familia estaba conviviendo John T. Unger. Y esta fue la historia que le contaron en el living de paredes de plata la mañana siguiente a su llegada.

V

Después del desayuno, John fue hacia la gran entrada de mármol y desde allí contempló con curiosidad el panorama que se ofrecía a su vista. Todo el valle, desde la montaña de diamante hasta el abrupto precipicio de granito ocho kilómetros más allá, exhalaba un aura dorada que flotaba perezosa sobre esa magnífica extensión de lagos y jardines. Por todas partes grupos de olmos formaban delicados bosques umbríos en extraño contraste con las duras masas de los bosques de pinos, que se aferraban a las colinas como puños de color verde azulado. Vio a tres cervatos que, con paso ligero, salieron en fila de entre unas matas, a menos de un kilómetro de distancia, y desaparecieron con torpe vivacidad en la penumbra manchada de negro de otras matas. John no se habría sorprendido si hubiera visto un fauno tocando la flauta entre los árboles o vislumbrado una piel rosada de ninfa y una cabellera rubia flotando al viento entre las hojas más verdes.

Con esa extraña esperanza bajó los escalones de mármol, perturbando apenas el sueño de dos sedosos perros lobos rusos que reposaban al pie de la escalinata, y caminó por un sendero de piedras blancas y azules que no llevaba a ninguna parte.

Disfrutaba todo lo que podía. La felicidad de la juventud, y su insuficiencia, radican en que los jóvenes nunca pueden vivir el presente; siempre comparan el día que pasa con un futuro radiante imaginado: flores y oro, chicas y estrellas, son meras premoniciones y profecías de ese incomparable e inalcanzable sueño de juventud.

John siguió una suave curva donde los macizos de rosas llenaban el aire de intensos aromas y, después de cruzar un parque, caminó hacia un claro musgoso bajo unos árboles. Nunca se había acostado sobre el musgo y quería comprobar si era tan blando como para justificar que su nombre fuera utilizado como adjetivo. Vio que se acercaba una chica: era la criatura más hermosa que había visto en su vida.

Llevaba puesta una pollera corta, blanca, que apenas le tapaba las rodillas, y tenía el pelo sujeto por una guirnalda de resedas unidas con hebillas de zafiros azules. Sus desnudos pies rosados salpicaban rocío a su paso. Era más joven que John: no tendría más de dieciséis años.

—Hola —exclamó con voz suave—, soy Kismine.

Ya era, para John, mucho más que eso. Fue hacia ella moviéndose con cuidado al acercarse por temor a pisar sus pies descalzos.

—No nos conocíamos —dijo su voz dulce. Y sus ojos azules añadieron: “¡Y te has perdido un mundo!”—. Anoche conociste a mi hermana Jasmine. Yo no me sentía bien: me había intoxicado con lechuga —prosiguió la voz suave, y los ojos añadieron: “Y soy muy dulce cuando me enfermo… y cuando estoy bien”.

—¿Cómo estás? —dijo la voz de John. “Me has causado una enorme impresión”, dijeron sus ojos—, “y yo no soy un tipo fácil”—. Espero que te encuentres mejor esta mañana. —Y sus ojos añadieron, tímidos: “querida”.

John se dio cuenta de que estaban caminando por el sendero. Kismine propuso que se sentaran en el musgo: John había olvidado probar su blandura.

Era muy exigente con las mujeres. Un simple defecto —unos tobillos gruesos, una voz ronca, una mirada fría— bastaba para que dejaran de interesarle. Y he aquí que, por primera vez en su vida, estaba con una chica que le parecía la encarnación de la perfección física.

—¿Eres del Este? —le preguntó Kismine con un interés encantador.

—No —respondió John con sencillez—. Soy de Hades.

O Kismine nunca había oído hablar de Hades o no se le ocurrió ningún comentario amable, porque no volvió a mencionar el tema.

—Este otoño voy a ir a un colegio en el Este —dijo Kismine—. ¿Crees que me gustará? Iré al colegio de Miss Bulge. Es un colegio muy estricto, pero pasaré los fines de semana con mi familia en nuestra casa de Nueva York, porque papá se enteró de que las chicas tienen que caminar siempre de a dos.

—Tu padre quiere que tengas amor propio —observó John.

—Tenemos amor propio —contestó ella, y sus ojos brillaban de dignidad—. Jamás nos castigaron. Papá dice que jamás debemos ser castigadas. Una vez mi hermana Jasmine, cuando era pequeña, lo empujó por la escalera, y papá se levantó y se fue rengueando. Mamá quedó… —continuó Kismine — un poco sorprendida cuando oyó que eras de… de donde eres. Dijo que, cuando ella era joven… Pero bueno, es española y anticuada.

—¿Pasas mucho tiempo aquí? —preguntó John para disimular que esas palabras lo habían lastimado. Eran una alusión poco amable a su provincianismo.

—Percy, Jasmine y yo venimos todos los veranos, pero el verano que viene Jasmine irá a Newport. Y el otoño del año que viene viajará a Londres para ser presentada en sociedad ante la Corte.

—¿Sabes —comenzó John, indeciso— que eres mucho más sofisticada de lo que imaginé al verte?

—Pero no, no lo soy —se apresuró a responder Kismine—. Ni se me ocurre pensar en eso. Creo que los jóvenes sofisticados son terriblemente vulgares, ¿no te parece? Yo no lo soy, en absoluto. Si me dices que soy sofisticada, me pondré a llorar.

Estaba tan dolida que le temblaban los labios. John se vio obligado a afirmar:

—No quise decir eso, lo dije sólo para molestarte.

—No me molestaría si lo fuera —insistió ella—, pero no lo soy. Soy muy inocente y aniñada. No fumo ni bebo y sólo leo poesía. Casi no sé nada de matemática ni de química. Me visto con sencillez. La verdad es que casi no me visto. Lo último que puedes decir de mí es que soy sofisticada. Creo que las chicas tienen que disfrutar su juventud sanamente.

—Yo creo lo mismo —dijo John con toda sinceridad.

Kismine volvió a alegrarse. Le sonrió, y una lágrima que apenas asomaba se escurrió por el borde de un ojo azul.

—Me agradas —murmuró en tono íntimo—. ¿Vas a pasar todo el tiempo con Percy mientras estés aquí… o serás simpático conmigo? Piénsalo… Soy un territorio absolutamente virgen. Nunca tuve novio. Nunca me dejaron estar sola con un chico… salvo con Percy. Vine al bosque con la esperanza de verte sin tener a toda la familia alrededor.

Profundamente halagado, John hizo una reverencia, tal como le habían enseñado en la academia de baile de Hades.

—Es mejor que nos vayamos —dijo Kismine con dulzura—. Tengo que encontrarme con mamá a las once. Todavía no me pediste que te dé un beso. Pensaba que era lo que hacían los chicos de hoy.

John infló el pecho, lleno de orgullo.

—Algunos lo hacen —contestó—, pero yo no. Las chicas no aceptan esas cosas… en Hades.

Volvieron juntos a la casa.

VI

John estaba frente a Braddock Washington, a pleno sol. Era un hombre de unos cuarenta años, de semblante orgulloso e inexpresivo, mirada inteligente y complexión robusta. Por las

mañanas olía a caballos, a caballos de pura sangre. Usaba un bastón de abedul gris con empuñadura de ópalo. Percy y su padre le estaban mostrando el lugar a John.

—Las casas de los esclavos están allá. —El bastón de paseo señaló un claustro de mármol a la izquierda que, con la típica gracia del estilo gótico, se erguía a los pies de la montaña—. Cuando era joven tuve un período de absurdo idealismo que me apartó de la vida real. En aquellos tiempos mis esclavos vivieron en el lujo. Por ejemplo, equipé todas las habitaciones con una bañera.

—Supongo —aventuró a decir John, riendo para congraciarse— que usaban las bañeras para guardar el carbón. El señor Schnlitzer-Murphy me contó que una vez…

—Las opiniones de Schnlitzer-Murphy carecen de importancia, diría yo —lo interrumpió Braddock Washington con frialdad—. Mis esclavos no guardaban el carbón en las bañeras. Tenían órdenes de bañarse todos los días… y obedecían. Si no hubieran obedecido, yo les habría ordenado que se lavaran la cabeza con ácido sulfúrico. Interrumpí los baños por otra razón. Varios se resfriaron y murieron. El agua no es buena para ciertas razas… excepto para beberla.

John soltó una carcajada y asintió para mostrar que estaba de acuerdo. Braddock Washington lo hacía sentir incómodo.

—Todos esos negros son descendientes de los que mi padre trajo del Norte. Ahora debe de haber unos doscientos cincuenta. Te habrás dado cuenta de que han vivido tanto tiempo al margen del mundo que su dialecto nativo se ha convertido en una jerga ininteligible. A varios les enseñamos a hablar inglés: a mi secretario y a dos o tres sirvientes de la casa. Este es el campo de golf —continuó, mientras paseaban por el aterciopelado césped invernal—. Ya ves que todo lo ocupa el green: aquí no hay fairway, ni rough, ni riesgos.

Le sonreía cordialmente a John.

—¿Hay muchos hombres en la jaula, padre? —preguntó Percy de pronto.

Braddock Washington tropezó y se le escapó un insulto.

—Uno menos de los que debería haber —afirmó sombríamente. Y un instante después añadió—: Tuvimos problemas.

—Mamá me dijo —intervino Percy— que ese maestro italiano…

—Un terrible error —dijo Braddock Washington, muy enojado—. Pero tenemos muchas posibilidades de encontrarlo. Quizá se haya caído en alguna parte del bosque o se haya precipitado por un barranco. Y siempre existe la posibilidad de que, si consigue huir, nadie crea su historia. De cualquier modo, envié dos docenas de hombres a buscarlo por los pueblos de los alrededores.

—¿Sin suerte?

—Poca. Catorce hombres le dijeron a mis emisarios que habían matado a un individuo que respondía a la descripción, pero por supuesto puede ser que sólo quieran cobrar la recompensa…

Se interrumpió. Habían llegado a una gran cavidad en el suelo: un círculo del tamaño de una calesita cubierto por una gruesa reja de acero. Braddock Washington le hizo señas a John e introdujo la punta del bastón a través de la reja. John se acercó al borde y miró. Sus oídos fueron atacados por un clamor salvaje que provenía de las profundidades.

—¡Baja al infierno!

—¡Eh, muchacho! ¿Cómo es el aire ahí arriba?

—¡Eh, tíranos una soga!

—¿No tendrás un poco de pan duro, hijo, o unos sándwiches mordidos?

—Eh, amigo, si empujas al tipo que está al lado tuyo, te mostraremos una escena rápida de desaparición.

—Dale una paliza de mi parte, ¿quieres?

Estaba demasiado oscuro para ver con claridad el interior del foso,

pero a juzgar por el optimismo grosero y la áspera vitalidad de las frases y las voces, John hubiera dicho que pertenecían a norteamericanos de clase media y del tipo más audaz. Washington alargó el bastón, oprimió un botón que había en el pasto y el foso se iluminó de repente.

—Son marineros, aventureros que tuvieron la desgracia de encontrar Eldorado —señaló.

Un gran agujero cóncavo, como el interior de un cuenco, apareció a sus pies. Las paredes eran empinadas y parecían de vidrio pulido, y en el fondo había más de veinte hombres vestidos con uniformes de aviador o ropa civil. Sus rostros, encendidos de ira, malicia, desesperación y cinismo, estaban cubiertos por largas barbas; pero excepto unos pocos, parecían bien alimentados y saludables.

Braddock Washington acercó una silla de jardín al borde del foso y se sentó.

—Bueno, ¿cómo están, muchachos? —preguntó afablemente.

Un coro de abominaciones, en el que participaron todos menos los que estaban demasiado abatidos para gritar, ascendió hacia el aire soleado. Braddock Washington lo oyó con imperturbable compostura. Cuando el último eco se apagó, volvió a hablar.

—¿Han encontrado alguna solución a sus problemas?

De todas partes brotaron respuestas.

—¡Decidimos quedarnos aquí por amor!

—¡Déjanos subir y verás qué rápido encontramos la salida!

Braddock Washington esperó que volvieran a callar. Entonces dijo:

—Ya les expliqué la situación. No quiero tenerlos aquí. Ojalá no los hubiera visto nunca. Fue su curiosidad la que los trajo, y en cuanto se les ocurra una manera de salir que no me perjudique a mí ni a mis intereses, estaré encantado de tomarla en cuenta. Pero mientras limiten sus esfuerzos a excavar túneles —sí, ya estoy al tanto del último que iniciaron— no llegarán muy lejos. Esto no es tan duro

como quieren hacernos creer con todos esos alaridos. Si ustedes fueran de esos hombres que se preocupan por sus seres queridos, jamás habrían entrado en la aviación.

Un hombre alto se separó de los demás y levantó una mano para llamar la atención de su captor.

—¡Permítame hacerle un par de preguntas! —gritó—. Usted pretende ser un hombre equitativo.

—Qué absurdo. ¿Cómo puede un hombre en mi posición ser equitativo con ustedes? ¿Por qué no le pide a un perro de caza que sea equitativo con un pedazo de carne?

Ante esta observación despiadada, las caras de los pedazos de carne acusaron el golpe, pero el hombre alto continuó:

—¡Muy bien! —gritó—. Ya hemos discutido antes estas cosas. Usted no es humanitario ni equitativo, pero es humano… o al menos dice serlo. Y entonces será capaz de ponerse en nuestro lugar y entender hasta qué punto… hasta qué punto…

—¿Hasta qué punto qué? —preguntó Washington fríamente.

—Hasta qué punto es innecesario…

—No para mí.

—Bueno, hasta qué punto es cruel…

—Eso ya lo hablamos. No hay crueldad cuando está en juego el propio pellejo. Ustedes son soldados y lo saben. Busque otro argumento.

—Bueno, entonces, hasta qué punto es una estupidez.

—Bien —admitió Washington—, eso lo reconozco. Pero trate de pensar una alternativa. Les ofrecí ejecutarlos sin dolor a todos, o a quien quiera, cuando quiera. Me ofrecí a secuestrar a sus mujeres, novias, hijos y madres para traerlos aquí. Agrandaremos la fosa y los alimentaré y vestiré durante el resto de sus vidas. Si existiera algún método que produjera amnesia permanente, se los aplicaría a

todos y los liberaría de inmediato, lejos de mis propiedades. Pero hasta aquí llega mi imaginación.

—¿Y si confiaras en que no vamos a delatarte? —gritó alguien.

—No hablas en serio —dijo Washington con sarcasmo—. Dejé salir a uno de ustedes para que le enseñara italiano a mi hija. Huyó la semana pasada.

Un grito de júbilo salvaje salió de las gargantas y hubo un estallido de alegría. Los prisioneros bailaron y aplaudieron con entusiasmo, cantaron y se revolcaron en un repentino e increíble ataque de optimismo animal. Incluso treparon por las paredes de vidrio hasta donde pudieron y resbalaron otra vez hasta el fondo, amortiguando la caída con sus propios cuerpos. El hombre alto empezó una canción que todos corearon:

Sí, colgaremos al káiser

de un manzano ácido.

Braddock Washington guardó un silencio inescrutable hasta que la canción terminó.

—Ya ven —observó, en cuanto consiguió un mínimo de atención—. No les guardo rencor. Me gusta verlos divertirse. Por eso no les conté la historia completa. Ese tipo… ¿cómo se llamaba? ¿Crichtichiello? Uno de mis empleados le disparó y acertó en catorce puntos distintos.

Los prisioneros no sospechaban que los puntos a los que se refería Washington eran catorce ciudades diferentes, y las ruidosas manifestaciones de alegría cesaron de inmediato.

—De todas maneras —exclamó Washington con algo de rabia—, intentó huir. ¿Pretenden que vuelva a arriesgarme después de una experiencia como esa?

Recomenzaron los gritos.

—¡Por supuesto!

—¿No quiere aprender chino tu hija?

—¡Eh! ¡Yo hablo italiano! Mi madre era italiana.

—¡Tal vez quiera aprender a hablar con acento de Nueva York!

—¡Si es la chica de los grandes ojos azules, puedo enseñarle cosas mucho mejores que hablar italiano!

—Yo sé canciones irlandesas… y si hace falta toco la gaita.

El señor Washington alargó una vez más el bastón, volvió a apretar el botón oculto en el pasto y la escena del foso desapareció al instante y sólo quedó una gran boca oscura cubierta por los dientes negros de la reja.

—¡Eh! —gritó una voz desde el fondo—, ¿te vas a ir sin darnos la bendición?

Pero Braddock Washington, seguido por los dos muchachitos, ya se estaba alejando hacia el noveno hoyo del campo, como si el foso y todo lo que contenía fuera un obstáculo más a superar fácilmente con su hábil palo de golf.

VII

Al abrigo de la montaña de diamante, julio fue un mes de noches frescas y días cálidos y esplendorosos. John y Kismine estaban enamorados. John no sabía que el pequeño balón de oro (con la inscripción Pro deo et patria et St. Mida) que le había regalado a Kismine descansaba sobre el pecho de la chica, colgado de una cadena de platino. Pero así era. Y Kismine no sabía que John guardaba con ternura en su alhajero un enorme zafiro que un día se había desprendido por accidente de su cabello.

Una tarde, cuando reinaba el silencio en la sala de música tapizada de rubíes y piel de armiño, pasaron una hora juntos. John le tomó la mano y Kismine lo miró con tanta intensidad que él murmuró su nombre. Kismine se inclinó hacia John y luego titubeó.

—¿Dijiste Kismine? —preguntó suavemente—. O…

Quería estar segura. Pensaba que quizá se había equivocado.

Ninguno de los dos sabía besar, pero una hora después eso ya no tenía ninguna importancia.

Pasó la tarde. Esa noche, cuando el último soplo de música descendió desde la torre más alta, los dos soñaban despiertos con cada uno de los minutos del día. Habían decidido casarse lo más pronto posible.

VIII

Todos los días Braddock Washington y los dos jóvenes iban a cazar o a pescar a lo más profundo del bosque, o jugaban al golf en el campo soñoliento —partidas en las que diplomáticamente John dejaba ganar a su anfitrión—, o nadaban en la frescura montañosa del lago. El señor Washington le parecía un hombre de carácter un tanto riguroso: por completo indiferente a otras ideas y opiniones que no fueran las suyas. La señora Washington era distante y reservada. Parecía indiferente a sus dos hijas y por completo absorta por su hijo varón, Percy, con quien mantenía conversaciones interminables en español fluido durante las comidas.

Jasmine, la hija mayor, a primera vista se parecía a Kismine —salvo que tenía las piernas un poco arqueadas y las manos y los pies demasiado grandes—, pero poseía un temperamento completamente distinto. Sus libros preferidos trataban de chicas pobres que cuidaban la casa de su padre viudo. Kismine le contó a John que Jasmine nunca se había recuperado del impacto y la decepción que le había producido el fin de la guerra mundial, justo cuando estaba

a punto de partir a Europa para atender las cantinas militares. Había pasado algún tiempo muy triste y Braddock Washington había dado los primeros pasos para provocar una nueva guerra en los Balcanes, pero Jasmine había perdido el interés al ver la foto de unos soldados serbios heridos. Percy y Kismine, en cambio, parecían haber heredado la arrogancia de su progenitor en toda su cruel magnificencia. Un egoísmo casto y consecuente moldeaba todas y cada una de sus ideas.

A John le encantaban las maravillas del castillo y el valle. Braddock Washington, según le contó Percy, había mandado secuestrar a un paisajista, un arquitecto, un escenógrafo y un poeta decadentista francés sobreviviente del siglo pasado. Puso a su disposición toda la fuerza de sus negros y les procuró los materiales más preciosos y raros que existen en el mundo, dándoles entera libertad para hacer realidad sus ideas. Pero, uno tras otro, habían demostrado su incapacidad. El poeta decadentista empezó a quejarse de estar lejos de los bulevares en primavera: hizo algunas vagas observaciones sobre especias, monos y marfiles, pero no dijo nada que tuviera valor práctico. El escenógrafo, por su parte, quería convertir el valle en una sucesión de trucos y efectos sensacionales: algo de lo que los Washington se hubieran cansado pronto. En cuanto al arquitecto y el paisajista, sólo pensaban en términos convencionales. Querían hacer esto según este modelo y aquello según aquel otro.

Pero al menos resolvieron el problema de qué hacer con ellos: enloquecieron una mañana temprano, después de haber pasado toda la noche reunidos en una pequeña habitación intentando ponerse de acuerdo sobre dónde colocar una fuente, y ahora estaban internados en un manicomio en Westport, Connecticut.

—Pero —preguntó John con sincera curiosidad— ¿quién proyectó esos maravillosos salones, los vestíbulos, los accesos al castillo y los cuartos de baño?

—Bueno —contestó Percy—, me avergüenza decírtelo, pero fue un hombre de la industria cinematográfica: fue la única persona que encontramos acostumbrada a manejar cantidades ilimitadas de dinero, aunque comía como un desaforado con la servilleta atada al cuello y no sabía leer ni escribir.

Agosto llegó a su fin y John empezó a lamentar que pronto tendría que retomar sus estudios. Kismine y él habían decidido fugarse juntos en junio del año siguiente.

—Sería más bonito casarnos aquí —le confesó Kismine—, pero mi padre jamás me daría permiso para casarme contigo. Y además, prefiero la fuga. Es terrible para los ricos casarse en los Estados Unidos en esta época: siempre tienen que mandar esquelas a la prensa anunciando que la boda tendrá un tono humilde, cuando lo que quieren decir es que se casarán con un puñado de perlas de segunda mano y algún encaje que una vez llevó la emperatriz Eugenia.

—Lo sé —asintió John, vehemente—. Cuando fui a casa de los Schnlitzer-Murphy, la hija mayor, Gwendolyn, se casó con el hijo del dueño de media Virginia. Escribió a casa diciendo lo difícil que era arreglárselas con el sueldo del marido, empleado de banco. Y terminaba diciendo: “Gracias a Dios, tengo cuatro buenas sirvientas y eso ayuda”.

—Es absurdo —comentó Kismine—. Creo que hay millones de personas, trabajadores y gente así, que se las arreglan con sólo dos sirvientas.

Una tarde de fines de agosto, unas palabras casuales de Kismine modificaron la situación por completo y sumieron a John en un estado de terror.

Estaban en su bosque preferido, y entre besos John se abandonaba a románticos presentimientos que a su entender añadían intensidad a su relación.

—A veces pienso que nunca nos casaremos —dijo con tristeza—. Tú eres demasiado rica, demasiado suntuosa. Una persona tan rica como tú no puede ser como las otras chicas. Yo tendré que casarme con la hija de un acomodado ferretero al por mayor de Omaha o Sioux City y contentarme con medio millón de dólares de dote.

—Una vez conocí a la hija de un ferretero —comentó Kismine—. No creo que te hubieses sentido a gusto con ella. Era amiga de mi hermana. Estuvo de visita en casa.

—Ah, ¿ya tuvieron otros invitados? —exclamó John sorprendido.

Kismine pareció arrepentirse de lo que había dicho.

—Bueno, sí —se apresuró a decir—, recibimos a varios.

— Pero… ¿no temían…? ¿Tu padre no temía que contaran todo cuando se fueran?

—Hasta cierto punto. Hasta cierto punto —contestó Kismine—. ¿Por qué no hablamos de algo más agradable?

Pero aquello había despertado la curiosidad de John.

—¡Algo más agradable! —exclamó—. ¿Y esto qué tiene de desagradable? ¿No eran simpáticas esas chicas?

Para su gran sorpresa, Kismine se puso a llorar.

—Sí… y ese… ese es precisamente el problema. Me había hecho amiga de algunas. Y Jasmine también, pero siguió invitando a otras. No puedo entenderlo.

Una oscura sospecha nació en el corazón de John.

—¿Quieres decir que hablaron y que tu padre las… eliminó?

—Peor que eso —murmuró Kismine, y se le quebró la voz—. Mi padre no corrió ningún riesgo. Y Jasmine seguía escribiéndoles para que vinieran… ¡Y lo pasaban tan bien!

Un paroxismo de dolor abrumó a Kismine.

Perplejo ante el horror de la revelación, John la miraba boquiabierto; sus nervios estaban agitados, como si una bandada de gorriones se hubiera posado en su espina dorsal.

—Ya te lo dije, y no tendría que haberlo hecho —murmuró Kismine, tranquilizándose de golpe y secando sus ojos azul oscuro.

—¿Quieres decir que tu padre las mandaba asesinar antes de que se fueran?

Kismine asintió.

—Normalmente en agosto, o a principios de septiembre. Es natural que antes quisiéramos disfrutar de su compañía todo lo que pudiéramos.

—¡Es abominable! Dios mío, debo estar volviéndome loco. ¿Realmente admites que…?

—Sí —lo interrumpió Kismine, encogiéndose de hombros—. No podíamos encerrarlas como a los aviadores: nos hubiera traído remordimiento de conciencia. Y siempre nos facilitaron las cosas a Jasmine y a mí, porque papá daba la orden antes de lo que esperábamos. Así nos evitábamos las escenas de despedida…

—¡Así que las asesinaban! —gritó John.

—Lo hacían de una manera muy agradable. Las drogaban mientras dormían. Y a las familias siempre se les decía que habían muerto de escarlatina en Butte.

—¡Lo que no entiendo es cómo seguían invitándolas!

—Yo no —estalló Kismine—. Yo nunca invité a nadie. Fue Jasmine. Y siempre lo pasaron muy bien. Hasta el último día Jasmine les hacía unos regalos maravillosos. Seguramente yo también invitaré a alguna amiga. Tendré que fortalecerme. No podemos permitir que algo inevitable como la muerte nos impida disfrutar la vida mientras podemos. Piensa lo solitario que sería esto si nunca invitáramos a nadie. Papá y mamá han sacrificado a algunos de sus mejores amigos, igual que nosotros.

—Y así… —exclamó John, acusador—. Así dejaste que me enamorara de ti y fingiste corresponderme… Hablabas de matrimonio y sabías perfectamente que yo no saldría vivo de aquí…

—No —protesto Kismine con pasión—. Al principio sí. Estabas aquí. No podía evitarlo, y además pensaba que tus últimos días podían ser agradables para ambos. Pero me enamoré de ti y… ahora lamento sinceramente que tengas que… desaparecer. Aunque prefiero que desaparezcas a que alguna vez beses a otra chica.

—¿Sí? ¿Lo prefieres? —gritó John con ferocidad.

—Por supuesto que sí. Además, siempre escuché decir que las chicas se divierten más con los hombres con quienes saben que no van a casarse. Ay, ¿por qué te lo habré dicho? Seguramente eché a perder los buenos ratos que nos quedaban: lo pasábamos muy bien cuando no sabías nada. Yo sabía que te ibas a deprimir un poco.

—¿Lo sabías? ¿De verdad lo sabías? —La voz de John temblaba de ira—. Ya escuché bastante. Si tienes tan poco orgullo y tan poca decencia como para coquetear con alguien que sabes que es poco más que un cadáver, no quiero tener absolutamente nada que ver contigo.

—¡Tú no eres un cadáver! —protestó horrorizada—. No eres un cadáver. ¡No quiero que digas que besé a un cadáver!

—¡Yo no dije eso!

—Sí que lo dijiste. Dijiste que besé a un cadáver.

—¡No!

Habían levantado la voz, pero una irrupción imprevista los obligó a callar en el acto. Unas pisadas se acercaban por el sendero y un instante después las ramas del rosal se abrieron y apareció Braddock Washington. Sus ojos astutos, engastados en un rostro hermoso e inexpresivo, los escrutaron.

—¿Quién besó a un cadáver? —preguntó con evidente disgusto.

—Nadie —contestó Kismine rápidamente—. Estábamos bromeando.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó su padre de mal modo—. Kismine, tendrías que estar leyendo o jugando al golf con tu hermana. Vamos, ¡a leer! ¡A jugar al golf! ¡No quiero encontrarte aquí cuando vuelva!

Saludó cortésmente a John con la cabeza y siguió caminando.

—¿Ves? —dijo Kismine, enojada, cuando su padre ya no podía oírla —. Estropeaste todo. No podremos vernos nunca más. Mi padre no

me dejará verte. Te haría envenenar si supiera que estamos enamorados.

—¡Ya no estamos enamorados! —exclamó John con rabia—. Tu padre puede estar tranquilo. Y no creas que voy a quedarme aquí. Dentro de seis horas habré cruzado las montañas y estaré camino al Este, aunque tenga que cavar un túnel con los dientes.

Se habían puesto de pie y, al escuchar esas palabras, Kismine se acercó y lo tomó del brazo.

—Yo también voy.

—Debes estar loca…

—Por supuesto que voy —lo interrumpió con impaciencia.

—Por supuesto que no. Tú…

—Muy bien —dijo con calma—. Buscaremos a mi padre y hablaremos con él.

Derrotado, John consiguió esbozar una sonrisa forzada.

—Está bien, amor mío —asintió, con apagada y poco convincente ternura—. Nos iremos juntos.

El amor por Kismine volvió a asentarse plácidamente en su corazón. Kismine era suya… Lo acompañaría y correría los mismos peligros que él. La abrazó y la besó con pasión. Después de todo, Kismine lo amaba. En realidad, su confesión lo había salvado.

Hablando de la fuga, volvieron despacio al castillo. Decidieron que, puesto que Braddock Washington los había visto juntos, sería mejor que huyeran esa misma noche. Pero a la hora de la cena John tenía la boca insólitamente seca y, nervioso, tragó tan mal una gran cucharada de sopa de pavo real que el líquido acabó en su pulmón izquierdo. Tuvieron que llevarlo a la sala de juegos, decorada con turquesas y pieles de marta, para que uno de los ayudantes del mayordomo le golpeara la espalda. A Percy le divirtió mucho la escena.

IX

Pasada la medianoche, un estremecimiento nervioso recorrió el cuerpo de John. Se levantó de golpe, se sentó muy derecho en la cama y se quedó mirando a través de los velos somnolientos que envolvían la habitación. Por esos rectángulos de oscuridad azul que eran las ventanas abiertas oyó un sonido débil y lejano que murió bajo una capa de viento antes de que su memoria lo reconociera entre nubarrones pesadillescos. Pero el sonido penetrante había continuado, se acercaba, ya estaba del otro lado de las paredes de su habitación: el sonido del picaporte de una puerta, unos pasos, un murmullo, no sabría decir qué; sentía un nudo en la boca del estómago y el esfuerzo desesperado por oír le hacía doler todo el cuerpo. Entonces uno de los velos pareció disolverse y vio una figura borrosa parada junto a la puerta; una figura esbozada y tenuemente esculpida en la oscuridad, confundida de tal modo con los pliegues de las cortinas que parecía deforme, como un reflejo sobre un vidrio empañado.

Con un movimiento súbito de miedo o de resolución, John oprimió el botón que había junto a la cama y unos segundos después estaba sentado en la bañera de la habitación vecina, totalmente despierto por el impacto del agua fría que la llenaba a medias.

Se levantó de un salto y, dejando un grueso rastro de agua tras sus pasos, corrió hacia la puerta de aguamarina que, como sabía, daba al vestíbulo de marfil del segundo piso. La puerta se abrió sin hacer ruido. Una lámpara escarlata, que ardía en la gran cúpula, iluminaba con profunda belleza la magnífica curva de la escalera esculpida. John titubeó un instante, aterrado por el inmenso y mudo esplendor que lo rodeaba, como si quisiera envolver entre sus gigantescos pliegues a esa figura solitaria y empapada que tiritaba en el rellano de marfil. Entonces sucedieron dos cosas al mismo tiempo. La puerta de la sala se abrió y tres negros desnudos se precipitaron al pasillo, y cuando John, enloquecido de terror, corrió hacia la escalera, se abrió otra puerta, del otro lado del pasillo, y

vio a Braddock Washington en el ascensor iluminado, con una chaqueta de piel y botas de montar que le llegaban a las rodillas y relucían sobre el brillo de su piyama rosa.

En ese instante los tres negros —John no los había visto antes y se le pasó por la cabeza, como una ráfaga, la idea de que debían ser verdugos profesionales— dejaron de correr hacia él y miraron expectantes al hombre del ascensor, que lanzó una orden imperiosa:

—¡Adentro! ¡Los tres! ¡Rápido!

Los tres negros salieron disparados hacia el ascensor, el rectángulo de luz desapareció cuando las puertas se cerraron suavemente, y John quedó solo en el rellano. Se dejó caer sin fuerzas en un escalón de marfil.

Era evidente que había ocurrido un portento, algo que, por el momento, había postergado su propio e insignificante desastre. ¿Qué sería? ¿Se habrían rebelado los negros? ¿Los aviadores habrían forzado los barrotes de hierro de sus rejas? ¿O los hombres de Fish se habrían abierto paso, torpe y ciegamente, a través de las montañas para contemplar con ojos desesperanzados y sin alegría aquel valle espectacular? John no lo sabía. Oyó un tenue zumbido de aire cuando el ascensor volvió a subir, y poco después, mientras descendía. Era probable que Percy fuera corriendo a acompañar a su padre. John pensó que era la ocasión perfecta para reunirse con Kismine y planear una fuga inmediata. El ascensor permaneció en silencio unos minutos; tiritando un poco, porque el frío de la noche atravesaba su piyama mojado, volvió a su habitación y se vistió rápido. Después subió un largo tramo de escaleras y siguió por un pasillo alfombrado con piel de marta rusa que llevaba a las habitaciones de Kismine.

La puerta de la sala de Kismine estaba abierta y las lámparas encendidas. Kismine, en kimono de angora, estaba levantada, cerca de la ventana, como a la escucha, y cuando John entró silenciosamente, se dio vuelta y lo miró.

—¡Ah, eres tú! —murmuró, yendo hacia él—. ¿Los escuchaste?

—Escuché a los esclavos de tu padre en mi…

—No —lo interrumpió nerviosa—. ¡Aviones!

—¿Aviones? Quizá fue ese el ruido que me despertó.

—Había por lo menos una docena. Hace unos minutos vi pasar uno, exactamente delante de la luna. El centinela del desfiladero disparó su fusil y despertó a papá. Abriremos fuego de inmediato.

—¿Vinieron expresamente?

—Sí. Es por causa de ese italiano que se escapó…

Simultáneamente con su última palabra, una sucesión de sordas explosiones irrumpió por la ventana abierta. Kismine sofocó un grito, con dedos temblorosos tomó una moneda de una caja que estaba sobre el tocador y fue corriendo hacia una de las lámparas eléctricas. Un instante después, todo el castillo estaba a oscuras: Kismine había hecho saltar los fusibles.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Vamos a la terraza a ver los aviones desde allí!

Se puso una capa, tomó a John de la mano y salieron a tientas. El ascensor de la torre estaba a pocos pasos, y cuando Kismine apretó el botón para que subiera, John la abrazó en la oscuridad y la besó en la boca. Por fin John Unger estaba viviendo un romance. Un minuto después salieron a la terraza blanca. Doce negras máquinas aladas entraban y salían de las manchas de niebla que se arremolinaban delante de la luna en una incesante trayectoria circular. Intermitentes ráfagas de fuego, seguidas por secas detonaciones, ascendían hacia las aeronaves desde distintos puntos del valle. Al principio Kismine aplaudió con alegría… una alegría que, pocos segundos después, se convirtió en desesperación cuando los aviones, a una señal convenida, comenzaron a arrojar sus bombas y todo el valle se transformó en un paisaje de estruendosas explosiones y espeluznantes llamaradas.

A continuación, la puntería de los atacantes se concentró sobre los sectores donde estaba agazapada la artillería antiaérea, y uno de los cañones fue instantáneamente convertido en un ascua gigantesca que se consumía lenta sobre un jardín de rosas.

—Kismine —murmuró John—, quizá te alegrarías si supieras que este ataque llegó en la víspera de mi asesinato. Si no hubiese oído el disparo del centinela, ahora estaría muerto…

—¡No te oigo! —gritó Kismine, atenta a lo que ocurría ante sus ojos —. ¡Habla más fuerte!

—¡Decía —gritó John— que será mejor que salgamos antes de que empiecen a bombardear el castillo!

No había terminado de decirlo cuando el pórtico de las casas de los negros estalló en pedazos; un géiser de fuego entró en erupción bajo las columnas y grandes fragmentos de mármol fueron arrojados tan lejos que aterrizaron a orillas del lago.

—Allá se van cincuenta mil dólares en esclavos —exclamó Kismine — según los precios de antes de la guerra. Pocos norteamericanos respetan la propiedad privada.

John renovó sus esfuerzos para convencerla de que debían salir. La puntería de los aviones era cada vez más precisa, y sólo dos unidades antiaéreas continuaban respondiendo al ataque. Era evidente que la guarnición, sitiada por el fuego, no resistiría mucho tiempo.

—¡Vamos! —gritó John, tirándole del brazo—. Tenemos que irnos. ¿No te das cuenta de que los aviadores te matarán sin dudarlo si llegan a encontrarte?

Kismine cedió de mala gana.

—¡Tenemos que despertar a Jasmine! —dijo mientras corrían hacia el ascensor. Después añadió con una especie de felicidad infantil—: Vamos a ser pobres, ¿verdad? Como los personajes de los libros. Seré huérfana y completamente libre. ¡Libre y pobre! ¡Qué divertido!

Se detuvo y unió sus labios a los de John en un beso feliz.

—Es imposible ser las dos cosas a la vez —dijo John con crudeza—. La gente ya se dio cuenta. Y si me dan a elegir, yo elijo ser libre. Por si acaso, te aconsejo que antes de partir vacíes en tus bolsillos

los contenidos de tu alhajero.

Diez minutos después, las dos chicas se reunieron con John en el pasillo oscuro y los tres bajaron a la planta principal del castillo. Recorrieron por última vez la suntuosidad de los espléndidos salones y salieron un momento a la terraza para ver cómo ardían las casas de los negros y flameaban las ascuas de dos aviones que habían caído al otro lado del lago. Un solitario cañón antiaéreo aún resistía con sus tenaces detonaciones y los atacantes parecían tener miedo de descender más; no obstante, siguieron arrojando en círculos estruendosos fuegos de artificio hasta que un disparo al azar aniquiló a la tripulación etíope.

John y las dos hermanas bajaron la escalinata de mármol, doblaron abruptamente a la izquierda y empezaron a ascender por un estrecho sendero que rodeaba como una cinta la montaña de diamante. Kismine conocía una zona muy boscosa a mitad de camino, donde podrían esconderse y descansar mientras contemplaban la terrible noche en el valle… Y cuando fuera necesario, podrían huir por un camino secreto entre las rocas de un barranco.

X

Eran las tres de la mañana cuando llegaron a destino. La amable y flemática Jasmine se quedó dormida inmediatamente, apoyada en el tronco de un árbol inmenso; John y Kismine se sentaron, abrazados, a observar el desesperado trajín de la batalla, que ya agonizaba entre los despojos de un paisaje que hasta esa misma mañana había sido un jardín. El último cañón que quedaba en pie lanzó un disparo estruendoso, metálico, y quedó fuera de servicio envuelto en una voraz y repentina lengua de humo rojo. Aunque la luna estaba muy baja, los enamorados vieron que las máquinas voladoras giraban cada vez más cerca de la tierra. Cuando estuvieran seguros de que los sitiados habían agotado sus recursos, aterrizarían… y habría concluido el oscuro y esplendoroso reinado de los Washington.

Con el cese del fuego, el valle quedó sumido en el silencio. Las cenizas de los dos aviones derribados fulguraban como los ojos de un monstruo agazapado entre el pasto. El castillo se erguía mudo y oscuro, bello sin luz como bello había sido bajo el sol, mientras los cascabeles de Némesis llenaban el aire con un lamento creciente y lejano. John se dio cuenta de que Kismine también se había quedado dormida.

Eran más de las cuatro cuando oyó pasos en el sendero que acababan de recorrer. Esperó, conteniendo la respiración, sin hacer ruido, que los dueños de esas pisadas dejaran atrás el lugar estratégico donde se encontraba. Algo flotaba en el aire, algo que no era de origen humano, y el rocío era gélido; John pensó que pronto amanecería. Esperó que los pasos resonaran a una distancia segura, montaña arriba, hasta que se volvieron inaudibles. Entonces los siguió. A medio camino de la empinada cumbre, los árboles raleaban y un duro collar de piedra se extendía sobre el diamante enterrado. Poco antes de alcanzar este punto, John aminoró el paso: su instinto animal le advertía que había algo vivo un poco más adelante. Cuando llegó a una piedra enorme, asomó lentamente la cabeza sobre el borde. Su curiosidad fue recompensada… y esto fue lo que vio:

Braddock Washington permanecía de pie, inmóvil, recortado contra el cielo gris, mudo, sin dar señales de vida. Cuando el sol salió por el Este y tiñó la tierra de un color verde frío, la solitaria figura se volvió insignificante bajo la luz del nuevo día.

Mientras John lo observaba, su anfitrión permaneció unos segundos absorto en una inescrutable contemplación; luego les hizo señas a los dos negros acuclillados a sus pies para que levantaran el fardo que yacía en el suelo entre ambos. Mientras los negros se incorporaban trabajosamente, un primer rayo amarillo de sol refractó en los innumerables prismas de un inmenso diamante exquisitamente tallado; un resplandor blanco fulguró en el aire como una esquirla del lucero del alba. Los porteadores tambalearon por el peso del diamante, pero enseguida sus músculos fibrosos se tensaron y endurecieron bajo el brillo húmedo de la piel, y las tres figuras volvieron a congelarse en un gesto de desafiante impotencia ante el cielo.

Después de un rato, el hombre blanco levantó la cabeza y lentamente alzó los brazos para llamar la atención, como quien desea hacerse oír por una multitud; pero allí no había ninguna multitud, sólo el inmenso silencio de la montaña y el cielo, interrumpido por el tenue canto de los pájaros en los árboles, mucho más abajo. Erguido sobre el collar de roca, el hombre blanco empezó a hablar enfáticamente, con un inextinguible orgullo.

—¡Eh, tú! —gritó con voz trémula—. ¡Eh, tú, ahí!

Hizo una pausa, los brazos todavía levantados y la cabeza alerta, como si esperara respuesta. John entrecerró los ojos para ver si alguien bajaba de la montaña, pero en la montaña no había rastro de vida humana: sólo el cielo y el silbido burlón del viento entre las copas de los árboles. ¿Estaría rezando Washington? John se lo preguntó por un momento. Pero la ilusión duró poco: la actitud de aquel individuo era la antítesis de una plegaria.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Allá arriba!

La voz sonó más fuerte y más confiada. Aquello no era una súplica desesperada. Si algo caracterizaba a aquella voz, era un tono de monstruosa condescendencia.

—¡Tú! ¡Allá!

Las palabras, pronunciadas con demasiada rapidez para ser comprendidas, se disolvían unas en otras. John escuchaba sin respirar y captaba algunas frases sueltas. La voz se interrumpía, volvía a empezar y volvía a interrumpirse, de pronto fuerte y porfiada, al rato teñida de una impaciencia lenta y confusa. Entonces, el único que de verdad la estaba escuchando empezó a comprender… y mientras lo invadía la certeza, la sangre empezó a correr más rápido por sus venas. ¡Braddock Washington estaba tratando de sobornar a Dios!

Era eso: no había duda. El diamante que sostenían sus esclavos era apenas una muestra, una promesa de lo que vendría después.

John comprendió por fin cuál era el hilo conductor de las frases. Prometeo Enriquecido invocaba el testimonio de sacrificios

olvidados, ritos obliterados, plegarias obsoletas desde antes del nacimiento de Cristo. De repente, su discurso tomó la forma de un recordatorio; le recordaba a Dios las ofrendas que la Divinidad se había dignado aceptar de los hombres: imponentes iglesias cuando salvaba a ciudades enteras de la peste, ofrendas de oro y mirra, vidas humanas y bellas mujeres y ejércitos prisioneros, niños y reinas, animales del bosque y del campo, ovejas y cabras, cosechas y ciudades, territorios conquistados, ofrendados con codicia y derramamiento de sangre para aplacar a Dios, para comprar el apaciguamiento de la ira divina. Y ahora él, Braddock Washington, Emperador de los Diamantes, rey y sacerdote de la edad de oro, árbitro del esplendor y del lujo, iba a ofrendarle un tesoro que ninguno de los príncipes que lo habían precedido hubiera soñado jamás; y no lo ofrecía suplicando, sino con orgullo.

Le daría a Dios —prosiguió, condescendiendo a los detalles— el diamante más grande del mundo. Ese diamante sería tallado con miles y miles de facetas, cuyo número superaría las hojas que tiene un árbol, y sin embargo tendría la perfección de una piedra no más grande que una mosca. Muchos hombres lo pulirían durante muchos años. Sería montado en una gran cúpula de oro maravillosamente tallada, con puertas de ópalo e incrustaciones de zafiro. En su centro sería excavada una capilla presidida por un altar de radio iridiscente, siempre cambiante, capaz de dejar ciego a cualquier fiel que cometiera el desatino o la imprudencia de levantar la cabeza durante la oración. Y sobre ese altar, para regocijo del Benefactor Divino, sería inmolada la víctima que Él eligiera… aunque fuera el hombre más grande y más poderoso de la tierra.

A cambio sólo pedía una cosa, algo que para Dios sería absurdamente fácil; lo único que pedía era que las cosas volvieran a ser como eran ayer, a esa misma hora, y que siguieran así para siempre. ¡Era algo tan simple! Que el cielo se abriera y tragara a esos hombres y sus aviones… y volviera a cerrarse. Que le devolviera a sus esclavos: vivos, sanos y salvos.

Jamás había tenido necesidad de negociar ni de pactar con ningún otro ser.

Sólo abrigaba una duda: si el soborno que ofrecía era lo

suficientemente grande. Dios tenía Su precio, por supuesto. Dios estaba hecho a imagen y semejanza del hombre, así estaba escrito: y por lo tanto debía tener Su precio. Y Su precio debía ser excepcional: ninguna catedral edificada a lo largo de muchos años, ninguna pirámide construida por diez mil esclavos podrían igualar a esta catedral, a esta pirámide.

Hizo una pausa. Esa era su propuesta. Todo se llevaría a cabo según había explicado, y su afirmación de que pedía muy poco a cambio no era destemplada. Quería dar a entender que la Providencia podía tomarlo o dejarlo.

Hacia el final sus frases se volvieron entrecortadas, breves y confusas; su cuerpo estaba tenso, como si se esforzara para captar la más leve presión o susurro de vida en el espacio que lo rodeaba. El pelo se le había puesto blanco mientras hablaba, y ahora elevaba la cabeza al cielo como un antiguo profeta, presa de una locura majestuosa.

Mientras lo contemplaba con obnubilada fascinación, John tuvo la impresión de que se estaba produciendo un fenómeno curioso. Como si el cielo se hubiera oscurecido un instante, como si se hubiera oído un murmullo imprevisto en una ráfaga de viento, un sonido de trompetas lejanas, un suspiro semejante al roce de una inmensa túnica de seda… Durante un instante la naturaleza entera participó de esa oscuridad: cesó el canto de los pájaros, los árboles quedaron inmóviles, y a lo lejos, en las montañas, retumbó un trueno sordo y amenazante.

Eso fue todo. El viento se extinguió sobre los altos pastos del valle. El amanecer y el día recuperaron su lugar en el tiempo, y el sol naciente irradiaba cálidas ondas de niebla amarilla que le iluminaban el camino. Las hojas de los árboles reían al sol y su risa estremecía las ramas, y cada rama parecía un colegio de niñas en el país de las hadas. Dios se había negado a aceptar el soborno.

John contempló el triunfo del día unos segundos más. Cuando se dio vuelta percibió un aleteo a orillas del lago, y otro aleteo, y otro más, como una danza de ángeles dorados bajando de las nubes. Los aviones estaban aterrizado.

Bajó resbalando por la roca y corrió por la ladera de la montaña hacia la arboleda, donde las dos chicas ya se habían despertado y lo esperaban. Kismine se levantó de un salto al verlo, con las joyas tintineando en los bolsillos y una pregunta en sus labios entreabiertos; pero el instinto le dijo a John que no era momento de hablar. Debían abandonar la montaña sin perder un minuto. Tomó de la mano a las chicas y en silencio se abrieron paso entre los árboles, bañados ahora por la luz y envueltos en niebla. Del valle, que estaba a sus espaldas, no llegaba ningún ruido, salvo el lejano lamento de los pavos reales y el suave murmullo de la mañana.

Después de recorrer casi un kilómetro, esquivaron los jardines y tomaron un sendero angosto que conducía a la elevación de terreno más cercana. Se detuvieron en el punto más alto y miraron atrás, hacia la ladera que habían abandonado. Los oprimía una sensación de oscura y trágica amenaza.

Nítidamente recortado contra el cielo, un hombre abatido, con el pelo blanco, descendía con paso lento e inseguro la ladera escarpada, seguido por dos negros gigantescos e impasibles cuya carga aún resplandecía y fulguraba bajo el sol. A mitad de la cuesta se les unieron otras dos figuras; John distinguió a la señora Washington, apoyada en el brazo de su hijo. Los aviadores habían bajado de sus máquinas en el majestuoso jardín del castillo y, rifle al hombro, habían empezado a subir por la montaña de diamante en formación sinuosa, como preparándose para una escaramuza.

Pero el reducido grupo de cinco personas, que concentraba la atención de todos, se detuvo sobre una saliente de roca. Los negros se agacharon y abrieron lo que parecía ser una puerta-trampa en la falda de la montaña. Allí desaparecieron: primero el hombre de pelo blanco, después su esposa y su hijo, y por último los dos negros; las relucientes puntas de sus gorros bordados con piedras falsas reflejaron el sol un segundo, antes de que la puerta-trampa se cerrara y se los tragara a todos.

Kismine apretó el brazo de John.

—Ay —exclamó con desesperación—, ¿a dónde van? ¿Qué van a hacer?

—Debe haber una vía de escape subterránea…

Los gritos de las dos chicas interrumpieron la frase.

—¿No te das cuenta? —sollozó Kismine, histérica—. La montaña está electrificada.

Mientras hablaba, John usó las manos como visera. Delante de sus ojos, la superficie de la montaña había virado de improviso a un amarillo deslumbrante e incandescente, que atravesaba la capa de pasto como la luz se trasluce entre los dedos de una mano. El insoportable resplandor duró un instante; luego, como se apaga un filamento, desapareció, revelando un negro páramo de donde ascendía un humo lento y azul que arrastraba consigo lo poco que quedaba de vegetación y carne humana. De los aviadores no había quedado ni la sangre ni los huesos: fueron consumidos por completo, como las cinco almas que habían entrado en la montaña.

Simultáneamente, y con gran estrépito, el castillo saltó literalmente por los aires; explotó en flameantes pedazos mientras se elevaba y luego cayó sobre sí mismo, transformado en una masa humeante que asomaba de las aguas del lago. No hubo fuego; el humo se disipó y se mezcló con la luz del sol, y durante algunos minutos una nube de polvo de mármol ascendió de la masa informe que hasta hacía unos minutos era la mansión de las joyas. No se oía nada. Los tres jóvenes estaban solos en el valle.

XI

Al atardecer, John y sus dos compañeras alcanzaron la cumbre del desfiladero que otrora delimitaba los confines de los dominios de los Washington. Mirando atrás, vieron el valle hermoso y apacible en el ocaso. Se sentaron a terminar la comida que Jasmine había llevado en una canasta.

—Aquí tienen —dijo. Tendió el mantel y apiló prolijamente los sándwiches encima—. ¿No son una delicia? Siempre pensé que la

comida es más sabrosa al aire libre.

—Con esta frase —señaló Kismine—, Jasmine acaba de ingresar en la clase media.

—Y ahora —dijo John impaciente— vacía tus bolsillos y muéstranos las joyas. Si elegiste bien, los tres podremos vivir sin apremios el resto de nuestras vidas.

Kismine, obediente, metió la mano en el bolsillo y esparció dos puñados de piedras resplandecientes.

—No está mal —exclamó John con entusiasmo—. No son muy grandes, pero… ¡Eh!

Su expresión cambió en cuanto expuso una de las piedras a la luz del sol poniente.

—¡Pero estos no son diamantes!

—¡Dios mío! —exclamó Kismine, con ojos espantados—. ¡Soy una idiota!

—¡Son piedras de fantasía! —gritó John.

—Ya lo sé —Kismine soltó una carcajada—. Me equivoqué de cajón. Eran de un vestido de una invitada de Jasmine. Yo misma se las cambié por diamantes. Hasta entonces sólo había visto piedras preciosas.

—¿Y es lo único que trajiste?

—Me parece que sí. —Pensativa, removió con un dedo los diamantes falsos—. Creo que prefiero estos. Estoy un poco cansada de los diamantes.

—Muy bien —dijo John con tristeza—. Tendremos que vivir en Hades. Y envejecerás contándoles que te equivocaste de cajón a las mujeres incrédulas. Por desgracia, los talonarios de cheques de tu padre se consumieron con él.

—Bueno, ¿qué tiene de malo Hades?

—Si a mi edad regreso casado, es probable que mi padre me desherede y sólo me deje un puñado de carbón caliente, como dicen en el Sur.

Jasmine se animó a hablar.

—A mí me gusta lavar la ropa —dijo en voz baja—. Siempre me he lavado mis pañuelos. Lavaré ropa para afuera y los mantendré a los dos.

—¿Hay lavanderas en Hades? —preguntó Kismine inocentemente.

—Por supuesto —respondió John—. Como en cualquier parte.

—Yo pensaba que en Hades hacía demasiado calor para usar ropa y andaban todos desnudos.

John se rio.

—Haz la prueba —le sugirió—. Te sacarán carpiendo en cuanto empieces a desnudarte.

—¿Papá estará allí? —preguntó Kismine.

John la miró azorado.

—Tu padre está muerto —contestó sombríamente—. ¿Por qué habría de ir a Hades? Confundes Hades con otro lugar, abolido hace mucho tiempo.

Después de cenar doblaron el mantel y extendieron las mantas para pasar la noche.

—Qué sueño tan raro —suspiró Kismine, mirando el cielo—. ¡Qué extraño me resulta estar aquí bajo las estrellas con un solo vestido y un novio sin dinero! Bajo las estrellas… Nunca me había fijado en las estrellas. Siempre me las imaginé como grandes diamantes que tenían dueño. Ahora me asustan. Me hacen sentir que todo fue un sueño, que mi juventud fue un sueño.

—Fue un sueño —dijo John en voz baja—. La juventud siempre es un sueño, una forma de locura química.

—¡Pero es agradable estar loco!

—Eso me dijeron —murmuró John con tristeza—, pero ya no lo sé. En todo caso amémonos por un tiempo, por un año o dos, tú y yo. Esa es una forma de embriaguez divina que está al alcance de todos. En el mundo sólo hay diamantes… diamantes y quizá el miserable don de la desilusión. Bueno, yo lo tengo, y como de costumbre no sabré aprovecharlo. —Se estremeció—. Levántate el cuello del abrigo, linda, la noche está helada y vas a pescarte una neumonía. El que inventó la conciencia cometió un gran pecado. Perdámosla durante unas horas.

Y envolviéndose en la manta, se quedó dormido.

Sueños de invierno

I

Algunos caddies del campo de golf eran más pobres que las ratas y vivían en casas de una sola habitación con una vaca neurasténica en el patio, pero el padre de Dexter Green era el dueño de la segunda mejor tienda de Black Bear —la mejor era The Hub, que contaba entre sus clientes a los más ricos de Sherry Island—, y Dexter trabajaba como caddie sólo para ganar dinero fácil para sus gastos.

Después del otoño, cuando los días se volvían crudos y grises y el largo invierno de Minnesota caía como la blanca tapa de una caja, los esquíes de Dexter se deslizaban sobre la nieve que cubría por completo las calles del campo de golf. En días como esos el campo le provocaba una sensación de profunda melancolía: le dolía que los greens estuvieran condenados al abandono y fueran invadidos durante la prolongada estación por hordas de gorriones harapientos. Era triste que en los tees, donde en verano ondeaban los vistosos colores de los banderines, sólo hubiera unos solitarios cajones de arena altos hasta la rodilla, tapados por una capa de hielo. Cuando Dexter cruzaba las colinas, el viento soplaba más helado que la desdicha; y si brillaba el sol, Dexter entrecerraba los ojos para contrarrestar el duro y desmesurado resplandor.

En abril, el invierno terminaba de manera abrupta. La nieve se derretía y fluía hacia el lago Black Bear, sin esperar que los primeros golfistas iniciaran la temporada con pelotas rojas y negras. El frío se retiraba sin alegría, sin siquiera un intervalo de húmeda gloria.

Dexter sabía que la primavera del Norte tenía algo lúgubre, e intuía algo maravilloso en el otoño. El otoño lo obligaba a frotarse las

manos y tiritar y repetir para sus adentros frases estúpidas y dirigir bruscos y enérgicos ademanes a públicos y ejércitos imaginarios. Octubre lo colmaba de esperanzas, que noviembre elevaba a una especie de éxtasis triunfal, y en ese estado de ánimo se alimentaba de las efímeras y brillantes impresiones del verano en Sherry Island. Se transformaba en golfista profesional y derrotaba a T. A. Hedrick en un magnífico partido jugado más de cien veces en los campos de golf de su imaginación, un partido cuyos detalles Dexter cambiaba a voluntad y sin cansarse nunca: a veces vencía a su rival con una facilidad casi irrisoria, pero otras veces conseguía remontar una desventaja extraordinaria. Y bajando de un Pierce-Arrow, idéntico al de Mortimer Jones, entraba con porte glacial en los salones del Club de Golf de Sherry Island; o quizá, rodeado por una multitud de admiradores, ofrecía una exhibición de increíbles saltos olímpicos en la piscina del club. Uno de los que lo miraban boquiabiertos y maravillados era, justamente, Mortimer Jones.

Y un buen día el señor Jones —el mismísimo Mortimer Jones y no su fantasma— se acercó a Dexter con lágrimas en los ojos y le dijo que era… el mejor caddie del club, y le preguntó si no aceptaría quedarse si él le pagaba lo que merecía, porque todos los otros caddies, sin excepción, perdían en promedio una pelota por cada hoyo.

—No, señor —respondió Dexter con decisión—. No quiero seguir siendo caddie. —Y añadió después de una pausa—: Soy demasiado viejo.

—Sólo tienes catorce años. ¿Por qué demonios decidiste que quieres irte justo esta mañana? Habías prometido que la semana próxima me acompañarías al torneo estatal.

—Decidí que soy demasiado viejo.

Dexter devolvió su insignia de caddie de primera categoría, recibió de manos del jefe de caddies el dinero que se le adeudaba y regresó caminando a su casa en Black Bear.

—¡El mejor caddie que vi en mi vida, maldición! —farfulló Mortimer Jones ahogando su desilusión en una copa—. ¡Jamás perdía una pelota! ¡Voluntarioso! ¡Inteligente! ¡Tranquilo!

¡Honrado! ¡Agradecido!

La responsable de aquel desastre era una chica de once años: una chica maravillosamente fea, como suelen serlo todas las niñas destinadas a ser, pocos años después, indeciblemente bellas, y a causar un sinfín de desdichas a un número incontable de hombres. Pero la chispa ya se percibía. Había algo pecaminoso en su manera de bajar las comisuras de sus labios al sonreír y —¡Dios nos libre!— en el brillo casi apasionado de sus ojos. La vitalidad nace antes en este tipo de mujeres. Y ya era evidente en ella: una especie de resplandor que iluminaba su delgado cuerpo.

Había llegado al campo a las nueve de la mañana, con aire impaciente, acompañada por una niñera de uniforme blanco y cinco pequeños palos de golf dentro de una bolsa de lona blanca… que la niñera cargaba. Dexter la vio por primera vez cerca del vestuario de los caddies; estaba nerviosa e intentaba disimularlo manteniendo con la niñera una conversación para nada espontánea, que matizaba con muecas sorprendentes e irrelevantes.

—Es un día verdaderamente espléndido, Hilda —la oyó decir Dexter. Las comisuras de sus labios bajaron, sonrió, miró furtivamente a su alrededor… y sus ojos se posaron por un segundo en Dexter.

Después le dijo a la niñera:

—Veo que no hay mucha gente esta mañana.

Y volvió a sonreír. La misma sonrisa: radiante, descaradamente artificial, convincente.

—No sé qué vamos a hacer —dijo la niñera sin mirar hacia ningún sitio en particular.

—Ah, no te preocupes. Yo lo voy a arreglar.

Dexter permanecía absolutamente inmóvil, con la boca entreabierta. Sabía que si daba un paso adelante, ella vería que la estaba mirando… pero si retrocedía dejaría de verle la cara. No se había dado cuenta de lo joven que era. De pronto recordó que la había

visto varias veces el año pasado, y que siempre llevaba pantalones.

Sin querer, casi sin darse cuenta, Dexter se rio —una carcajada breve y brusca—. Luego, sorprendiéndose a sí mismo, se dio vuelta y empezó a alejarse a toda velocidad.

—¡Muchacho!

Dexter se detuvo.

—¡Muchacho!

Era indudable que se dirigía a él. Y no sólo eso: le dedicaba aquella absurda sonrisa, esa sonrisa insensata que muchos hombres recordarían más adelante, cuando dejaran de ser jóvenes.

—Muchacho, ¿sabes dónde está el profesor de golf?

—Está dando clase.

—¿Y dónde está el jefe de los caddies?

—No vino esta mañana.

—Ah.

La noticia pareció desconcertarla. Alternaba el peso del cuerpo entre el pie derecho y el izquierdo.

—Necesitamos un caddie —dijo la niñera—. La esposa de Mortimer Jones nos mandó a jugar al golf, y no entiendo cómo vamos a jugar si primero no encontramos un caddie.

Una mirada cargada de reproche de la pequeña señorita Jones, seguida de una sonrisa, interrumpió su discurso.

—El único caddie que hay soy yo —le informó Dexter a la niñera— y no puedo moverme de aquí hasta que no vuelva el jefe.

—Ah.

La señorita Jones y su séquito se alejaron y, cuando estuvieron a una distancia conveniente, se enredaron en una acalorada discusión

que terminó cuando la señorita Jones empuñó uno de los palos de golf y golpeó el suelo con violencia. Para poner más énfasis a sus palabras, volvió a empuñarlo… y estaba a punto de descargarlo sobre el pecho de la niñera cuando la susodicha agarró el palo y se lo arrancó de las manos.

—¡Vieja mala! —gritó la pequeña con rabia.

Se desató una nueva discusión. Dexter, que apreciaba los pasos de comedia de la escena, estuvo varias veces a punto de reír, pero aguantó las carcajadas antes de que llegaran a ser audibles. Tenía la monstruosa convicción de que a la niña le sobraban motivos para pegarle a la niñera.

La situación fue resuelta por la aparición fortuita del jefe de los caddies. La niñera lo llamó inmediatamente.

—La señorita Jones necesita un caddie, y ese muchacho que está allá dice que no puede acompañarnos.

—El señor McKenna me dijo que esperara aquí hasta que usted llegara —se apresuró a decir Dexter.

—Bueno, ya llegó.

La señorita Jones le sonrió alegremente al jefe de los caddies, dejó caer la bolsa y se dirigió con pasos remilgados y arrogantes hacia el primer tee.

—¿Y? —El jefe de los caddies miró a Dexter—. ¿Qué haces ahí parado como un maniquí? Recoge los palos de la señorita.

—Me parece que hoy no voy a trabajar —dijo Dexter.

—¿Cómo que no vas…?

—Creo que voy a renunciar.

La enormidad de la decisión lo asustó. Era uno de los caddies preferidos por los jugadores, y en ningún otro establecimiento de la región lacustre conseguiría los treinta dólares mensuales que ganaba durante el verano. Pero había sufrido un fuerte impacto

emocional, y estaba tan perturbado que necesitaba desahogarse de manera violenta e inmediata.

Y además no era tan simple. Como tantas veces ocurriría en el futuro, Dexter se había dejado llevar inconscientemente por sus sueños de invierno.

II

Con el tiempo, como es natural, las características y la intensidad de esos sueños invernales fueron variando, pero su esencia no cambió. Algunos años más tarde, los sueños convencieron a Dexter de renunciar a estudiar Economía en la universidad del estado —su padre, que había prosperado, le habría pagado los estudios— a cambio de la dudosa ventaja de instruirse en una universidad más antigua y más famosa en el Este, donde pasó verdaderos apremios de dinero. Pero no hay que ceder a la impresión de que, como sus primeros sueños invernales solían girar en torno a los ricos, el muchacho era un esnob. Dexter no deseaba relacionarse con objetos refulgentes ni con personas fulgurantes; lo que deseaba era el fulgor. A menudo perseguía lo mejor sin saber por qué, y a veces tropezaba con esas misteriosas negativas y prohibiciones que la vida nos regala. De una de esas negativas, y no de la carrera de Dexter, trata esta historia.

Ganó dinero. Y de un modo bastante sorprendente. Cuando terminó la universidad, se radicó en la ciudad de donde procedían los ricos clientes del lago Black Bear. Sólo tenía veintitrés años y llevaba menos de dos en la ciudad, pero ya había gente que decía: “Este muchacho vale su peso en oro”. A su alrededor, los hijos de los ricos apostaban a la Bolsa precariamente, o invertían con igual precariedad sus patrimonios, o perseveraban en los innúmeros volúmenes del Curso Comercial George Washington; pero Dexter, con el aval de su título universitario y su oratoria, pidió prestados mil dólares y compró una parte de una lavandería.

Era una lavandería pequeña cuando Dexter entró en el negocio,

pero se especializó en aprender de los ingleses a lavar las medias de golf de lana fina sin que encogieran, y un año después ofrecía sus servicios a los usuarios de prendas deportivas. Los hombres exigían que llevaran sus medias y suéteres de lana a la lavandería de Dexter, como antes habían exigido un caddie capaz de encontrar todas las pelotas de golf extraviadas. Poco después ya se encargaba de la lencería de sus esposas y había abierto cinco sucursales en diferentes puntos de la ciudad. Antes de cumplir veintisiete años, poseía la más importante cadena de lavanderías de la región. Y entonces vendió todo y se fue a Nueva York. Pero la parte de la historia que nos concierne se remonta a los días en que Dexter alcanzó su primer gran éxito.

Cuando tenía veintitrés años, el señor Hart —uno de esos hombres canosos que decían: "Este muchacho vale su peso en oro"— lo invitó a pasar un fin de semana en el Club de Golf de Sherry Island. Así que una mañana estampó su firma en el registro y pasó la tarde jugando al golf por parejas con Hart, Sandwood y T. A. Hedrick. No le pareció necesario comentar que una vez, en aquel mismo campo de golf, le había llevado los palos a Hart, y que conocía cada escollo y cada lomo con los ojos cerrados, pero se sorprendió observando de reojo a los cuatro caddies que los seguían intentando descubrir una mirada o un gesto que le recordara a sí mismo y achicara la brecha que se había abierto entre su presente y su pasado.

Fue un día raro, salpicado de impresiones familiares y esquivas. De pronto tenía la sensación de ser un intruso, y unos segundos después se sentía infinitamente superior a T. A. Hedrick, que era un aburrido y ya ni siquiera sabía jugar al golf.

Entonces Hart perdió una pelota cerca del green número diecisiete y sucedió algo extraordinario. Mientras buscaban entre los pastos ásperos del rough, oyeron gritar con claridad desde una loma a sus espaldas: "¡Cuidado!". Y cuando, interrumpiendo bruscamente la búsqueda, los cuatro golfistas aficionados se dieron vuelta al unísono, desde lo alto salió disparada una pelota nueva y reluciente que golpeó a T. A. Hedrick en el abdomen.

—¡Dios santo! —gritó el afectado—. ¡Deberían expulsar a todas esas locas del campo! Es una vergüenza.

Una cabeza y una voz asomaron en la loma.

—¿Les molesta que continuemos?

—¡Me golpeó en el estómago! —protestó Hedrick, furioso.

—¿De verdad? —La joven se acercó al grupo—. Lo siento. Grité "Cuidado".

Miró, con indiferencia, a todos y cada uno de los hombres. Luego escudriñó la calle, buscando la pelota.

—¿Rebotó en el pasto?

Imposible saber si la pregunta era ingenua o maliciosa. Pero la joven resolvió todas las dudas de inmediato, porque cuando su compañera de juego apareció en la cima de la loma, gritó alegremente:

—¡Aquí estoy! Iba directo al green… pero chocó con algo.

Mientras la joven se disponía a golpear la pelota con el hierro número cinco, Dexter la miró con atención. Llevaba puesto un vestido de algodón azul, con un ribete blanco en el cuello y los hombros que acentuaba su bronceado. Ya no existía aquel rasgo de exageración, de delgadez, que a los once años volvía absurdos sus ojos apasionados y la curva descendente de los labios. Era impresionantemente bella. El color de las mejillas era perfecto, como el color de un cuadro: no era un color subido, sino una especie de calidez fluctuante y febril, un color tan esfumado que parecía que en cualquier momento iba a desaparecer. Ese color y la movilidad de la boca daban una impresión continua de cambio, de vida intensa, de apasionada vitalidad, equilibrada sólo en parte por el fulgor triste de los ojos.

Impaciente, sin interés, la chica blandió el hierro número cinco y lanzó la pelota a la fosa de arena, más allá del green.

Con una sonrisa rápida y falsa y un despreocupado "Gracias" fue detrás de la pelota.

—¡Esa Judy Jones! —comentó T. A. Hedrick en el siguiente tee

mientras esperaban que la joven se alejara a prudencial distancia—. Lo que necesita es recibir unos buenos chirlos durante al menos seis meses y que después la casen con un capitán de caballería de la vieja escuela.

—Dios mío, ¡es bellísima! —dijo Sandwood, que apenas tenía treinta años.

—¡Bellísima! —coreó Hedrick con desprecio—. ¡Siempre parece estar esperando que la besen! ¡Y con esos grandes ojos de vaca que tiene encandila a todos los terneros de la ciudad!

Era evidente que no se refería al instinto maternal.

—Si se lo propusiera, jugaría muy bien al golf —dijo Sandwood.

—No tiene estilo —afirmó Hedrick, con aire solemne.

—Tiene una linda figura —acotó Sandwood.

—Gracias a Dios no golpea la pelota con más fuerza —dijo Hart, guiñándole un ojo a Dexter.

Esa tarde el sol se puso entre un bullicioso torbellino de oro y cambiantes azules y escarlatas, y llegó la seca y susurrante noche del verano del Oeste. Desde la terraza del club de golf Dexter miraba la brisa, que parecía besar el agua bajo la franja de plata de la luna llena. Entonces la luna se llevó un dedo a los labios y el lago se transformó en una piscina clara, pálida y tranquila. Dexter se puso el traje de baño y nadó hasta el extremo más lejano, donde se estiró goteando sobre la madera húmeda del trampolín.

Saltó un pez, y una estrella brilló, y las luces alrededor del lago parpadearon. Lejos, en una oscura península, un piano tocaba las canciones del último verano y de los veranos recientes, canciones de comedias musicales —“Chin-chin”, “El conde de Luxemburgo” y “El soldado de chocolate”—, y como el sonido de un piano rebotando sobre un espejo de agua siempre le había parecido maravilloso, Dexter permaneció absolutamente inmóvil, escuchando.

La melodía que el piano estaba tocando era alegre y novedosa cinco años atrás, cuando Dexter recién empezaba la universidad. La

habían tocado una vez en uno de los bailes que organizaban en el gimnasio, cuando no podía permitirse el lujo de estos y se había quedado afuera de la fiesta, escuchando. El sonido de la melodía precipitó una especie de éxtasis, y presa de ese éxtasis comprendió lo que le estaba sucediendo; era un estado de percepción intensa, la sensación de hallarse, por una vez, en extraordinaria sintonía con la vida, y de que todo a su alrededor irradiaba un brillo y un glamour que quizá nunca volvería a ver.

Una forma oblonga, baja y opaca surgió de repente de la oscuridad de la isla, escupiendo el reverberante sonido de un motor de lancha de carrera. Dos blancas estelas surcaron el agua y, casi inmediatamente, la lancha estuvo junto a él, sofocando los suaves acordes del piano con el zumbido monótono de su espuma. Dexter se incorporó apoyándose en los brazos y vislumbró una figura en el timón: dos ojos oscuros lo miraban por encima de la superficie, cada vez más extensa, del agua. La lancha se había alejado y ahora trazaba un inmenso e inútil círculo de espuma en el centro del lago. Con idéntica excentricidad, uno de los círculos se agrandó y enfiló en dirección al trampolín.

—¿Quién está ahí? —gritó una joven, apagando el motor. Estaba tan cerca que Dexter pudo distinguir un traje de baño rosa.

La proa de la lancha chocó contra el trampolín, que se inclinó peligrosamente, haciendo caer a Dexter encima de la muchacha. Se reconocieron, con diferente grado de interés.

—¿No eres uno de los que jugaban al golf esta tarde? —preguntó ella.

Lo era.

—Bueno, ¿sabes pilotear una lancha? Porque si sabes, me gustaría que manejaras la mía para poder hacer esquí acuático. Soy Judy Jones. —Le dedicó una absurda sonrisa o, mejor dicho, lo que pretendía ser una sonrisa de superioridad, porque hiciera lo que hiciera esa muchacha con la boca, nunca era grotesco, sino lisa y llanamente hermoso—. Vivo en una casa en la isla, y en esa casa me está esperando un hombre. En cuanto su automóvil llegó a mi puerta, subí a la lancha y salí disparando porque él dice que soy su

mujer ideal.

Saltó un pez, y una estrella brilló, y las luces alrededor del lago parpadearon. Dexter se sentó junto a Judy Jones, que le explicó cómo se conducía la lancha. Poco después Judy ya estaba en el agua, nadando hacia la tabla de esquí con un sinuoso estilo crawl. Mirarla no era ningún esfuerzo: era como mirar una rama que tiembla al viento o el vuelo de una gaviota. Sus brazos bronceados, color aceite de nuez, se movían lánguidos entre las olas opacas y plateadas; el codo asomaba primero cuando echaba hacia atrás el antebrazo con una cadencia de agua que cae, extendiéndose y hundiéndose, como abriendo camino a lanzadas.

Se dirigieron al centro del lago; Dexter se dio vuelta y la vio arrodillada en la parte posterior de la tabla.

—Acelera —gritó ella—, acelera todo lo que puedas.

Dexter, obediente, movió la palanca… y la espuma alcanzó la altura de la proa. Cuando volvió a mirarla, la chica estaba parada sobre la tabla, a toda velocidad, los brazos abiertos, los ojos clavados en la luna.

—¡Hace un frío espantoso! —gritó—. ¿Cómo te llamas?

Se lo dijo.

—Bueno, ¿por qué no vienes a cenar mañana?

El corazón de Dexter giró como el volante de la lancha y, por segunda vez, un capricho de Judy cambió el rumbo de su vida.

III

La tarde siguiente, mientras esperaba que Judy bajara, Dexter imaginó que la galería, y el porche bañado por el sol, estaban poblados por todos los hombres que ya habían amado a Judy Jones. Sabía qué clase de hombres eran: los mismos que, cuando él recién

ingresaba en la universidad, llegaban de los grandes colegios privados vestidos con trajes elegantes y luciendo ese bronceado profundo que dan los veranos largos y saludables. Dexter se había dado cuenta, ya entonces, de que, en cierto sentido, él era mejor que esos hombres. Era más joven y más fuerte. Aunque deseaba que sus hijos fueran como ellos —había que admitirlo—, Dexter reconocía que él era la noble materia bruta de la que surgirían eternamente.

Cuando le llegó el momento de vestir buenos trajes, ya sabía quiénes eran los mejores sastres de los Estados Unidos; y los mejores sastres de los Estados Unidos habían hecho el traje que llevaba puesto esa tarde. Había adquirido la circunspección peculiar, típica de su universidad, que la distinguía de todas las demás universidades. Reconocía el valor que ese manierismo tenía para él y lo había adoptado; sabía que el descuido en las maneras y en el vestir exigía mayor confianza y seguridad en uno mismo que la pulcritud y el cuidado. Sus hijos podrían darse el lujo de ser descuidados. El apellido de su madre era Krimslich. Era una campesina de Bohemia que sólo había chapurreado el inglés hasta el fin de sus días. Pero su hijo debía atenerse a los patrones establecidos de comportamiento.

Judy Jones bajó poco después de las siete. Llevaba un sencillo vestido de seda azul, y al principio Dexter se desilusionó porque no había elegido un atuendo más elegante. La sensación se acentuó cuando, después de un breve saludo, Judy se acercó a la puerta de la cocina y, abriéndola, dijo: “Puedes servir la cena, Martha”. Dexter esperaba que un mayordomo anunciara la cena, hubiera preferido que antes de comer tomaran un cóctel. Pero olvidó sus cavilaciones cuando se sentaron rodilla con rodilla en un sofá y se miraron.

—Papá y mamá no están en casa —dijo Judy, pensativa.

Dexter recordó la última vez que había visto al padre de Judy y se alegró de que no estuvieran en casa esa noche: probablemente se habrían preguntado quién era él. Había nacido en Keeble, un pueblo de Minnesota ochenta kilómetros al norte, y siempre decía que había vivido en Keeble y no en Black Bear. Los pueblos del interior quedaban bien como lugar de procedencia, siempre que no fueran

demasiado conocidos y funcionaran como satélite de algún lago de moda.

Hablaron de la universidad donde Dexter había estudiado, y que Judy había visitado varias veces los dos últimos años; y también hablaron de la ciudad vecina, que abastecía de clientes a Sherry Island y donde, al día siguiente, Dexter volvería a ponerse al frente de sus prósperas lavanderías.

Durante la cena Judy fue cayendo en una especie de abatimiento malhumorado que lo hizo sentir incómodo. La petulancia de su voz ronca le molestaba. Y cuando Judy sonreía —a él, a un hígado de pollo, a nada en particular—, lo turbaba que su sonrisa no naciera de la alegría, o al menos de la diversión. Cuando las comisuras escarlata de sus labios se curvaban hacia abajo, era menos una sonrisa que una invitación a los besos.

Después de la cena, lo llevó a la galería en penumbra y deliberadamente cambió la atmósfera que reinaba entre ellos.

—¿Te molesta si lloro un poco? —dijo.

—Me parece que te aburro —respondió Dexter.

—No. Me agradas. Pero tuve una tarde terrible. Tenía interés en un hombre, y esta tarde me dijo, sin ponerle paños fríos al asunto, que es pobre como una rata. Antes ni siquiera me lo había insinuado. ¿No te parece horriblemente vulgar?

—Quizá tuvo miedo de decírtelo.

—Supongo que sí —contestó ella—. Pero empezó mal. Si yo hubiera sabido de antemano que era pobre… Perdí la cabeza por montones de hombres pobres y siempre tuve la intención de casarme con ellos. Pero en este caso no sabía que era pobre y mi interés en él no era tan fuerte como para sobrevivir al golpe. Es como si una chica le dijera a su novio que es viuda sin que se le moviera un pelo. No es que el novio tuviera nada contra las viudas, pero… Así que vamos a empezar bien las cosas. —Se interrumpió de pronto—. ¿Quién eres?

Dexter titubeó un instante. Después dijo:

—No soy nadie. Mi carrera es, en gran medida, cuestión de futuro.

—¿Eres pobre?

—No —dijo con franqueza—. Posiblemente gano más dinero que cualquier hombre de mi edad en el Noroeste. Sé que es una afirmación despreciable, pero me aconsejaste que empiece bien las cosas.

Hubo una pausa. Judy sonrió, las comisuras de sus labios se curvaron y un balanceo casi imperceptible la acercó a Dexter. Lo miraba a los ojos. A Dexter se le hizo un nudo en la garganta y esperó, conteniendo la respiración, el experimento: probar ese sabor imprevisible y misterioso formado por los elementos que componían los labios de Judy. Y lo probó. Judy le transmitió su excitación, pródiga, profundamente, con besos que no eran una promesa sino un cumplimiento. No provocaban en Dexter la ansiosa necesidad de renovarlos, sino una saciedad que exigía más saciedad; eran besos que, como la caridad, producían deseo porque no escatimaban nada.

No necesitó muchas horas para admitir que deseaba a Judy Jones desde que era un niño orgulloso y ambicioso.

IV

Así empezó y así continuó, con distintos grados de intensidad, pero siempre en el mismo tono, hasta el desenlace. Dexter entregó una parte de sí a la personalidad más directa y con menos principios que jamás había conocido. Gracias al poder de su encanto, Judy conseguía todo lo que deseaba. No recurría a distintas estrategias y maniobras para obtener posiciones o efectos premeditados: en sus asuntos amorosos, el aspecto racional contaba poco y nada. Su única preocupación era que los hombres fueran conscientes al máximo de su belleza física. Dexter no quería que Judy cambiara. Su energía apasionada superaba todos sus defectos, trascendiéndolos y justificándolos.

Cuando, apoyando la cabeza en el hombro de Dexter, esa primera noche murmuró: “No sé qué me pasa. Anoche creía que estaba enamorada de un hombre… y esta noche sigo creyendo que estoy enamorada de ti”, a él le parecieron palabras hermosas y románticas. Era una emotividad deliciosa que por el momento podía controlar y de la cual era dueño. Pero una semana después, no tuvo más remedio que ver con otros ojos esa misma cualidad. Judy lo llevó en su descapotable a un picnic en el campo, y después de comer desapareció a toda velocidad con otro hombre en su descapotable. Dexter se enojó muchísimo y tuvo que esforzarse para mantener la compostura y tratar con un mínimo de educación a los demás invitados. Y cuando Judy le juró que no había besado al otro hombre supo que mentía, pero lo alegró que se tomara el trabajo de mentirle.

Era, como descubrió antes de que terminara el verano, uno de los muchos que daban vueltas alrededor de Judy. Todos habían sido alguna vez “el favorito”, y la mitad de ellos todavía se consolaban con ocasionales renaceres sentimentales. Si alguno amagaba retirarse tras un largo período de indiferencia, Judy le dedicaba una hora escasa de ternura que lo animaba a resistir un año más. Emprendía sin malicia estas escaramuzas e incursiones sobre los indefensos y derrotados y, por supuesto, sin darse cuenta de que había algo perverso en sus actos.

Cuando aparecía en la ciudad un hombre nuevo, se olvidaba de todos: cancelaba automáticamente todas las citas.

Era inútil intentar hacer algo al respecto porque Judy lo hacía todo sola. No era una chica pasible de ser conquistada, en el sentido cinético del término: estaba hecha a prueba de astucias y seducciones, y si alguno se lanzaba al asalto con demasiado ímpetu, Judy resolvía inmediatamente el asunto en el plano físico; y bajo el hechizo de su belleza física tanto los impetuosos como los arteros jugaban el juego de Judy y no el propio. Lo único que la divertía era satisfacer sus deseos y ejercer sus encantos. Quizá, asediada por tanto amor juvenil y tantos amantes, en defensa propia, había terminado alimentándose exclusivamente de sí misma.

A la euforia inicial de Dexter siguieron el desasosiego y la insatisfacción. El éxtasis irremediable de perderse en Judy era un

opiáceo antes que un tónico. Fue beneficioso para su trabajo que esos momentos de éxtasis escasearan durante el invierno. Cuando se conocieron, en los primeros días, parecían tener una profunda y espontánea atracción mutua; ese primer agosto, por ejemplo: tres días de largos anocheceres en la terraza, a oscuras… y esos extraños besos tristes, al atardecer, en rincones umbrosos… o en el jardín, detrás del enrejado… y esas mañanas en que Judy era fresca como un sueño y casi tímida, cuando se encontraban en la claridad del nuevo día. Habían vivido el éxtasis de un noviazgo, un éxtasis fortalecido por la conciencia de que no era un noviazgo. Fue durante esos tres días cuando, por primera vez, Dexter le pidió que se casara con él. Ella dijo: "Quizá algún día", dijo: "Bésame", dijo: "Me gustaría casarme contigo", dijo: "Te amo", dijo… nada.

Los tres días fueron interrumpidos por la llegada de un hombre de Nueva York, invitado a pasar la mitad de septiembre en casa de Judy. Corrió el rumor de que eran novios, para desesperación de Dexter. El tipo era el hijo del presidente de una gran empresa. Pero hacia el final del mes se decía que Judy bostezaba de aburrimiento. En un baile pasó toda la noche sentada en una lancha a motor con un galancete local, mientras el neoyorquino la buscaba frenéticamente por el club. Judy le dijo al galancete local que su invitado la aburría, y dos días después el invitado se fue. Los vieron juntos en la estación de tren, y las malas lenguas decían que el neoyorquino tenía un aspecto verdaderamente lastimoso.

Así terminó el verano. Dexter tenía veinticuatro años y cada vez se sentía más capaz de conseguir todo lo que se propusiera. Se había hecho socio de dos clubes de la ciudad y residía en uno. Aunque no formaba parte de los grupos de solteros, procuraba asistir a todos los bailes donde era probable que apareciera Judy Jones. Hubiera podido brillar en sociedad de haberlo querido: ya era un soltero cotizado y apreciado por los padres de las mejores familias. Su confesa devoción por Judy Jones había consolidado su posición. Pero Dexter no tenía aspiraciones sociales y despreciaba a los aficionados al baile, siempre listos para sumarse a las fiestas de los jueves y los sábados y para llenar un hueco en las cenas con las parejas más jóvenes de recién casados. Ya estaba ponderando la idea de irse al Este, a Nueva York. Y quería llevarse a Judy Jones. Ninguna desilusión procedente del mundo en que Judy había

crecido podía matar la ilusión que le causaba su atractivo.

Conviene recordarlo, porque sólo bajo esta luz podremos comprender lo que hizo por ella.

Dieciocho meses después de haber conocido a Judy Jones, Dexter se comprometió con otra chica. Se llamaba Irene Sheerer, y su padre era uno de los que siempre habían creído en Dexter. Irene tenía cabello claro y era dulce y honesta, y un poco gorda, y tenía dos pretendientes a los que abandonó sin pena cuando Dexter le pidió formalmente que se casara con él.

Verano, otoño, invierno, primavera, otro verano, otro otoño: todo ese tiempo le había dado a los incorregibles labios de Judy Jones. Judy lo había tratado con interés, aprobación, malicia, indiferencia, desprecio. Le había infligido los innumerables desaires y afrentas que suelen infligirse en estos casos: como si quisiera vengarse de haberle tenido cariño. Lo había atraído, se había aburrido, lo había vuelto a atraer… y Dexter, más de una vez, había respondido con amargura y semblante airado. Judy le había dado una felicidad extática y una angustia intolerable. Le había causado indecibles inconvenientes y unos cuantos problemas. Lo había insultado y pisoteado, había contrapuesto el interés que Dexter sentía por ella al interés por su trabajo sólo por divertirse. Le había hecho todo tipo de cosas, excepto criticarlo —Judy jamás lo criticó— porque, según Dexter, eso hubiera tendido un manto de duda sobre la absoluta indiferencia que le demostraba… y que sinceramente sentía hacia él.

Cuando pasó el segundo otoño, Dexter se vio obligado a reconocer que jamás conquistaría a Judy Jones. Tuvo que metérselo a la fuerza en la cabeza, pero por fin se convenció. Una noche, antes de dormirse, reflexionó. Recordó los problemas y el dolor que Judy le había causado, y enumeró sus evidentes defectos como esposa. Luego se dijo que la amaba, y al rato se quedó dormido. Durante una semana, para no imaginar su voz ronca en el teléfono o sus ojos mirándolo cuando comían juntos, trabajó mucho, hasta muy tarde; iba a su oficina de noche y hacía planes para el futuro.

Cuando llegó el fin de semana fue a una fiesta e invitó a bailar a Judy en un cambio de pareja. Fue casi la primera vez, desde que se

conocían, que no le pidió que salieran a la terraza ni le dijo que estaba hermosa. Le dolió que Judy no se diera por enterada, pero eso fue todo. No sintió celos cuando vio que tenía un nuevo acompañante esa noche. Hacía tiempo que era inmune a los celos.

Se quedó en el baile hasta muy tarde. Pasó un buen rato con Irene Sheerer, hablando de libros y de música. Dexter sabía poco de esas cosas. Pero empezaba a ser dueño de su tiempo y tuvo la idea, un poco pedante, de que él —el joven y ya fabulosamente próspero Dexter Green— debería saber un poco más de esos asuntos.

Eso fue en octubre, cuando tenía veinticinco años. En enero, Dexter e Irene se pusieron de novios. El compromiso se haría público en junio y tres meses después se casarían.

El invierno de Minnesota se alargó interminablemente, y casi era mayo cuando por fin los vientos se apaciguaron y la nieve se derritió en el lago Black Bear. Por primera vez desde hacía más de un año, Dexter disfrutaba de cierta paz de espíritu. Judy Jones había estado en Florida, y después en Hot Springs, y en algún lugar se había comprometido, y en algún otro lugar había roto el compromiso. Al principio, cuando había renunciado definitivamente a ella, lo entristecía que la gente pensara que todavía estaban enamorados y le preguntaran por Judy; pero, cuando empezaron a sentarlo en las comidas junto a Irene Scheerer, dejaron de preguntarle por Judy: ahora le contaban cosas de ella. Dexter había dejado de ser una autoridad en la materia.

Y llegó mayo. Dexter paseaba de noche por las calles, cuando la oscuridad era húmeda como la lluvia, sin comprender del todo cómo un éxtasis tan grande había desaparecido tan rápido y sin demasiado esfuerzo. El año anterior, mayo había estado marcado por la turbulencia arrebatadora, inolvidable pero olvidada, de Judy; había sido uno de esos raros períodos en que Dexter imaginaba que ella había llegado a quererlo. Pero ahora había cambiado esos centavos de felicidad pasada por un poco de paz. Sabía que Irene no sería más que una cortina que se cierra, una mano que se mueve entre relucientes tazas de té, una voz que llama a los niños… El fuego y la belleza se habían ido para siempre, la magia de las noches y la maravilla incesante de las horas y las estaciones… Labios suaves, curvados, que se posaban en los suyos y lo

transportaban al paraíso de las miradas encendidas… Todo eso estaba muy adentro suyo. Y Dexter era demasiado fuerte y estaba demasiado vivo para dejar que muriera sin pena ni gloria.

A mediados de mayo, cuando el clima se estabilizó durante unos días en el puente inmaterial que llevaba al corazón del verano, Dexter llegó una noche a la casa de Irene. Su compromiso sería anunciado dentro de una semana y no sorprendería a nadie. Esa noche, sentados en el salón del Club Universitario, pasarían el rato mirando a las parejas que bailaban. Estar con Irene le daba una sensación de solidez: todos la admiraban tanto, era tan magnífica…

Subió las escaleras de la casa de piedra oscura y entró.

—Irene —llamó.

La señora Sheerer salió del living para recibirlo.

—Dexter —dijo—, Irene está arriba con un dolor de cabeza terrible. Quería salir contigo, pero la mandé a la cama.

—Espero que no sea nada grave…

—Por supuesto que no. Mañana a la mañana irá contigo a jugar al golf. Puedes pasar sin ella una noche, ¿no, Dexter?

Su sonrisa era amable. Se tenían simpatía. Charlaron un rato en el living antes de que Dexter se despidiera.

Volvió al Club Universitario, donde estaba alojado, y se entretuvo un rato en la entrada mirando a las parejas que bailaban. Se apoyó en el marco de la puerta, saludó con la cabeza a un par de conocidos, bostezó.

—Hola, querido.

La voz familiar lo sobresaltó. Judy Jones había dejado a su acompañante y había atravesado el salón para saludar a Dexter… Judy Jones, una delgada muñeca de porcelana vestida de oro: dorada la cinta del pelo, dorados los zapatos que asomaban bajo el ruedo del vestido. El fulgor frágil de su cara pareció alcanzar la plenitud cuando le sonrió a Dexter. Una brisa cálida y luminosa

sopló en el salón de baile. Las manos de Dexter se cerraron espasmódicas en el bolsillo del esmoquin. Un entusiasmo repentino lo capturó.

—¿Cuándo volviste? —preguntó con naturalidad.

—Ven conmigo y lo sabrás.

Judy dio media vuelta y Dexter la siguió. Había estado lejos. Dexter podría haber llorado ante la maravilla de su regreso. Había recorrido calles encantadas, había hecho cosas que eran como música provocativa. Todo misterio y toda esperanza renovadora y vivificante se habían ido con ella… y con ella acababan de regresar.

Se detuvo a la salida.

—¿Estás con auto? Si no, yo tengo el mío.

—Traje el descapotable.

Subió al vehículo con un susurro de telas doradas. Dexter cerró la puerta. A cuántos automóviles habría subido… como este… como ahora… La esbelta espalda contra el cuero del asiento… así… el codo apoyado sobre la puerta… expectante.

Con esfuerzo, se obligó a arrancar y salir a la calle. Debía recordar que eso no significaba nada. Judy ya lo había hecho antes y él la había dejado atrás, como si hubiera eliminado a un mal cliente de sus libros de contabilidad.

Condujo hacia el centro y, haciéndose el distraído, atravesó las calles desiertas de los barrios comerciales, sólo esporádicamente pobladas donde los cines expulsaban a sus espectadores o donde jóvenes tísicos o fuertes como boxeadores perdían el tiempo en las salas de billar. El tintineo de los vasos y el ruido de las palmadas sobre el mostrador escapaban de los bares, claustros de vidrio esmerilado y luz amarilla y sucia.

Judy lo miraba con atención y el silencio era embarazoso, pero Dexter no logró encontrar una sola palabra que profanara aquel instante. Dio la vuelta donde pudo e hizo un zigzag para volver al Club Universitario.

—¿Me extrañaste? —preguntó Judy de pronto.

—Todos te extrañamos.

Dexter se preguntó si Judy sabría lo de Irene Sheerer. Había vuelto hacía apenas veinticuatro horas: su ausencia casi había coincidido con su noviazgo.

—¡Qué respuesta! —Judy rio tristemente… sin tristeza. Lo miró con ojos escrutadores. Dexter se concentró en el volante.

—Estás más lindo que antes —dijo pensativa—. Dexter, tienes unos ojos inolvidables.

Dexter podría haberse reído, pero no se rio… Era la clase de cosa que se le decía a un joven estudiante. No obstante, fue una puñalada para él.

—Estoy terriblemente cansada de todo, querido. —Judy llamaba querido a todo el mundo; en sus labios, esa palabra de afecto quedaba investida de una camaradería indiferente y egoísta—. Me gustaría que te casaras conmigo.

Tanta franqueza lo desarmó. Tendría que haberle dicho que iba a casarse con otra, pero no pudo. Y hubiera podido jurar, con la misma facilidad, que nunca la había amado.

—Creo que nos llevaríamos bien —continuó Judy en el mismo tono —, aunque es probable que me hayas olvidado y te hayas enamorado de otra.

Su confianza en sí misma era, evidentemente, enorme. En realidad, Judy había querido decir que le parecía increíble que ocurriera una cosa así y que, de ser verdad, Dexter había cometido una imprudencia infantil, probablemente por despecho. Y ella lo perdonaría porque sólo había sido un desliz, al que no debía darse la menor importancia.

—Por supuesto que nunca podrás amar a nadie que no sea yo — continuó diciendo—. Me gusta tu manera de amar. Ay, Dexter, ¿ya te olvidaste del año pasado?

—No, no me olvidé.

—¡Yo tampoco!

¿Estaba verdaderamente conmovida… o se dejaba llevar por la fuerza de su actuación?

—Ojalá pudiéramos volver a ser como antes —dijo ella.

Y él se obligó a responder:

—No creo que sea posible.

—Supongo que no… Me dijeron que ahora te dedicas a perseguir a Irene Sheerer.

Pronunció el nombre de Irene sin el menor énfasis, pero Dexter se sintió avergonzado.

—¡Oh, llévame a casa! —exclamó Judy de improviso—. No quiero volver a ese baile idiota, con esos imberbes.

Y entonces, cuando tomaron la calle que llevaba al barrio residencial, Judy empezó a llorar, en silencio, para sí misma. Dexter nunca la había visto llorar.

La calle oscura se iluminó; las mansiones de los ricos surgieron como hongos a su alrededor y Dexter estacionó el descapotable frente a la casa, blanca e inmensa, de Mortimer Jones; una casa soñolienta, suntuosa, bañada por el húmedo esplendor de la luna llena. Lo sorprendió su solidez. Los muros contundentes, el acero de las vigas… La magnitud, la fortaleza y la magnificencia de la casa sólo servían para resaltar el contraste con la belleza juvenil que tenía a su lado. Y era una torpeza subrayar la fragilidad de Judy Jones… como mostrar la leve brisa que produce el ala de una mariposa.

Dexter permanecía mudo e inmóvil en su asiento, con los nervios crispados; temía que, si llegaba a moverse, la encontraría irresistiblemente entre sus brazos. Dos lágrimas habían resbalado por la cara húmeda de Judy y temblaban sobre su labio superior.

—Soy más hermosa que nadie —dijo con voz quebrada—. ¿Por qué no puedo ser feliz? —Sus ojos húmedos socavaban la firmeza de Dexter; una tristeza honda le curvó poco a poco los labios—. Me gustaría casarme contigo si me quisieras, Dexter. Supongo que no me consideras digna, pero para ti sería más bella que nunca, Dexter.

Un millón de frases de enojo, orgullo, pasión, odio y ternura pugnaban por salir de la boca de Dexter. Lo atravesó una oleada de emoción, que arrastró consigo todo sedimento de sabiduría, respeto por las convenciones, dudas y sentido del honor. Era su chica la que le hablaba, toda suya, su belleza, su orgullo.

—¿No quieres entrar?

Él la oyó contener el aliento.

Ella estaba esperando.

—De acuerdo —dijo, y le temblaba la voz—. Voy a entrar.

V

Fue extraño. Dexter nunca se arrepintió de aquella noche: ni cuando todo terminó, ni mucho tiempo después. Viéndolo en retrospectiva, transcurridos ya diez años, el hecho de que el enamoramiento de Judy hubiera durado apenas un mes no tenía la menor importancia. Tampoco importaba que, con su docilidad, Dexter se hubiera infligido el más profundo dolor y hubiera ofendido gravemente a Irene Sheerer y a sus padres, que le habían brindado su afecto. La aflicción de Irene no había tenido detalles suficientemente gráficos como para quedar grabada en su memoria.

Dexter era, en el fondo, un testarudo. La actitud que tomó la ciudad ante sus actos no le importó; y no porque pensara irse de la ciudad, sino porque cualquier actitud ajena a la situación le parecía superficial. La opinión pública le era por completo indiferente. Ni siquiera cuando vio que todo era inútil, que no tenía poder

suficiente para conmover o retener a Judy Jones, ni siquiera entonces le guardó rencor. La amaba, y la amaría hasta el día en que fuese demasiado viejo para amar… pero no podía tenerla. Saboreó el dolor profundo que está reservado a los fuertes, como antes había saboreado —por un instante— la más profunda felicidad.

Ni siquiera la falsedad absoluta de los motivos que esgrimió Judy para terminar el noviazgo —dijo que "no quería quitárselo a Irene"… ¡Judy, que no había deseado otra cosa!— le resultó repugnante. Dexter estaba más allá de toda repulsión y de toda burla.

Viajó al Este en febrero, con la intención de vender las lavanderías y establecerse en Nueva York, pero los Estados Unidos entraron en guerra en marzo y tuvo que cambiar sus planes. Volvió al Oeste, le confió la dirección de los negocios a su socio, y a fines de abril ingresó en un campo de instrucción para oficiales. Fue uno de los miles de jóvenes que recibieron la guerra con alivio, agradeciendo que los liberara de la telaraña de los sentimientos enmarañados.

VI

Conviene recordar que esta historia no es la biografía de Dexter, aunque en ella se deslicen anécdotas que nada tienen que ver con sus sueños juveniles. Y queda poco que contar sobre Dexter y sus sueños: apenas un episodio que sucedió siete años después.

Ocurrió en Nueva York, donde a Dexter le iba muy bien, tan bien que no existían barreras demasiado altas para él. Tenía treinta y dos años y, con excepción de un viaje en avión inmediatamente después de la guerra, hacía siete que no regresaba al Oeste. Un tal Devlin, de Detroit, fue a visitarlo a su oficina por asuntos de negocios, y allí y entonces ocurrió el episodio que puso fin, por así decirlo, a este capítulo de su vida.

—Así que es del Medio Oeste —dijo el tal Devlin con

despreocupada curiosidad—. Es gracioso: pensaba que los hombres como usted sólo podían nacer y crecer en Wall Street. ¿Sabe? La esposa de uno de mis mejores amigos de Detroit es de su misma ciudad. Fui testigo en la boda.

Dexter esperó, sin ponerse en guardia, lo que vendría a continuación.

—Judy Simms —dijo Devlin sin especial interés—. De soltera, Judy Jones.

—Sí, la conocí.

Una impaciencia sorda se adueñó de él. Ya sabía, por supuesto, que Judy se había casado; pero, quizá deliberadamente, no se había enterado de nada más.

—Una chica terriblemente simpática —dijo Devlin al pasar—. Me da un poco de pena.

—¿Por qué? —Algo se despertó en Dexter, alerta, receptivo.

—Ah, yo diría que Lud Simms no va por buen camino. No digo que la trate mal, pero bebe y sale mucho.

—¿Ella no sale?

—No. Se queda en la casa con los hijos.

—Ah.

—Es un poco vieja para él —dijo Devlin.

—¡Un poco vieja! —exclamó Dexter—. Pero si sólo tiene veintisiete años.

Lo poseyó un deseo salvaje de salir corriendo y tomar el tren a Detroit. Se levantó de un salto.

—Veo que está ocupado —se disculpó Devlin—. No me había dado cuenta…

—No, no estoy ocupado —dijo Dexter, intentando mantener firme la voz—. No tengo absolutamente nada que hacer. Nada. ¿Dijo que tenía… veintisiete años? No. Fui yo el que dijo eso.

—Sí, fue usted —asintió Devlin, dando por terminado el asunto.

—Prosiga, por favor. Prosiga.

—¿Que prosiga con qué?

—Háble me de Judy Jones.

Devlin lo miró indeciso.

—Bueno, es… No hay mucho más que decir. Él la trata muy mal. Ah, pero no van a divorciarse ni nada de eso. Lud se porta como un cerdo aborrecible, pero Judy siempre lo perdona. Lo cierto es que me inclino a pensar que lo ama. Era una linda chica cuando llegó a Detroit.

¡Una linda chica! Esa expresión le pareció ridícula a Dexter.

—¿Ya no es… una linda chica?

—Ah, no está mal.

—Mire —dijo Dexter, sentándose de pronto—, no comprendo. Usted dijo que era una linda chica y ahora dice que no está mal. No entiendo qué quiere decir: Judy Jones no era "una linda chica", en absoluto. Era una gran belleza. Yo la conocí, la conocí. Era…

Devlin rio amablemente e intentó tranquilizarlo.

—No quiero iniciar una discusión —dijo—. Creo que Judy es una chica simpática, y la aprecio. No puedo entender cómo un hombre como Lud Simms pudo enamorarse perdidamente de ella, pero así fue. —Y añadió—: Le cae simpática a casi todas las mujeres.

Dexter miró fijamente a Devlin, pensando, con desesperación, que debía haber algún motivo para que hablara de esa manera… una insensibilidad innata o algún rencor secreto.

—Montones de mujeres se marchitan en un parpadeo. —Devlin chasqueó los dedos—. Usted mismo lo habrá comprobado. Quizá he olvidado lo hermosa que estaba en la boda. Después la vi tantas veces que… Tiene lindos ojos.

Una especie de embotamiento invadió a Dexter. Por primera vez en su vida tuvo ganas de emborracharse de verdad. Se dio cuenta de que se reía a carcajadas de algo que Devlin había dicho, pero no sabía qué había dicho ni por qué le causaba tanta gracia. Cuando, unos minutos después, Devlin por fin se fue, Dexter se tiró en el sofá y contempló por la ventana el perfil de los edificios de Nueva York, donde el sol se hundía entre tenues y hermosas tonalidades que iban del rosado al oro.

Hasta ese momento había pensado que, no teniendo nada más que perder, por fin era invulnerable; pero ahora sabía que acababa de perder algo más, como si se hubiera casado con Judy Jones y la hubiera visto marchitarse ante sus ojos.

El sueño había terminado. Le habían arrebatado algo. Con una sensación parecida al pánico, se apretó los ojos con las palmas de las manos e intentó convocar la imagen de las aguas que lamían las costas de Sherry Island, y la terraza a la luz de la luna, y los trajes de algodón en los campos de golf, y el sol árido y el color dorado de la delicada nuca de Judy Jones. Y los labios de Judy húmedos de sus besos, y sus ojos teñidos de melancolía, y su frescura por las mañanas, como de finas sábanas de lino recién estrenadas. ¡Todo aquello ya no formaba parte del mundo! Había existido, y ya no existía.

Por primera vez en muchos años, corrían lágrimas por su cara. Pero ahora lloraba por él. Ya no le importaban los labios, ni los ojos, ni las manos que acarician. Quería que le importaran, pero no le importaban. Porque se había ido de ese mundo y no podría regresar jamás. Las puertas estaban cerradas, el sol se había ocultado, y la única belleza que quedaba era esa belleza gris del acero que resiste el paso del tiempo. Incluso el dolor que pudo haber sentido había quedado atrás, en el país de la ilusión, de la juventud, de la plenitud de la vida, donde habían florecido sus sueños de invierno.

—Hace mucho, mucho tiempo —dijo—, existía algo en mí, y ahora

eso ha desaparecido. Ahora eso ha desaparecido. No puedo llorar. No puedo lamentarlo. Ha desaparecido y no volverá jamás.

La última de las bellezas sureñas

I

Después de la exquisita y teatral encarnación de los encantos eternos del Sur que nos había ofrecido Atlanta, todos menospreciábamos Tarleton. Era un poco más caluroso que cualquiera de los lugares donde habíamos estado —una docena de reclutas se desmayó el primer día bajo el sol de Georgia—, y cuando veías manadas de vacas desfilando por las calles del centro arreadas por negros, la luz caliente te inducía al trance… y tenías que mover una mano o un pie para comprobar que estabas vivo.

Así que me quedaba en el campamento y dejaba que el teniente Warren me hablara de mujeres. Hace ya quince años de esto y ya olvidé qué sentía entonces, aparte de que los días pasaban, uno tras otro, mucho mejor que ahora, y que tenía el corazón desolado porque, en el Norte, aquella cuya leyenda yo había amado durante tres años iba a casarse. Había visto los anuncios y las fotos en los diarios. Una "romántica boda de guerra", muy suntuosa y muy triste. Sentía en carne viva la oscura luminosidad del cielo bajo el cual se celebraría la ceremonia y, como joven esnob que era, experimentaba menos dolor que envidia.

Y un día que fui a Tarleton a cortarme el pelo me encontré con un tipo simpático llamado Bill Knowles, un antiguo compañero de Harvard. Había formado parte de la división de la Guardia Nacional que nos había precedido en el campamento, pero a último momento se había pasado a la aviación y se había quedado en Tarleton.

—Me alegro de verte, Andy —dijo con excesiva seriedad—. Te pasaré toda la información que tengo antes de irme a Texas. Sabes, en realidad aquí sólo hay tres chicas…

Me interesaba el asunto: me parecía místico que sólo hubiese tres chicas.

—… y ahora mismo vas a conocer a una.

Estábamos frente a una heladería. Entramos y me presentó a una dama a la que detesté con sólo verla.

—Las otras dos son Ailie Calhoun y Sally Carrol Happer.

Por la manera de pronunciar el nombre, sospeché que le interesaba Ailie Calhoun. Estaba preocupado por lo que haría la chica cuando él se fuera: quería que llevara una vida tranquila y aburrida.

A mi edad no me avergüenza confesar que acudió a mi mente un tropel de imágenes absolutamente poco caballerescas de Ailie Calhoun, nombre adorable. A los veintitrés años no se reconocen los derechos adquiridos, por decirlo así, sobre una belleza; pero si Bill me lo hubiera pedido, me habría comprometido sin titubear y con toda sinceridad a cuidarla como a una hermana. No me lo pidió: sólo se quejaba de tener que irse. Tres días después me dijo por teléfono que se iba a la mañana siguiente y que esa noche me llevaría a casa de Ailie.

Nos encontramos en el hotel y fuimos caminando hacia la zona residencial bajo la cálida y florida luz del crepúsculo. Las cuatro columnas blancas de la casa de los Calhoun miraban a la calle, y, protegida por las columnas, la galería era oscura como una gruta y por sus paredes trepaba y se enredaba una parra.

Cuando estábamos cruzando el jardín, una chica vestida de blanco salió corriendo de la casa y exclamó:

—¡Perdón por llegar tarde! —Y, al vernos, añadió—: Ah, creí haberlos oído llegar hace diez minutos.

Se interrumpió con el crujido de una silla. Otro hombre, un aviador del aeródromo Harry Lee, emergió de las sombras de la galería.

—¡Canby! —exclamó—. ¿Cómo estás?

El aviador y Bill Knowles esperaban, tensos como enemigos

declarados.

—Canby, tengo que contarte un secreto, querido —dijo Ailie inmediatamente—. Perdónanos, Bill.

Se apartaron. Unos segundos después el teniente Canby, terriblemente disgustado, dijo con voz hosca:

—Entonces lo dejamos para el jueves, pero en serio.

Nos saludó con un gesto apenas esbozado y se alejó por el jardín. Las espuelas, con las que presumiblemente espoleaba el avión, relucían bajo la luz de los faroles.

—Entren. Todavía no sé cómo te llamas.

Allí estaba: la mujer del Sur en toda su pureza. Hubiera reconocido a Ailie Calhoun aunque nunca hubiese oído hablar de Ruth Draper ni leído a Marse Chan. Era desenvuelta, pero tenía un halo de dulce y voluble sencillez; un halo que sugería una historia de padres devotos, hermanos y admiradores, que hundía sus raíces en el heroico Sur; la infalible imperturbabilidad que se adquiere en la lucha sin cuartel contra el calor. Había en su voz notas capaces de dominar a los esclavos y fulminar a capitanes yanquis, pero también suaves fluctuaciones que se disolvían en la noche con belleza impar.

Apenas podía verla en la oscuridad, pero cuando me levanté para irme —estaba claro que no debía quedarme mucho tiempo—, ella se paró bajo la luz naranja de la puerta. Era pequeña y muy rubia; tenía demasiado colorete en la cara, acentuado por la nariz empolvada de blanco, como de payaso; pero brillaba como una estrella a través del maquillaje.

—Cuando Bill se vaya pasaré las noches sentada aquí, completamente sola. Quizá puedas llevarme a las fiestas del Club de Campo. —La patética profecía hizo reír a Bill—. Un momento —murmuró Ailie—. Tienes la insignia torcida.

Me enderezó la insignia del cuello, mirándome a la cara con algo más que curiosidad. Fue una mirada indagatoria, como si preguntara: “¿Serás tú?”. Como el teniente Canby, me adentré de

mala gana en la noche que, de pronto, parecía demasiado corta.

Dos semanas más tarde estaba sentado con ella en la misma galería, o, mejor dicho, ella descansaba a medias entre mis brazos, aunque apenas me rozaba: no recuerdo cómo lo conseguía. Yo había intentado besarla, sin éxito; venía intentándolo desde hacía casi una hora. Bromeábamos, o algo así, sobre mi falta de sinceridad. Mi teoría era que, si me dejaba besarla, me enamoraría perdidamente de ella. Ailie sostenía que era evidente que yo no era sincero.

Durante una tregua entre dos de estas batallas me habló de su hermano, que había muerto en Yale, en el último curso. Me mostró su foto —era apuesto, serio, con un jopo estilo Leyendecker— y me dijo que cuando encontrara a alguien a la altura de su hermano, se casaría con él. Ese idealismo de familia me desalentó: ni mi descarada confianza en mí mismo podía competir con los muertos.

Así pasaron esa y otras tardes, que terminaban cuando volvía al campamento con el recuerdo del perfume a magnolias y una vaga insatisfacción. Nunca la besé. Íbamos al vodevil y al Club de Campo los sábados por la noche, donde Ailie rara vez conseguía bailar diez pasos seguidos con el mismo hombre, y me invitaba a picnics y ruidosas meriendas con sandía… pero jamás se me pasó por la cabeza que lo que sentía por ella pudiera convertirse en amor. Ahora me doy cuenta de que no hubiera sido difícil; pero Ailie, a sus diecinueve años, ya era sabia y debió comprender que éramos emocionalmente incompatibles. Así que me convertí en su confidente.

Hablamos de Bill Knowles. Sopesaba la posibilidad de casarse con él; porque, aunque no quisiera admitirlo, un invierno en un colegio de Nueva York y un baile estudiantil en Yale habían conseguido que mirara hacia el Norte. Me dijo que no creía que fuera a casarse con un sureño. Y poco a poco me di cuenta de que Ailie, consciente y voluntariamente, era distinta de las chicas que cantaban canciones de negros y jugaban a los dados en el bar del Club de Campo. Por eso nos atraía a Bill y a mí y a tantos otros. Nos resultaba familiar.

Durante junio y julio, mientras el rumor de las batallas y los terrores de Europa nos llegaba debilitado, estéril, las miradas de Ailie revoloteaban por la pista de baile del Club de Campo,

buscando un candidato entre los altos y jóvenes oficiales. Conquistó a varios, eligiéndolos con infalible perspicacia —salvo en el caso del teniente Canby, a quien aseguraba despreciar, aunque se citara con él de vez en cuando "porque es sincero"—, y pasé el verano compartiendo sus tardes.

Un día canceló todas las citas: Bill Knowles estaba con licencia y volvía. Hablamos del acontecimiento con científica impersonalidad. ¿La obligaría Bill a tomar una decisión? El teniente Canby, por el contrario, no se tomó el asunto de un modo impersonal: se puso pesado. Le dijo a Ailie que si se casaba con Knowles ascendería dos mil metros en el aire, apagaría el motor de su avión y se dejaría caer. La asustó tanto que tuve que cederle mi última cita con Ailie antes de que Bill regresara.

El sábado por la noche Ailie y Bill Knowles fueron al Club de Campo. Formaban una pareja muy atractiva y una vez más sentí envidia y tristeza. Mientras bailaban en la pista, los tres músicos de la orquesta tocaban "After You've Gone" de una manera imperfecta y conmovedora que me parece estar oyendo ahora mismo, como si de cada compás brotara un precioso minuto de aquel momento. Entonces me di cuenta de que me había encariñado con Tarleton y miré a mi alrededor casi temiendo descubrir que algún rostro venía a buscarme desde la penumbra cálida y musical de la terraza, donde se fraguaban sin cesar parejas de organdí y verde oliva. Eran tiempos de juventud y de guerra, y nunca hubo tanto amor en el aire como entonces.

Mientras bailaba con ella, Ailie me sugirió súbitamente que fuéramos al coche. Quería saber por qué no la sacaban a bailar. ¿Acaso creían que ya se había casado?

—¿Te vas a casar?

—No lo sé, Andy. A veces, cuando Bill me trata como si fuera una diosa, me estremezco. —Su voz sonaba baja y lejana—. Y entonces…

Se rio. Su cuerpo, tan frágil y suave, rozaba el mío, sus ojos me miraban, y de pronto, con Bill Knowles a menos de cinco metros, por fin estuve a punto de besarla. Nuestros labios se rozaron,

probándose. Entonces un oficial de aviación apareció en una esquina de la galería, se asomó a la oscuridad y dijo como dudando:

—Ailie.

—Sí.

—¿Te enteraste de lo que pasó esta tarde?

—¿Qué? —Ailie se inclinó hacia delante, y ya se le notaba la inquietud en la voz.

—Horace Canby se estrelló. Murió en el acto.

Ailie se levantó despacio y bajó del coche.

—¿Estás diciendo que se mató? —murmuró.

—Sí. No se sabe qué fue lo que falló. El motor…

—Ohhh. —Un murmullo ronco brotó entre las manos que repentinamente cubrieron su cara. El oficial y yo la mirábamos sin poder hacer nada. Ailie apoyó la cabeza en el coche e intentó reprimir las lágrimas. Unos segundos después fui a buscar a Bill, que, entre los hombres sin pareja, miraba a todas partes para ver dónde estaba Ailie, y le dije que Ailie quería volver a casa.

Me senté en los escalones de la entrada. Canby nunca me había gustado, pero su muerte terrible y sin sentido me pareció más real que la de los miles que morían a diario en Francia. Ailie y Bill se fueron enseguida. Ailie sollozaba, pero, cuando me vio, se acercó corriendo.

—Andy… —dijo en voz baja y rápido—, nunca le digas a nadie lo que te conté sobre Canby ayer. Me refiero a lo que me había dicho.

—Por supuesto que no.

Me miró durante un segundo muy largo, como si quisiera estar segura. Y por fin estuvo segura. Entonces suspiró de una manera tan singular que yo no podía dar crédito a mis oídos y enarcó las cejas en un gesto que sólo podría describirse como una parodia de la

desesperación.

—¡An-dy!

Miré al suelo, incómodo, consciente de que quería subrayar los efectos desastrosos que involuntariamente causaba en los hombres.

—¡Buenas noches, Andy! —gritó Bill cuando subían al taxi.

—Buenas noches —dije yo, y estuve a punto de agregar—: Pobre tonto.

II

Por supuesto que yo tendría que haber tomado una de esas justas decisiones morales que la gente toma en los libros, y despreciarla. Pero no tengo la menor duda de que Ailie me hubiera tenido a sus pies con sólo mover un dedo.

Pocos días después, lo arregló todo diciendo con tristeza:

—Ya sé que piensas que fue terrible que pensara en mí en un momento como ese, pero fue una coincidencia tan espantosa…

A los veintitrés años yo no estaba convencido de nada, excepto de que algunas personas eran fuertes y atractivas y podían hacer lo que se les antojaba y otras estaban atrapadas y eran desdichadas. Yo esperaba ser de las primeras. Estaba seguro de que Ailie lo era.

Tuve que rectificar algunas de mis ideas sobre ella. En el transcurso de una larga discusión con una chica sobre los besos —en aquellos días la gente todavía empleaba más tiempo en hablar de los besos que en besarse—, le comenté que Ailie sólo había besado a dos o tres hombres en su vida, y sólo cuando creía estar enamorada. Para mi enorme desconcierto la chica, por hablar figuradamente, se cayó al suelo de la risa.

—Pero es verdad —le aseguré, y en ese mismo instante supe que era

mentira—. Me lo dijo ella misma.

—¡Ailie Calhoun! ¡Dios mío! Pero si el año pasado, en la fiesta de primavera de la Escuela Técnica…

Eso fue en septiembre. En cualquier momento podíamos embarcar rumbo a Europa, y una última camada de oficiales del cuarto campamento de instrucción vino a sumarse a nuestro regimiento. El cuarto campamento no era como los otros tres: los aspirantes a oficiales eran soldados rasos, incluso de las divisiones de nuevos reclutas. Tenían apellidos rarísimos, prácticamente sin vocales y, excepto algunos miembros jóvenes de la milicia, era dudoso que hubieran recibido alguna clase de formación. A nuestra compañía se sumó el teniente Earl Schoen, de New Bedford, Massachusetts. Era, físicamente, el mejor ejemplar que he visto en mi vida. Medía un metro noventa, tenía pelo negro, semblante saludable y ojos castaños muy vivaces. No era muy inteligente y era definitivamente iletrado, pero era un buen oficial, con firmeza y dotes de mando, y con esa pizca de vanidad que tan bien les sienta a los militares. Yo pensaba que New Bedford era un pueblo rural, y a eso atribuía su engreimiento.

En las barracas tuvimos que dormir de a dos, y Schoen y yo compartimos dormitorio. A menos de una semana de su llegada, clavó brutalmente en la pared la foto de una chica de Tarleton.

—No es una cualquiera. Es una chica de la alta sociedad: se junta con lo mejor de la ciudad.

El domingo siguiente, por la tarde, conocí a la señorita en una piscina semiprivada en el campo. Cuando llegamos con Ailie, el torso musculoso de Schoen emergía escultural del traje de baño en el extremo más lejano de la piscina.

—¡Hola, teniente!

Cuando le devolví el saludo, Schoen me sonrió y me guiñó el ojo, señalándome con la cabeza a la chica que estaba a su lado. Después, dándole un codazo en las costillas a la dama, también me señaló con la cabeza. Fue su manera de presentarnos.

—¿Quién es ese que está con Kitty Preston? —preguntó Ailie, y, cuando se lo dije, me respondió que parecía un conductor de tranvía y fingió buscar un boleto imaginario.

Un momento después Schoen atravesó la piscina nadando con energía y estilo, y salió del agua justo donde estábamos nosotros. Se lo presenté a Ailie.

—¿Qué opina de mi chica, teniente? —me preguntó—. Ya le había dicho que estaba muy bien. —Señaló con la cabeza a Ailie, esta vez para indicar que su chica y ella frecuentaban los mismos ambientes —. ¿Qué les parece si comemos juntos en el hotel una de estas noches?

Los dejé solos un momento después, divertido, porque me daba cuenta de que Ailie había decidido ostensiblemente que Schoen no era, bajo ningún concepto, su ideal. Pero no era fácil sacarse de encima al teniente Earl Schoen. Recorrió con una mirada alegre e inofensiva la figura delgada, preciosa, de Ailie, y decidió que incluso estaba mejor que la otra. Diez minutos más tarde los vi juntos en el agua: Ailie huía nadando con brazadas cortas y Schoen le daba vueltas alrededor y se le adelantaba… Y a veces se detenía y la miraba, fascinado, como un niño miraría a una muñeca que nada.

Pasó toda la tarde con ella. Por fin Ailie se me acercó y me susurró al oído, riéndose:

—Me sigue por todas partes. Piensa que no pagué el boleto del tranvía.

Se dio vuelta de golpe. Kitty Preston, con el rostro casi morado de tan enrojecido, estaba parada frente a nosotros.

—Ailie Calhoun, no te creía capaz de quitarle deliberadamente el hombre a otra chica. —Una expresión de angustia ante la escena inminente ensombreció la cara de Ailie—. Pensé que estabas por encima de esas cosas.

Kitty Preston hablaba en voz baja, pero su voz tenía esa tensión que, más que oírse, se percibe a distancia. Vi que los ojos diáfanos y adorables de Ailie miraban a su alrededor presas del pánico. Pero,

por suerte, el propio Earl se acercaba con andar alegre y despreocupado hacia nosotros.

—Si te gusta, no deberías rebajarte delante de él —dijo Ailie como quien da un latigazo, alzando el mentón.

Era la familiaridad de Ailie con los modos tradicionales de comportamiento contra la ingenua y feroz posesividad de Kitty Preston; o, si se prefiere, la "educación" de Ailie contra la "vulgaridad" de la otra. Ailie dio media vuelta para irse.

—¡Espera un momento, nena! —exclamó Earl Schoen—. ¿No me das tu dirección? Quizá me den ganas de llamarte por teléfono.

Ailie lo miró de una manera que debería haberle hecho entender a Kitty que Earl no le interesaba en lo más mínimo.

—Tengo mucho trabajo este mes en la Cruz Roja —dijo, con una voz tan fría como su cabellera rubia peinada hacia atrás—. Adiós.

Camino a casa, no podía parar de reírse. Se había esfumado ese aire de haber quedado envuelta sin querer en un episodio lamentable.

—No va a conservar a ese chico —dijo—. Él quiere la novedad.

—Parece que quiere a Ailie Calhoun.

La idea le causó gracia.

—Podría regalarme el aparato para picar los boletos, para usarlo como si fuera un prendedor o la insignia de un club. ¡Es ridículo! Si yo llevara a casa a alguien así, a mamá le daría un infarto.

Y para no desmentir a Ailie, pasaron quince días hasta que Schoen fue a su casa, aunque él insistió tanto que ella fingió sentirse molesta en el siguiente baile del Club de Campo.

—Es un testarudo incurable, Andy —me susurró—. Pero es tan sincero…

Usaba la palabra "testarudo" sin el tono de crítica que hubiera contenido si Schoen fuera un joven del Sur. La usaba

intuitivamente: su oído no distinguía entre una palabra yanqui y otra. El caso es que mamá Calhoun no expiró cuando Schoen apareció en la puerta de su casa. Los prejuicios supuestamente inextirpables de los padres de Ailie eran un fenómeno conveniente que desaparecía cuando a ella se le antojaba. Fueron sus amigas las que quedaron atónitas. Ailie, que siempre había estado un poco por encima de Tarleton y siempre había elegido a sus acompañantes entre los oficiales más "distinguidos" del campamento… ¡Ailie y el teniente Schoen! Me cansé de asegurarle a la gente que sólo se estaba divirtiendo, y lo cierto es que cada semana Ailie aparecía con alguien nuevo —un alférez de Pensacola, un viejo amigo de Nueva Orleans—, pero siempre, entre uno y otro galán, estaba Earl Schoen.

Llegó la orden de que una avanzada de oficiales y sargentos se trasladara al puerto de embarque y zarpara hacia Francia. Mi nombre figuraba en la lista. Había pasado una semana en unas maniobras y en cuanto volví al campamento Earl Schoen fue a buscarme.

—Vamos a celebrar una fiesta de despedida en el comedor de oficiales: seremos sólo tú, yo, el capitán Craker y tres chicas.

Earl y yo nos encargaríamos de ir a buscar a las chicas. Primero recogimos a Sally Carrol Happer y Nancy Lamar, y después fuimos a la casa de Ailie. Nos recibió el mayordomo con la noticia de que Ailie no estaba en casa.

—¿No está en casa? —repitió Earl, atónito—. ¿Dónde está?

—No dejó dicho nada. Sólo dijo que no está en casa.

—¡Pero esto es insólito! —exclamó Earl. Se puso a caminar de una punta a otra de la galería oscura, que ya conocía de memoria, mientras el mayordomo esperaba en la puerta. Hasta que se le ocurrió algo—. Eh —me dijo—, creo que está enojada conmigo.

Esperé. Y Schoen le ordenó secamente al mayordomo:

—Dígale que tengo que hablar con ella un momento.

—¿Cómo voy a decírselo si no está en casa?

Earl volvió a caminar pensativo por el porche. Después asintió varias veces con la cabeza y dijo:

—Está enojada por algo que ocurrió en el centro.

Me resumió el asunto en pocas palabras.

—Espérame en el coche —le dije—. Quizá pueda arreglarlo. —Y cuando Earl se retiró con un bufido, le dije al mayordomo—: Oliver, dígale a la señorita Ailie que quiero verla a solas.

Tras una breve discusión, el aludido llevó el mensaje y un instante después volvió con la respuesta.

—La señorita Ailie dice que no quiere volver a ver al otro caballero nunca más en su vida. Dice que usted puede entrar, si quiere.

Estaba en la biblioteca. Yo esperaba encontrarme la fría imagen de la dignidad ultrajada, pero Ailie tenía el semblante descompuesto: estaba desesperada y confundida. Sus ojos estaban enrojecidos como si hubiera pasado horas llorando, lenta, dolorosamente.

—Ah, hola, Andy —dijo con voz entrecortada—. Hace mucho que no te veo. ¿Él se fue?

—Vamos, Ailie…

—¡Vamos, Ailie! —gritó—. ¡Vamos, Ailie! ¡Se atrevió a dirigirme la palabra! ¿Te das cuenta? Y levantó el ala del sombrero. Estaba a menos de tres metros de distancia con aquella horrible… con esa mujer horrible tomada del brazo, hablando con ella, y cuando me vio levantó el ala del sombrero. Andy, yo no sabía qué hacer. Entré en la heladería y pedí un vaso de agua, y tenía tanto miedo de que me siguiera que le pedí al señor Rich que me permitiera salir por la puerta de atrás. No quiero volver a verlo ni saber nada de él.

Hablé. Dije lo que se dice en estos casos. Estuve hablando media hora. No pude convencerla. Varias veces me interrumpió murmurando que Earl no era “sincero”, y a la cuarta vez me pregunté qué significaría esa palabra para ella. Constancia… no, por supuesto; era —intuí a medias— la manera especial en que quería ser respetada.

Me levanté para irme. Y entonces, aunque parezca increíble, la bocina del coche sonó tres veces con impaciencia. Era el colmo. El mensaje era claro, como si Earl en persona hubiera entrado en la habitación: "Muy bien, ¡vete al diablo, entonces! No pienso esperar aquí toda la noche".

Ailie me miró horrorizada. Una expresión singular asomó en su cara, se extendió, brilló, se apagó y se transformó en una sonrisa histérica y llorosa.

—¿No es una persona terrible? —exclamó con desesperación inútil —. ¿No es horrible?

—Vamos —me apresuré a decirle—. Busca tu abrigo. Es nuestra última noche.

Y todavía puedo sentir, con la misma intensidad, esa última noche; la luz de las velas, que parpadeaba sobre los tablones rústicos de la mesa del comedor de oficiales y sobre los adornos de papel ajado que habían quedado de la fiesta de despedida de la compañía de aprovisionamiento, la triste mandolina que seguía tocando "My Indiana Home" por las calles con esa nostalgia universal del final del verano. Las tres chicas perdidas en aquella misteriosa ciudad de hombres también sintieron algo: una hechizada impermanencia, como si estuvieran sobre una alfombra mágica que se había posado en los campos del Sur y que en cualquier momento podía ser empujada y arrastrada por el viento. Brindamos por el Sur y por nosotros. Después dejamos las servilletas y las copas vacías y un poco del pasado sobre la mesa, y tomados de la mano salimos a la luz de la luna. Ya había sonado el toque de queda; no había ni un ruido, salvo el lejano relincho de un caballo, y un fuerte y persistente ronquido que nos hizo reír, y los pasos firmes del centinela que desfilaba en el puesto de guardia. Craker estaba de servicio; el resto de nosotros subimos al taxi que esperaba, fuimos a Tarleton y dejamos en casa a la chica de Craker.

Ailie, Earl, Sally y yo, sentados todos juntos en el amplio asiento trasero, cada pareja dándole la espalda a la otra, absortos y susurrantes, nos adentramos en la inmensa oscuridad de la noche.

Viajamos a través de bosques de pinos tapizados de líquenes y

musgo y entre inmensos campos de algodón en barbecho, por un camino blanco como el fin del mundo. Nos detuvimos a la sombra informe de un molino donde sólo se oía correr el agua y los gritos de los pájaros desvelados, y donde sobre todas las cosas reinaba una claridad que intentaba filtrarse por todas partes: en las barracas en ruinas de los negros, en el coche, en lo más hondo del corazón. Era la canción del Sur; me pregunto si los demás lo recuerdan. Yo me acuerdo: la palidez de las caras frías, los ojos soñolientos, llenos de amor, y las voces:

—¿Estás cómoda?

—Sí. ¿Y tú?

—¿De verdad estás cómoda?

—Sí.

De repente nos dimos cuenta de que era tarde y estábamos solos. Volvimos.

Nuestro regimiento partió hacia Camp Mills al día siguiente, pero al final nunca llegué a Francia. Pasamos un mes muertos de frío en Long Island, subimos a bordo de un transporte con los cascos de acero colgando del cinturón, y marchando desembarcamos. Ya no había más guerra. Me había perdido la guerra. Cuando volví a Tarleton intenté que me licenciaran, pero mis obligaciones de oficial me retuvieron en la ciudad la mayor parte del invierno. Earl Schoen fue uno de los primeros en ser desmovilizado. Quería encontrar un buen empleo “antes de que hubiera demasiada competencia”. Ailie no había querido comprometerse en matrimonio, pero ambos daban por sobrentendido que Earl regresaría.

Para enero los campamentos, que durante dos años habían dominado la vida de la pequeña ciudad, estaban casi desmantelados. Sólo el persistente olor del incinerador recordaba la actividad y el bullicio de los viejos tiempos. La poca vida que quedaba se centró amargamente en el puesto de mando de la división, atestado de irritados militares profesionales que también se habían perdido la guerra.

Y entonces los jóvenes de Tarleton empezaron a volver desde todos los rincones del planeta: unos con uniforme canadiense, otros con muletas o mangas vacías. Un batallón de la Guardia Nacional, que regresaba del frente, desfiló por las calles, y en sus filas estaban vacíos los puestos de sus muertos. E inmediatamente los soldados renunciaron para siempre a las historias románticas y empezaron a vender toda clase de cosas en los mostradores de las tiendas. Muy pocos uniformes se mezclaban con los esmóquines y los vestidos de noche en los bailes del Club de Campo.

Poco antes de Navidad, Bill Knowles llegó sin avisar un día para marcharse al día siguiente: o le había dado a Ailie un ultimátum, o ella había tomado por fin una decisión. Yo la veía algunas veces, cuando no estaba ocupada con los héroes que habían regresado de Savannah y Augusta, pero me sentía como un sobreviviente pasado de moda… y lo era. Ella estaba esperando a Earl Schoen con tanta incertidumbre que prefería no hablar del asunto. Y Earl llegó tres días antes de que me dieran la licencia definitiva.

Me los encontré por primera vez caminando por Market Street, y no creo haber sentido tanta pena por una pareja en toda mi vida, aunque supongo que la misma situación se repetía en todas las ciudades donde había habido campamentos militares. El aspecto de Earl era lamentable. Llevaba puesto un estrambótico sombrero verde, con una pluma. Su traje era un fiel ejemplo de esa moda grotesca con la que terminaron definitivamente la publicidad y el cine. Era evidente que había vuelto a atenderse con su peluquero de siempre, porque su cabello terminaba en una línea prolija sobre la nuca rosada y afeitada. No tenía la pulcritud de los pobres, pero su ostensible familiaridad con los bailes de suburbio y los clubes pueblerinos lastimaba la vista, o mejor dicho, lastimaba a Ailie. Porque Ailie nunca había podido imaginarse la realidad: la ropa que Earl llevaba puesta era tan horrible que hasta había hecho desaparecer la gracia natural de su magnífico cuerpo. Al principio Earl se jactaba del importante trabajo que había conseguido, y que les permitiría arreglárselas hasta que “empezara a ganar dinero fácil”. Pero, desde el instante en que volvió al mundo de Ailie con su verdadero aspecto, Earl debería haber comprendido que no tenía esperanzas. No sé qué le dijo ella, ni hasta qué punto su dolor pesó más que su estupefacción. Pero Ailie reaccionó con rapidez: tres

días después de su llegada, Earl y yo volvíamos al Norte en el mismo tren.

—Bueno, se acabó lo que se daba —dijo, de mal humor—. Era una chica maravillosa, pero demasiado intelectual para mí. Supongo que se casará con algún ricachón que pueda asegurarle una buena posición social. Yo no soporto tanto envaramiento. —Y poco después—: Me dijo que vuelva dentro de un año, pero no volveré jamás. La aristocracia no está mal cuando te sobra el dinero, pero…

"Pero no era real", pensaba añadir. La sociedad provinciana en la que se había desenvuelto con tanta facilidad durante seis meses le parecía ahora amanerada, "de caballeritos", artificial.

—Eh, ¿viste lo mismo que yo vi cuando subimos al tren? —me preguntó un momento después—. Dos chicas preciosas, solas. ¿Qué te parece si vamos a su vagón y las invitamos a comer? Yo quiero a la de azul. —En mitad del pasillo del tren se dio vuelta y me preguntó, frunciendo el ceño—: Una cosa, Andy, ¿cómo crees que se enteró de que era chofer de tranvía? Yo no se lo dije nunca.

—No tengo la menor idea.

III

Este relato llega ahora a una de las grandes lagunas que más me intrigaban cuando comencé. Durante seis años, mientras terminaba mis estudios de derecho en Harvard y construía aviones comerciales e invertía en un tipo de asfalto que se resquebrajaba al paso de los camiones, Ailie Calhoun apenas era algo más que un nombre en una tarjeta de Navidad; apenas una brisa que soplaba en mi imaginación en las noches cálidas, cuando recordaba las magnolias. A veces un conocido de la época del ejército me preguntaba: "¿Y qué pasó con aquella rubia que tenía tanto éxito?", pero yo no sabía qué responderle. Una tarde me encontré con Nancy Lamar en el Hotel Montmartre de Nueva York y me enteré de que Ailie se había comprometido con un hombre de Cincinnati, había viajado al Norte

a conocer a su familia y había roto el compromiso. Seguía siendo tan encantadora como siempre y siempre tenía rondando uno o dos pretendientes que la asediaban. Pero ni Bill Knowles ni Earl Schoen habían vuelto jamás.

Y en aquella misma época, no sé dónde, me enteré de que Bill Knowles se había casado con una chica que había conocido en un barco. Y eso es todo: poca tela para emparchar un agujero de seis años.

Aunque parezca extraño, una chica apenas entrevista a la luz del crepúsculo en una pequeña estación de servicio en Indiana me hizo pensar en volver al Sur. La chica, que llevaba puesto un vestido de almidonado organdí rosa, le echó los brazos al cuello a un hombre que bajó de nuestro tren y lo empujó hacia un automóvil que estaba esperando… y yo sentí una especie de punzada. Me pareció que la chica arrastraba a aquel hombre al perdido mundo veraniego de mis veinte años, donde el tiempo se había detenido y las chicas encantadoras, difuminadas como el pasado, todavía paseaban por las calles oscuras. Creo que la poesía es el sueño que un hombre del Norte tiene del Sur. Unos meses después le envié un telegrama a Ailie e inmediatamente viajé a Tarleton.

Era julio. El Hotel Jefferson estaba venido a menos y atiborrado de cosas; un grupo ruidoso canturreaba en el antiguo salón comedor, que mi memoria reservaba y consagraba a oficiales y chicas de otros tiempos. Reconocí al taxista que me llevó a la casa de Ailie, pero su "¿Cómo no voy a acordarme de usted, teniente?" no logró convencerme. Yo sólo era uno entre veinte mil.

Fueron tres días raros. Supongo que algo del primer y juvenil esplendor de Ailie habría corrido la suerte de todo fulgor mortal, pero no me atrevería a jurarlo. Seguía teniendo tanto atractivo físico que te daban ganas de tocar la personalidad que temblaba en sus labios. No: el cambio era mucho más profundo.

Enseguida vi que había cambiado de estilo. Las modulaciones del orgullo, las insinuaciones de que conocía los secretos de una época más brillante y más hermosa, anterior a la guerra, habían desaparecido de su voz. Ya no había tiempo para esas cosas; ahora divagaba con las bromas, entre risueñas y desesperadas, sobre el Sur

“moderno”. Y todo cabía en esas bromas, para que el parloteo nunca cesara y no quedara tiempo para pensar: en el presente, en el futuro, en ella, en mí. Fuimos a una ruidosa fiesta en casa de unos recién casados. Ailie era el centro neurálgico, radiante, de la reunión. Ya no tenía dieciocho años, pero incluso en ese papel de histrión inquieto estaba más atractiva que nunca.

—¿Tienes noticias de Earl Schoen?— le pregunté la segunda noche, mientras íbamos al baile del Club de Campo.

—No. —Se puso seria un instante—. Me acuerdo mucho de él. Fue el… —dudó.

—Sigue.

—Iba a decir que fue el hombre a quien más amé, pero no sería sincera. Nunca lo quise de verdad. De lo contrario, me hubiera casado con él a pesar de todo, ¿no te parece? —Me miró interrogante—. Al menos no lo hubiera tratado como lo traté.

—Era imposible.

—Por supuesto —reconoció sin convicción. Su humor cambió; ahora parecía bromear—: ¡Cómo nos engañaron los yanquis a las pobres chicas del Sur! ¡Qué tonta fui!

Cuando llegamos al club se confundió como un camaleón entre una multitud, para mí, de desconocidos. Una nueva generación llenaba la pista de baile con menos dignidad que en los viejos tiempos, pero la máxima representante de su esencia perezosa y febril era Ailie. Seguramente se había dado cuenta de que, con su anhelo inicial de escapar del provincianismo de Tarleton, se había quedado sola, miembro de una generación condenada a no tener sucesores. No sé en qué momento perdió la batalla, librada tras las columnas blancas de la galería de su casa. Pero Ailie había calculado mal, en algún momento se había equivocado. Su extroversión exagerada, que seguía atrayendo al suficiente número de hombres como para rivalizar con las chicas más jóvenes y atrevidas, era el reconocimiento de la derrota.

Salí de su casa, como tantas veces en aquel perdido mes de julio,

con una vaga insatisfacción. Horas después, dando vueltas en la cama del hotel, descubrí cuál era el motivo, cuál había sido siempre el motivo: yo estaba profunda, incurablemente enamorado de ella. Más allá de nuestra irreversible incompatibilidad, Ailie era todavía, y siempre seguiría siendo, la chica más atractiva que había conocido en mi vida. Se lo dije la tarde siguiente. Era uno de esos días calurosos que ya conocía a la perfección y Ailie estaba sentada a mi lado en el sofá, en la biblioteca en penumbra.

—Oh, no, no puedo casarme contigo —dijo, casi asustada—. No te quiero de esa manera… Nunca te he querido así. Y tú no me amas. No pensaba decírtelo ahora, pero… me caso el mes que viene. No vamos a anunciarlo porque yo ya anuncié dos bodas. —De repente se dio cuenta de que podía haberme lastimado—: Andy, tuviste una idea tonta. Tú sabes que no me casaría nunca con un hombre del Norte.

—¿Quién es? —pregunté.

—Es de Savannah.

—¿Estás enamorada?

—Por supuesto. —Los dos sonreímos—. ¡Por supuesto que sí! ¿Qué pretendes que diga?

No había ninguna duda, como sí la había habido con todos los otros. Ya no podía permitirse tener dudas. Yo lo sabía porque hacía mucho que Ailie había dejado de fingir cuando estaba conmigo. Y sé que la naturalidad se debía a que no me veía como un posible candidato. Bajo la máscara de buena crianza, instintiva, Ailie siempre había sido la misma y jamás había creído que pudiera amarla de verdad alguien que no hubiera alcanzado un estado de adoración ciega. A ese estado lo llamaba “ser sincero”. Por eso se sentía más segura con hombres como Canby y Earl Schoen, que eran incapaces de juzgar su corazón ostensiblemente aristocrático.

—Está bien —dije, como si me hubiera pedido permiso para casarse —. Y ahora, ¿me harías un favor?

—Lo que quieras.

—Vamos al campamento.

—Pero, querido, allí no queda nada.

—No me importa.

Fuimos caminando al centro. El taxista de la parada del hotel puso el mismo reparo:

—Allí no queda nada, capitán.

—Da igual. Vamos.

Veinte minutos después el taxi se detuvo en una extensa llanura polvorienta, desconocida, con campos de algodón recién plantados y puntuada por aislados montes de pinos.

—¿Quiere que vayamos adonde se ve humo? —preguntó el taxista —. Es la nueva cárcel estatal.

—No. Siga por este camino. Quiero encontrar el lugar donde viví.

El antiguo hipódromo, que ni siquiera llamaba la atención en los días gloriosos del campamento, erigía su tribuna desmoronada en aquel páramo. Yo intentaba en vano orientarme.

—Siga el camino, pase aquellos árboles que están allá y después gire a la derecha. No, no, a la izquierda.

El chofer obedeció, con antipatía profesional.

—No encontrarás nada, querido —dijo Ailie—. Los contratistas demolieron todo.

Circulábamos despacio, entre campos de algodón. Podría haber sido allí…

—De acuerdo. Quiero bajar —dije de pronto.

Dejé a Ailie en el coche: se veía hermosa cuando la brisa cálida agitaba su cabello largo y rizado.

Podría haber sido allí. Allí podrían haber estado las calles de la

compañía, y un poco más abajo el comedor de oficiales donde cenamos aquella noche.

El taxista me miraba con indulgencia mientras yo tropezaba, hundido hasta las rodillas en la maleza, buscando mi juventud en una tabla, unos restos de techumbre o una lata de tomate oxidada. Intenté usar como orientación un grupo de árboles que me resultaba vagamente familiar, pero estaba oscureciendo y no podía estar seguro de que fueran los árboles que yo creía.

—Van a reconstruir el viejo hipódromo —gritó Ailie desde el taxi—. Tarleton, a la vejez, se está volviendo presumida.

No. Pensándolo bien, no eran los árboles que yo había creído. De lo único que estaba seguro era de que este lugar, antes tan lleno de vida y entusiasmo, había desaparecido, como si nunca hubiese existido, y que dentro de un mes Ailie también habría desaparecido y el Sur, para mí, quedaría vacío para siempre.

Babilonia revisitada

I

—¿Y dónde está el señor Campbell? —preguntó Charlie.

—Se fue a Suiza. El señor Campbell está muy enfermo, señor Wales.

—Lo lamento. ¿Y George Hardt?

—Volvió a los Estados Unidos, a trabajar.

—¿Y dónde está Snowbird?

—Estuvo aquí la semana pasada. De todas maneras, su amigo, el señor Schaeffer, está en París.

Sólo dos nombres conocidos entre la larga lista de hacía un año y medio. Charlie garabateó algo en su libreta y arrancó la página.

—Si ve a Schaeffer, por favor entréguele esto —dijo—. Es la dirección de mi cuñado. Todavía no conseguí hotel.

Lo cierto era que no lo desilusionaba encontrar París tan vacía. Pero el silencio que imperaba en el bar del Ritz era extraño y portentoso. Ya no era un bar norteamericano: Charlie estaba cómodo, pero ya no se sentía como en su casa. El bar había vuelto a ser un típico bar francés. Notó el silencio apenas bajó del taxi y vio al botones —que a esa hora solía estar inmerso en una actividad frenética— charlando con un chasseur junto a la puerta de servicio.

Al cruzar el pasillo oyó una voz solitaria y aburrida en el otrora ruidoso baño de damas. Cuando entró en el bar recorrió los siete metros de alfombra verde con los ojos fijos, mirando al frente,

según su vieja costumbre; y luego, con el pie firmemente apoyado en la base de la barra del bar, se dio vuelta para examinar el salón, pero sólo encontró, en un rincón, una mirada furtiva que abandonó un instante la lectura del periódico para luego volver a sumergirse en sus páginas. Charlie preguntó por el barman, Paul, que en los últimos días de auge de la Bolsa iba al trabajo en un automóvil fabricado especialmente por encargo, aunque lo dejaba estacionado, con el debido tacto, en una esquina cercana. Pero ese día Paul estaba en su casa de campo, y era Alix el que le daba la información.

—Ya está bien —dijo Charlie—. Quiero tomarme las cosas con calma.

Alix lo felicitó:

—Un par de años atrás, apretaba a fondo el acelerador.

—Todavía resisto —le aseguró Charlie—. Llevo resistiendo un año y medio.

—¿Qué opina de la situación en los Estados Unidos?

—Hace varios meses que no viajo a los Estados Unidos. Tengo negocios en Praga, donde represento a un par de empresas. Allí no me conocen.

Alix sonrió.

—¿Recuerda la noche de la despedida de soltero de George Hardt? —dijo Charlie—. A propósito, ¿qué fue de Claude Fessenden?

Alix bajó la voz y murmuró en tono confidencial:

—Está en París, pero ya no viene por aquí. Paul se lo tiene prohibido. Acumuló una deuda de treinta mil francos, cargando en su cuenta todas sus bebidas y sus almuerzos, y casi siempre sus cenas, durante más de un año. Y cuando Paul le pidió por fin que pagara, le dio un cheque sin fondos.

Alix sacudió la cabeza con aire triste.

—No lo entiendo. Era un verdadero dandy. Y ahora está todo hinchado… —dibujó con las manos una manzana gorda en el aire.

Charlie observó a un estridente grupo de homosexuales que se sentaban en un rincón.

“Nada los afecta —pensó—. Las acciones suben y bajan, la gente haraganea o trabaja como loca, pero esos siguen como siempre.”

El bar lo oprimía. Pidió el cubilete y los dados y jugaron una partida por los tragos.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse, señor Wales?

—Cuatro o cinco días, vine a ver a mi hijita.

—¡Ah! ¿Tiene una hija?

Cuando salió a la vereda, los carteles luminosos rojo fuego, azul gas y verde fantasma emitían un turbio resplandor a través de la lluvia liviana. Eran las últimas horas de la tarde y había mucho movimiento en la calle. Los bistrós resplandecían. En la esquina del Boulevard des Capucines tomó un taxi. Dejaron atrás el esplendor rosado de la Place de la Concorde y, cuando cruzaron el lógico Sena, Charlie sintió la imprevista atmósfera provinciana de la Rive Gauche.

Le pidió al taxista que se dirigiera a la Avenue de l’Opéra, que quedaba fuera de su camino. Pero quería contemplar la hora azul prolongándose sobre aquella fachada magnífica e imaginar que las bocinas de los taxis eran las trompetas del Segundo Imperio tocando los primeros compases de “La plus que lente”. Estaban bajando las persianas metálicas de la librería Brentano y ya había gente cenando tras el seto prolijamente recortado y pequeñoburgués del restaurante Duval. Nunca había comido en París en un restaurante barato: una cena de cinco platos, cuatro francos y medio con dieciocho centavos, vino incluido. Por alguna extraña razón deseó haberlo hecho.

Mientras seguían recorriendo la Rive Gauche, siempre presa de aquella inesperada sensación de provincianismo, Charlie pensaba:

“Yo eché a perder esta ciudad para mí. No me daba cuenta, pero los días pasaban sin parar, uno tras otro, y así pasaron dos años, y todo pasó, hasta yo mismo”.

Tenía treinta y cinco años y buen aspecto. Una profunda arruga entre los ojos moderaba la expresividad irlandesa de su cara. Cuando tocó el timbre en casa de su cuñado, en la Rue Palatine, la arruga se hizo todavía más profunda y las cejas se curvaron hacia abajo. Sentía un nudo en el estómago. Desde atrás de la mucama que abrió la puerta asomó una adorable niña de nueve años que gritó “¡Papá!”, y se arrojó a sus brazos, agitándose como un pez. La niña le tiró de la oreja para que bajara la cabeza y apoyó su mejilla contra la de él.

—Mi tesoro —dijo Charlie.

—¡Papi, papi, papi, papá, papá, papá!

La niña lo llevó a la sala, donde esperaba la familia Peters en pleno: un niño, una niña de la edad de su hija, su cuñada y el marido. Charlie saludó a Marion intentando controlar el tono de su voz para evitar fingir entusiasmo o disgusto; la respuesta de ella fue más sinceramente tibia, aunque atenuó su expresión de inalterable desconfianza dirigiendo su atención a la hija de Charlie. Los hombres se dieron un amistoso apretón y Lincoln Peters apoyó la mano unos segundos en el hombro de Charlie.

La sala era cálida, agradablemente norteamericana. Los tres niños se movían con libertad y jugaban en los pasillos de baldosas amarillas que llevaban a las otras habitaciones; la alegría de las seis de la tarde se manifestaba en el crepitar del fuego y en los sonidos típicamente franceses que provenían de la cocina. Pero Charlie no consiguió tranquilizarse; tenía el corazón en la boca, aunque su hija le transmitía confianza y de vez en cuando se le acercaba llevando en brazos la muñeca que él le había traído.

—La verdad es que nos va demasiado bien —dijo respondiendo a una pregunta de Lincoln—. Muchos negocios se han venido a pique, pero a nosotros nos va mejor que nunca. En realidad, nos va maravillosamente bien. El mes que viene haré venir a mi hermana de los Estados Unidos para que se ocupe de la casa. El año pasado

tuve más ingresos que cuando tenía dinero. Ya sabes, los checos…

Alardeaba con un propósito específico; pero un momento después, notando una ligera impaciencia en la mirada de Lincoln, cambió de tema:

—Ustedes tienen unos hijos maravillosos, muy bien educados, con excelentes modales.

—Nosotros también pensamos que Honoria es una niña maravillosa.

Marion Peters volvió de la cocina. Era una mujer alta, de mirada preocupada, que en otros tiempos había poseído una belleza fresca, típicamente norteamericana. Charlie nunca había sido sensible a sus encantos y siempre se sorprendía cuando la gente hablaba de lo bonita que había sido. Desde el principio los dos cuñados habían sentido una mutua e instintiva antipatía.

—Bueno, ¿cómo encontraste a Honoria? —preguntó Marion.

—Espléndida. Me asombra lo mucho que ha crecido en diez meses. Los tres tienen un aspecto muy saludable.

—Hace un año que no llamamos al médico. ¿Cómo te sientes al volver a París?

—Me parece muy raro ver tan pocos norteamericanos.

—Yo estoy encantada —dijo Marion con vehemencia—. Ahora por lo menos puedes entrar a una tienda sin que den por sentado que eres millonario. Hemos sufrido, como todo el mundo, pero en líneas generales ahora estamos muchísimo mejor.

—Pero fue bueno mientras duró —dijo Charlie—. Éramos una especie de realeza, casi infalible, rodeada por un halo mágico. Esta tarde en el bar —carraspeó al darse cuenta de que había metido la pata— no encontré a ningún conocido.

Marion lo miró fijamente.

—Creía que los bares eran cosa del pasado.

—Me quedé sólo unos minutos. Bebo una copa todas las tardes, y nada más.

—¿No quieres un cóctel antes de la cena? —preguntó Lincoln.

—Sólo bebo una copa cada tarde, y por hoy ya está bien.

—Espero que te dure —dijo Marion.

Su disgusto se traslucía en la frialdad de su voz, pero Charlie se limitó a sonreír; tenía planes más importantes. La agresividad de Marion le daba cierta ventaja, y él no tenía ningún inconveniente en esperar. Quería que fueran ellos los que iniciaran la discusión del tema que, como todos sabían, lo había llevado a París.

Durante la cena no pudo terminar de decidir si Honoria se parecía más a él o a su madre. Sería una suerte que no hubiera heredado los rasgos de ambos que los habían llevado al desastre. Un hondo deseo de protegerla se adueñó de Charlie. Creía saber lo que tenía que hacer por ella. Creía en el carácter; quería retroceder una generación entera y volver a confiar en el carácter como un elemento eternamente valioso. Todo lo demás se estropeaba con el correr del tiempo.

Se fue casi inmediatamente después de la cena, pero no regresó a su hotel. Tenía curiosidad por ver París de noche con ojos más perspicaces y sensatos que los de otros tiempos. Compró una entrada para el Casino y vio a Josephine Baker ejecutando sus arabescos de chocolate.

Una hora después salió y fue hacia Montmartre; subió por Rue Pigalle hasta la Place Blanche. Había dejado de llover y algunas personas bien vestidas bajaban de los taxis frente a las puertas de los cabarets, y había cocottes haciendo la calle, solas o en pareja, y muchos negros. Pasó ante una puerta iluminada de la que salía música y se detuvo con una sensación de familiaridad; era el Bricktop, donde había derrochado tantas horas y tanto dinero. Unas puertas más allá descubrió otro de sus antiguos puntos de encuentro e, incauto, se asomó al interior. De pronto una enérgica orquesta empezó a tocar, una pareja de bailarines profesionales se levantó de un salto, y un maître d'hôtel se le fue encima gritando:

—¡Está por llegar un montón de gente, señor!

Pero Charlie se fue por donde había llegado.

“Ni ebrio ni dormido”, pensó.

El Zelli estaba cerrado, y sobre los inhóspitos y siniestros hoteles baratos de los alrededores reinaba la oscuridad; pero en la Rue Blanche había más luz y una multitud local y locuaz. La Cave aux Poètes había desaparecido, pero las dos inmensas fauces del Café du Ciel y el Café de L’Enfer seguían bostezando; incluso devoraron, bajo la atenta mirada de Charlie, el exiguo contenido de un ómnibus de turistas: un alemán, un japonés y una pareja de norteamericanos que lo miró con algo muy parecido al terror en los ojos.

Bravo por el entusiasmo y el candor de Montmartre. Todo lo que apuntaba al vicio y al despilfarro había quedado reducido a una escala absolutamente infantil; de repente, Charlie entendió el significado de la palabra “disipado”; disiparse en el aire: hacer que algo se convierta en nada. Trasladarse de un lugar a otro en las primeras horas de la madrugada supone un enorme esfuerzo y cada vez se paga más por el privilegio de moverse con mayor lentitud.

Recordó los billetes de mil francos que le había dado a una orquesta para que tocara una sola canción y los billetes de cien arrojados a un portero para que llamara a un taxi.

Pero no había sido a cambio de nada.

Esos billetes, incluso las cantidades más disparatadas, habían sido una ofrenda al destino para que le concediera el don de no recordar las cosas más dignas de ser recordadas, las cosas que ahora recordaría para siempre: haber perdido la custodia de su hija; la huida de su mujer, para acabar en una tumba en Vermont.

Bajo la luz que salía de una brasserie, una mujer le dijo algo. Charlie la invitó comer huevos revueltos y tomar café, y después, evitando su mirada alentadora, le dio un billete de veinte francos y tomó un taxi para volver a su hotel.

II

Se despertó en un espléndido día de otoño: un día perfecto para un partido de béisbol. La angustia del día anterior había desaparecido, y ahora le gustaba la gente que veía en la calle. Al mediodía estaba sentado con Honoria en Le Grand Vatel, el único restaurante de París que no le recordaba cenas con champagne y largos almuerzos que empezaban a las dos de la tarde y terminaban en crepúsculos nublados y borrosos.

—¿No te gusta la ensalada? ¿No deberías comer un poco de ensalada?

—Bueno, sí.

—Hay épinards y chou-fleur, carottes y haricots.

—Quiero chou-fleur.

—¿No preferirías dos ingredientes en la ensalada?

—Normalmente como uno solo en el almuerzo.

El camarero fingía sentir un extraordinario interés por los niños.

—Qu'elle est mignonne la petite! Elle parle exactement comme une française.

—¿Y qué vas a querer de postre? ¿O mejor esperamos?

El camarero desapareció. Honoria miró a su padre, expectante.

—¿Qué vamos a hacer?

—Primero iremos a la juguetería de la Rue Saint-Honoré y compraremos lo que quieras. Después iremos al vodevil en el Empire.

La niña titubeó.

—Me gustaría ir al vodevil, pero no a la juguetería.

—¿Por qué no?

—Porque ya me trajiste esta muñeca. —La había llevado con ella—. Y ya tengo muchas cosas. Y además ya no somos ricos, ¿no?

—Nunca fuimos ricos. Pero hoy puedes tener todo lo que quieras.

—Está bien —asintió la niña, resignada.

Cuando Honoria tenía a su madre y a su niñera francesa, Charlie tendía a ser estricto; ahora se mostraba generoso, procuraba ser más tolerante; tenía que ser padre y madre a la vez y mantener abiertas las vías de comunicación con su hija.

—Me gustaría conocerla —dijo poniéndose serio—. Permítame primero que me presente. Soy Charles J. Wales, de Praga.

—¡Pero papá! —Honoria no podía aguantar la risa.

—¿Y quién es usted, si es tan amable? —insistió Charlie, y la niña aceptó su papel inmediatamente:

—Honoria Wales, Rue Palatine, París.

—¿Casada o soltera?

—No, no estoy casada. Soltera.

Charlie señaló la muñeca.

—Pero veo que tiene una hija, madame.

No queriendo desheredar a la muñeca, Honoria la apretó contra su pecho y buscó una respuesta:

—Sí, estuve casada, pero ya no. Mi marido murió.

Charlie se apresuró a continuar:

—¿Cómo se llama la niña?

—Simone. Es el nombre de mi mejor amiga de la escuela.

—Me complace saber que le está yendo muy bien en la escuela.

—Este mes fui la tercera de la clase —alardeó—. Elsie —su prima— es la número dieciocho y Richard es uno de los últimos.

—Elsie y Richard te caen simpáticos, ¿verdad?

—Sí. A Richard lo quiero mucho… y a Elsie también.

Con cautela y aparentando no darle mucha importancia al asunto, Charlie preguntó:

—¿Y a quién quieres más, a la tía Marion o al tío Lincoln?

—Ah, creo que al tío Lincoln.

Charly cada vez era más consciente de la presencia de su hija. Al entrar en el restaurante los había acompañado un murmullo: "… adorable", y ahora la gente de la mesa vecina, cada vez que interrumpía sus conversaciones, la miraba como si fuera algo precioso y tan poco consciente de sí como una flor.

—¿Por qué no vivo contigo? —preguntó Honoria de repente—. ¿Es porque mamá murió?

—Debes quedarte aquí y aprender mejor el francés. A papá le resultaría muy difícil cuidarte tan bien.

—Pero ya no necesito que me cuiden. Hago las cosas sola.

A la salida del restaurante, un hombre y una mujer lo saludaron inesperadamente.

—¡Pero si es el amigo Wales!

—¡Hola! Lorraine… Dunc…

Eran fantasmas surgidos del pasado. Duncan Schaeffer, un amigo de la universidad. Lorraine Quarrles, una hermosa rubia lavada de

treinta años; una más del grupo que lo había ayudado, tres años atrás, a convertir los meses en días.

—Mi marido no pudo venir este año —dijo Lorraine, respondiendo a su pregunta—. Somos más pobres que las ratas. Así que me manda doscientos dólares al mes y dice que me las arregle como pueda… ¿Es tu hija?

—¿Por qué no te quedas otro rato y te sientas con nosotros en el restaurante? —preguntó Duncan.

—No puedo.

Se alegraba de tener una excusa. No dejaba de advertir el atractivo pasional, provocador, de Lorraine, pero ahora Charlie se movía a otro ritmo.

—¿Y si nos encontramos para cenar? —preguntó Lorraine.

—Tengo un compromiso. Dame tu dirección y te llamaré.

—Charlie, creo que estás sobrio —dijo Lorraine con aire solemne—. Sinceramente creo que está sobrio, Dunc. Por favor pellízcalo para ver si está sobrio.

Charlie señaló a Honoria con la cabeza. Los dos se rieron.

—¿Cuál es tu dirección? —preguntó Duncan, escéptico.

Charlie titubeó; no quería darles el nombre de su hotel.

—Todavía no tengo domicilio fijo. Ya los llamaré. Ahora estamos yendo al vodevil, en el Empire.

—¡Magnífico! Lo mismo pensaba hacer yo —dijo Lorraine—. Tengo ganas de ver payasos, acróbatas y malabaristas. Y eso vamos a hacer, Dunc.

—Pero antes tenemos que hacer algo —se excusó Charlie—. A lo mejor nos vemos en el teatro.

—Muy bien. Estás hecho un auténtico esnob… Adiós, bella niña.

—Adiós.

Honoria, haciendo gala de sus excelentes modales, se despidió con una reverencia.

Había sido un encuentro desagradable. Charlie les caía simpático porque trabajaba, porque era un tipo serio; lo buscaban porque ahora tenía más fuerza que ellos, porque en cierta medida querían alimentarse de su fortaleza.

En el Empire, Honoria se negó orgullosamente a sentarse sobre la chaqueta doblada de su padre. La niña ya tenía códigos propios, y a Charlie lo obsesionaba el deseo de inculcarle algo suyo antes de que su personalidad cristalizara del todo. Pero era imposible intentar conocerla en tan poco tiempo.

En el entreacto se encontraron con Duncan y Lorraine en el foyer, donde tocaba una orquesta.

—¿Nos tomamos una copa?

—De acuerdo, pero no en la barra. Mejor busquemos una mesa.

—El padre perfecto.

Mientras escuchaba, un poco distraído, lo que decía Lorraine, Charlie observó que la mirada de Honoria se apartaba de la mesa; la siguió pensativamente por el salón, preguntándose qué estaría mirando su pequeña hija. Y cuando sus miradas se encontraron, Honoria sonrió.

—Me gustó la limonada —dijo.

¿Qué habría querido decir? ¿Qué esperaba él que dijera? Ya de regreso en el taxi, Charlie la atrajo hacia sí hasta que la cabeza de Honoria descansó sobre su pecho.

—Hijita, ¿alguna vez piensas en tu madre?

—Sí, a veces —respondió vagamente.

—No quiero que la olvides. ¿Tienes alguna foto suya?

—Sí, creo que sí. De todas formas, tía Marion tiene una. ¿Por qué no quieres que la olvide?

—Porque tu madre te quería mucho.

—Yo también la quería.

Se quedaron callados un momento.

—Papá, quiero ir a vivir contigo —dijo de pronto.

El corazón de Charlie dio un vuelco. Así quería que fueran las cosas.

—¿No estás contenta?

—Sí, pero te quiero más que a nadie. Y tú me quieres más que a nadie, ¿verdad?… ahora que mamá está muerta.

—Por supuesto que sí. Pero no siempre me querrás a mí más que a nadie, hijita. Crecerás y conocerás a alguien de tu edad y te casarás con él y te olvidarás de que alguna vez tuviste un papá.

—Sí, es cierto —asintió, de lo más tranquila.

Charlie no entró en la casa. Volvería a las nueve y quería mantenerse despejado para lo que debía decirles.

—Cuando llegues a tu cuarto, asómate a la ventana.

—Está bien. Adiós, papi, papi, papi, papi.

Esperó en la calle oscura hasta que Honoria, cálida y luminosa, apareció en la ventana, y le tiró un beso con la punta de los dedos.

III

Lo estaban esperando. Sentada junto a la bandeja del café, Marion llevaba puesto un elegante y majestuoso vestido negro que casi

hacía pensar en el luto. Lincoln iba de un lado a otro de la sala, con la energía característica de quien lleva un buen rato hablando. Estaban tan ansiosos como él por abordar el tema. Charlie lo sacó a colación casi enseguida:

—Supongo que saben por qué vine a verlos, por qué vine a París.

Marion, que jugueteaba nerviosa con las estrellas negras de su collar, frunció el ceño.

—Tengo muchas ganas de tener un hogar —prosiguió Charlie—. Y tengo muchas ganas de que Honoria viva conmigo. Valoro muchísimo que, por amor a su madre, ustedes se hayan ocupado de Honoria. Pero las cosas han cambiado… —titubeó unos segundos, pero luego continuó con mayor decisión—. En lo que a mí respecta, han cambiado radicalmente, y quisiera pedirles que reconsideren el asunto. Sería una estupidez de mi parte negar que me comporté como un cretino durante tres años…

Marion lo miraba con dureza.

—… pero eso se terminó. Como les dije, hace más de un año que sólo bebo una copa al día, y la bebo deliberadamente, para que la idea del alcohol no adquiera en mi imaginación una importancia que en realidad no tiene. ¿Entienden lo que quiero decir?

—No —dijo Marion sucintamente.

—Es una especie de trampa que me tiendo a mí mismo para recordar la medida de las cosas.

—Te entiendo —dijo Lincoln—. No quieres olvidar que el alcohol te atrae.

—Algo así. A veces me olvido y no bebo. Pero siempre procuro beber una copa cada día. De todas maneras, en mi situación, no podría darme el lujo de beber. Las empresas a las que represento están más que satisfechas con mi trabajo y quiero traer a mi hermana desde Burlington para que se ocupe de la casa. Y, por sobre todas las cosas, quiero que Honoria viva conmigo. Ustedes saben que incluso cuando su madre y yo estábamos en nuestro peor

momento, jamás permitimos que nada de lo que sucedía entre nosotros afectara a Honoria. Sé que me quiere y sé que soy capaz de cuidarla y… Bueno, eso es todo. ¿Qué piensan?

Charlie era consciente de que ahora le tocaba recibir los golpes. La situación podía prolongarse una o dos horas, y sería difícil, pero si apaciguaba su lógico resentimiento y adoptaba la actitud sumisa del pecador arrepentido, finalmente lograría imponer su punto de vista.

"Domínate —se dijo—. No necesitas justificarte. Amas a Honoria."

Lincoln fue el primero en hablar:

—Venimos hablando del asunto desde que recibimos tu carta el mes pasado. Estamos muy contentos de que Honoria viva con nosotros. Es una criatura adorable, y nos alegra mucho poder ayudarla; pero por supuesto que no se trata de eso…

Marion lo interrumpió de pronto.

—¿Cuánto tiempo aguantarás sin beber, Charlie? —preguntó.

—Espero que para siempre.

—¿Y quién va a creerte?

—Ustedes saben que nunca bebí demasiado hasta que dejé los negocios y vine aquí sin tener nada para hacer. Después Helen y yo empezamos a salir con toda clase de…

—Por favor, no metas a Helen en esto. No soporto que digas esas cosas acerca de ella.

Charlie la miró con severidad; nunca había estado seguro del cariño entre las dos hermanas mientras Helen estaba viva.

—Bebí sólo durante un año y medio: desde que llegamos hasta que… me derrumbé.

—Demasiado tiempo.

—Demasiado tiempo —admitió Charlie.

—Lo hago sólo por Helen —dijo Marion—. Trato de imaginar qué le gustaría que hiciera. Te lo digo con toda franqueza: desde la noche en que hiciste eso tan horrible, dejaste de existir para mí. No puedo evitarlo. Helen era mi hermana.

—Sí.

—Cuando se estaba muriendo, me pidió que me ocupara de Honoria. Si no hubieras estado internado en un loquero, las cosas habrían sido más fáciles.

Charlie no tenía respuesta.

—Jamás podré olvidar la mañana en que Helen llamó a mi puerta, empapada hasta los huesos y tiritando, y me dijo que habías cerrado la puerta con llave y no la habías dejado entrar.

Charlie aferró los brazos del sillón. Era más difícil de lo que esperaba; hubiera querido protestar, demorarse en largas explicaciones, pero sólo dijo:

—La noche que le cerré la puerta…

Marion lo interrumpió:

—No pienso volver a tocar el tema.

Tras un momento de silencio, Lincoln dijo:

—Nos estamos yendo por las ramas. Quieres que Marion renuncie a su derecho a la custodia y te entregue a Honoria. Yo creo que lo importante es saber si mi esposa puede confiar o no en ti.

—No culpo a Marion —dijo Charlie, sin perder la calma—, pero creo que puede tener absoluta confianza en mí. Hasta hace tres años, mi reputación era intachable. Por supuesto que puedo fallar o equivocarme en cualquier momento: soy humano. Pero si esperamos más tiempo me perderé la niñez de Honoria y la oportunidad de tener un hogar. —Negó con la cabeza—. Perdería a Honoria, ni más ni menos, ¿no se dan cuenta?

—Sí que me doy cuenta —dijo Lincoln.

— ¿Y por qué no lo pensaste antes? —quiso saber Marion.

—Supongo que lo pensé, alguna que otra vez, pero Helen y yo nos estábamos llevando muy mal. Cuando acepté concederle la custodia pasaba los días acostado boca arriba en el loquero y había perdido hasta el último centavo en la Bolsa. Sabía que había actuado mal y hubiera aceptado cualquier cosa con tal de devolverle la paz a Helen. Pero ahora es distinto. Estoy trabajando, me estoy portando endemoniadamente bien, así que…

—Te agradecería que no utilizaras ese lenguaje en mi presencia.

Charlie la miró estupefacto. Cada vez que Marion hablaba, la intensidad de su antipatía hacia él se volvía más evidente. Con su miedo a la vida, Marion había construido un muro que ahora levantaba frente a Charlie. Ese reproche trivial era probablemente el resultado de un entredicho con la cocinera unas horas antes. La posibilidad de dejar a Honoria en esa atmósfera de hostilidad hacia él le resultaba cada vez más preocupante; tarde o temprano saldría a relucir, en cualquier frase, en un ademán, y algo de esa desconfianza echaría raíces irrevocablemente en su hija. Procuró que su cara no revelara sus emociones y se las guardó; había ganado un punto porque Lincoln se dio cuenta de lo absurdo del comentario de Marion y le preguntó a su esposa, despreocupadamente, desde cuándo le molestaba la palabra “endemoniado”.

—Otra cosa —dijo Charlie—. Estoy en condiciones de asegurarle a Honoria ciertas ventajas. Llevaré una institutriz francesa a Praga. Alquilé un nuevo departamento y…

Dejó de hablar: era evidente que había metido la pata. Era impensable que sus cuñados aceptaran con ecuanimidad el hecho de que él ganara, de nuevo, más del doble que ellos.

—Supongo que puedes ofrecerle más lujos que nosotros —dijo Marion—. Cuando te dedicabas a despilfarrar fortunas, nosotros teníamos que cuidar cada moneda de diez francos… Y doy por sentado que volverás a hacer lo mismo.

—No, para nada. Ya aprendí la lección. Sabes que trabajé con todas

mis fuerzas durante diez años, hasta que tuve suerte en la Bolsa, como tantos otros. Muchísima suerte. Entonces no tenía sentido seguir trabajando y renuncié. No volverá a ocurrir.

Hubo un largo silencio. Todos tenían los nervios crispados y por primera vez desde hacía más de un año Charlie sintió necesidad de beber. Ahora estaba seguro de que Lincoln Peters deseaba que recuperara a su hija.

De repente, Marion se estremeció. Se daba cuenta de que ahora Charlie tenía los pies sobre la tierra y su instinto maternal reconocía que su deseo de convivir con su hija era perfectamente natural; pero había vivido demasiado tiempo con un prejuicio: un prejuicio basado en una extraña desconfianza en la posibilidad de que su hermana fuera feliz, y que, después de una noche terrible, se había transformado en odio contra Charlie. Todo había sucedido en un período de su vida en que, presa del desánimo que le producían su mala salud y las circunstancias adversas, necesitaba creer en una maldad y un malvado tangibles.

—Me resulta imposible pensar de otra manera —exclamó de repente—. No sé hasta qué punto fuiste responsable de la muerte de Helen. Es algo que tendrás que arreglar con tu propia conciencia.

Charlie sintió una punzada de dolor, como una corriente eléctrica; estuvo a punto de levantarse, y una palabra impronunciable se formó en su garganta. Tuvo que dominarse un instante, un instante más.

—Basta —dijo Lincoln, incómodo—. Yo nunca pensé que fueras responsable de eso.

—Helen murió por problemas del corazón —dijo Charlie, sin fuerzas.

—Sí, problemas del corazón —dijo Marion, como si la frase tuviera otro significado para ella.

Entonces, en el instante vacío que siguió a su arrebato, Marion vio con claridad que Charlie había conseguido dominar la situación. Miró a su marido y comprendió que no iba a ayudarla; y de pronto,

como si el asunto ya no tuviera ninguna importancia, tiró la toalla.

—Haz lo que te parezca —exclamó, levantándose—. Es tu hija. Yo no tengo ningún derecho a interponerme en tu camino. Creo que si Honoria fuera mi hija preferiría verla… —Consiguió frenarse a tiempo—. Decídanlo ustedes. No aguanto más. Me siento mal. Me voy a la cama.

Salió corriendo de la habitación y un momento después Lincoln dijo:

—Fue un día muy difícil para ella. Ya sabes lo testaruda que es… —Parecía estar pidiendo disculpas—. Cuando a una mujer se le mete una idea en la cabeza…

—Ya lo sé.

—Todo saldrá bien. Creo que Marion sabe que estás en condiciones de mantener a la niña, así que no tenemos por qué interponernos en tu camino ni en el de Honoria.

—Gracias, Lincoln.

—Será mejor que vaya a ver cómo está Marion.

—Ya me voy.

Todavía temblaba cuando llegó a la calle, pero el paseo por la Rue Bonaparte hasta el Sena lo tranquilizó. Y al cruzar el río, siempre renovado bajo la luz de los faroles del muelle, se sintió exultante. Pero, ya en su habitación, no podía dormir. La imagen de Helen lo obsesionaba. Helen, a la que tanto había amado, hasta que los dos habían empezado a abusar de su amor insensatamente, hasta hacerlo pedazos. Aquella terrible noche de febrero que Marion recordaba tan vívidamente, la pelea se había prolongado durante horas. Charlie recordaba la escena en el Florida y también recordaba que, cuando intentó llevarla a casa, Helen había besado al joven Webb, que estaba en otra mesa; y recordaba lo que Helen, histérica, le había dicho. Cuando volvió a la casa solo, furioso, trabó la puerta. ¿Cómo hubiera podido imaginar que llegaría una hora más tarde, sola, y que habría una tormenta de nieve, y que Helen

andaría por ahí en zapatos de baile, demasiado embotada para encontrar un taxi? Y recordaba las consecuencias: que Helen se había salvado de una neumonía por milagro y todo el horror que eso trajo consigo. Se "reconciliaron", pero fue el principio del fin. Y Marion, que lo había visto todo con sus propios ojos e imaginaba que aquella sólo había sido una de las muchas escenas del martirio de su hermana, nunca lo olvidó.

Los recuerdos le devolvieron a Helen. Y bajo esa luz blanca y suave que, cuando empieza a amanecer, envuelve poco a poco a los que están casi dormidos, se descubrió hablando nuevamente con ella. Helen le decía que tenía razón respecto de Honoria y que deseaba que Honoria viviera con él. Dijo que se alegraba de que fuera bueno y le fuera bien. Le dijo muchas cosas más, todas amistosas; pero estaba sentada en una hamaca, vestida de blanco, y se hamacaba cada vez más rápido, así que no pudo oír con claridad lo que Helen le decía.

IV

Despertó sintiéndose feliz. El mundo volvía a abrirle sus puertas. Hizo planes, imaginó un futuro para Honoria y para él, y de repente se puso triste recordando los planes que había hecho con Helen. Ella no había planeado morir. Lo importante era el presente: el trabajo por hacer y alguien a quien amar. Pero no amar demasiado, porque sabía el daño que un padre puede hacerle a una hija, o una madre a un hijo, si los ama demasiado: más tarde, ya inmerso en el mundo, el hijo buscaría en su pareja la misma ternura ciega, y al no poder encontrarla, se rebelaría contra el amor y contra la vida.

Era otro día radiante y diáfano. Charlie llamó a Lincoln Peters al banco donde trabajaba y le preguntó si Honoria podría acompañarlo cuando regresara a Praga. Lincoln estuvo de acuerdo en que no había ningún motivo para postergar las cosas. Sólo quedaba una cuestión pendiente: el derecho a la custodia. Marion quería conservarlo durante un tiempo. Estaba muy molesta con la situación, pero si tenía la certeza de conservar el control durante un

año más se quedaría tranquila. Charlie aceptó: lo único que quería era recuperar a su hija, tangible y visible.

También estaba la cuestión de la institutriz. Charlie pasó un buen rato en una agencia lóbrega hablando primero con una bearnesa malhumorada y después con una robusta campesina bretona, a ninguna de las cuales habría podido soportar más de dos segundos. Al día siguiente entrevistaría a otras candidatas.

Almorzó con Lincoln Peters en Griffons, intentando disimular su alegría.

—No hay nada comparable a un hijo —dijo Lincoln—. Pero seguramente comprenderás cómo se siente Marion.

—Marion olvidó todo lo que trabajé durante siete años —dijo Charlie—. Sólo recuerda una noche.

—Eso es otra cosa —balbuceó Lincoln—. Mientras Helen y tú despilfarraban fortunas por toda Europa, nosotros luchábamos por salir adelante. No sé lo que es ser rico, nunca he ganado lo suficiente para permitirme ningún lujo. Creo que Marion pensaba que era una injusticia: tú habías dejado de trabajar y, sin embargo, eras cada vez más rico.

—El dinero se fue tan rápido como vino —dijo Charlie.

—Sí, y buena parte fue a parar a manos de los chasseurs y los saxofonistas y los maîtres d'hôtel… Pero bueno, la fiesta terminó. Sólo dije lo que dije para explicarte cómo se siente Marion cuando recuerda esos años de locura. Si pasas por casa esta tarde, alrededor de las seis, antes de que ella esté demasiado cansada, acordaremos los últimos detalles.

De vuelta en el hotel, Charlie encontró un mensaje que le habían enviado desde el bar del Ritz, donde había dejado su dirección con la esperanza de encontrar a un viejo conocido.

Querido Charlie:

Estabas tan raro cuando nos vimos el otro día que me pregunté si habría hecho algo que te ofendiera. De ser así, no me di cuenta. La verdad es que el año pasado te recordé mucho, y siempre abrigué la esperanza de que volviéramos a vernos cuando yo regresara a París. Lo pasamos muy bien durante aquella primavera loca, como la noche que le robamos el triciclo de reparto al carnicero o la vez que intentamos hablar por teléfono con el presidente, cuando tenías la costumbre de usar bombín y bastón. Todos parecen haber envejecido últimamente, pero yo no me siento ni un día más vieja. ¿No podríamos vernos hoy mismo en honor a los viejos tiempos? Ahora tengo una resaca espeluznante. Pero me sentiré mucho mejor esta tarde y te esperaré a eso de las cinco en el Ritz.

Siempre tuya,

Lorraine

La primera sensación de Charlie fue de espanto por haber robado, siendo ya un adulto, un triciclo de reparto para pedalear como un loco, con Lorraine a bordo, por la Place de l'Étoile, hasta las primeras horas de la madrugada. En retrospectiva, era una pesadilla. Haberle cerrado la puerta a Helen no condecía con ningún otro acto de su vida, pero el incidente del triciclo sí: era uno entre muchos. ¿Cuántas semanas o meses de disipación se habían necesitado para llegar a ese extremo de absoluta irresponsabilidad?

Intentó recordar qué imagen tenía de Lorraine en aquella época: le parecía una mujer muy atractiva; a Helen no le gustó, pero no dijo nada. Sin embargo ahora, apenas veinticuatro horas atrás, en el restaurante, Lorraine le había parecido vulgar, ajada, estropeada. No tenía ganas de verla y se alegraba de que Alix no le hubiera dado la dirección de su hotel. En cambio, era un alivio pensar en Honoria, imaginar los domingos dedicados a ella, y darle los buenos días y saber que pasaba la noche en casa y respiraba en la oscuridad de su habitación.

A las cinco tomó un taxi y fue a comprar regalos para todos los Peters: una graciosa muñeca de trapo, una caja de soldados de plomo, flores para Marion, pañuelos de lino para Lincoln.

Cuando llegó al departamento, vio que Marion había aceptado lo inevitable. Lo recibió como si fuera un pariente recalcitrante y no como una amenaza ajena a la familia. Ya le habían dicho a Honoria que se iba; Charlie disfrutó al ver que su hija, con tacto innato, procuraba disimular su alegría excesiva. Pero después, sentada en sus rodillas, le confesó en voz baja lo contenta que estaba y le preguntó "cuándo se irían", antes de volver a jugar con sus primos.

Marion y Charlie quedaron solos un instante y, dejándose llevar por un impulso, él se atrevió a decirle:

—Las peleas de familia son muy amargas. No respetan ninguna regla. No son como el dolor ni como las ofensas: son como esas llagas que no se curan por falta de tejido. Me gustaría que nosotros dos nos lleváramos mejor.

—Algunas cosas son difíciles de olvidar —contestó Marion—. Es una cuestión de confianza.

Y al ver que Charlie no contestaba, preguntó:

—¿Cuándo piensas llevártela?

—En cuanto consiga una institutriz. Pasado mañana, espero.

—Es imposible. Tengo que preparar sus cosas. Antes del sábado es imposible.

Charlie cedió. Lincoln, que acababa de volver a la sala, le ofreció una copa.

—Bueno, me tomaré mi whisky diario —dijo Charlie.

Hacía calor, era un hogar, la gente estaba reunida junto al fuego. Los niños se sentían seguros e importantes; la madre y el padre eran serios y los cuidaban. Tenían cosas que hacer por sus hijos, cosas que eran mucho más importantes que la visita de Charlie. Una cucharada de jarabe era, después de todo, más importante que sus tensas relaciones con Marion. Ni Marion ni Lincoln eran estúpidos, pero estaban demasiado condicionados por la vida y las circunstancias. Charlie se preguntó si no podría hacer algo para liberar a Lincoln de la rutina del banco.

Sonó un timbrazo largo; la bonne à tout faire cruzó la sala y desapareció en el pasillo. La puerta principal se abrió después de otro largo timbrazo, se oyeron voces y los tres miraron expectantes la puerta de la sala. Lincoln se movió de lugar para tener una visión despejada del pasillo y Marion se levantó. La mucama volvió, seguida de cerca por dos voces que resultaron pertenecer a Duncan Schaeffer y Lorraine Quarrles.

Estaban contentos, estaban alegres, estaban muertos de risa. Por unos segundos, Charlie quedó estupefacto: no entendía cómo habían hecho para conseguir la dirección de los Peters.

—Ajá. —Duncan agitaba el dedo con picardía en dirección a Charlie —. Ajá.

Duncan y Lorraine no podían parar de reírse. Nervioso, sin saber qué hacer, Charlie les estrechó la mano e hizo las presentaciones de rigor. Marion los saludó con una inclinación de cabeza y apenas abrió la boca. Retrocedió hacia el hogar; su hijita estaba cerca y Marion le puso el brazo sobre el hombro.

Cada vez más disgustado por la intromisión, Charlie esperaba que los recién llegados le dieran una explicación. Después de pensarlo un poco, Duncan dijo:

—Vinimos a invitarte a cenar. Lorraine y yo estamos hartos de tantos rodeos y secretos sobre tu lugar de residencia.

Charlie se acercó a ellos, como empujándolos hacia el pasillo.

—Lo siento, pero no puedo. Díganme dónde van a estar y los llamaré por teléfono dentro de media hora.

No se inmutaron. Lorraine se sentó en el brazo de un sillón y, concentrando toda su atención en Richard, exclamó:

—¡Pero qué niño tan lindo! ¡Ven aquí, precioso!

Richard miró a su madre y no se movió. Lorraine se encogió de hombros ostensiblemente y volvió a dirigirse a Charlie:

—Ven a cenar con nosotros. Estoy segura de que tus primos no se

van a enojar. Te veo tan poco… Y siempre estás tan serio.

—No puedo —respondió Charlie, cortante—. Cenen ustedes, dentro de un rato los llamaré por teléfono.

La voz de Lorraine se volvió desagradable:

—Bueno, nos vamos. Pero no olvides que una noche aporreaste mi puerta a las cuatro de la madrugada y yo tuve el suficiente sentido del humor para servirte un trago. Vámonos, Dunc.

En cámara lenta, con expresión irritada y paso inseguro se fueron por el pasillo.

—Buenas noches —dijo Charlie.

—¡Buenas noches! —respondió Lorraine cargando las tintas.

Cuando Charlie volvió a la sala, Marion no se había movido; pero ahora protegía a su hijo con el otro brazo. Lincoln seguía meciendo a Honoria de un lado a otro, como un péndulo.

—¡Qué despropósito! —estalló Charlie—. ¡Un verdadero despropósito!

Ni Marion ni Lincoln respondieron. Charlie se dejó caer en el sillón, tomó el vaso, volvió a dejarlo, y dijo:

—Gente a la que no veo desde hace dos años y tiene la increíble desfachatez de…

Se interrumpió de pronto. Marion dejó escapar un “oh” —una exhalación ahogada, de rabia contenida—, le dio la espalda y se fue.

Lincoln dejó a Honoria en el suelo con cuidado.

—Niños, vayan a tomar la sopa —dijo.

Cuando los niños obedecieron, se dirigió a Charlie:

—Marion no está bien y no soporta los sobresaltos. Esa clase de

gente la hace sentirse físicamente mal.

—Yo no les dije que vinieran. Le habrán sonsacado la dirección a alguien. Deliberadamente han…

—Bueno, es una lástima. Esto no facilita las cosas. Discúlpame un momento.

Cuando Lincoln lo dejó solo, Charlie permaneció en su silla, tenso. Escuchaba comer a los niños en el cuarto de al lado: hablaban con monosílabos y ya habían olvidado la escena de los mayores. Escuchó el murmullo de una conversación en otro cuarto, más lejos, y el ruido de un teléfono al ser descolgado. Aterrorizado, cambió de silla para no escuchar nada más.

Lincoln volvió casi enseguida.

—Charlie, creo que dejaremos la cena para otra noche. Marion no se siente bien.

—¿Está enojada conmigo?

—Más o menos —dijo Lincoln, casi de mala manera—. No es una mujer fuerte y…

—¿Quieres decir que cambió de opinión sobre Honoria?

—Ahora está muy alterada. No sé. Llámame al banco mañana.

—Me gustaría que le explicaras que en ningún momento se me pasó por la cabeza traer a esa gente a esta casa. Estoy tan ofendido como ustedes.

—En este momento no puedo explicarle nada.

Charlie se levantó de la silla. Tomó su chaqueta y su sombrero y atravesó el pasillo. Abrió la puerta del comedor y dijo con una voz rara:

—Buenas noches, niños.

Honoria se levantó y corrió a abrazarlo.

—Buenas noches, preciosa —dijo ensimismado. Y luego, intentando poner más ternura en la voz, como queriendo arreglar algo, agregó —: Buenas noches, queridos niños.

V

Charlie fue directamente al bar del Ritz con la idea furibunda de encontrar a Lorraine y Duncan; pero no estaban allí y se dio cuenta de que, en cualquier caso, no había nada que hacer. No había tocado el vaso en casa de los Peters y pidió un whisky con soda. Paul se acercó a saludarlo.

—Todo ha cambiado mucho —dijo con tristeza—. Ahora el negocio no es ni la mitad de lo que era. Me dijeron que muchos de los que volvieron a los Estados Unidos perdieron todo, si no en la primera caída de la Bolsa, en la segunda. Supe que su amigo George Hardt perdió hasta el último centavo. ¿Usted ha vuelto a los Estados Unidos?

—No, tengo negocios en Praga.

—Me dijeron que perdió una fortuna cuando cayó la Bolsa.

—Sí —Charlie asintió con amargura—, pero también perdí lo que más quería cuando subió.

—¿Vendiendo a precio bajo?

—Algo así.

El recuerdo de esos días volvió a apoderarse de Charlie como una pesadilla: la gente que había conocido viajando con Helen, y la gente que era incapaz de hacer una suma o pronunciar una frase coherente. El hombrecito con quien Helen había aceptado bailar en la fiesta del barco y que después la había insultado a conveniente distancia de la mesa; las mujeres y las chicas sacadas a la rastra de los establecimientos públicos, gritando, borrachas o drogadas… Los

hombres que dejaban a sus mujeres en la calle, bajo la nieve, porque la nieve de 1929 no era nieve de verdad. Si uno no quería que fuera nieve, bastaba con pagar lo necesario.

Levantó el teléfono y llamó al departamento de los Peters; atendió Lincoln.

—Llamé porque no puedo sacarme este asunto de la cabeza. ¿Marion dijo algo definitivo?

—Marion está enferma —respondió Lincoln, cortante—. Ya sé que no tienes toda la culpa, pero no puedo permitir que esto la destroce. Temo que tendremos que aplazarlo seis meses, no puedo arriesgarme a que mi esposa vuelva a quedar en este estado.

—Comprendo.

—Lo siento, Charlie.

Volvió a su mesa. El vaso de whisky estaba vacío, pero Charlie negó con la cabeza cuando Alix lo miró interrogante. Ya no le quedaba mucho por hacer, excepto enviarle algunas cosas a Honoria; sí, mañana le enviaría un montón de cosas. Pensó con enojo que sólo se trataba de dinero: le había dado dinero a tanta gente…

—No, no quiero más —le dijo a otro camarero—. ¿Cuánto le debo?

Algún día volvería; no podían condenarlo a pagar sus deudas eternamente. Quería a su hija, y al margen de eso ninguna otra cosa le importaba. Ya no era joven, ya no tenía sueños ni ideas prodigiosas acerca de sí mismo. Estaba totalmente seguro de que Helen no hubiera querido que estuviese tan solo.

El Crack-Up

Febrero de 1936

Toda vida es un proceso de demolición, por supuesto; pero los golpes que llevan a cabo la parte drástica, dramática de la tarea —los grandes golpes imprevistos que vienen, o parecen venir, desde afuera—, los que uno recuerda y de los que culpa a las cosas y acerca de los cuales, en momentos de debilidad, habla con sus amigos, no causan un efecto inmediato. Hay otro tipo de golpe que viene de adentro, que no se nota hasta que es demasiado tarde para hacer algo al respecto, hasta que uno se da cuenta categóricamente de que, en cierto sentido, nunca volverá a ser un hombre tan bueno como antes. El primer tipo de demolición ocurre rápido; el segundo pasa casi inadvertido, pero su percepción es repentina.

Antes de proseguir con este relato, quisiera hacer una observación general: la prueba de una inteligencia superior es la capacidad de retener dos ideas opuestas al mismo tiempo y seguir conservando la capacidad de actuar. Uno debería, por ejemplo, ser capaz de ver que las cosas son irremediables y sin embargo estar decidido a hacer que sean de otro modo. Esta filosofía era afín a los comienzos de mi vida adulta, cuando vi hacerse realidad lo improbable, lo inverosímil, muchas veces lo "imposible". La vida era algo que uno dominaba si tenía dotes para hacerlo. La vida se rendía fácilmente ante la inteligencia y el esfuerzo, o ante el porcentaje que se pudiera reunir de ambas cosas. Parecía romántico ser un escritor exitoso, uno nunca sería tan famoso como una estrella de cine, pero la poca o mucha notoriedad que lograra probablemente sería más duradera; uno nunca tendría el poder de un hombre de fuertes convicciones políticas o religiosas, pero indudablemente sería más independiente. Desde luego, en la práctica de su profesión, uno estaría permanentemente insatisfecho… pero, por mi parte, yo no

habría elegido ninguna otra.

Mientras transcurrían los años veinte, con mis propios veinte marchando un poco por delante de ellos, mis dos pesares juveniles —no ser lo bastante corpulento (o lo bastante bueno) para jugar al béisbol en la universidad y no haber sido enviado a Europa durante la guerra— se resolvieron en ensueños pueriles de heroísmo imaginario que al menos me ayudaban a dormir en mis noches de insomnio. Los grandes problemas de la vida parecían solucionarse por sí solos, y si solucionarlos era difícil, el cansancio impedía pensar en problemas más generales.

La vida, hace diez años, era en gran medida una cuestión personal. Uno debía mantener el equilibrio entre la futilidad de todo esfuerzo y la necesidad de luchar, entre la convicción de la inevitabilidad del fracaso y, no obstante, la decisión de "triunfar"; y más que esto, la contradicción entre la melancólica influencia del pasado y las elevadas intenciones del futuro. Si lograba hacer esto en medio de los males corrientes —domésticos, profesionales y personales—, el ego continuaría volando como una flecha disparada desde la nada hacia la nada con tanta fuerza que sólo la gravedad podría hacerla caer.

Durante diecisiete años, con un año de ocio y descanso deliberado en el medio, las cosas siguieron así, con la única perspectiva agradable de una nueva tarea para el día siguiente. Llevaba una vida esforzada, pero también: "Con llegar a los cuarenta y nueve me alcanza y sobra", decía. "Puedo contar con eso. Es todo lo que puede pedir un hombre que ha llevado la vida que yo llevé."

… Y entonces, diez años antes de los cuarenta y nueve, de pronto comprendí que me había desmoronado prematuramente.

II

Ahora bien, un hombre puede derrumbarse de muchas maneras: puede derrumbarse mentalmente, en cuyo caso los otros empiezan a

decidir por uno; o físicamente, cuando no queda otra alternativa que someterse al blanco mundo del hospital; o a causa de los nervios. William Seabrook en un libro nada simpático cuenta, con cierto orgullo y un final de película, cómo se convirtió en una carga pública. Lo que lo llevó al alcoholismo, o tuvo relación con eso, fue el derrumbe de su sistema nervioso. Aunque quien esto escribe no estaba tan enredado —en esa época llevaba seis meses sin probar siquiera un vaso de cerveza—, estaba perdiendo los reflejos nerviosos… por exceso de rabia y exceso de lágrimas.

Es más, retomando mi tesis de que la vida emprende una ofensiva variable, la conciencia del derrumbe no fue simultánea con un duro golpe sino con un período de estancamiento.

Poco tiempo antes había consultado a un gran médico y escuchado un diagnóstico de extrema gravedad. Con lo que, en retrospectiva, parece una actitud ecuánime, yo había seguido con mis cosas en la ciudad donde residía, sin darle demasiada importancia al asunto, sin pensar en lo mucho que había dejado por hacer o en lo que pasaría con mis responsabilidades pendientes, como hace la gente en los libros. Estaba bien cubierto y, en todo caso, había sido un mediocre cuidador de la mayoría de las cosas que el destino había puesto en mis manos, incluido mi talento.

Pero tuve la intuición súbita y poderosa de que debía estar solo. No quería ver a nadie. Había visto mucha gente en mi vida —yo era medianamente sociable— y tenía una fuerte tendencia a identificarme a mí mismo, a mis ideas, a mi destino, con todos aquellos con quienes entraba en contacto. Siempre estaba salvando a alguien o siendo salvado: en una sola mañana era capaz de pasar por todas las emociones que habrá sentido Wellington en Waterloo. Vivía en un mundo de enemigos inescrutables y de inalienables amigos y simpatizantes.

Pero ahora quería estar absolutamente solo y me las arreglé para aislarme parcialmente de mis ocupaciones habituales.

No fue una época desdichada. Me fui lejos, donde había menos gente. Descubrí que estaba mortalmente cansado. Podía estar acostado —y me alegraba hacerlo—, durmiendo o dormitando, en ocasiones hasta veinte horas diarias, y en los intervalos me imponía

la obligación de no pensar; en cambio, hacía listas; hacía listas y las rompía, cientos de listas: de jefes de caballería y de jugadores de béisbol y de ciudades, y de canciones populares y de pitchers, y de tiempos felices y aficiones y casas donde viví, y de cuántos trajes había tenido desde que dejé el ejército y de los pares de zapatos (no contaba el traje que compré en Sorrento y se encogió, ni los zapatos de vestir y la camisa de cuello duro que llevé de un lado a otro durante años y que jamás usé, porque los zapatos se humedecieron y se cuartearon y la camisa de cuello duro se puso amarilla y apestaba a almidón). Y listas de las mujeres que me gustaron, y de las veces que me había dejado desairar por personas que no eran mejores que yo, ni en carácter ni en capacidad.

… Y entonces, de repente, sorpresivamente, mejoré.

… Y me rompí como un plato viejo al enterarme de la buena nueva.

Ese es el verdadero final de este relato. Lo que había para hacer tendría que apoyarse en lo que solemos llamar la "matriz del tiempo". Baste decir que después de una hora abrazando la almohada en la más absoluta soledad, empecé a comprender que durante dos años mi vida había sido un despilfarro de recursos que de hecho no poseía, que me había hipotecado física y espiritualmente hasta el límite. ¿Qué era el pequeño don de la vida que se me devolvía en comparación con eso? Yo, que en mis buenos tiempos me enorgullecía de estar orientado y confiaba en la independencia permanente…

Me di cuenta de que en esos dos años, con la intención de preservar algo —quizá una especie de sosiego interior, quizá no—, me había apartado de todas las cosas que amaba; que cada acto de la vida, desde lavarme los dientes por la mañana hasta cenar con un amigo, se había convertido en un esfuerzo casi irremontable para mí. Comprendí que durante demasiado tiempo no me habían gustado las personas ni las cosas, y sin embargo había cultivado la débil y antigua pretensión de que me agradaban. Incluso comprendí que mi amor por los más íntimos se había convertido en un intento de amar, y que mis relaciones casuales —con un editor, un vendedor de tabaco, el hijo de un amigo— eran solamente lo que yo recordaba, de otros tiempos, que debían ser. En un mismo mes llegaron a molestarme cosas tales como el sonido de la radio, las

publicidades de las revistas, el chirrido del ferrocarril, el silencio muerto del campo; despreciaba la ternura humana y (aunque en secreto) sentía hostilidad hacia el esfuerzo; odiaba la noche cuando no podía dormir y odiaba el día porque era el camino inevitable hacia la noche. Dormía sobre el lado del corazón porque sabía que cuanto más pronto lo cansara, aunque fuera un poco, más pronto llegaría esa bendita hora de la pesadilla que, como una catarsis, me permitiría afrontar mejor el nuevo día.

Había ciertos lugares, ciertas caras que aún podía mirar. Como la mayoría de los nativos del Medio Oeste, mis prejuicios raciales eran bastante indefinidos, y siempre había sentido una inclinación secreta hacia las encantadoras rubias escandinavas que se sentaban en los porches de Saint Paul pero que no habían ascendido económicamente lo suficiente para formar parte de la "alta sociedad" de la época. Eran demasiado lindas para ser "accesibles" y abandonaban demasiado rápido el campo para ocupar un lugar bajo el sol; pero recuerdo haber dado más de una vuelta a la manzana sólo para ver una ráfaga de sus cabellos relucientes: el fulgor repentino de una chica a la que nunca iba a conocer. Pero esto es pura perorata urbana. Ignora el hecho de que, en aquellos últimos días, no podía soportar la visión de celtas, ingleses, políticos, extranjeros, virginianos, negros (claros ni oscuros), cazadores, empleados de comercio y clase media en general, todo tipo de escritores (evitaba con muchísimo cuidado a los escritores, porque son capaces de perpetuar los problemas como nadie), y de todas las clases en cuanto clases, y de la mayoría de las personas en cuanto miembros de su clase…

Aunque sólo fuera para aferrarme a algo, me agradaban los médicos y las niñas de hasta aproximadamente trece años y los niños bien educados de ocho años en adelante. Encontraba paz y felicidad relacionándome con estas pocas categorías de personas. Olvidé agregar que me agradaban los hombres viejos: hombres de más de setenta años, a veces incluso de más de sesenta si sus rostros estaban trabajados por el tiempo. Me gustaba la cara de Katharine Hepburn en la pantalla, sin importarme lo que se decía de su pretenciosidad, y también la cara de Miriam Hopkin, y los viejos amigos si los veía sólo una vez al año y podía recordar sus fantasmas.

Todo bastante inhumano y paupérrimo, ¿verdad? Bueno, muchachos, ese es el auténtico síntoma del desmoronamiento.

No es un cuadro agradable. Inevitablemente fue llevado de acá para allá dentro del marco y expuesto ante diversos críticos. Uno de ellos sólo puede ser descripto como una persona cuya vida hace que las vidas de los demás parezcan muertas, incluso esta vez, cuando tuvo que interpretar el inusualmente poco atractivo papel de consolar a Job. A pesar de que esta historia ya terminó, permítaseme añadir nuestra conversación a manera de posfacio:

—En vez de sentir tanta pena por ti mismo, escucha —me dijo. (Ella siempre dice "escucha" porque piensa mientras habla, piensa de verdad.) Entonces dijo—: Escucha. Supongamos que no fuiste tú el que se desmoronó… Supongamos que hubo un desmoronamiento en el Gran Cañón.

—¡El que se desmoronó fui yo! —dije heroicamente.

—¡Escucha! El mundo sólo existe en tus ojos… es la idea que tienes de él. Puedes hacerlo tan grande o tan pequeño como quieras. Y estás haciendo lo imposible por ser un individuo pequeño e insignificante. ¡Por Dios, si alguna vez me desmorono, quiero que el mundo se desmorone conmigo! ¡Escucha! El mundo sólo existe en tus ojos, así como lo ves, por eso conviene decir que no eres tú quien se desmorona, sino el Gran Cañón.

—Nena, ¿ya te tragaste todo Spinoza?

—No sé nada de Spinoza. Lo que sé es… —Habló de viejas heridas suyas que, mientras las contaba, parecían más dolorosas que las mías; y de cómo les había hecho frente y las había derrotado y superado.

Reaccioné un poco al escuchar sus palabras, pero soy un hombre que piensa despacio; no obstante se me ocurrió que, de todas las fuerzas naturales, la vitalidad es la única incomunicable. Cuando la savia vital le llegaba a uno como un artículo libre de impuestos, uno trataba de distribuirla… pero siempre sin éxito; para seguir

mezclando metáforas: la vitalidad nunca “prende”. Se la tiene o no se la tiene, igual que la salud o los ojos marrones o el honor o la voz de barítono. Podría haberle pedido un poco de vitalidad a ella, prolijamente envuelta y lista para cocinar y digerir, pero jamás la habría obtenido: ni aunque hubiera esperado mil horas sosteniendo en la mano la taza de lata de la autocompasión. Lo único que podía hacer era alejarme de su puerta, protegiéndome como si yo fuera de loza cuarteada, y adentrarme en el mundo de la amargura donde me estaba construyendo una casa con los materiales que pueden encontrarse allí, y recordarme, una vez que me alejé de su puerta, que

Eres la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la salará? Mateo 5:13.

Pegamento

Marzo de 1936

En un escrito anterior, el autor de estas líneas narró el momento en que comprendió que lo que tenía frente a sus ojos no era el plato que había pedido para sus cuarenta años. De hecho —dado que él y el plato eran una misma cosa—, se describió como un plato de loza cuarteada, de esos que uno se pregunta si vale la pena conservar. El editor pensó que el escrito sugería demasiadas cosas pero no las analizaba a fondo, y probablemente muchos lectores pensaron lo mismo. Y además siempre están esos para quienes toda revelación personal es despreciable, salvo que termine con un noble agradecimiento a los dioses que nos dotaron de un Alma Inconquistable.

Pero hacía tiempo que yo venía agradeciéndoles a los dioses, y agradeciéndoles por nada. Quería introducir una queja en mi relato y ni siquiera tenía el paisaje de los montes Euganeos para darle color. Pero no había ningún monte Euganeo a la vista.

A veces, sin embargo, hay que conservar el plato cuarteado en la alacena, y hay que seguirlo usando por necesidad. Nunca se lo podrá volver a calentar sobre la hornalla ni mezclar con los otros platos en el aparador; no se lo llevará a la mesa cuando haya visitas, pero servirá para poner galletitas por la noche o guardar restos de comida en la heladera…

De ahí esta secuela: la continuación de la historia de un plato cuarteado.

Ahora bien, la cura estándar para alguien que se hunde es pensar en quienes se encuentran en la auténtica miseria o sufren físicamente; esto es un buen remedio para la melancolía y un saludable consejo diario para todos los mortales. Pero a las tres de la mañana, un paquete olvidado adquiere la misma importancia trágica que una sentencia de muerte, y la cura no funciona… y en una verdadera noche oscura del alma siempre son las tres de la mañana, día tras día. A esa hora la tendencia es negarse a hacer frente a las cosas tanto como sea posible, retirándose a un sueño infantil; pero uno se ve continuamente apartado de ese sueño debido a sus diversos contactos con el mundo. Y entonces afronta esas situaciones con la mayor rapidez e indiferencia posibles y se retira una vez más a los dominios del sueño, esperando que las cosas se arreglen solas por obra de una gran bonanza material o espiritual. Pero cuanto más persiste en la retirada, menos oportunidades hay de bonanza; uno no espera que el pesar desaparezca, más bien espera ser testigo involuntario de una ejecución, de la desintegración de su propia personalidad…

A menos que intervengan la locura o las drogas o el alcohol, esta fase llega eventualmente a un callejón sin salida, y es seguida por una calma vacía. En este punto, uno puede intentar calcular lo que perdió y lo que le queda. Recién cuando me llegó esa calma, comprendí que había pasado por dos experiencias paralelas.

La primera fue hace veinte años, cuando dejé Princeton con un diagnóstico de malaria. Gracias a una radiografía tomada doce años después se supo que en realidad había sido tuberculosis, un caso leve; fuera como fuese, después de unos meses de reposo volví a la universidad. Pero había perdido varias cosas en el trayecto: la principal fue la presidencia del Triangle Club, además de una idea

para una comedia musical y también un curso. La universidad ya no volvería a ser la misma para mí. Ya no habría insignias de honor ni medallas, después de todo. Una tarde de marzo me pareció que había perdido todas y cada una de las cosas que quería, y esa noche fue la primera vez que anduve a la caza del espectro de la feminidad, cosa que, durante un breve tiempo, hace que todo lo demás carezca de importancia.

Años más tarde comprendí que mi fracaso como pez gordo en la universidad había sido propicio: en vez de asistir a comités, me aficioné a la poesía inglesa; cuando tuve idea de qué se trataba, quise aprender a escribir. Seguir el principio de Shaw de que "si no obtienes lo que te gusta, será mejor que te guste lo que obtengas" fue una opción afortunada, aunque en aquel momento me resultó duro y amargo comprender que mi carrera como líder había terminado.

Desde ese día no he podido despedir a un mal sirviente, y todavía me sorprende y me impresiona la gente que puede hacerlo. El antiguo deseo de dominación había desaparecido para siempre. La vida se había transformado en un sueño solemne, y yo vivía de las cartas que le escribía a una chica de otra ciudad. Uno jamás se recupera de estos sacudones; se convierte en una persona distinta y, eventualmente, esa nueva persona encuentra cosas nuevas de qué ocuparse.

El otro episodio paralelo a mi situación actual ocurrió después de la guerra, cuando volví a sobrepasar mis límites. Fue uno de esos amores trágicos condenados por la falta de dinero, y un día la chica terminó conmigo basándose en el sentido común. Durante un largo verano de desesperación escribí una novela en lugar de cartas, de modo que la cosa resultó bien; pero resultó bien por un motivo diferente. El hombre con dinero en los bolsillos que se casó con esa misma chica un año después abrigaría siempre una desconfianza permanente, una cierta animosidad hacia la clase acomodada; no se trataba de la convicción de un revolucionario, sino del odio latente de un campesino. En todos estos años nunca pude dejar de preguntarme de dónde sacaban el dinero mis amigos, ni pude parar de pensar que en cualquier momento harían valer una especie de droit de seigneur que me obligara a entregarle mi novia a uno de

ellos.

Durante dieciséis años viví como esta última persona, desconfiando de los ricos, pero trabajando a cambio de dinero que me permitiera compartir su movilidad y la gracia que algunos de ellos añadían a sus vidas. Durante este tiempo me obligaron a bajarme de muchos caballos; recuerdo el nombre de algunos: Orgullo Herido, Esperanzas Frustradas, Deslealtad, Exhibicionismo, Golpe Bajo, Nunca Más. Y al poco tiempo ya no tenía veinticinco años, luego ni siquiera treinta y cinco, y nada era igual de bueno. Pero en todos estos años no recuerdo ni un solo momento de desaliento. He visto a hombres honestos padecer estados de melancolía suicida: algunos se rindieron y murieron, otros se adaptaron y siguieron hasta alcanzar un éxito mayor que el mío; pero mi moral nunca se hundió por debajo del nivel del desprecio por mí mismo cuando tuve que hacer la vista gorda. La aflicción no necesariamente tiene relación con el desaliento; el desaliento tiene un germen propio, y es tan diferente de la aflicción como la artritis es diferente de una articulación rígida.

Cuando un nuevo cielo dividió el sol la primavera pasada, al principio no lo relacioné con lo que había ocurrido quince o veinte años atrás. Sólo gradualmente fue revelándose un cierto parecido de familia: un sobrepasar los límites, una vela que arde por los dos extremos; un apelar a recursos físicos que de hecho no dominaba, como un hombre que desborda su cauce. En cuanto al impacto, este golpe fue mucho más violento que los otros dos, pero era del mismo tipo; la sensación de estar parado a la hora del crepúsculo en una extensión desierta, con un rifle descargado entre las manos y sin un blanco contra el cual disparar. No hay problemas visibles; simplemente un inmenso silencio donde sólo se escucha el sonido de mi propia respiración.

En este silencio había una enorme irresponsabilidad hacia toda obligación, una deflación de todos mis valores. Una creencia apasionada en el orden, un menosprecio de los motivos y las consecuencias en favor de la conjetura y la profecía, una sensación de que la artesanía y la industria tendrían un lugar en cualquier mundo; una por una, estas y otras convicciones fueron barridas de un plumazo. Vi que la novela, que en mi madurez era el medio más

potente y dúctil para transmitir pensamiento y emoción de un ser humano a otro, estaba quedando subordinada a un arte mecánico y público que, tanto en manos de los comerciantes de Hollywood como en brazos de los idealistas rusos, sólo era capaz de reflejar los pensamientos más vulgares, las emociones más obvias. Era un arte que subordinaba las palabras a las imágenes, donde la personalidad quedaba reducida al inevitablemente bajísimo nivel de la colaboración. Ya en 1930 tuve la corazonada de que el cine sonoro convertiría incluso al novelista más leído en algo tan arcaico como las películas mudas. La gente todavía leía, aunque sólo fuera el libro del mes del profesor Canby —muchachos curiosos husmeaban la basura de Tiffany Thayer en los anaqueles de los kioskos—, pero era indignante e irritante, y para mí casi se había convertido en obsesión, ver el poder de la palabra escrita subordinado a otro poder, un poder más brilloso y más grosero…

Valga esto como ejemplo de lo que me atormentaba durante la larga noche; era algo que no podía aceptar ni combatir, algo que tendía a volver obsoletos mis esfuerzos, como las cadenas de tiendas terminaron con los pequeños comerciantes, una fuerza externa, invencible…

(Tengo la sensación de estar dando una conferencia, porque miro un reloj que tengo sobre el escritorio y veo cuántos minutos faltan…)

Bueno, cuando llegué a ese período de silencio, me vi forzado a tomar una medida que nadie adopta voluntariamente: me vi impelido a pensar. ¡Dios mío, eso sí que era difícil! Había que mover grandes baúles secretos. Ya exhausto, me pregunté si alguna vez había pensado. Después de largo rato llegué a estas conclusiones, tal como las escribo aquí:

Que había pensado muy poco, excepto en los problemas de mi oficio. Durante veinte años, otro hombre había sido mi conciencia intelectual. Se llamaba Edmund Wilson.

Que otro hombre representaba lo que a mi entender era la “buena vida”, aunque yo sólo lo veía una vez cada diez años, y desde la

última podrían haberlo colgado. Está en el negocio de pieles en el Noroeste y no le gustaría ver su nombre publicado. Pero en situaciones difíciles he intentado pensar lo que hubiera pensado él, cómo habría actuado.

Que un tercer contemporáneo mío ha sido mi conciencia artística: no imité su estilo contagioso, sencillamente porque mi propio estilo, tal como es, se formó antes de que él publicara nada; pero me sentía empujado hacia él cuando me encontraba en aprietos.

Que un cuarto hombre me dictaba mis relaciones con otras personas cuando esas relaciones iban bien: cómo comportarme, qué decir. Cómo hacer feliz a la gente, al menos momentáneamente (a diferencia de las teorías de la señora Post para hacer que todos se sientan incomodísimos mediante una especie de vulgaridad sistemática). Esto siempre me confundía y me hacía desear salir a emborracharme; pero este hombre del que hablo había entendido el juego, lo había analizado y había ganado, y su palabra me bastaba.

Que mi conciencia política casi no había existido a lo largo de diez años, salvo como un elemento de ironía en mis argumentos. Cuando volvió a interesarme el sistema dentro del que inevitablemente debía funcionar, fue un hombre mucho más joven que yo quien despertó mi interés, con una combinación de pasión y de aire fresco.

De modo que ya no había un “yo”, ni una base sobre la cual organizar mi autoestima, salvo mi ilimitada capacidad para el trabajo duro… que aparentemente había perdido. Era raro no tener un yo: ser como un niño pequeño al que han dejado solo en una casa enorme y que sabe que ahora puede hacer lo que se le antoje, pero descubre que no quiere hacer nada…

(Ya pasó una hora de reloj y apenas he abordado mi tesis. Dudo que esto pueda ser de interés general; pero si alguien quiere más, todavía queda mucho, y el editor me lo hará saber. Si ya tuvieron bastante, díganmelo —pero no en voz demasiado alta porque tengo la sensación de que alguien, no estoy seguro quién, duerme profundamente; alguien que podría haberme ayudado a mantener el

kiosko abierto—. No era Lenin, y no era Dios.)

Manipúlese con cuidado

Abril de 1936

En estas páginas he hablado de cómo un joven excepcionalmente optimista experimentó el desmoronamiento de todos sus valores, un derrumbe del que se enteró mucho después de ocurrido. He relatado el período subsiguiente de desolación y de necesidad de seguir adelante, aunque sin el apoyo de las conocidas heroicidades de Henley, tipo: "Mi cabeza sangra, pero no se doblega". Porque un examen de mis responsabilidades espirituales indicó que yo carecía de cabeza que inclinar o levantar. Una vez había tenido un corazón, y eso era de lo único que podía estar seguro.

Al menos había un punto de partida para salir de la ciénaga en que me revolcaba: "Sentía, luego existía". En distintas épocas muchas personas habían confiado en mí, habían recurrido a mí en momentos difíciles o me habían escrito desde muy lejos; esas personas creían tácitamente en mis consejos y en mi actitud hacia la vida. El más estúpido de los aduladores o el más inescrupuloso Rasputín capaz de influir sobre el destino de muchas personas deben tener un poco de personalidad; había que descubrir por qué y dónde había cambiado yo, dónde estaba la grieta a través de la cual, sin saberlo, mi entusiasmo y mi vitalidad se habían filtrado prematura y constantemente.

Una noche de tormento y desesperación hice mi equipaje y fui a un lugar situado a más de mil kilómetros para pensar en estas cosas. Alquilé una habitación de un dólar en un pueblo triste donde no conocía a nadie y gasté todo el dinero que llevaba encima en un surtido de carne enlatada, galletas y manzanas. Pero no me permitiré insinuar que el cambio de un mundo lleno de cosas a un relativo ascetismo era una Búsqueda Magnífica; yo sólo quería tranquilidad absoluta para pensar por qué había desarrollado una

actitud triste hacia la tristeza, una actitud melancólica hacia la melancolía y una actitud trágica hacia la tragedia; por qué había llegado a identificarme con los objetos de mi horror o de mi compasión.

¿Esto parece una ligera digresión? No lo es; una identificación semejante supone la muerte de todo logro. Algo como esto es lo que impide trabajar a los cuerdos. Lenin no soportó voluntariamente los sufrimientos de su proletariado, ni Washington los de sus tropas, ni Dickens los de sus pobres de Londres. Y cuando Tolstói intentó fusionarse de este modo con los objetos de su interés, resultó algo falso y un fracaso. Menciono estos casos porque se trata de hombres que todos conocemos.

Era una bruma peligrosa. Cuando Wordsworth decidió que "había muerto una gloria de la tierra", no sintió la compulsión de morir con ella; y la Feroz Partícula Keats nunca cejó en su lucha contra la tuberculosis y ni en sus últimos momentos renunció a la esperanza de figurar entre los grandes poetas ingleses.

Mi autoinmolación estaba empapada en oscuridad. Resultaba perfectamente evidente que no era moderna, aunque la viera en otros, aunque la hubiera visto en una docena de hombres honorables e industriosos desde la guerra. (Ya los estoy escuchando, pero es demasiado fácil decirlo: entre esos hombres había marxistas.) Estuve cerca de un famoso contemporáneo mío que coqueteó con la idea de la Gran Huida durante seis meses; presencié cómo otro, igual de eminente, pasó varios meses encerrado en un manicomio, incapaz de soportar cualquier contacto con sus semejantes. Y podría hacer una lista de los que se rindieron y sucumbieron.

Esto me llevó a la conclusión de que los sobrevivientes habían logrado algo así como la fuga total. Es un término muy amplio que no puede compararse con la fuga de una cárcel, cuando uno seguramente se dirige hacia una cárcel nueva o se verá obligado a volver a la de antes. Los famosos "evadirse" o "huir de todo" son una mera excursión dentro de una trampa, aunque la trampa incluya los Mares del Sur… que sólo son para aquellos que anhelan pintarlos o navegarlos. Una fuga total es algo de lo que no se puede regresar jamás; es algo irreparable porque hace que el pasado deje

de existir. Así, dado que no podía seguir cumpliendo con las obligaciones que me había impuesto la vida o me había impuesto yo mismo, ¿por qué no romper de una buena vez y para siempre ese cascarón vacío que había fingido romper durante cuatro años? Debía seguir siendo escritor porque así me ganaba la vida, pero renunciaría a todo intento de ser persona: de ser amable, justo o generoso. Había muchas monedas falsas circulando y yo sabía dónde conseguirlas a un centavo el dólar. En treinta y nueve años, un ojo observador aprende a detectar dónde aguan la leche y añaden arena al azúcar, dónde hacen pasar una baratija por un diamante y un pedazo de yeso por piedra. Ya no me entregaría más; a partir de este momento toda entrega quedaría proscripta bajo un nuevo nombre, y ese nombre era Derroche.

La decisión hizo que me sintiera exuberante, como todo lo que es a la vez real y nuevo. Para empezar, había un montón de cartas que debía tirar a la basura en cuanto volviera a casa; cartas que pedían algo a cambio de nada: leer el manuscrito de este, conseguir la publicación del poema de aquel, hablar gratis por la radio, redactar notas de presentación, conceder una entrevista, colaborar en el argumento de una obra de teatro, ayudar en una situación familiar, obrar con consideración o con caridad.

La galera del mago estaba vacía. Sacar cosas de adentro había sido, durante largo tiempo, una habilidad manual; ahora, para cambiar de metáfora, yo estaba del lado de los que recibían, y para siempre.

La abominable sensación embriagadora no me abandonaba.

Me sentía como esos hombres con ojos como platos que solía ver en el tren suburbano de Great Neck quince años atrás, hombres a quienes no les importaba que el mundo se hundiera en el caos al día siguiente siempre y cuando sus casas se salvaran. Ahora era uno de ellos, alguien con principios simples que decían:

Lo siento, pero negocios son negocios.

0:

Tendrías que haberlo pensado antes de meterte en problemas.

0:

No soy la persona indicada para eso.

Y una sonrisa… ¡Sí, me conseguiré una sonrisa! Todavía estoy trabajando en esa sonrisa. Debe combinar las mejores cualidades de un gerente de hotel, de un viejo zorro que sabe manejarse en sociedad, de un director de colegio en día de visitas, de un ascensorista de color, de un marica haciéndose el macho, de un productor que consigue material por la mitad de su precio de mercado, de una experta enfermera al empezar en un nuevo empleo, de una modelo en su primer anuncio, de un extra esperanzado que pasa frente la cámara, de una bailarina de ballet con un dedo del pie infectado, y por supuesto, ese inmenso resplandor de amable agrado que es común a todos los que, desde Washington a Beverly Hills, existen en virtud de la mascarada.

La voz también, estoy trabajando la voz con un profesor. Cuando la haya perfeccionado, mi laringe no producirá ningún tono de convicción, exceptuada la de la persona con quien esté hablando. Dado que su deber principal será sonsacar la palabra “sí”, mi profesor (un abogado) y yo nos estamos concentrando en eso, pero en horas extra. Estoy aprendiendo a infundirle a mi voz esa dureza cortés que hace sentir a nuestros semejantes que, lejos de ser bienvenidos, ni siquiera son tolerados y que en todo momento se encuentran bajo constante y mordaz escrutinio. Estas situaciones, naturalmente, no coincidirán con la sonrisa. Esta quedará reservada exclusivamente para aquellos de quienes no tengo nada que obtener: gente vieja y gastada, o jóvenes luchadores. A ellos no les

importará: qué diablos, de todos modos es lo único que consiguen la mayor parte de las veces.

Pero basta. Este no es un asunto frívolo. Si uno de ustedes fuera joven y se le ocurriera escribirme solicitando verme para aprender a ser un lúgubre literato que escribe obras sobre el estado de agotamiento emocional que a menudo se apodera de los escritores en sus comienzos —si usted fuera tan joven y tan fatuo como para hacer eso—, ni me molestaría en acusar recibo de su carta, a menos que usted fuera pariente de alguien muy rico e importante. Y si se estuviera muriendo de hambre bajo mi ventana, saldría rápidamente y le ofrecería esa sonrisa y esa voz (pero no le daría la mano) y me quedaría dando vueltas por allí hasta que alguien sacara una moneda para llamar a la ambulancia, y eso sólo si viera en ello algún provecho para mí.

Por fin me he convertido solamente en un escritor. El hombre que persistentemente he intentado ser se convirtió en una carga tan grande que lo he "soltado", con tan poco remordimiento como una negra que se enfrenta a su rival el sábado por la noche. Que las buenas personas funcionen como tales; que los médicos sobrecargados de trabajo mueran en servicio activo, con una semana de "vacaciones" al año para rectificar sus asuntos familiares; y que los médicos con poco trabajo se ocupen de casos de poca monta; que maten a los soldados para que entren inmediatamente en el Valhalla de su profesión. Ese es su contrato con los dioses. Un escritor no necesita semejantes ideales a menos que los forje para sí mismo, y este escritor ha renunciado a hacerlo. El viejo sueño de ser un hombre completo, en la tradición de Goethe-Byron-Shaw, con un toque norteamericano de opulencia —una combinación de J. P. Morgan con Topham Beauclerk y Francisco de Asís—, quedó relegado al relleno de las hombreras que un día utilizó un joven estudiante en el campo de béisbol de Princeton y de la gorra de ultramar que nunca fue usada en ultramar.

¿Y qué? Esto es lo que pienso ahora: que el estado natural del adulto consciente es la infelicidad específica. También pienso que el deseo de un adulto de ser mejor de lo que es, ese "esfuerzo constante" (como dicen los que se ganan el pan diciendo eso), sólo

se suma a esta infelicidad al final: ese final que acaba con nuestra juventud y con nuestra esperanza. Mi propia felicidad, en el pasado, a menudo alcanzaba un éxtasis que no podía compartir ni siquiera con la persona a quien más quería, sino que tenía que gastarlo caminando por calles y callejones tranquilos, y destilar apenas pequeñas porciones en los párrafos de un libro; y creo que mi felicidad, o talento para el autoengaño o lo que se quiera, era una excepción. No era lo natural sino lo antinatural: antinatural como el Auge de la Bolsa. Y mi experiencia reciente es equiparable a la ola de desesperación que azotó al país cuando se terminó el Auge de la Bolsa.

Me las arreglaré para vivir con esta nueva sabiduría aunque me haya llevado varios meses estar seguro del hecho. Y así como el risueño estoicismo que le permitió al negro norteamericano soportar las condiciones intolerables de su existencia le ha costado su sentido de la verdad, en mi caso también hay un precio que pagar. Ya no me agradan el cartero, ni el verdulero, ni el editor, ni el marido de mi prima, y a su vez yo les desagrado a ellos; y por eso la vida nunca volverá a ser grata y el letrero Cave Canem cuelga permanentemente sobre mi puerta. No obstante trataré de ser un animal correcto, y si me tiran un hueso con bastante carne, podría incluso lamerles la mano.

La década perdida

Personas de toda calaña entraban en la redacción del semanario y Orrison Brown mantenía toda clase de relaciones con ellas. Cuando terminaba el horario de oficina, era “uno de los editores”; pero durante las horas de trabajo era simplemente un tipo de cabello rizado que hacía un año era director del Jack-O-Lantern de Dartmouth y ahora se conformaba con asumir las tareas indeseables de la redacción: desde corregir originales ilegibles a desempeñar funciones de cadete sin serlo.

Ya había visto entrar a ese individuo en la oficina del editor: un hombre pálido y alto, de unos cuarenta años, con el pelo rubio impecablemente peinado y ademanes que no eran ni huraños ni tímidos, ni tampoco sobrenaturales como los de un monje, pero que tenían algo de las tres cosas. El nombre que aparecía en su tarjeta, Louis Trimble, le traía vagos recuerdos, pero, al no encontrar ningún punto de referencia, Orrison se olvidó del asunto… hasta que un timbre sonó en su escritorio y por experiencia supo que el tal Trimble sería el primer plato de su almuerzo.

—Louis Trimble… Orrison Brown —dijo la fuente del dinero de todos los almuerzos—. Orrison, Trimble ha estado ausente mucho tiempo. O él siente que ha sido mucho tiempo: casi doce años. Mucha gente se consideraría afortunada si se hubiera perdido la última década.

—Así es —dijo Orrison.

—Hoy no puedo almorzar con ustedes —prosiguió su jefe—. Llévalo a Voisin, o al 21 o adonde quiera. Trimble cree que se ha perdido muchas cosas.

El aludido objetó educadamente:

—Ah, igual me las puedo arreglar.

—Ya lo sé, camarada. Nadie conocía esta ciudad como tú. Y si Brown se empeña en explicarte los carros sin caballo, me lo mandas de vuelta inmediatamente. Y tienen que estar de regreso a las cuatro, ¿de acuerdo?

Orrison tomó su sombrero.

—¿Estuvo diez años afuera? —preguntó mientras bajaban en el ascensor.

—Estaban empezando a construir el Empire State Building —dijo Trimble—. ¿En qué año fue eso?

—En 1928, más o menos. Pero, como dice el jefe, tuvo suerte de perderse muchas cosas. —Y como sondeándolo, añadió—: Seguramente usted tenía cosas más interesantes para ver.

—Creo que no.

Llegaron a la calle, y al ver que a Trimble se le ponía rígido el semblante con el fragor del tráfico, Orrison hizo otra conjetura.

—¿Ha vivido lejos de la civilización?

—En cierto sentido. —Las palabras fueron pronunciadas de una manera tan medida que Orrison llegó a la conclusión de que el hombre no hablaría a menos que quisiera hacerlo… Y al mismo tiempo se preguntó si habría pasado los años treinta en la cárcel o el manicomio.

—Este es el famoso 21 —dijo—. ¿Prefiere comer en otro lugar?

Trimble hizo una pausa y miró con atención el edificio de piedra roja.

—Recuerdo cuando el nombre del 21 empezó a hacerse famoso —dijo—, más o menos el mismo año que el Moriarity. —Inmediatamente continuó casi en tono de disculpa—: Pensaba que pasearíamos un rato por la Quinta Avenida y comeríamos en cualquier lugar por allí: en algún lugar donde pudiéramos ver gente joven.

Orrison lo miró de reojo y volvió a pensar en rejas y muros grises y más rejas; se preguntó si en el menú estaría incluido presentarle chicas fáciles a Trimble. Pero Trimble no parecía tener en mente algo así: tenía una expresión de absoluta y profunda curiosidad. Orrison trató de relacionar su nombre con la expedición perdida en el Polo Sur del almirante Byrd o con los aviadores desaparecidos en la jungla brasileña. Era, o había sido, todo un personaje; eso era obvio. Pero la única pista definitiva para averiguar su procedencia —y a Orrison esa pista no lo conducía a ninguna parte— era que, como hombre de ciudad, respetaba los semáforos y prefería caminar por la vereda del lado de las tiendas y no del lado del cordón. De pronto se paró a mirar la vidriera de una sastrería.

—Corbatas de crespón —dijo—. No veía corbatas como esta desde que dejé la universidad.

—¿Dónde estudió?

—En el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

—Gran lugar.

—La semana que viene iré de visita. Comamos algo por aquí… —Habían pasado la calle 50—. Elija usted.

Había un buen restaurante con una pequeña marquesina a la vuelta de la calle.

—¿Qué preferiría ver? —preguntó Orrison cuando se sentaron.

Trimble lo pensó un instante.

—Bueno… La nuca de la gente —sugirió—. El cuello… Cómo la cabeza se une al cuerpo. Me gustaría oír qué le están diciendo a su padre aquellas dos niñas. No exactamente lo que están diciendo, sino si las palabras flotan o se hunden, cómo se cierran sus labios cuando terminan de hablar. Es una cuestión de ritmo… Cole Porter volvió a los Estados Unidos en 1928 porque intuyó que había nuevos ritmos en el aire.

Orrison estaba seguro de haber encontrado la pista que buscaba pero, con amable delicadeza, no la siguió ni por un segundo, e

incluso reprimió un repentino deseo de decirle que había un buen concierto en el Carnegie Hall esa misma noche.

—El peso de las cucharas —dijo Trimble—, tan liviano. Un cuenco pequeño pegado a un mango. El ligero estrabismo de aquel camarero. Lo conozco desde hace mucho tiempo, pero seguro que no se acuerda de mí.

Sin embargo, cuando salían del restaurante el camarero miró a Trimble como si dudara, como si estuviera a punto de reconocerlo. Cuando salieron a la calle, Orrison se puso a reír:

—Después de diez años la gente olvida.

—Ah, estuve comiendo aquí en mayo pasado —Trimble se interrumpió bruscamente.

Orrison llegó a la conclusión de que todo aquello era un poco descabellado, y de pronto se convirtió en un guía turístico.

—Desde aquí puede ver el Rockefeller Center —señaló con entusiasmo— y el edificio Chrysler y el Armistead, el padre de todos los edificios nuevos.

—El edificio Armistead. —Trimble miró hacia donde le indicaba, obediente—. Sí, yo lo proyecté.

Orrison negó con la cabeza y sonrió. Estaba acostumbrado a tratar con toda clase de gente. Pero eso de que había comido en ese mismo restaurante en mayo pasado…

Se detuvo ante la placa de bronce en la piedra angular del edificio: “Construido en 1928”, decía.

Trimble asintió.

—Pero ese año empecé a emborracharme, a beber de verdad. Así que es la primera vez que lo veo.

—Ah. —Orrison titubeó—. ¿Quiere entrar?

—He entrado muchas veces, muchas. Pero nunca lo he visto. Y

ahora no es esto lo que quiero ver. Ahora mismo sería incapaz. Sólo quiero ver cómo camina la gente y de qué están hechos sus vestidos, sus sombreros y sus zapatos. Y los ojos y las manos. ¿Le importaría estrecharme la mano?

—En absoluto.

—Gracias, gracias. Es muy amable de su parte. Supongo que le resultará extraño, pero la gente pensará que nos estamos despidiendo. Voy a pasear un rato por la avenida, así que es verdad que nos tenemos que despedir. Avise en la redacción que volveré a las cuatro.

Orrison lo siguió con la mirada cuando empezó a alejarse, casi esperando verlo escabullirse en un bar. Pero no había nada en Trimble que sugiriera o hubiera sugerido que bebiera.

“Dios —dijo para sí—, diez años borracho.”

Palpó la tela de su chaqueta y luego alargó la mano y apretó el pulgar contra el granito del edificio que tenía más cerca.

Hiervan agua… mucha agua

Pat Hobby estaba sentado en su oficina en el edificio de los guionistas y repasaba el trabajo de la mañana, que acababa de devolverle el departamento de guiones. “Pulía” el trabajo ajeno, era prácticamente lo único que conseguía en aquel momento. Tenía que corregir a toda velocidad una secuencia mal resuelta, pero la palabra “velocidad” no le daba miedo ni le decía nada en absoluto, porque Pat estaba en Hollywood desde que tenía treinta años… y ya tenía cuarenta y nueve. Lo único que había hecho esa mañana (excepto algún cambio mínimo para poder atribuirse la autoría de unas cuantas líneas), lo único que se le había ocurrido era una sola frase imperativa, pronunciada por un médico: “Hiervan agua… mucha agua”.

Era una buena frase. Le había venido a la cabeza tal como era mientras leía el guion. En los lejanos días del cine mudo le hubiera servido para un rótulo que habría puesto fin momentáneamente a sus preocupaciones por el diálogo, pero ahora necesitaba más palabras para los otros personajes de la escena. No se le ocurría nada.

“Hiervan agua… mucha agua”, repitió mentalmente.

El verbo “hervir” lo hizo pensar con una sonrisa en la cafetería. Eran recuerdos dignos de venerar porque, para un veterano como Pat, la gente con la que compartías el almuerzo era más importante para hacer carrera que lo que escribías en tu oficina. Esto no era arte, solía decir; esto era una industria.

—Esto no es arte —le comentó a Max Leam, que bebía tranquilamente un vaso de agua junto a la heladera del pasillo—. Esto es una industria.

Max le había tirado aquel oportuno hueso de tres semanas a trescientos cincuenta dólares.

—Vamos, Pat, ¿escribiste algo?

—Tengo algo que hará que se… —mencionó una función biológica muy corriente con la certeza, bastante sorprendente, de que se llevaría a cabo en los cines.

Max intentó calibrar su sinceridad.

—¿Quieres leérmelo ahora? —preguntó.

—Todavía no. Pero tiene eso que llaman garra, si sabes a lo que me refiero.

Max estaba lleno de dudas.

—Muy bien, adelante. Y si tienes problemas con algún término médico, consúltalo con el doctor en la sala de primeros auxilios. No puede haber errores.

El espíritu de Pasteur iluminó la mirada de Pat.

—No los habrá.

Se sentía bien cruzando el edificio con Max… tan bien que decidió pegarse al productor y almorzar con él en la Mesa Grande. Pero Max frustró sus intenciones con un cariñoso y cantarín “Hasta luego”, y se escabulló en la peluquería.

En otros tiempos Pat había sido una figura familiar en la Mesa Grande; y a menudo, en aquella época dorada, cenaba en los comedores privados de los ejecutivos. Como pertenecía al viejo Hollywood, entendía sus chistes, sus vanidades, su sistema social con sus vertiginosas fluctuaciones. Pero ahora había demasiadas caras nuevas en la Mesa Grande, caras que lo miraban con esa suspicacia que en Hollywood es universal. Y en las otras mesas se sentaban los guionistas jóvenes, que parecían tomarse el trabajo demasiado en serio. Y antes que sentarse en cualquier lugar, incluso entre las secretarias y los extras, Pat prefería comerse un sándwich en un rincón.

Pasó por la enfermería y preguntó por el médico. Una chica, una enfermera, le contestó desde un espejo ante el cual se estaba

pintando los labios.

—Salió. ¿Qué pasa?

—Ah, volveré más tarde.

La enfermera había terminado de pintarse, y se dio vuelta… Era joven y vivaz, y tenía una sonrisa luminosa y reconfortante.

—La señorita Stacey lo atenderá. Yo estaba a punto de irme a comer.

Pat se dio cuenta de que volvía a sentir una emoción antigua, muy antigua —vestigio de sus tiempos de casado; de hecho, había tenido varias esposas—, la sensación de que si invitaba a comer a aquella belleza se complicaría la vida. Pero inmediatamente recordó que ya no estaba casado y que sus mujeres habían desistido incluso de reclamarle la pensión por alimentos.

—Estoy trabajando en una película de tema médico —dijo—. Necesito ayuda.

—¿Tema médico?

—Estoy escribiendo… algo sobre un médico, un guion. Te invito a almorzar. Quiero hacerte algunas preguntas médicas.

La enfermera titubeó.

—No sé. Es el primer día que trabajo aquí.

—No hay ningún problema —le aseguró Pat—, los estudios son democráticos. Aquí todo el mundo se tutea: sólo eres “Joe” o “Mary”… Desde los peces gordos hasta los claquetistas.

Camino a almorzar, demostró con creces la verdad de sus palabras: saludó a un astro de la pantalla, que le retribuyó el saludo llamándolo por su nombre. En la cafetería se sentaron cerca de la Mesa Grande y su productor, Max Leam, levantó la vista y lo saludó con un guiño cómplice.

La enfermera —se llamaba Helen Earle— miraba a su alrededor con

curiosidad.

—No veo a nadie conocido —dijo—. Ay, sí, ahí está Ronald Colman. No me lo imaginaba así.

Súbitamente Pat señaló al suelo.

—¡Y ahí está el ratón Mickey!

La chica dio un salto y Pat se rio de su propia broma, pero Helen Earle no podía apartar los ojos, entusiasmada, de unos extras en traje de época que acababan de llenar la cafetería con los fastos del Primer Imperio. A Pat le molestó que malgastara su interés en aquellas nulidades.

—Los peces gordos se sientan en la mesa vecina —dijo solemnemente, meditabundo—, me refiero a los directores y la gente por el estilo, excepto los grandes ejecutivos. Si quisieran, Ronald Colman les plancharía los pantalones. Yo suelo sentarme con ellos, pero no admiten damas. Es decir, en los almuerzos no admiten damas.

—Ah —dijo Helen Earle con mucha educación, pero poco convencida—. Debe ser maravilloso trabajar como guionista. Me parece muy interesante.

—Tiene su encanto, sí —dijo Pat… que pensaba desde hacía años que era una vida de perros.

—¿Qué quieres preguntarme sobre los médicos?

Pat tuvo que hacer un enorme esfuerzo. Algo fallaba en su mente cada vez que pensaba en ese maldito guion.

—Bueno, Max Leam —ese tipo que está allá enfrente— y yo estamos trabajando en un guion sobre un médico. Una película de hospitales. ¿Me entiendes?

—Sí, sí. —Y añadió enseguida—: Gracias a esas películas estudié para enfermera.

—Y no podemos cometer errores, porque la película será vista por

cien millones de personas. Así que, en el guion, un médico ordena que pongan agua a hervir. Dice: “Hiervan mucha… mucha agua”. Y nos estamos preguntando qué harán los personajes a continuación.

—Bueno… Probablemente pondrán a hervir agua —dijo Helen. E inmediatamente, algo confundida por la pregunta, agregó—: ¿Qué personajes?

—Bueno… La hija de no sé quién y el hombre que vive en la casa, y un abogado, y el propio herido.

Helen intentó digerir la información antes de responder.

—Y hay otro tipo, pero lo voy a suprimir —concluyó Pat.

Hubo una pausa. La camarera les trajo los sándwiches de atún.

—Bueno, las órdenes de los médicos son órdenes de verdad —decidió Helen.

—Hmmm. —El interés de Pat se había concentrado en una escena insólita que se desarrollaba en la Mesa Grande, pero le preguntó distraído—: ¿Estás casada?

—No.

—Yo tampoco.

Junto a la Mesa Grande se había parado un extra: un cosaco ruso con un bigote feroz. Se apoyó en el respaldo de una silla vacía entre Paterson, el director, y Leam, el productor.

—¿Está ocupada? —preguntó con fuerte acento centroeuropeo.

Las miradas de todos los ocupantes de la mesa se clavaron en él. Al principio habían pensado que era un actor conocido. Pero no: vestía uno de los coloridos uniformes que salpicaban la sala.

Uno de la mesa dijo:

—Está ocupada.

Pero el cosaco separó la silla de la mesa y se sentó.

—En algún lugar tengo que comer —comentó con una mueca burlona.

Un escalofrío recorrió las mesas vecinas. Pat Hobby, boquiabierto, no podía creer lo que veía. Era como si alguien hubiera pintado al Pato Donald en La última cena.

—Mira eso —le advirtió a Helen—. Lo van a hacer pedazos. Y bueno: él se lo buscó.

Ned Harman, el productor ejecutivo, rompió el silencio atónito de la Mesa Grande.

—Esta mesa está reservada —dijo.

El extra levantó la vista del menú.

—Me dijeron que me sentara en cualquier lugar.

Le hizo una seña a la camarera, que titubeó buscando una respuesta en las caras de sus superiores.

—Los extras no comen aquí —dijo Max Leam, sin perder todavía la compostura—. Esta es la…

—Tengo que comer —dijo el cosaco tenazmente—. Estuve parado casi seis horas mientras rodaban esa basura hedionda y ahora quiero comer.

El silencio se había propagado: desde la perspectiva de Pat, todos parecían suspendidos en el aire.

El extra negó con la cabeza, cansado.

—No sé a quién se le habrá ocurrido —dijo. Max Leam se inclinó hacia adelante, sin levantarse de la silla—. Pero es la estupidez más asquerosa que he visto rodar en Hollywood.

Pat meditaba en su mesa: ¿por qué no hacían algo? Echarlo a golpes, sacarlo a la rastra. Si eran unos cobardes, al menos podían

llamar a los guardias de seguridad.

—¿Quién es ese? —Helen Earle miraba inocentemente adonde miraba Pat—. ¿Debería conocerlo?

Pat prestaba atención a la voz de Max Leam, que había llegado al pico de la furia.

—¡Levántese y salga de aquí! ¡Y hágalo ahora mismo!

El extra frunció el entrecejo.

—¿Y quién lo dice? —preguntó.

—Se va a enterar enseguida. —Max se dirigió al resto de los comensales—: ¿Dónde está Cushman? ¿Dónde está el encargado de Personal?

—Intente sacarme de acá —dijo el extra, desenvainando su espada cosaca hasta que el puño asomó por encima de la mesa— y le cuelgo el sable de la oreja. Conozco mis derechos.

Los doce hombres de la Mesa Grande, cuyos salarios sumaban más de mil dólares la hora, estaban estupefactos. Al fondo, cerca de la puerta, un guardia de seguridad olió lo que estaba sucediendo y se abrió paso a codazos a través del salón atestado. Big Jack Wilson, otro director, se levantó de un salto y se acercó a la mesa.

Llegaron demasiado tarde. Pat Hobby no aguantó más: se levantó de la silla y agarró una bandeja grande y pesada de la mesa de servicio. En dos saltos llegó al lugar donde se desarrollaba la acción: alzó la bandeja y la descargó sobre la cabeza del extra con toda la fuerza de sus cuarenta y nueve años. El extra, que había empezado a pararse para hacer frente a la amenazadora embestida de Wilson, recibió el golpe en plena cara y en la sien. Mientras se desplomaba, el maquillaje se le llenó de rayas rojas. Se derrumbó entre las sillas.

Pat se mantenía en guardia, jadeando, con la bandeja en la mano.

—¡Rata asquerosa! —gritó—. ¿Dónde se habrá creído que…?

El guardia de seguridad se abrió paso a empujones; Wilson se abrió

paso a empujones; dos hombres aterrorizados se acercaron corriendo desde otra mesa para estudiar la situación.

—¡Era una broma! —gritó uno de ellos—. Es Walter Herrick, el guionista de la película.

—¡Dios mío!

—Le estaba haciendo una broma a Max Leam. ¡Era una broma!

—¡Sáquenlo de aquí! ¡Que venga un médico! ¡Rápido!

Helen Earle se acercó corriendo; arrastraron a Walter Herrick a un lugar despejado y se empezaron a escuchar gritos:

—¿Quién fue? ¿Quién le rompió la cabeza?

Pat dejó caer con disimulo la bandeja en una silla, y el ruido se perdió en la confusión.

Vio a Helen Earle aplicando servilleta tras servilleta limpia a la cabeza sangrante del cosaco.

—¿Cómo pudieron hacerle una cosa así? —gritó alguien.

La mirada de Pat se encontró con la de Max, que desvió la vista. Una sensación de injusticia se apoderó de Pat. Él era el único que había actuado en el momento crítico, real o imaginario. Era el único que había enfrentado a ese hombre, mientras todos esos arrogantes se dejaban insultar y avasallar. Y ahora tendría que cargar con las consecuencias, porque Walter Herrick era poderoso y tenía éxito: era de los que ganaban tres mil dólares por semana escribiendo espectáculos exitosos para Nueva York. ¿Quién se habría podido imaginar que era una broma?

Llegó el médico. Pat vio que le decía algo a la encargada de la cafetería y oyó la voz chillona de la encargada gritándoles a las camareras, que volaron hacia la cocina como hojas al viento.

—¡Hiervan agua! ¡Mucha agua!

Aquellas palabras, descabelladas e irreales, hicieron mella en el

alma abrumada de Pat Hobby. Y aunque comprendía que pronto sabría de primera mano lo que sucedería a continuación, era incapaz de imaginar cómo saldría del paso después.

Mano a mano con un genio

—Sé que corro un riesgo al llamarte —dijo Jack Berners—. Pero tengo entre manos un guion con el que quizá podrías ayudarnos.

Aunque Pat Hobby no se sintió ofendido, ni como hombre ni como guionista, la situación exigía una protesta formal.

—Hace quince años que estoy en la industria, Jack. Tengo más créditos en pantalla que pulgas un perro.

—Quizá me expresé mal —dijo Jack—. Lo que quise decir es que… ha pasado mucha agua bajo el puente desde entonces. Respecto del dinero, pagaremos lo mismo que te pagó la Republic el mes pasado: trescientos cincuenta por semana. Una cosa más… ¿Escuchaste hablar de René Wilcox? Se dedica a la literatura.

El nombre no le sonaba familiar. Hacía más de una década que Pat prácticamente no abría un libro.

—Es una escritora bastante buena —aventuró.

—Es un hombre, un dramaturgo inglés. Ahora está en Los Ángeles por motivos de salud. Bueno, hace un año que estamos dando vueltas con una película sobre los ballets rusos. Ya tenemos tres guiones muy malos sobre el tema. Así que la semana pasada firmamos contrato con René Wilcox… parecía la persona correcta.

Pat se quedó pensando.

—Quieres decir que es un…

—No sé ni me importa —interrumpió Berners, cortante—. Pensamos que pueden prestarnos a Zorina, así que queremos acelerar las cosas: redactar el guion del rodaje en vez de hacer una adaptación. Wilcox no tiene experiencia en esas cosas, y es ahí

donde te necesitamos. Solías ser muy bueno para las estructuras.

—Solía ser.

—Está bien, quizá lo sigas siendo. —Jack parecía querer insuflarle ánimo—. Consíguete una oficina y reúnete con René Wilcox. —Cuando Pat ya se estaba yendo, lo llamó de vuelta y le puso un billete en la mano—. Antes que nada, cómprate un sombrero nuevo. En los viejos tiempos, cuando perseguías a las secretarias, eras todo un galán. ¡No vas a tirar la toalla a los cuarenta y nueve!

En el edificio de los guionistas, Pat le echó un vistazo a la guía y golpeó la puerta de la oficina 216. No hubo respuesta, pero al entrar se encontró con un joven rubio y espigado, de unos veinticinco años, que miraba malhumorado por la ventana.

—¡Hola, René! —dijo Pat—. Soy tu colaborador.

La mirada de Wilcox parecía cuestionar incluso su existencia, pero Pat prosiguió con entusiasmo, haciéndose el desentendido.

—Me dijeron que tenemos que darle forma a un material. ¿Alguna vez trabajaste en equipo?

—Nunca escribí para cine hasta ahora.

Si bien eso aumentaba las posibilidades de Pat de aparecer en los créditos en pantalla, algo que necesitaba mucho, también significaba que quizá tendría que trabajar. La sola idea le dio sed.

—Esto es muy diferente de escribir obras de teatro —dijo con afectada seriedad.

—Sí… Leí un libro sobre el tema.

Pat tuvo que reprimir la risa. En 1928 había escrito con un amigo un cazabobos titulado Los secretos del guion cinematográfico. Habrían ganado muchísimo dinero si el cine sonoro hubiera tardado un poco más en llegar.

—Parece bastante sencillo —dijo Wilcox, y de pronto descolgó su sombrero del perchero—. Ahora tengo que irme.

—¿No quieres que hablemos del guion? —preguntó Pat—. ¿Qué has hecho hasta ahora?

—Nada —dijo Wilcox con tono terminante—. Ese idiota de Berners me dio una basura y me dijo que había que hacer algo con eso. Pero es demasiado malo. —Entrecerró sus ojos azules—. Una pregunta, ¿qué es una toma en picada?

—¿Una toma en picada? Es una toma desde arriba, con la cámara colocada en una grúa.

Pat se inclinó sobre el escritorio y tomó una “Adaptación” de tapas azules. En la portada se leía:

LAS ZAPATILLAS DE BALLET

Adaptación

por

Consuelo Martín

Sobre una idea original de Consuelo Martín

Pat leyó el comienzo y fue directo al final.

—Quedaría mejor si pudiéramos meter alguna escena relacionada con la guerra —dijo frunciendo el ceño—. Que la bailarina se haga enfermera de la Cruz Roja y se regenere, ¿entiendes lo que quiero decir?

No hubo respuesta. Pat se dio vuelta y vio que la puerta se cerraba despacio.

¿Qué es esto?, exclamó. ¿Cómo se puede colaborar con un tipo que se va cuando se le antoja? Wilcox ni siquiera le había dado una excusa legítima: ¡las carreras de Santa Anita!

La puerta volvió a abrirse y asomó la cara de una chica bonita, un poco asustada, que dijo “Oh” y desapareció. Enseguida volvió a aparecer.

—¡Pero si es Pat Hobby! —exclamó—. Estoy buscando a René Wilcox.

Pat no conseguía recordar el nombre de la chica, pero ella se le adelantó.

—Katherine Hodge. Fui secretaria suya cuando trabajaba aquí, hace tres años.

Pat sabía que la chica había trabajado con él, pero no recordaba si habían mantenido una relación más profunda. No parecía que hubiera sido un romance, y viéndola ahora le pareció una verdadera lástima.

—Siéntate —dijo Pat—. ¿Estás asignada a Wilcox?

—Pensaba que sí… Pero hasta ahora no me encargó ningún trabajo.

—Creo que está loco —dijo Pat, melancólico—. Me preguntó qué era una toma en picada. O a lo mejor está enfermo… y por eso se fue como se fue. Probablemente estaba a punto de vomitar en la oficina.

—Ahora está bien —insinuó Katherine.

—A mí no me pareció muy sano que digamos. Ven a mi oficina. Esta tarde trabajarás para mí.

Pat se acostó en el sofá mientras Katherine Hodge le leía en voz alta el guion de Las zapatillas de ballet. Hacia la mitad de la segunda secuencia se quedó dormido con el sombrero nuevo encima del pecho.

Excepto por el sombrero, Pat encontró a René en esa misma posición al día siguiente, a las once de la mañana. Y durante tres días seguidos las cosas continuaron igual: se turnaban para quedarse dormidos y a veces incluso dormían al mismo tiempo. Al cuarto día intercambiaron algunas opiniones y Pat volvió a plantear

su idea de la guerra como fuerza regeneradora para las bailarinas de ballet.

—¿No podríamos evitar hablar de la guerra? —sugirió René—. Tengo dos hermanos en el ejército.

—Tienes suerte de estar aquí en Hollywood.

—Así es la vida.

—Bueno, ¿qué idea tienes para empezar la película?

—No me gusta el comienzo que tiene ahora. Casi me provoca náuseas.

—Entonces tendremos que cambiarlo. Por eso quiero introducir la guerra…

—Se me hace tarde para el almuerzo —dijo René Wilcox—. Hasta luego, Mike.

Pat gruñó y miró a Katherine Hodge:

—Puede llamarme como quiera, pero alguien tendrá que escribir este guion. Podría ir a contárselo a Jack Berners… pero creo que nos echaría a los dos a patadas.

Durante dos días seguidos acampó en la oficina de René y trató de que pusiera manos a la obra, sin éxito. Al día siguiente, desesperado —el dramaturgo no se había dignado a presentarse en el estudio—, Pat tomó anfetaminas y atacó el guion él solo. Se paseaba por la oficina con la adaptación en la mano y le dictaba a Katherine, intercalando en el dictado una breve y muy parcial historia de su propia vida en Hollywood. Al final del día ya tenía dos páginas.

La semana siguiente fue la más dura de su vida; ni siquiera le quedó un momento libre para intentar seducir a Katherine Hodge. Poco a poco, con mucho esfuerzo, su imaginación maltrecha se puso en movimiento. Las anfetaminas, sumadas a grandes cantidades de café, lo despertaban cada mañana; el whisky lo anestesiaba por las noches. Volvió a sufrir una antigua neuritis en los pies y como sus nervios estaban a punto de quebrarse, alimentó un odio profundo

contra René Wilcox, que le servía como una especie de combustible adicional. Terminaría el guion solo y se lo entregaría a Berners dejando en claro que Wilcox no había aportado una sola frase.

Pero era demasiado: Pat había excedido el límite de sus fuerzas. Colapsó cuando iba por la mitad del guion y tuvo una borrachera que duró veinticuatro horas… A la mañana siguiente, cuando volvió al estudio, encontró una nota que decía que Berners quería ver el guion a las cuatro de la tarde. Pat estaba mareado y confuso cuando se abrió la puerta y René Wilcox entró con un original mecanografiado en una mano y una copia del mensaje de Berners en la otra.

—Problema resuelto —dijo Wilcox—. Ya lo he terminado.

—¿Cómo? ¿Estuviste trabajando en el guion?

—Siempre trabajo de noche.

—¿Y qué hiciste? ¿Una adaptación?

—No, un guion para el rodaje. Al principio mis preocupaciones personales me complicaron un poco el asunto, pero cuando por fin empecé todo resultó muy simple. Sólo hay que ponerse detrás de cámara y soñar.

Pat se levantó, estupefacto.

—Pero se suponía que íbamos a colaborar en la escritura. Jack se pondrá furioso.

—Yo siempre trabajo solo —dijo Wilcox con amabilidad—. Se lo explicaré a Berners esta tarde.

Pat volvió a sentarse, embotado. Si el guion de Wilcox era bueno… ¿pero cómo podía ser bueno un primer guion? Wilcox tendría que haberle informado lo que escribía… de ese modo quizá habrían llegado a algo.

El miedo le puso la mente en marcha: tuvo su primera idea original desde que había empezado el trabajo. Llamó por teléfono al departamento de guiones, pidió hablar con Katherine Hodge, y

cuando ella respondió le dijo lo que deseaba hacer. Katherine titubeó.

—Sólo quiero leerlo —dijo Pat, apremiándola—. Si Wilcox anda rondando no podrás traérmelo, por supuesto. Pero es posible que haya salido.

Esperó, muerto de nervios. Cinco minutos después Katherine Hodge regresó con el guion.

—Todavía no hicieron copias ni lo encuadernaron —dijo.

Pat estaba sentado frente a la máquina de escribir, y tembló al sacar una carta del rodillo entre el índice y el pulgar.

—¿Necesita ayuda? —preguntó la chica.

—Consígueme un sobre sin membrete, una estampilla usada y goma de pegar.

Pat cerró el sobre y le dio las instrucciones:

—Escucha desde afuera para saber si hay gente en la oficina de Wilcox. Si está adentro, desliza el sobre por debajo de la puerta. Si no está, pídele a un cadete que se lo entregue, esté donde esté. Dile que vino por correo. Y será mejor que esta tarde no aparezcas por aquí. Para que no te cruces con él, ¿entiendes?

Cuando Katherine Hodge salió, Pat lamentó no haber hecho una copia de la carta. Estaba orgulloso de lo que había escrito: tenía un tono sincero que casi nunca aparecía en su trabajo.

Estimado señor Wilcox:

Lamento tener que comunicarle que sus dos hermanos murieron en acción de guerra en el día de la fecha, bajo el fuego de una ametralladora enemiga. Se requiere que regrese a Inglaterra de inmediato.

John Smythe

Consulado Británico, Nueva York

Pero se dio cuenta de que no era momento para aplaudir sus logros. Abrió el guion de Wilcox.

Para su enorme sorpresa, era técnicamente perfecto: los fundidos, los encadenados, los cortes, las panorámicas y las trucas estaban correctamente detallados. Eso lo hacía todo más fácil. Volvió a la primera página y escribió en la parte de arriba:

LAS ZAPATILLAS DE BALLET

Primera revisión

Por

Pat Hobby y René Wilcox

Pero enseguida lo cambió:

Por René Wilcox y Pat Hobby

Después, en un frenesí de entusiasmo, hizo varios cambios menores. Sustituyó la palabra “¡Fuera!” por “¡Fuera de mi vista!”; puso “estaba en apuros” en vez de “en problemas”; y reemplazó un “lo vas a lamentar” con el más adecuado “o algo peor todavía”. Después llamó por teléfono al departamento de guion.

—Habla Pat Hobby. Estuve trabajando en un guion con René

Wilcox, y Berners pidió una copia para las tres y media.

Eso le daría una hora de ventaja sobre su colaborador involuntario.

—¿Es urgente?

—Yo diría que sí.

—Entonces repartiremos el trabajo entre varias secretarias.

Pat continuó mejorando el guion hasta que llegó el cadete. Quería meter a toda costa su idea de la guerra, pero le quedaba poco tiempo… No obstante, le dijo al cadete que se sentara y se puso a escribir laboriosamente a lápiz en la última página.

PRIMER PLANO: Boris y Rita

Rita: ¡Y eso qué importa ahora! Me alisté como enfermera para ir a la guerra.

Boris: (conmovido) ¡La guerra purifica y regenera!

(Boris abraza a Rita con pasión mientras la música sube de volumen y se hace un FUNDIDO.)

Exhausto por el esfuerzo, sintió la imperiosa necesidad de beber algo; salió del edificio y se escabulló cauteloso en el bar de enfrente del estudio, donde pidió una ginebra y un vaso de agua.

La bebida le dio ánimo. Casi había hecho lo que lo habían contratado para hacer… Aunque, por esas cosas de la vida, esta vez había metido más mano en los diálogos que en la estructura. ¿Pero cómo haría Berners para darse cuenta de que la estructura no era de Pat? Katherine Hodge no diría nada por temor a quedar comprometida en el asunto. Todos eran culpables, pero el más culpable de todos era René Wilcox, por haberse negado a jugar limpio. A su leal entender, Pat siempre había jugado limpio.

Pidió otra copa, compró unas pastillas para disimular el aliento a alcohol y se entretuvo un rato en la máquina tragamonedas. Louie, el levantador de apuestas de los estudios, le preguntó si tenía interés en apostar fuerte.

—Hoy no, Louie.

—¿Cuánto te están pagando, Pat?

—Mil por semana.

—No está mal.

—Ah, es que muchos de nosotros, los de los viejos tiempos, estamos volviendo al ruedo —profetizó Pat—. En los tiempos del cine mudo uno realmente aprendía a trabajar. Los directores filmaban muy rápido y necesitaban un gag cada dos segundos. Ahora es un trabajo para maricas. ¡Contratan a profesores ingleses para que escriban los guiones de las películas! ¿Qué saben ellos?

—¿Y si le apuestas unos dólares a Quaker Girl?

—No —dijo Pat—. Esta tarde tengo algo mucho más importante que hacer. No quiero estar pensando en caballos.

A las tres y cuarto volvió a su oficina y encontró dos copias de su guion, encuadernadas con tapas nuevas y lustrosas.

LAS ZAPATILLAS DE BALLET

por

René Wilcox y Pat Hobby

Primera revisión

Ver su nombre escrito a máquina le dio seguridad. Mientras esperaba en la antesala de Jack Berners incluso llegó a lamentar no

haber cambiado el orden de los nombres. Si conseguían el director adecuado, esto podría ser otra Sucedió aquella noche; y si su nombre aparecía en los créditos, eso podría significarle un buen contrato por tres o cuatro años. Pero esta vez cuidaría el dinero —iría a Santa Anita sólo una vez por semana— y se buscaría una chica del tipo de Katherine Hodge, que no andaba a la pesca de una mansión en Beverly Hills.

La secretaria de Berners interrumpió sus ensoñaciones y le dijo que entrara. Cuando entró, vio con satisfacción una copia del nuevo guion sobre el escritorio de Berners.

—¿Alguna vez —preguntó Berners con brusquedad— se te ocurrió ir al psicoanalista?

—No —admitió Pat—, pero supongo que podría pensarlo. ¿Es un nuevo encargo?

—No exactamente. Es sólo que pienso que has perdido el control. Hasta para robar se necesita un poco de astucia. Acabo de hablar con Wilcox por teléfono.

—Wilcox debe estar loco —dijo Pat, agresivo—, yo no le robé nada. Su nombre figura en el guion, ¿no es cierto? Hace dos semanas armé toda la estructura: escena por escena. Incluso escribí una escena completa… la del final, sobre la guerra.

—Ah, sí, la guerra —dijo Berners como si estuviera pensando en otra cosa.

—Pero si te gusta más el final de Wilcox…

—Sí, me gusta más ese final. Nunca vi a nadie adaptarse tan rápido a este trabajo. —Hizo una pausa—. Pat, dijiste la verdad sólo una vez desde que entraste en esta oficina: fue cuando afirmaste que no le habías robado nada a Wilcox.

—Por supuesto que no. Al contrario, le proporcioné material.

Pero una extraña desazón, una melancolía gris, empezó a invadirlo cuando Berners prosiguió diciendo:

—Te dije que teníamos tres guiones. Usaste uno de los más viejos, que habíamos descartado un año atrás. Wilcox estaba en su oficina cuando llegó la secretaria e hizo que te llevara ese guion. Fue muy astuto de su parte, ¿no?

Pat se había quedado mudo.

—Ya lo ves, esa chica y él se gustan. Parece que le pasó a máquina una obra de teatro completa el verano pasado.

—Así que se gustan —dijo Pat, incrédulo—. Pero ese tipo…

—Tranquilo, Pat, ya tuviste suficientes problemas por el día de hoy.

—El responsable es él —gritó Pat—. No quiso colaborar… Y todo el tiempo…

—… Y todo el tiempo estuvo escribiendo un guion maravilloso. Y puede escribir lo que se le antoje si logramos convencerlo de que se quede con nosotros.

Pat no pudo soportar más. Se levantó de la silla.

—De todos modos, gracias, Jack —dijo dubitativo—. Llama a mi agente si aparece algo.

Se dio vuelta de golpe y buscó la puerta.

Jack Berners llamó por el interfón a la oficina del presidente.

—¿Tuviste tiempo de leerlo? —preguntó ansioso.

—Es fabuloso. Mejor de lo que dijiste. Wilcox está conmigo ahora.

—¿Lo contrataste?

—Voy a hacerlo. Parece que quiere trabajar con Hobby. Espera, habla con él.

La voz un tanto aguda de Wilcox sonó por el parlante.

—Necesito a Mike Hobby —dijo—. Le estoy agradecido. Me había peleado con cierta joven antes de que él llegara, pero hoy Hobby

nos ha vuelto a unir. Además, quiero escribir una obra de teatro acerca de Hobby. De modo que cédamelo… Ustedes ya no lo necesitan para nada.

Berners llamó por teléfono a su secretaria.

—Vaya a buscar a Pat Hobby. Es probable que esté en el bar de enfrente. Vamos a renovarle el contrato, aunque seguramente lo lamentaremos. —Colgó, y enseguida volvió a llamar—: ¡Ah!, y llévele su sombrero. Olvidó su sombrero.

Pat Hobby y Orson Welles

I

—¿Quién es ese Welles? —le preguntó Pat a Louie, el levantador de apuestas del estudio—. Cada vez que agarro un periódico encuentro algo sobre ese Welles.

—Sí, es un barbudo —explicó Louie.

—Ya sé que es un barbudo, es imposible no darse cuenta. ¿Pero en cuántos créditos de películas apareció? ¿Qué hizo para que le den ciento cincuenta de los grandes por película?

Sí, ¿qué había hecho Welles al fin de cuentas? ¿Llevaba, como Pat, más de veinte años en Hollywood? ¿Había aparecido en tantos créditos como para caerse de espaldas? Bueno, al menos hasta hacía cinco años, pero desde entonces los créditos de Pat habían empezado a mermar y eran cada vez más espaciados.

—Mira… Esa clase de tipos no duran —dijo Louie para consolarlo —. Los vimos llegar y los vimos irse más de una vez, ¿no es cierto, Pat?

Sí, pero mientras tanto los que habían trabajado en serio hasta quemarse las pestañas tenían suerte si conseguían unas semanas por trescientos cincuenta. Hombres que en otros tiempos habían tenido esposas y sirvientes filipinos y piletas de natación.

—A lo mejor es la barba —dijo Louie—. Quizá tendríamos que dejarnos la barba nosotros también. Mi padre tenía barba, pero nunca salió de Grand Street.

Pat había conservado el don de la esperanza en medio de cualquier

desgracia… y el valor de su esperanza radicaba en la proximidad. Había que mantener los contactos a toda costa, había que rondar los estudios, había que estar allí cuando la mente cansada y embotada del productor de turno se preguntara: "¿Quién?". Pat salió silbando del bar y cruzó la calle hacia los estudios, que eran como su hogar.

Al entrar por la puerta lateral, un guardia de seguridad al que no conocía se interpuso en su camino.

—Ahora todos tienen que entrar por la puerta principal.

—Soy Hobby, el guionista —dijo Pat.

El cancerbero no se inmutó.

—¿Tiene su identificación?

—Estoy en un bache entre dos películas. Pero tengo una cita con Jack Berners.

—Puerta principal.

Mientras se alejaba, Pat pensó enfurecido: "Piojoso policía de Keystone". Se agarró a golpes mentalmente con él. ¡Paf!, en el estómago. ¡Paf! ¡Paf! ¡Paf!

En la entrada principal también había una nueva cara.

—¿Dónde está Ike? —preguntó Pat.

—No viene más.

—Bueno, da lo mismo, me llamo Pat Hobby. Ike siempre me deja pasar.

—Y precisamente por eso lo echaron —dijo el guardia con amabilidad—. ¿A quién viene a ver?

Pat titubeó. Odiaba molestar a los productores.

—Llame a la oficina de Jack Berners —dijo—. Hable con su secretaria.

Un minuto después, el hombre alejó la cara del tubo del teléfono.

—¿Por qué asunto? —dijo.

—Por una película.

El guardia esperó la respuesta.

—La secretaria quiere saber cuál película.

—Que se vaya al diablo —dijo Pat disgustado—. Mire, mejor llame a Louie Griebel. ¿A qué se debe todo esto?

—Son órdenes del señor Kasper —dijo el guardia—. La semana pasada un visitante de Chicago se cayó en la máquina de hacer viento… Hola, ¿está el señor Louie Griebel?

—Yo hablaré con él —dijo Pat arrebatándole el teléfono.

—No puedo hacer nada, Pat —se disculpó Louie—. Tuve problemas esta mañana porque no querían dejar pasar a mi ayudante. Un tarado de Chicago se cayó en la máquina de hacer viento.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Pat con vehemencia.

Empezó a caminar, un poco más rápido que de costumbre, bordeando la pared del estudio hasta la parte de atrás. Había otro guardia, pero todo el tiempo entraba y salía gente y Pat se mezcló con uno de los grupos. Una vez adentro, iría a ver a Jack y conseguiría que lo exceptuaran de esa prohibición absurda. Conocía los estudios desde que habían levantado los primeros galpones, cuando todo el mundo pensaba que eso era el límite del desierto.

—Disculpe, señor, ¿usted está con este grupo?

—Estoy muy apurado —dijo Pat—. Perdí mi identificación.

—¿Ah, sí? Bueno, por mí puede ser un inspector vestido de civil. —Le puso bajo la nariz un ejemplar de una revista ilustrada—. No lo dejaría entrar aunque me dijera que usted es este tipo que aparece acá, Orson Welles.

II

En una vieja película de Chaplin, que transcurre en un tranvía atestado, cada vez que sube un pasajero por la parte de atrás obliga a bajar a otro por adelante. Una imagen parecida le vino a la mente a Pat durante los días siguientes cada vez que pensaba en Orson Welles. Welles entraba, Hobby salía. Nunca antes le habían prohibido entrar en los estudios, y aunque Welles estaba en otro lugar, Pat tenía la impresión de que su cuerpo enorme, que empujaba con fuerza desde la nada, le impedía pasar por la puerta.

"¿Y dónde voy a ir ahora?", pensaba Pat. Había trabajado en los otros estudios, pero el suyo era este. En este estudio nunca se sentía desempleado. En las recientes épocas de escasez se había alimentado de la comida de los actores: como aquella vez que sació el hambre con media langosta fría proveniente de una escena de La divina Miss Carstairs; a menudo dormía en los sets y el invierno pasado se había conseguido un sobretodo Chesterfield en el departamento de vestuario. Orson Welles no tenía derecho a privarlo de todo eso. Orson Welles tenía que volver con el resto de los esnobs a Nueva York.

Al tercer día estaba frenético de tristeza. Había enviado varios mensajes seguidos a Jack Berners y hasta le había pedido a Louie que intercediera… Pero acababa de enterarse de que Jack estaba fuera de la ciudad. Le quedaban muy pocos amigos. Desolado, se detuvo en la entrada de automóviles junto a una multitud de niños que miraban hacia adentro; sentía que ya no podía caer más bajo.

Apareció una gran limusina, en cuyo asiento trasero Pat reconoció el rostro redondo y la nariz aguileña de Harold Markus. La limusina avanzó hacia los niños y cuando uno de ellos salió corriendo del grupo, redujo la marcha. El anciano habló con el chofer y el vehículo se detuvo. Harold Markus asomó la cabeza parpadeando.

—¿No hay ningún guardia aquí? —le preguntó a Pat.

—No, señor Markus —dijo Pat rápidamente—. Tendría que haber. Soy Pat Hobby, el guionista… ¿Podría llevarme hasta la otra punta de la calle?

Era algo sin precedentes: un acto desesperado, pero Pat se encontraba en un estado de extrema necesidad.

Harold Markus lo miró con atención.

—Ah, sí, me acuerdo de usted —dijo—. Suba.

Probablemente Markus había querido decir que se sentara adelante, con el chofer. Pat buscó una solución intermedia abriendo una de las butacas pequeñas. Harold Markus era uno de los hombres más poderosos del mundo del cine. Ya no se dedicaba a la producción. Pasaba la mayor parte del tiempo viajando de una costa a otra en trenes veloces, creando nuevas empresas y fusionando otras, separando y juntando, como una mujer que se ha divorciado muchas veces.

—Cualquier día uno de estos niños saldrá lastimado.

—Sí, señor Markus —asintió Pat con énfasis—. Señor Markus…

—Deberían poner un guardia aquí.

—Sí, señor Markus. Señor Markus…

—Ajá —dijo Markus—. ¿Dónde quiere que lo deje?

Pat tenía que actuar rápido.

—Señor Markus, cuando yo era su agente de prensa…

—Ya sé —dijo Markus—. Usted quería un aumento de diez dólares semanales.

—¡Qué memoria! —exclamó Pat, casi con alegría—. ¡Qué memoria! Pero, señor Markus, ahora no quiero absolutamente nada.

—Es un milagro.

—Tengo necesidades modestas, ¿sabe?, y he ahorrado lo suficiente para retirarme.

Empujó los zapatos ligeramente hacia adelante para esconderlos debajo de la alfombra; el sobretodo Chesterfield ocultaba convenientemente el resto.

—Eso sí que me gustaría —dijo Harold Markus con aire triste—. Una granja… con gallinas. Quizá una cancha de golf pequeña, de nueve hoyos. Ni siquiera un teletipo para las cotizaciones de la bolsa.

—Yo quiero retirarme, pero de otra manera —dijo Pat con vehemencia—. Las películas son mi vida. Quiero verlas crecer y crecer…

Harold Markus resopló.

—Hasta que explote —dijo—. ¡Mire a Fox! Lloré por él. —Señaló sus ojos con el dedo—. Lágrimas de verdad.

Pat asintió para demostrar que comprendía.

—Yo sólo deseo una cosa. —Dada su gran familiaridad con esa clase de situaciones, fue directo al punto—. Quiero poder entrar en los estudios en cualquier momento. Sin ningún propósito. Sólo para estar allí. No voy a molestar a nadie. Incluso podría ayudar desinteresadamente a algún joven que necesite consejo.

—Hable con Berners —dijo Markus.

—Él me dijo que hablara con usted.

—Entonces sí que quiere algo. —Markus sonrió—. Está bien, por mí no hay problema. ¿Dónde quiere bajarse ahora?

—¿Podría extenderme un pase? —le rogó Pat—. ¿En el dorso de su tarjeta personal?

—Veremos —dijo Markus—. Ahora tengo demasiadas cosas en la cabeza. Estoy yendo a un almuerzo. —Suspiró hondo—. Quieren que conozca a ese Orson Welles, el que acaba de llegar a

Hollywood.

A Pat se le oprimió el corazón. Ahí estaba otra vez: ese nombre, siniestro e implacable, se cernía como una nube negra sobre todos sus cielos.

—Señor Markus —dijo con tanta sinceridad que le tembló la voz—, no me sorprendería que Orson Welles sea la mayor amenaza que haya llegado a Hollywood en muchos años. Le pagan ciento cincuenta grandes por película y no me extrañaría que fuera tan radical que lo obligara a comprar equipos completamente nuevos y empezar de cero, como tuvo que hacer en 1928 con el cine sonoro.

—¡Dios mío! —resopló Harold Markus.

—Y yo —dijo Pat—, yo lo único que quiero es un pase, no quiero dinero, sólo quiero un pase… Y que las cosas sigan como están.

Harold Markus buscó su tarjetero.

III

Para los que se agrupan bajo el nombre de “talentos”, la atmósfera de los estudios no es infaliblemente brillante: fluctúa demasiado rápido entre las grandes esperanzas y las graves aprensiones. Los pocos que toman las decisiones son felices con lo que hacen y están seguros de que merecen la posición que ocupan; el resto vive en una bruma de dudas, temiendo que su enorme ineptitud quede al descubierto.

La psicología de Pat, por extraño que parezca, era la de un jefe; por eso no se preocupaba, ni siquiera cuando no tenía trabajo. Pero había una mosca enorme en la sopa: por primera vez en su vida, empezó a sentir una pérdida de identidad. Por razones que él mismo no alcanzaba a comprender del todo, aunque quizá se originaran en sus propias conversaciones, unas cuantas personas empezaron a llamarlo “Orson”.

Ahora bien: perder la propia identidad nunca es gratuito. Pero perderla frente a un enemigo, o al menos frente a alguien que se ha transformado en el chivo expiatorio de nuestros infortunios… eso sí que es un hueso duro de roer. Pat no era Orson. Cualquier parecido resultaba lejano y rebuscado, y Pat era perfectamente consciente de eso. El efecto final fue que se convirtió en un excéntrico.

—Pat —dijo Joe, el peluquero—, Orson estuvo aquí hoy y me pidió que le recortara la barba.

—Espero que se la hayas prendido fuego —dijo Pat.

—Eso hice. —Joe le guiñó el ojo a los clientes que esperaban por encima de la toalla humeante—. Me pidió que se la dejara bien corta, así que lo afeité del todo. Ahora tiene la cara tan pelada como la tuya. De hecho, ustedes dos se parecen un poco.

Esa mañana las burlas eran tan generalizadas que, para evitarlas, Pat se refugió en el bar de Mario, en la vereda de enfrente. No pidió nada de beber… en la barra, porque apenas le quedaban treinta centavos; pero se refrescaba de vez en cuando con la petaca que tenía en el bolsillo. Necesitaba el estímulo porque tenía que pedir un préstamo y sabía que era más fácil conseguir dinero cuando uno no tenía cara de necesitarlo con urgencia.

Su candidato, Jeff Boldini, no estaba en su mejor día. Él también era un artista, aunque exitoso, y cierta gran dama de la pantalla lo había sacado de quicio criticando una peluca que había hecho para ella. Jeff le contó la historia a Pat hasta el último detalle, y Pat esperó que terminara para pedirle lo que necesitaba.

—Ni loco —dijo Jeff—. Todavía no me devolviste lo que te presté el mes pasado.

—Pero tengo un trabajo nuevo —mintió Pat—. Esto es sólo para pasar el momento. Empiezo mañana.

—Si no le dan ese trabajo a Orson Welles… —dijo Jeff en broma.

Pat entrecerró los ojos, pero se las ingenió para fingir una risita amable, típica de quien pide favores.

—Un momento —dijo Jeff—. ¿Sabes que te pareces a él?

—Sí, claro.

—En serio. De todos modos, yo podría hacer que te parecieras más. Podría hacerte una barba y serías su doble.

—No sería su doble ni por cincuenta grandes.

Jeff giró la cabeza y miró a Pat con detenimiento, como estudiándolo.

—Podría hacerlo —dijo—. Vamos a mi estudio y probemos.

—Ni loco.

—Vamos. Me gustaría intentarlo. Además no tienes nada que hacer. No tienes que trabajar hasta mañana.

—No quiero una barba.

—Será postiza.

—No la quiero.

—No te costará nada. Es más, te pagaré. Te prestaré los diez dólares que me pediste si me dejas ponerte una barba.

Media hora más tarde, Jeff contemplaba su obra concluida.

—Es perfecto —dijo—. No sólo la barba, también los ojos y todo lo demás.

—Está bien. Ahora sácamela —dijo Pat, malhumorado.

—¿Qué apuro tienes? Es un trabajo excelente. Es una obra de arte. Tendríamos que filmarla. Habría que sacarle fotos. Es una lástima que empieces a trabajar mañana… Necesitan muchos barbudos en el set de Sam Jones y a uno de los que tenían lo metieron preso durante una razzia de homosexuales. Apuesto que con esa barba conseguirías el trabajo.

Hacía varias semanas que Pat no escuchaba la palabra “trabajo”, y

francamente ni él mismo sabía cómo se las arreglaba para existir y comer. Jeff vio el brillo en sus ojos.

—¿Entonces qué dices? Déjame que te lleve, sólo para divertirnos —le rogó Jeff—. Me gustaría ver si Sam es capaz de distinguir una barba postiza.

—Soy guionista, no extra.

—¡Vamos! Nadie te va a reconocer, y te ganarías otros diez dólares.

Cuando salían del departamento de maquillaje, Jeff se quedó atrás unos segundos. En un pedazo de cartón escribió con lápiz el nombre "Orson Welles" en grandes letras mayúsculas. Una vez afuera, sin que Pat se diera cuenta, colocó el cartón en el parabrisas de su automóvil.

No fue directamente al decorado. En cambio, enfiló rápidamente por la calle principal del estudio. Se detuvo frente al edificio de la administración con el pretexto de que fallaba el motor, y casi enseguida comenzó a reunirse una pequeña pero evidentemente interesada multitud. Pero los planes de Jeff no incluían detenerse demasiado tiempo en ningún lugar; volvió a subir al coche y pusieron rumbo a la cafetería.

—¿A dónde vamos? —preguntó Pat.

Ya había hecho un nervioso intento de arrancarse la barba, pero, para su gran sorpresa, no consiguió quitársela.

Se quejó de eso a Jeff.

—Por supuesto —le explicó Jeff—. Está hecha para durar. Tendrás que remojarla mucho para quitarla.

El coche se detuvo un momento frente a la puerta de la cafetería. Pat vio unos ojos muy abiertos que lo miraban y les devolvió una mirada inexpresiva desde el asiento de atrás.

—Cualquiera diría que soy el único barbudo del estudio —dijo con tristeza.

—Quizá ahora empieces a simpatizar con Orson Welles.

—Que se vaya al diablo.

Este coloquio habría sorprendido a los curiosos, para quienes Pat no era ni más ni menos que el auténtico Welles.

Jeff conducía lentamente por la calle. Un poco más adelante iba caminando un grupo de hombres; uno de ellos se dio vuelta, vio el automóvil y les hizo señas a los otros para que lo miraran. A continuación, el integrante más viejo del grupo alzó los brazos en un gesto que parecía defensivo y se desplomó sobre la vereda justo cuando pasaba el auto.

—Dios mío, ¿viste eso? —exclamó Jeff—. Era Harold Markus.

Se detuvo. Un hombre frenético se acercó corriendo y metió la cabeza por la ventanilla.

—Señor Welles, el señor Marcus tuvo un ataque al corazón. ¿Podemos usar su auto para llevarlo a la enfermería?

Pat lo miró perplejo. Abrió rápidamente la puerta del otro lado y se bajó del coche. Ni siquiera la barba pudo impedir su huida en línea recta. El guardia de la puerta, que no reconoció al imitador de Welles, intentó decirle algo, pero Pat lo esquivó con agilidad insólita y no se detuvo hasta llegar al bar de Mario.

Tres extras barbudos bebían en la barra. Aliviado, Pat se mezcló con ellos. Con mano temblorosa sacó del bolsillo el billete de diez dólares que con tanto esfuerzo había ganado.

—Sírveles lo que pidan —exclamó con voz ronca—. Invito un trago a todos los barbudos del bar.

Francis Scott Fitzgerald nació en 1896 en Minnesota y murió en 1940 en California. Es un autor fundamental de la literatura norteamericana del siglo XX. Su primera novela, A este lado del paraíso (1920), lo lanzó a la fama; con sus cuentos, muchos de ellos obras maestras, retrató la sociedad estadounidense y la vida en el París de entre guerras. Pero eso no es todo: escribió dos novelas inolvidables, El gran Gatsby (1925) y Suave es la noche (1934), y dejó inacabada El último magnate, un fresco preciso e intenso de Hollywood. Varios de sus libros y sus relatos fueron llevados al cine.

Carlos Gamerro nació en Buenos Aires en 1962. Es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeñó como docente hasta 2002.Ha publicado las novelas Las Islas (1998, Edhasa 2012); El sueño del señor juez (2000); El secreto y las voces (2002, Edhasa 2011); La aventura de los bustos de Eva (2004, Edhasa 2012); Un yuppie en la columna del Che Guevara (Edhasa, 2011); Cardenio (Edhasa, 2016); y los cuentos de El libro de los afectos raros (2005). Ha publicado también los ensayos El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos (2006); Ulises. Claves de lectura (2008); Ficciones barrocas (2010) y Facundo o Martín Fierro (2015). Sus traducciones incluyen Un mundo propio de Graham Greene; La mano del teñidor de W.H. Auden; Poesía y represión de Harold Bloom, Enrique VIII y Hamlet de Shakespeare. En colaboración con Rubén Mira escribió el guión del film Tres de corazones (2007) de Sergio Renán. En 2007 fue Visiting Fellow en la Universidad de Cambridge y en 2008 participó del International Writers Workshop de la Universidad de Iowa. Su obra teatral Las Islas, con dirección de Alejandro Tantanian, se estrenó en 2011. Sus novelas se han traducido al inglés, francés, alemán y turco.

edhasa